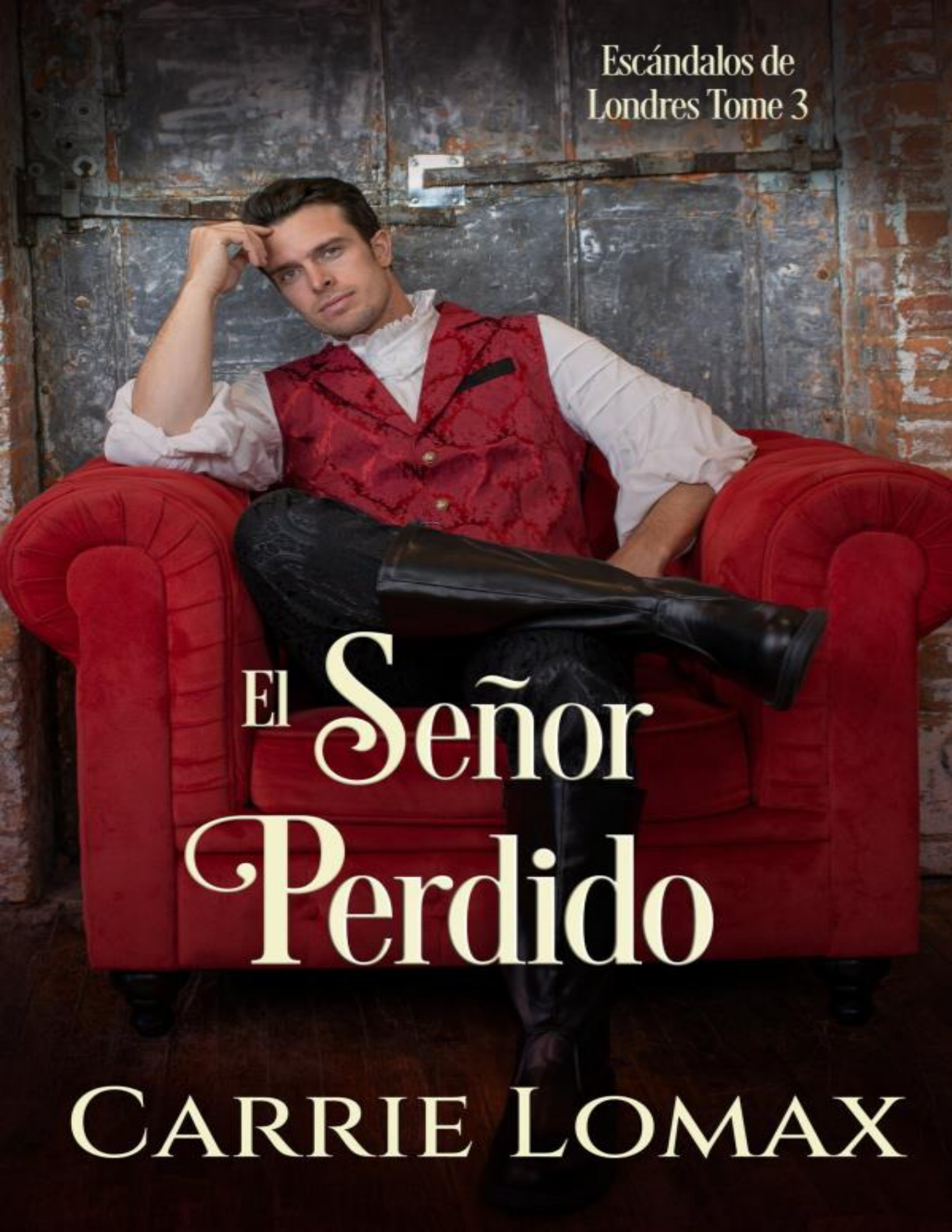

Escándalos de
Londres Tome 3
El Señor
Perdido
Carrie Lomax

El Señor Perdido

ESCÁNDALOS DE LONDRES
LIBRO TRES

CARRIE LOMAX

Copyright © 2019 por Carrie Lomax

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida en ninguna forma o por ningún medio electrónico o mecánico, incluyendo sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito de la autora, excepto para el uso de breves citas en una reseña de libro.

Este libro no puede ser utilizado para entrenar ninguna base de datos de Modelos de Lenguaje Grande ni ser utilizado de ninguna otra manera en ningún programa de inteligencia artificial sin el permiso expreso por escrito de la autora. Ninguna plataforma tiene el derecho de sublicenciar a otros para reproducir y/o utilizar esta obra de cualquier manera con el propósito de entrenar tecnologías de inteligencia artificial para generar texto sin el permiso específico y expreso de la autora.

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes, eventos y la mayoría de las ubicaciones son inventados por la autora; cualquier parecido con personas, lugares y eventos reales es típicamente coincidencial, excepto los nombres reales de lugares como ciudades y países.

Ilustración de portada por Dark Petals Creations.

Índice

Sobre la serie Escándalos de Londres
Junio

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Julio
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Agosto
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Septiembre
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Epílogo

Nota del autor
Agradecimientos
Acerca del Autor
Otras Obras de Carrie Lomax

Sobre la serie Escándalos de Londres

La serie Escándalos de Londres son novelas independientes interrelacionadas con un final feliz garantizado. Sumérgete en las románticas historias que escandalizan la alta sociedad londinense.

El Señor Indómito: Un heredero reluctante al borde de la locura. La búsqueda desesperada de una mujer por salvarlo. Un amor que no se rinde...

El Ascenso en Lady Dalton: El inesperado matrimonio de su hermana con un conde le ofrece a Viola una vida de lujo inimaginable, con poco espacio para el amor. Cuando recae sobre ella la sospecha de una serie de robos de joyas, no tiene más remedio que recurrir a un apuesto vizconde en busca de ayuda. Pero, ¿sus secretos bien guardados destruirán su oportunidad de amor?

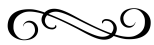
El Señor Perdido: Es el heredero de nada, señor de nadie. Despojado de su herencia cuando su hermano, dado por perdido, "milagrosamente" regresó a Inglaterra, ha sido exiliado a América desde un trágico accidente. Ahora tiene un plan para recuperar su antigua gloria seduciendo a una joven adinerada y protegida. Pero cuando ella descubre su trama, se ve obligado a enfrentar sus verdaderos sentimientos por la mujer que ama.

El Corazón Robado del Duque: Una ladrona astuta se encuentra con su igual en un duque rígido y desconfiado. Él quiere que ella robe una querida reliquia familiar. En su lugar, ella le roba el corazón.

Junio

1825
Manhattan

Uno



EL AROMA del café cosquilleó la nariz de Richard mientras yacía escondido del día. Significaba que Lizzie quería algo de él.

Estaba enredado en una sábana blanca que olía a sudor y al almizcle de una mujer, mezclado con el demasiado familiar aroma del licor rancio. Su cabeza palpitaba como el mismísimo diablo. Se giró sobre su espalda, los músculos de su estómago tensándose bajo su piel desnuda. Sus dedos recorrieron distraídamente su abdomen, rascándose mientras intentaba forzar su mente a estar alerta. La ventana abierta dejaba entrar una fuerte brisa de finales de primavera proveniente del río Hudson y el bullicio estridente de la vida en las calles.

Howard estaría contento con este clima. Velas de barco desplegadas significaban dinero en su bolsillo.

Se oyó un ruido áspero, como si su visitante hubiera corrido bruscamente la cortina. La luz del sol atravesó sus ojos entrecerrados. Richard se cubrió la cabeza con una almohada para bloquearla.

—¿Ya estás despierto? Hice café —la voz de una mujer penetró en la guarida de Richard. Echó un vistazo desde su nido. La melena de cabello rojo dorado de Lizzie van Buren flotaba alrededor de su rostro de facciones afiladas como un halo de pura energía. La Astuta Lizzie, como era conocida, entre otros nombres, la mayoría poco amables.

Los ojos de Richard se deslizaron hacia el camisón transparente que llevaba. Lizzie poseía unos pechos espectaculares, al menos según el juicio de un hombre que había visto muchos buenos senos en su vida. Ella notó la dirección de su interés, levantó la barbilla y sacó pecho.

—¿Te he asustado, milord? —preguntó, alargando la última palabra con una risita—. ¿O es "su excelencia"? Nunca puedo recordarlo bien.

—No sé por qué insistes en referirte a un título —se quejó con voz ronca por el sueño—. Vosotros los americanos no tenéis uso para ellos. Northcote es suficiente.

En su primer encuentro hace varios meses, Richard se había presentado como Lord Northcote, por costumbre arraigada. No importaba cuánto intentara corregirla, admitidamente no con mucho esfuerzo, Lizzie insistía en dirigirse a él con el honorífico que le correspondía a su hermano. Como segundo hijo de un conde, la forma correcta de dirigirse a Richard debería ser El Honorable. Sin embargo, después de quince años como heredero presunto del condado de Briarcliff, Richard había encontrado irritante ser degradado en rango. ¿A quién perjudicaba si continuaba usando *lord* entre estos ignorantes extraños?

A nadie.

Después de que Lizzie lo siguiera a un pasillo y lo besara, Richard se olvidó del asunto. Se había quedado lo suficientemente sorprendido como para permitírselo. *¿Eran todas las mujeres americanas tan atrevidas?*, se había preguntado antes de rendirse a sus afectos con absoluta gratitud. Preferiría escupir antes que admitir cuánto había echado de menos el contacto de otro ser humano desde que había sido desterrado de su tierra natal, Inglaterra.

Eso fue antes de descubrir que Lizzie estaba casada.

Lizzie saltó sobre él cuando intentó levantarse, empujándolo de vuelta a la suave cama. Le gustaba recorrer con sus dedos las crestas y valles, deteniéndose para tirar del escaso vello. Cuando estaba juguetona, intentaba arrancar uno de raíz. Cuando estaba enojada, intentaba arrancar un mechón cerca de sus pezones planos, deliberadamente, para hacerlo estremecer. Si sangraba, ella se reía y lo llamaba débil. Richard, en su débil y solitaria insignificancia, aceptaba sus afectos malintencionados en lugar de arreglárselas sin ningún contacto humano en absoluto.

Deslizó sus palmas por las piernas de ella. Lizzie también tenía unas pantorrillas muy finas, que llevaban a unos muslos aún mejores. Físicamente, era un tesoro. Para cuando se dio cuenta de que Lizzie era la oveja negra de la sociedad holandesa de Nueva York, le había parecido demasiado tarde para intentar zafarse o corregirla sobre el tema de su familia. Su hermano mayor, Edward, había reaparecido quince años después de haber sido secuestrado en el Amazonas y le había arrebatado el condado justo debajo de la nariz de Richard por el simple hecho de ser el hijo mayor. Ahora, él era meramente un repuesto, o lo había sido hasta que Edward lo había suplantado con éxito al producir un hijo con esa curandera que había desposado. Decir que las relaciones entre Richard y su hermano mayor eran frías era como decir que un invierno ártico era un poco fresco.

Lizzie soltó una risita y lo besó profundamente. Richard se lo permitió. Le permitía a Lizzie hacer cualquier cosa que quisiera. Ella había sido quien sugirió su primer paseo en carruaje, donde él había sido el cabalgado duro y puesto a secar. Ella había sido quien le desabrochó los pantalones, tan práctica como cualquier ramera. Lizzie era un escándalo andante, y rápidamente quedó claro que su marido toleraba las acciones de su esposa porque era la única persona en el mundo que genuinamente la quería, por sus propias razones dementes, presumía Richard. Richard lo había conocido brevemente antes de decidir evitar al hombre socialmente. Difícilmente una tarea difícil dado que Richard cultivaba amistades únicamente en nombre de su amigo, Howard.

Aparte de estar calvo a la tierna edad de veintitrés años, Arthur van Buren parecía un tipo bastante agradable. Rico, sincero, aunque no muy emocionante. Entonces de nuevo, Lizzie ofrecía más que suficiente emoción para diez hombres. En ese sentido, ella y Arthur eran la pareja perfecta.

Richard había llegado a creer que Arthur le daba tanta libertad a su esposa porque creía que Richard pronto se llevaría a su díscola mujer de sus manos. De hecho, Lizzie había estado presionando por ese exacto resultado durante semanas. Pero la idea de estar casado con Lizzie Van Buren hacía estremecer a Richard.

Lizzie rompió el beso, aunque dejó sus piernas envueltas alrededor de él.

—Ven a tomar tu café antes de que se enfríe.

—¿Por qué? ¿Cuál es la prisa? —preguntó Richard, acariciando uno de sus maravillosos pechos. Ella se lo quitó de encima.

—Quiero ir de vacaciones. Ven a la cocina y te diré cuándo y dónde —dijo ella.

Richard bostezó, se levantó y la siguió a la cocina. Unos suaves pantalones de pijama de lino con dobladillos deshilachados se arremolinaban alrededor de sus tobillos, una indulgencia que

había traído consigo de Inglaterra al partir. Afuera, los sonidos de la vida en la ciudad resonaban sin filtro a través de sus ventanas abiertas. Cada mañana, si estaba despierto para escucharlo, los sonidos de los carros retumbando y los caballos trotando sobre las calles empedradas llegaban a sus apartamentos del tercer piso. Un imponente plátano de sombra cubría sus ventanas frontales donde a los pájaros les gustaba posarse y trinar o graznar en ruidosa indignación. Richard nunca habría confesado a otra alma viviente cuán reconfortante encontraba el sonido. Especialmente no a Lizzie.

—Aquí tienes, bien caliente como te gusta —gorjeó Lizzie con un acento inglés afectado y torpe.

Richard aceptó la taza, ocultando una mueca. Lizzie preparaba un café excepcionalmente horrible. Richard prefería el té, pero se había acostumbrado a la amargura vigorizante del café, la bebida predilecta de América. Este país recién nacido de industriosos rebeldes ciertamente sabía cómo mantener un rencor. El incidente del Motín del Té de Boston había ocurrido hacía una generación.

—Gracias —Richard lo sorbió y apenas logró no atragantarse.

La expresión de Lizzie se tornó radiante. Pocos la llamarían hermosa. No importaba. Una energía irresistible animaba sus rasgos elficos.

—Cariño —sonrió a Richard de manera encantadora—. Quiero tomar unas vacaciones.

—Habías mencionado algo al respecto —El café estaba aún peor que de costumbre. Lizzie debía estar tramando algo grande esta mañana. La última vez que le había preparado café, a principios de primavera, había intentado convencerlo de que la dejara mudarse con él. Como si no fuera suficiente que Lizzie pasara varias noches a la semana en su cama. Tragó un sorbo y dejó la taza a un lado—. ¿Qué te ha llevado a eso?

—Todo el mundo se va de la ciudad en verano. Sé que no puedes irte por tres meses, pero seguramente podríamos irnos una semana, ¿no? El transporte marítimo se ralentiza en verano, ¿verdad?

Richard optó por no corregir el error de Lizzie de que el transporte marítimo se ralentizaba con el buen tiempo, cuando en realidad ocurría lo contrario. Reflexionó sobre los escasos fondos en su cuenta bancaria. Trimestralmente, recibía una asignación de su hermano, el conde de Briarcliff. Richard se preguntaba por qué su hermano la pagaba. Se preguntaba qué haría si su hermano alguna vez cambiara de opinión al respecto. Al recibir su estipendio, Richard pagaba su alquiler por adelantado, saldaba cualquier deuda pendiente y gastaba el resto en semanas. Sus arcas se repondrían a finales de junio y ni un momento antes.

—Claro. Solo está el asunto de Howard y el almacén de importaciones —bostezó Richard.

—Con lo que tienes poco que ver en el día a día. Admítelo. Si quisieras escaparte, todo lo que tendrías que hacer es ir al almacén y hablar con Howard —le persuadió Lizzie.

—Suponiendo que pudiera encontrarlo, claro —No quería ir a ninguna parte con Lizzie, mucho menos en público. Comerciaba con su título mal apropiado y su aura de nobleza disoluta para traer nuevos inversores a Howard. Howard se había labrado un nicho rentable para sí mismo enviando mercancías por la costa atlántica desde los estados del sur. Los rumores sobre su aventura con Lizzie eran bastante malos. La confirmación de los rumores podría arruinarlo, y a Howard por asociación.

Bueno, las perspectivas de Howard, más bien. El propio Richard ya estaba tan arruinado como un hombre podía estarlo. Provocar el incendio que había matado a su propio padre y ser desterrado por ello... no había mucho más bajo que caer.

Al llegar a Boston hace casi dos años, Richard se había tropezado, literalmente, con una

asociación con un hombre llamado Howard. Seguía sin estar seguro de si Howard era el nombre o el apellido del hombre. Todo lo que sabía era que Howard le había salvado la vida, lo cual era más de lo que nadie había hecho por él. Nadie adivinaría por su mejilla sin afeitar y sus ropas andrajosas apenas aptas para un estibador que el hombre no estaba, de hecho, en apuros. Richard no era de los que hacían preguntas. Cuando necesitaba dinero, lo que ocurría a menudo, Howard le dejaba trabajar en el almacén. Supuestamente, Richard recibía una parte de los beneficios cada vez que Howard necesitaba que alguien respetable le acompañara a las reuniones con posibles inversores, que era como había entrado en la órbita de Lizzie en primer lugar.

Siguiendo una serie de conexiones hechas aprovechando el ilustre nombre de su familia, Richard había llegado a Nueva York, abriéndose paso en los comedores y salones de familias mercantiles adineradas como la de Lizzie, y codeándose con los nuevos industriales que inundaban la ciudad. La primera vez que Howard había intentado pagarle por cenar y "hacer el discurso" en una cena de negocios, Richard se había reído, diciéndole que reinvirtiera las ganancias. Aunque Howard se mantenía a flote, cualquiera que pudiera permitírselo se habría vestido mejor. La idea de tomar dinero muy necesario de alguien que le había salvado la vida inquietaba la conciencia de Richard.

Un pensamiento extraño, considerando que no había sido consciente previamente de poseer tal cosa.

—¿Qué tal en julio? —ofreció.

La expresión de Lizzie se tornó terca. —No. Tiene que ser la semana que viene.

—¿Por qué?

—Porque sí.

—¿Eso es todo? ¿Porque sí? —Richard la miró con una mezcla de perplejidad y molestia.

—No es como si tuvieras algo que hacer —Lizzie hizo un puchero, picándole en los músculos pectorales que se habían desarrollado desde su llegada a América. Mover carga pesada en el almacén había evitado la flacidez que beber todas las noches con Lizzie podría haber acumulado alrededor de su cintura.

—Howard vive en el almacén. Estoy segura de que podrías encontrarlo, querido, adorado Richard —El lenguaje de afecto excesivamente familiar era un indicador de lo poco afecto genuino que sentían el uno por el otro. Lizzie nunca había dado indicios de poseer la capacidad de preocuparse por alguien aparte de sí misma.

Querido Richard también era código para *Estoy desenmascarando tu farol, y yo gano*. Encogiéndose de hombros, Richard concedió la victoria. Siempre lo hacía. Lo que Lizzie quería, lo conseguía, y él veía poco sentido en gastar aliento en discutir.

—No tengo dinero para un viaje largo —comenzó con cautela.

—Bah, dinero. ¡Eres el hijo de un conde! Prácticamente un príncipe. Los príncipes no son mendigos. Pídele un aumento a tu hermano —Lizzie se fue dando saltitos por el pasillo.

Richard tenía dos límites. No hablaba de su familia y no hablaba de dinero. Dejaba que todos asumieran lo que quisieran. Era más fácil que intentar explicar por qué había sido exiliado, no es que fuera asunto de nadie más que suyo. Lizzie acababa de traspasar ambos límites en el lapso de una frase.

—Deja a mi familia fuera de esto —exigió, irguiéndose sobre su pequeña figura.

Lizzie sonrió con coquetería y tomó su mano entre sus cálidas palmas. —Cariño. Te privas innecesariamente. ¿Cuándo fue la última vez que te tomaste unas vacaciones?

Podría decirse que Richard había estado de vacaciones toda su vida adulta. Había completado apenas un año en Cambridge antes de que lo echaran por no asistir a clases y por su mal

comportamiento en general. Luego pasó la mayor parte de la siguiente década bebiendo y frecuentando prostitutas con el grupo más desenfrenado de Londres. Después, tras la tragedia de la muerte de su padre, su hermano Edward lo había enviado al exilio. El único trabajo que Richard había realizado alguna vez había sido para Howard, quien siempre necesitaba ayuda. Richard sintió una punzada de vergüenza al recordar que solo ayudaba a Howard cuando él mismo necesitaba dinero. Rápidamente barrió ese sentimiento hacia el rincón inexplorado de su alma donde tales emociones iban a retorcerse en la oscuridad. Por alguna razón, Lizzie quería unas vacaciones de verano, y lo que Lizzie quería, generalmente encontraba la manera de conseguirlo. Podría oponerse, pero eso requeriría esfuerzo.

—¿Qué tenías en mente? —preguntó.

—Mi tía estará en su casa de verano en la costa de Nueva Jersey la próxima semana. Podría quedarme con ella. Hay una pensión cerca que atiende a familias de recursos modestos. Podrías alquilar alojamiento allí. O hay una cabaña en su propiedad que podría ser adecuada.

—¿Por qué no te quedarías conmigo en la pensión?

—No quiero arriesgarme a un escándalo.

Richard echó la cabeza hacia atrás y rió. Lizzie apestaba a escándalo como una mujer que lleva demasiado perfume. No tenía idea de cómo se salía con la suya. Más tarde, Richard se maldeciría rotundamente por no haber sido más suspicaz sobre los motivos de Lizzie. Para entonces sería demasiado tarde para deshacer el daño, dejándolo preguntándose cómo había caído tan bajo y permitido que esta muchachita lo metiera en tantos problemas.

Por ahora, Richard simplemente apartó su silla y se dirigió a su habitación para vestirse. Sin ayuda de cámara, vestía ropa sencilla en lugar de las telas finas y la elegante ropa formal a la que estaba acostumbrado en Londres. Unos pantalones remendados y viejas camisas de lino eran lo suficientemente cómodos para trabajar en un almacén sofocante.

—Richard —Lizzie se acercó por detrás de puntillas y le clavó los afilados dientes un poco demasiado fuerte en el lóbulo de la oreja. Sus manos se aplastaron sobre el estómago de él. Los pequeños senos mullidos se aplastaron agradablemente contra la espalda de Richard. Él se giró y la besó.

—Si quieres esas vacaciones, será mejor que encuentre a Howard —se desenredó de ella y se dirigió hacia la puerta.

—Estaré aquí esperándote —ronroneó Lizzie desde donde se recostaba en la cama sin hacer.

Richard sonrió mientras cerraba la puerta, aunque no le habría importado si fuera la última vez que veía su rostro. Sus pechos, sin embargo... eso era otra cuestión.

Dos

EL CENTRO económico de Nueva York se situaba en la punta de la isla de Manhattan en forma de dedo y se extendía por el lado oeste de la isla. Al norte se encontraban tierras de cultivo y campos abiertos. Al sur estaba el puerto, donde los ríos Hudson y Este desembocaban en el mar. El estuario era un santuario para aves y criaturas que Richard nunca había visto antes de llegar a este maldito país. Los mapaches, por ejemplo. Los descarados bribones infestaban las calles de la ciudad y esparcían basura por todas partes.

Desde el apartamento de Richard, se tardaba media hora caminando hasta el almacén de Howard en el río Hudson. También era una corta distancia hacia el norte hasta los comedores formales y sofocantes de lo que pasaba por la alta sociedad. Comerciantes, todos ellos, había despreciado Richard a su llegada. Sin embargo, aquí había dinero, y con él venía un aire del prestigio y lujo que echaba tanto de menos que casi podía saborearlo. Con su sentido de superioridad severamente castigado después del incendio y su humillante destierro de Londres, Richard había estado agradecido de poder volver a escabullirse en el mundo de privilegios que una vez disfrutó sin pensar.

Lizzie hablaba interminablemente de la aristocracia inglesa, como si tuviera alguna posibilidad de unirse a sus filas.

—No puedo entender por qué vosotros, los americanos, os molestasteis en luchar una guerra si vais a obsesionaros con los títulos y la aristocracia —se quejaba, disfrutando de la oportunidad de burlarse de los hombres rudos y bruscos que habían formado este nuevo y descarado país.

—¿No fuiste tú también forzado al exilio? —solían preguntar las damas, con los ojos muy abiertos.

—Es cierto —confirmaba Richard, encogiéndose un poco mientras lamentaba de nuevo haber confiado a Lizzie la razón de su presencia aquí—. Me enviaron aquí como castigo después de... después de ser desheredado.

No podía obligarse a admitir lo que había hecho, no ante estos astutos y sagaces americanos. Había algunos pecados que nunca podrían ser perdonados. No por Dios, y ciertamente no por estos rebeldes con su orgullo e hipocresía. O quizás Richard necesitaba cualquier excusa insignificante para menospreciar a su país adoptivo no deseado. Rumiar así lo hacía sentir marginalmente superior a Lizzie y sus amigos durante unos solitarios minutos.

—Richard, amigo mío. ¿Has venido a ayudar a descargar?

Howard avanzó pesadamente, sus rizos rubios cayendo en un enredo sobre su frente bronceada. Unos ojos brillantes del color del ámbar pulido, estriados de verde, clavaron a

Richard donde se había detenido al borde de la penumbra. El polvo cubría sus botas por la caminata.

—Si me necesitas. —Aquí, Richard nunca tenía que pretender ser algo que no era.

—Podría haberte necesitado hace horas —sonrió Howard sin juzgar—. Los hombres están cansados. Yo también haré un turno. No podemos dejar que el tabaco se eche a perder por el calor.

Si Richard tenía más amor propio del que sabía qué hacer con él, Howard no poseía ninguno en absoluto. Era una de las muchas asimetrías de su amistad. Howard nunca había mencionado parientes. Richard sospechaba a medias que había surgido del lecho del río Hudson como un hombre completamente formado. Un experimentado navegante fluvial, había comenzado a realizar pequeños envíos desde Virginia hasta Boston cuando era joven. Uno de los rumores afirmaba que Howard había realizado sus primeros viajes llevando esclavos fugitivos río arriba desde el Sur, aunque Richard no le daba crédito. Después de la Ley de 1820, Richard había asumido que la esclavitud ya no era aceptable en los Estados Unidos.

Se había equivocado.

Aunque la ley calificaba la esclavización de nativos africanos como un crimen atroz castigable con la muerte, solo logró disminuir el comercio, no abolir la institución. Richard seguía desconcertado por la lógica de este país advenedizo que ese mismo año había aprobado el Compromiso de Missouri. La nación había crecido en dos estados, Missouri y Maine. El primero permitía esclavos. El segundo no. La gente del círculo de Lizzie solía quejarse de los negros libres que habían comenzado a establecerse en las colinas del norte de Manhattan, aunque en privado los consideraba hipócritas. Richard encontraba imposible pasar por alto la disonancia entre la esclavitud y las libertades proclamadas en la declaración de independencia del joven país.

La libertad, si no incluía a todos, parecía algo bastante inútil por lo que luchar.

—Guantes —ordenó Howard, lanzándole un par de feos mitones de lona al pecho. Richard se los puso y ajustó los cordones en las muñecas. Agarraron las cuerdas de la polea y tiraron. En cuestión de minutos, el sudor corría por la espalda de Richard.

Los guantes de lona con frente de cuero eran un invento del propio Howard. Se especializaba en el envío de mercancías delicadas, desde porcelana hasta arte y muebles dorados. No es que estuviera por encima de transportar grano, madera o tabaco. Era un hombre de negocios, y Richard había llegado a apreciar que los hombres de negocios deben ser flexibles para sobrevivir.

El almacén de Howard estaba situado junto al río Hudson con fácil acceso a la bahía y al océano. Su ruta habitual era bordear la costa desde Maine hasta Boston y Nueva York, con almacenes y puntos de transferencia en cada ciudad. Howard poseía una pequeña flota de seis goletas que realizaban viajes programados hasta Charleston en el sur.

—Ahora que Maine es un estado, las canteras y los aserraderos necesitarán mover sus mercancías hacia el sur, y los nuevos ricos de Maine querrán porcelana fina y algodón para sus hogares —había explicado Howard, meses atrás, cuando aún estaban en Boston—. Yo proporciono los envíos a un precio justo y todos salimos beneficiados. El capitalismo, es algo maravilloso, ¿no es así, milord?

—Maravilloso excepto para los esclavos que se afanan en cultivar el algodón sin ver ningún beneficio —había replicado Richard en ese momento. Su dinero y carta de presentación habían sido robados de sus bolsillos y su cabeza golpeada con una porra de madera lo suficientemente fuerte como para fracturar sus pensamientos durante días. Todo lo que quería era volver a

dormir. Si tan solo pudiera dormir lo suficiente, quizás podría despertar de la pesadilla prolongada en la que se había convertido su vida.

—Sí, eso es una atrocidad y una mancha en nuestro país. Desearía que los cobardes de Washington hubieran tomado una postura más firme contra los esclavistas. Alguien debe hacerlo, eventualmente —había reflexionado Howard en la oscuridad.

—¿Deben hacerlo? —había exigido Richard, con la cabeza palpitando—. Cuanto más tiempo continúe, más arraigado se vuelve.

—Dices la verdad, inglés. Procura mantener la boca cerrada sobre el tema de los esclavos mientras estés a bordo de mis barcos. No me colgarán por tu lengua suelta.

Fue la primera y última vez que hablaron de ello.

El esfuerzo de alcanzar y tirar, mano sobre mano, la cuerda áspera apretándose alrededor de sus manos enguantadas mientras las mercancías se deslizaban por la pasarela y entraban en la sofocante oscuridad del almacén ocupaba el cuerpo de Richard. A veces reflexionaba sobre viejas conversaciones. La mayoría de las veces prefería no pensar en absoluto. Entonces, los recuerdos de palabras pasadas se deslizaban en su mente como fantasmas de sus fechorías que venían a atormentarlo.

—¿Sigues mojando la mecha con esa pelirroja? —preguntó Howard.

Richard se apoyó contra una barandilla mientras esperaban que la cubierta se despejara para recibir nueva carga. El cálido sol primaveral caía sobre su rostro y cuello. Las mangas de lino raídas de su camisa estaban húmedas de sudor. Sus labios sabían a sal cuando los lamió.

—Sí —afirmó Richard sin abrir los ojos.

—¿Es ella la razón por la que estás aquí hoy, trabajando como un marinero de cubierta, Lord Rich? —se burló Howard.

—Por supuesto —Richard abrió los ojos lo suficiente para lanzar una mirada fulminante a su único y verdadero amigo.

—Es mala para los negocios. Desearía que dejaras la... —la boca de Howard se torció en una línea dura antes de pronunciar la maldición.

—Ya hemos tenido esta discusión. Conocer a Lizzie me llevó a mejores contactos en Nueva York. La única persona a la que perjudica con su comportamiento es a ella misma.

Howard lo miró, no con amabilidad. —Solo dices eso porque aún no te ha hecho daño.

Posiblemente. Richard no creía que quedara mucho de él para que Lizzie le causara dolor. Un corazón muerto no podía ser herido arrancándole el vello del pecho.

Los estibadores comieron una comida rudimentaria al mediodía de pescado en escabeche y pan con una manzana. Luego, volvieron al trabajo, tirando, levantando, acarreando y cargando nuevas cajas en el barco en lugar de las viejas. Las cajas que se habían descargado esa mañana serían abiertas, inspeccionadas e inventariadas antes de que Howard las liberara a los carros que las llevaban al norte de la ciudad, a las tiendas y las casas elegantes al norte del antiguo Collect Pond. Nadie se acercaba a la ciénaga hundida si podía evitarlo. Las casas construidas allí se desintegraban día a día sobre el relleno inestable y maloliente. Las familias más adineradas habían huido hacia el norte de la ciudad.

—Te equivocas sobre Lizzie —dijo Richard sin preámbulos, horas más tarde, cuando sus hombros y espalda le dolían por el esfuerzo. Las conversaciones con Howard a menudo duraban días, incluso semanas. O tal vez nunca empezaban y terminaban como lo hacían las de la gente común.

—¿Ah, sí? —preguntó Howard, de una manera que hizo que Richard se sintiera estúpido e ingenuo. El orgullo ofendido le pinchó la espalda como las púas de un puercoespín.

—Es una mujer infelizmente casada. No es mi culpa que la mujer engañe a su marido. Yo soy simplemente el mecanismo para hacerlo.

El ceño de su amigo se frunció. —¿Por qué no le guarda fidelidad?

—No tengo ni idea —respondió Richard entre dientes. Normalmente, a estas alturas de una conversación, Howard le daba la espalda o se distraía con los asuntos cotidianos de dirigir sus almacenes y línea de navegación. Su amigo rara vez presionaba un tema de la manera en que lo estaba haciendo ahora.

—¿Nunca se ha confiado contigo? —preguntó Howard.

—¿Por qué habría de hacerlo? Lizzie viene a mis apartamentos cuando lo desea, toma lo que quiere de mí y mayormente me deja en paz. Es un arreglo físico.

La mirada de Howard escaneó su rostro. Richard soportó la inspección del hombre con la mandíbula tensa.

—Yo no me muevo en tus círculos, pero sería un tonto si no mantuviera el oído en tierra. Arthur Van Buren ha solicitado una anulación.

Un frío invadió a Richard como si hubiera caído por la borda al río Hudson en pleno invierno. —De su matrimonio —repitió, buscando aclaración.

—Así es. Dice que ella nunca visita su lecho, aunque esos no son los motivos de su demanda —la voz de Howard era pura simpatía.

—Hay verdad en eso —se burló Richard—. Lizzie tiene un verdadero tesoro de apodos para su marido, ninguno de ellos halagador. Pene de pepinillo, violeta marchita, la tortuga tímida...

—Entonces sí se confía contigo —Howard sonrió con suficiencia. Le tomó un momento a Richard reconocer la ira de su amigo. Nunca antes había visto los ojos de geoda de Howard estrecharse en las esquinas de esa manera.

—No, ella solo llama a su marido con nombres aborrecibles —respondió Richard con brusquedad.

—Quiero que dejes la compañía de la pelirroja y te unas a la mía. Sé un socio completo, como si fuera tuya —la ira de Howard se apagó instantáneamente.

—No.

Richard no necesitó considerarlo, ni siquiera por un momento. Sabía que no poseía más honor que un mapache común, pero no tenía intención de quitarle nada a la empresa de navegación y almacenaje que su amigo había construido con tanto esfuerzo.

—Piénsalo. Puedo hacer mucho más contigo como mi socio. Me gustaría expandirme al extranjero. Creo que hay buen comercio por hacer con Londres y París.

La brevedad de Howard a veces podía ser difícil de interpretar. Si Richard no hubiera pasado días escuchando la peculiar cadencia verbal de su amigo, no habría entendido lo que Howard le estaba pidiendo ahora.

—¿Quieres que haga contactos para ti en Londres y en París? —preguntó Richard.

—Sí, por supuesto. Es el mismo principio que extender mi negocio entre Maine y Charleston, solo que a través de un océano. Pero necesito que me ayudes a encontrar inversores. Tú puedes hablar con la gente. Yo no puedo. Eres el único con quien hablo —La vergüenza cruzó las facciones toscas de Howard—. Eres la mejor decisión de negocios que he tomado, Lord Northcote.

—No soy una decisión de negocios, Howard. Soy tu amigo —Palmeó con una mano el hombro de Howard. No dijo, *eres mi único amigo. El único que he tenido jamás*. Pero Richard lo pensó.

Él se merecía a Lizzie con todos sus defectos. Si ella quería usarlo para castigar al marido

que no quería, no era asunto suyo. Él no era más que un socio dispuesto a ayudar en su abdicación de responsabilidad. Sin su título, Richard no era más que un recipiente para la depravación.

Tres

RICHARD EXAMINÓ con considerable desagrado la tosca cabaña encalada en la que se alojaría —solo— durante las próximas tres noches. No mucho antes de que se viera obligado a salir de Inglaterra, la amante de Richard había exigido una casa de campo como pago por sus servicios. Richard había enviado a su agente a conseguir una. En su lugar, el hombre les presentó a él y a su amante, por un período sumamente breve, una choza. El techo tenía goteras, las ventanas necesitaban ser reemplazadas y todo el interior necesitaba una reforma.

Aquella destartalada casa de campo era un palacio comparada con esta choza.

Su alojamiento era inadecuado para la habitación humana. Sin duda, había ardillas en las vigas. Uf. Esperaba que los mapaches no estuvieran criando. Hacían un ruido infernal cuando lo hacían —un hecho que podría haber muerto felizmente sin saber.

—Mi tía la hizo barrer y ventilar antes de que vinieras. Anticipó que necesitarías tu propio lugar para dormir. La única otra opción era alojarte con Spencer y los otros chicos, pero entonces no podríamos estar a solas —Lizzie sonrió y pasó sus uñas por el pecho de Richard. Él supuso que era para hacerle anticipar las noches robadas en sus brazos, pero en su lugar, se estremeció.

Si pudiera elegir, el miembro de Richard se habría marchitado ante la vista de los pechos respingones de Lizzie. Su cuerpo, sin embargo, estaba acostumbrado desde hacía tiempo a las mujeres que buscaban calentar su cama por una noche. La fuerza de voluntad requería voluntad, y la suya había sido podada hasta la raíz después de su caída en desgracia. La determinación de Richard de asegurar su cómodo futuro después del inoportuno regreso de Edward había culminado en provocar el incendio que mató a su padre. El fuego había destruido la casa familiar en la ciudad y también había reducido a cenizas la voluntad de vivir de Richard.

De ahí su aceptación del decreto de destierro de su hermano. Se había presentado como una elección, pero Richard sabía la verdad. Edward le había dicho que saliera del país y no regresara.

De ahí que se juntara con Lizzie. Hasta la advertencia de Howard, Richard había vagado en un estado de feliz ignorancia. Pero ante la posibilidad de ser nombrado como demandado en un divorcio, Richard estaba decidido a romper con Lizzie. Solo necesitaba encontrar el momento adecuado para darle la noticia con delicadeza.

Esta noche no había sido el momento adecuado. Habían salido de Nueva York al amanecer, mucho más temprano de lo que Richard estaba acostumbrado a despertar, y caminaron hasta el muelle donde el marido de Lizzie amarraba su yate. Se había sentido agradecido al descubrir que su bolso había sido cargado en el barco de transporte general en lugar del ágil barco de placer de Arthur. Había vislumbrado al marido de Lizzie. El pelo claro de Arthur brillaba en la luz

brillante de la mañana. Era unos centímetros más alto que su esposa, cuyo cuerpo pequeño y delgado se inclinaba alejándose de Arthur como un junco en el viento.

Desde allí, había sido un corto viaje a Nueva Jersey. Rodearon el hombro de la isla y entraron en la bahía inferior que desembocaba en el Océano Atlántico. Richard miró fijamente la vasta extensión de agua resplandeciente.

Volveré a casa.

Cueste lo que cueste.

Al anochecer, aburrido, Richard salió de su alojamiento y se dirigió a la playa. Con la chaqueta colgada sobre un hombro, caminaba despreocupadamente. Una brisa marina alborotaba su cabello oscuro y ondulado como dedos de sirena. La boca de Richard se curvó en las comisuras en una sonrisa oxidada. Ya no sonreía a menudo.

Lizzie había tenido razón sobre tomar un descanso de la ciudad. Lizzie era perspicaz, a su manera.

—¡Richard!

Dos figuras femeninas entrelazadas emergieron del crepúsculo. El cabello de Lizzie era inconfundible. Caminaba del brazo con una mujer más alta que Richard al principio tomó por su tía. Eso parecía extraño. Lizzie y su tía nunca se habían llevado bien. A medida que se acercaban, se dio cuenta de que se había equivocado. La segunda mujer era alguien que no conocía, más cercana a la edad de Lizzie.

Esto también parecía inusual. Lizzie tenía muchos conocidos pero pocos amigos. Esta chica parecía tan abotonada como las matronas del círculo de los padres de Lizzie. Detrás de la pareja, seguía una figura vestida de negro. Una especie de carabina.

—¡Richard! —llamó Lizzie, soltando una mano del íntimo agarre que tenía sobre la recién llegada. Le saludó con la mano como si no se hubieran visto en años. Perplejo, Richard devolvió el saludo. Caminó sobre la arena granulada hacia ellas. Las conchas de ostras crujían bajo sus pies descalzos.

—Hola, Lizzie.

—Richard, permite que te presente a Miriam Walsh, mi amiga del internado.

Lizzie tramaba algo. Podía notarlo por la forma en que hablaba un poco sin aliento, animada por algo más que la refrescante brisa marina. Por la forma en que su lengua recorría fugazmente su labio inferior, dejándolo brillante de humedad.

Richard esbozó una reverencia.

—Es un placer conocerla, señorita Walsh.

—Igualmente —respondió la dama. Incluso en la playa donde el viento se llevaba las palabras en el instante en que se pronunciaban, podía escuchar la sensualidad en su voz. Le provocó un escalofrío por la espalda.

Miriam Walsh lo miró con enormes ojos grises de largas pestañas. Su mejilla se curvaba en un óvalo perfecto con una pequeña barbilla puntiaguda enmarcando bonitos labios de color rosa pálido. Todo el efecto estaba coronado por un remolino de rizos negros azotados por el viento que escapaban de su casual peinado.

La señorita Walsh es una diosa lunar, pensó Richard sin sentido. Sacudió la cabeza para aclararla.

—Miriam está aquí con su familia para el verano. De vacaciones. Qué encantadora sorpresa verte aquí, querida, querida Miri —Lizzie se aferró al brazo de su amiga.

—Lizzie, nadie me llama por ese apodo ya —respondió la señorita Walsh con una risa fácil.

—Bueno, yo sí —Lizzie agarró el brazo de su amiga un poco más fuerte, como si la señorita

Walsh fuera un ave costera que pudiera alzar el vuelo.

—¿Qué os trae a los Pinos? —preguntó Miriam. El retiro de la tía de Lizzie era conocido como los Pinos, una extensa propiedad reservada para los placeres del clima cálido.

—Liz...

Lizzie lo interrumpió con una risa.

—Lo mismo que trae a todos los demás, supongo. Escapar del calor del verano.

Richard frunció el ceño a su amante. Ella le lanzó una mirada dura y rápida que claramente decía *mantén la boca cerrada*. ¿Qué tramaba, de todos modos?

—Sí, tuve un descanso en mis negocios en la ciudad y decidí premiarme con unas breves vacaciones —explicó Richard. Podía seguir el juego de Lizzie un poco más.

—¿Cuánto tiempo se quedará? —preguntó Miriam.

Richard miró a Lizzie. —Unos días —respondió vagamente. Lizzie le lanzó una sonrisa rápida y brillante. Una sensación de malestar se instaló en su estómago.

—¿Y quién es esta encantadora joven? —Hizo una reverencia a la mujer que estaba a unos pasos de distancia. Le recordaba a un paraguas. Su vestido negro caía en pliegues desde la cintura. Su sombrero podría haber sido el mango con pomo. Su figura no tenía curvas discernibles, y su rostro era tan afilado como el de una bruja, aunque su piel permanecía sin arrugas. Ella lo miró con el ceño fruncido.

—Esta es la señora Kent, mi enfermera —explicó la señorita Walsh.

Richard la miró de reojo. —Parece usted bastante mayor para necesitar una niñera.

La joven se rio. —Iba por delante de Lizzie en la escuela. Mi salud no es tan fuerte como se podría esperar, así que la señora Kent me acompaña a todos lados.

Ciertamente, la señorita Walsh era de constitución fina y delgada como un junco, pero Richard percibió en ella una vitalidad que desmentía cualquier enfermedad. Sonrió con facilidad, un truco que había aprendido para llevarse bien en su país adoptivo. —A mí me parece fuerte.

Había sido lo correcto que decir. Los hermosos ojos de la señorita Walsh se iluminaron como mil estrellas.

—La señorita Walsh padece de asma. Cualquier ataque podría ser fatal —declaró la señora Kent con aire sombrío.

—Gracias, señora Kent, por su franqueza sobre mis asuntos privados —respondió la señorita Walsh con firmeza.

Richard aprobó esta reticencia. Le pareció muy inglés ser tan circunspecto. Decidió que le caía bien la señorita Walsh. Era la primera vez que recordaba haber sentido algo así por una estadounidense. En dos años de exilio había encontrado mucho que admirar, respetar y apreciar de ellos, pero aún no había conocido a nadie con quien sintiera el más mínimo parentesco.

Esto incluía a Lizzie, quien había estado inusualmente callada durante los últimos minutos.

—Mañana iremos a bañarnos al mar por la mañana. Mi tía está organizando una comida de ostras por la tarde. ¿Se unirá a nosotros, Lord Northcote?

Una vez más, Richard miró fijamente a su amante. —No soy Lord Northcote. No aquí. Soy solo Richard o el señor Northcote si debe ser formal.

—No seas tonto. Miriam, Lord Northcote está emparentado con la realeza. ¿Te lo puedes imaginar? —Lizzie soltó una risita.

Richard suspiró. ¿Qué demonios estaba tramando?

Lo más probable es que Lizzie estuviera intentando, de alguna manera indirecta, que él le propusiera matrimonio. Lizzie tenía la costumbre de ignorar asuntos prácticos aburridos, como los votos preexistentes que la ataban legalmente a otro hombre. Richard no tenía intención de

convertirse en el hombre al que ella ignorara, y mucho menos engañara.

—Por supuesto, estaré encantado de acompañarles —respondió finalmente Richard, ya que ella lo deseaba, y a Richard no le gustaba discutir con ella. Lizzie le guiñó un ojo. Richard negó ligeramente con la cabeza. ¿Qué pretendía? Volvió su atención a la señorita Walsh, quien había mirado hacia el mar, claramente avergonzada por la revelación de su condición. Innecesariamente. Richard intentó olvidar el hecho, por el bien de la señorita Walsh. Apenas importaba, al menos no para él.

—Maravilloso. Nos encontraremos en la playa a las once.

Richard se encogió de hombros. Haría lo que le dijeran, hasta cierto punto.

Las dos amigas se habían separado y estaban de pie a unos pasos de distancia. Agarrando el codo de Lizzie, Richard la apartó.

—¿Qué estás tramando?

—¿A qué te refieres? —preguntó Lizzie inocentemente.

—No te hagas la tímida. Sea lo que sea que estés planeando, déjame fuera de ello. —Hizo un gesto con la cabeza—. A ella también.

Lizzie agitó la cabeza. —Tienes una mente suspicaz esta noche, Richard. Te buscaré más tarde. Hablaremos entonces.

Richard la dejó ir. Sus ojos siguieron a la señorita Walsh mientras ella y sus acompañantes se alejaban lentamente por la orilla en penumbra hasta que se convirtieron en meras motas en el horizonte.

Cuatro

EL GOLPE en la puerta llegó cuando estaba a mitad de la botella de vino que había traído para acompañar su solitaria y bastante insípida cena. El pollo seco hizo que Richard añorara la fina cocina que había dado por sentada como hijo del conde y, durante quince años, su heredero. El vino tenía una acidez que hablaba de largos viajes y un pobre control de temperatura.

Su camisa colgaba suelta sobre su cuerpo cuando abrió la puerta. Lizzie puso sus pequeñas manos en su pecho y lo empujó hacia atrás dentro de la habitación. Richard siempre se sorprendía por la pequeña estatura de Lizzie, dada su enorme personalidad. La parte superior de su cabeza apenas le llegaba al hombro, sin embargo, él cedió cuando ella le dio un empujón final, haciéndolo caer de espaldas sobre la colcha.

—Si alguien nos atrapa, nuestros planes se arruinarán —le reprendió Lizzie.

—¿Nuestros planes? ¿Tenías pensado informarme de cuáles son esos planes?

Lizzie resopló. —Ya debes haberlo descubierto a estas alturas. ¿No es obvio? Le gustas a Miriam. Es rica, sobreprotegida y enfermiza. Podría morir en cualquier momento, y entonces todo su adorable dinero iría a un fideicomiso para sus primos. Créeme, sus primos son la peor clase de personas. Completamente indignos.

—Ese es asunto de la señorita Walsh y su familia —Se sorprendió por la pura avaricia que animaba a Lizzie. Las discusiones sobre dinero eran raras entre los caballeros ingleses. Los americanos eran francos sobre el tema, pero Lizzie se había inclinado hacia la franca vulgaridad.

—¿No crees que deberíamos tener su dinero? —susurró contra su piel.

Richard la apartó. Un silencio atónito se extendió entre ellos. —No, Lizzie, no lo creo.

—Piensa en la libertad que nos compraría, Richard. Ya no estaría bajo el yugo de mi marido. Si fuéramos independientemente ricos, podría pagarle a Arthur para que rompiera nuestro matrimonio. Tú podrías regresar a Inglaterra con la cabeza en alto. Tu desagradable hermano ladrón de títulos no podría decir nada contra ti como un hombre hecho a sí mismo que regresa de América.

—Un hombre hecho a sí mismo no hace su fortuna casándose con una inválida bajo falsos pretextos y esperando a que muera —respondió Richard secamente. Tenía orgullo, mucho, más del que era saludable.

—También tienes tu dinero del almacén —señaló Lizzie.

Como si eso equivaliera a algo.

Lizzie avanzó hacia él. Richard se sintió indefenso mientras ella terminaba de desabotonarle la camisa y se la quitaba de los hombros. Se quedó inmóvil, estoico, mientras ella le lamía un

pezón. Cuando ella presionó su mano contra su pecho, él sintió el pequeño cojín con total indiferencia. Lizzie era un súcubo, una hechicera salida de un cuento de hadas. Richard no la amaba, ni siquiera le gustaba. Tan insensible como madera muerta, se quedó allí mientras ella lo desvestía.

Por una vez, su cuerpo lo traicionó. El alivio inundó el cuerpo de Richard cuando no logró responder a su toque. Los ojos de Lizzie se entrecerraron cuando él la apartó y se cerró los pantalones.

Ella eligió ese momento para decir: —Estoy embarazada.

El corazón de Richard se detuvo ante las palabras de Lizzie.

—Encinta —repitió mientras su sangre se helaba.

—Sí —respondió ella—. Así que, ya ves, necesitamos dinero desesperadamente. Arthur me cortará el apoyo en el instante en que se entere. Sabe que no es suyo. Mis padres no van a ayudar. No puedo conseguir el divorcio sin fondos.

Richard se tumbó de espaldas y reflexionó sobre la vida que había llevado para llegar a estas circunstancias. No estaba en posición de proporcionarle a Lizzie la vida que ella creía merecer. Lo único de valor que Richard poseía era su nombre, y incluso eso era un fraude esperando ser descubierto.

Pero lo peor, la parte que lo hacía rabiar con fría furia contra su yo pasado, era que ahora había embarazado a la esposa legal de otro hombre. La serie de eventos desafortunados y pura mala suerte que lo plagaban había adquirido el hedor de la autodestrucción. No había esperanza de hacer pasar al niño como hijo legítimo de su esposo. Se preguntó cuál sería la elección más moral: abandonar a su hijo a una vida de pobreza y estigma o seguir adelante con el plan fríamente calculado de Lizzie para privar a una amiga enferma de su fortuna.

—¿Lo sabe Arthur? —Richard se cubrió los ojos con las manos. No podía permitirse la moralidad. La elección era entre su hijo y la encantadora mujer que había conocido durante unos minutos en una playa. La decisión se había tomado el día en que Lizzie se había lanzado a sus brazos para besarlo, y Richard no se había molestado en resistirse.

—No. Si se lo dijera, podría usarlo como excusa para mantenerme como su esposa. Quiero la anulación tanto como él —respondió Lizzie suavemente.

—¿Qué tienes en mente, Lizzie? —preguntó Richard.

Lizzie se apoyó sobre un brazo y le sonrió, trazando los remolinos de vello en su pecho con un dedo. —Es simple, en realidad. Arreglaré que te encuentres con Miriam algunas veces más. Tú concéntrate en encantarla a ella y a su enfermera, la señora Kent. Déjala sin aliento, como lo hiciste conmigo. A Miriam, no a la señora Kent, por supuesto. Luego propón matrimonio y espera su próximo ataque de asma. Cuando llegue, finge ser impotente. Miriam fallece trágicamente pero no de forma inesperada. Tú haces el papel de viudo afligido durante unos meses. Luego, nos casamos.

—Eso es asesinato —dijo él secamente, alejándose.

—No, es dejar que la naturaleza siga su curso. Como cuando provocaste el incendio y tu padre murió, seguramente no te culpas por eso, ¿verdad? —preguntó Lizzie con falsa simpatía.

—Sabes perfectamente bien que sí —Richard se maldijo por haberle contado a Lizzie sobre la razón de su destierro de Inglaterra. Había una lógica amoral en ello. Nunca accedería al plan de Lizzie, pero claramente ella se había aferrado a esto como su solución ideal y empujaría tan lejos y tan fuerte como pudiera para que sucediera.

Las palabras de Lizzie rebotaban en su mente mientras Richard trataba de procesar lo que ella quería y cómo podría salir de esto. Él no la había dejado sin aliento. Demonios, apenas había

mirado en su dirección cuando se conocieron. Una furia ardiente lo atravesó. Lizzie era una mentirosa. ¿Estaba tan desesperada por romance que un simple *hola, me llamo Richard* pasaba por romance, o Lizzie había estado planeando esto todo el tiempo?

—¿Y qué hay de Arthur? Él te quiere de vuelta —solo Dios sabía por qué. Richard habría dado cualquier cosa por sacar a Lizzie de su vida antes de este viaje. Había sido pura pereza y miedo a su prodigioso temperamento lo que le había permitido que ella permaneciera en su vida durante tanto tiempo. Una chispa de idea estalló en el cerebro de Richard como el destello de una cerilla.

—Averiguaré su precio —Lizzie se sentó a su lado en la cama, descaradamente desnuda. Richard se encontró examinando su cuerpo en busca de alguna señal de embarazo.

—Lizzie.

—¿Sí, cariño?

Había otra salida a este lío, una mucho más aceptable que dejar a su hijo a merced de Lizzie. Podría vencer a Lizzie en su propio juego. Cortejar a Miriam Walsh podría resultar entretenido si era la mitad de inteligente de lo que era bonita. Le daría todas las advertencias, todas las oportunidades para huir. Mientras tanto, Richard podría intentar convencer a Lizzie de que volviera con su marido. Su amiga estaría a salvo de sus maquinaciones.

Si la señorita Walsh no prestaba atención a sus advertencias, bueno, no había razón para que él tuviera que seguir adelante con la segunda parte del plan de Lizzie. Richard era lo suficientemente egoísta como para perseguirla sin intención de matarla. Todos decían que él velaba por sus propios intereses a costa de los demás, aunque Richard sabía que era más bien que no velaba por los intereses de nadie, ni siquiera los suyos propios.

Habiendo encontrado una salida a su enredo con Lizzie, Richard juró mantener a Miriam a salvo de cualquier daño si la chica era lo suficientemente tonta como para casarse con él.

—No podemos vernos de esta manera si quieres que tu plan funcione —dijo Richard lentamente. Afuera, los grillos cantaban. Un búho ululó en la distancia.

Lizzie parecía tan desconcertada como un cachorro perdido. El tipo de cachorro que parecía adorable, pero luego te arrancaba un trozo de carne a la primera oportunidad.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que no tendré ninguna posibilidad de seducir a la señorita Walsh si te aferras a mí como una enredadera.

Lizzie hizo un puchero con sus labios carnosos.

—Por supuesto, te daría el espacio que necesitas durante el día. Pero ¿por qué no querrías verme por la noche, discretamente?

Porque me das asco. Pero Richard difícilmente podía decirle eso a la madre de su hijo.

—Porque venir a mis habitaciones es la antítesis de la discreción. ¿Cómo crees que le sentaría a la señorita Walsh si se enterara de que una mujer visita mis habitaciones por la noche mientras yo estoy persiguiendo sus afectos?

Lizzie hizo un puchero.

—Sinceramente, no veo por qué importa.

Dios mío. Qué niña era Lizzie.

—Un caballero no corteja a una mujer mientras mantiene una relación pública con otra, Lizzie. Debo centrarme en la señorita Walsh si quieres que realmente la deslumbre —Richard eligió deliberadamente las palabras que la propia Lizzie había usado. Ella lo miró como si fuera un gusano tratando de escaparse de un anzuelo.

—Está bien. Pero quiero que me informes de cada paso mientras cortejas a Miriam —se

animó—. Sedúcela rápidamente, para que tenga que casarse contigo. Podríamos tener su fortuna incluso antes de que llegue el bebé. Una vez que estés casado, podrás usar su dinero como quieras.

Richard hizo una mueca.

—Sí. Pero tú no puedes.

Lizzie entrecerró los ojos mirándolo.

—Debes dejarme hacer esto a mi manera, o no funcionará.

—Está bien entonces. Por el bebé —alcanzó la botella de vino y la chocó contra su copa antes de dar un gran trago. Un reguero de carmesí se deslizó por la comisura de su boca como una gota de sangre. Richard reprimió un escalofrío.

—Mejor guarda eso ahora, ¿no crees? —preguntó con engañosa suavidad.

Lizzie se limpió la gota perdida.

—Oh, pónte así, entonces.

Agarró su vestido, claramente esperando que él corriera tras ella y calmara sus sentimientos heridos. Pero Richard simplemente observó desde la cama hasta que ella abrió la puerta, le lanzó una mirada de afrenta y la cerró de un portazo.

Richard casi deseaba que alguien hubiera escuchado la ruidosa salida de Lizzie. Cualquier cosa que pudiera frustrar este vil plan para robar la fortuna de la señorita Walsh valía la pena el riesgo. Agarró la botella de vino y se bebió los restos. El autodesprecio se agriaba en su estómago, caliente, duro y vacío.

Cinco

MIRIAM echó un vistazo rápido a la playa por centésima vez en otros tantos minutos. Sentada en una silla desvencijada sobre la arena, bajo una especie de tienda improvisada con un trozo de lino a rayas y pedazos de madera recogidos de la playa, dejaba que el viento agitara las páginas de su libro como las alas de un pájaro. Cada pocos minutos, la señora Kent se levantaba de un salto para asegurar un pliegue que la brisa había soltado. Miriam esperaba que el efecto fuera encantador, pues temía que toda la estructura se derrumbara y la asfixiara en cualquier momento.

Hundió los dedos de los pies en la arena como si pudiera enterrar su impaciencia. Hacía una hora que habían llegado para bañarse en el mar. En otra hora, su pequeño grupo partiría para disfrutar de una fastuosa comida al mediodía en un claro sombreado a poca distancia de su pensión. No había señales de Lizzie.

Tampoco había señales de Lord Northcote.

Miriam veía en su mente cómo el viento alborotaba su cabello oscuro. Imaginó la suave textura que sentiría si pasara los dedos por su melena y tragó saliva. Sus pómulos eran tan afilados como las conchas de ostra que le cortaban los pies en la playa rocosa. Detrás de sus pestañas, los ojos del hombre eran pozos de oscura promesa, tan ricos y tentadores como el chocolate.

Lord Northcote tenía un aire de misterio. ¿Qué hacía en Nueva York? ¿Estaba realmente exiliado, como Lizzie había afirmado?

¿Por qué le importaba?

No le importaba, decidió Miriam. No podía negar su fascinación, pero apenas sabía nada del hombre aparte de su nombre y que era lo que la señora Kent llamaría tan guapo como el diablo. La señora Kent tenía una visión puritana del placer. Incluso los placeres inocentes llevaban inevitablemente al infierno. Miriam sentía que el placer estaba ahí para hacer la vida interesante, y que ella no disfrutaba lo suficiente de él.

Miriam sentía como si hubiera pasado toda su vida esperando que algo sucediera. De niña, había anhelado jugar con otros niños. Había deseado desesperadamente trepar a los árboles, correr por la hierba y revolcarse como una mala hierba durante largas tardes sin responsabilidades. En cambio, sus caprichosos pulmones le exigían permanecer en el interior la mayor parte del tiempo. Para entretenerse, Miriam había leído los clásicos en latín y francés cuando se cansaba de leerlos en inglés. Cuando era posible, había seguido a su padre cuando iba a visitar los aserraderos que eran la fuente de la considerable fortuna de su familia. Había aprendido el lenguaje de los negocios de su mano, cuando otros niños trepaban a los árboles,

jugaban al escondite o a las pajitas.

Luego, la habían enviado a la escuela. Miriam había odiado el internado femenino. Al regresar a casa ese verano, había discutido con su padre, Livingston, por primera vez. El episodio había provocado un ataque de asma tan potente que Miriam casi muere. Un médico poco ortodoxo le había llenado el cuerpo de cafeína y extracto de belladona y le había salvado la vida.

Livingston Walsh, aterrorizado ante la perspectiva de perder a su hija, cedió y le permitió saltarse los dos años siguientes de escolarización. La señora Kent había llegado, y Miriam había ganado cierto grado de libertad para perseguir lo que le interesara intelectualmente. Lo que había perdido en privacidad con una acompañante, lo había ganado en movilidad física. Con la señora Kent a su lado, el padre de Miriam se había sentido más cómodo permitiéndole explorar el mundo.

La escuela resultó ser inesperadamente divertida la segunda vez. La señora Kent estaba instalada en la escuela, disponible pero sin seguirla como una sombra. En el dormitorio espacioso y estéril de las chicas, Lizzie, entonces de dieciséis años, había sido un faro de diversión, irreverencia y problemas. Era muy querida. Miriam se sentía tan agradecida por la inclusión de Lizzie en sus travesuras que apenas le había dado un momento de pausa cuando las cosas se salían de control.

Poco después de su tercer año, Lizzie había debutado en sociedad. En cuestión de semanas, se casó con el embelesado hijo mediano de la acaudalada familia Van Buren, sorprendiendo a todos. Sin embargo, solo meses después de su apresurada y fastuosa boda, Lizzie se había separado en privado de su marido. Desde entonces, Lizzie había bailado en los límites de la buena sociedad, ni lo suficientemente buena para ser plenamente aceptada ni lo suficientemente mal comportada para merecer una condena total, hasta que se había relacionado con el apuesto extranjero llamado Northcote.

Miriam escudriñó la playa de nuevo. No había hombres apuestos recorriendo la arena. Su señoría no vendría. Ahora que lo había conocido, Miriam entendía el riesgo que Lizzie había corrido. Arthur era agradable. Pero Richard era fascinante.

—Señora Kent, me apetece darme un baño en el mar —dijo.

Su acompañante levantó bruscamente la barbilla del libro que estaba leyendo, un libro de salmos, que aunque adecuado en su lugar, parecía demasiado serio para la playa.

—¿Está segura de que tiene fuerzas suficientes para resistir la marea?

—Sí, señora Kent. Estoy segura —Miriam se levantó y sacudió la arena de sus faldas. En su pequeña cala, debería ser perfectamente seguro. Se quitó el pañuelo y el sombrero y los dejó a un lado.

—Al menos póngase la cofia —le advirtió su guardiana.

Miriam suspiró. Obedientemente, se volvió a poner el sombrero de paja de ala ancha. Un pensamiento caliente y poco amable la atravesó. ¿Por qué no podía ser más como Lizzie, haciendo caso omiso de las convenciones más básicas? Miriam suspiró.

¿Por qué no podía Lizzie ser más como ella, obedeciendo incluso las reglas más intrascendentes? Con sus rasgos mejor repartidos entre ellas, podrían haber sido ambas mujeres perfectas, en lugar de dos completos fracasos de la feminidad apropiada.

La marea tiraba de sus faldas. Miriam se regocijó con el rocío del océano que humedecía sus mejillas y pestañas. Las gotas frescas revitalizaban su espíritu. Lizzie y otras amigas chapoteaban en el agua fresca, enfrentándose a cada ola que rompía en sus rodillas. Uno de los muchachos coqueteaba con Lizzie. La levantó y la arrojó a aguas más profundas. Lizzie salió a la superficie escupiendo agua.

—¡Miri! El agua está casi soportable, ¿no crees? —rio entre dientes. A Lizzie le castañeteaban los dientes.

—Quizás para los estándares del Atlántico —se rio Miri. Sus faldas estaban mojadas y pesadas alrededor de sus piernas. Por muy refrescante que fuera el agua salada, sabía que no se bañaría en el mar más que unos minutos más—. ¿Dónde está tu amigo extranjero?

La expresión de Lizzie se ensombreció.

—Hemos tenido una pelea. No sé si vendrá hoy.

Se echó hacia atrás y salpicó al muchacho que la había lanzado a la ola.

—¡Mocosa descarada! —gritó él, devolviéndole el chapuzón. Miriam se apartó. Un niño, de no más de ocho años, pasó nadando. Reconociéndolo, Miriam le agarró el tobillo. Él se dio la vuelta y se liberó de una patada, tirándola al agua.

Miriam se rio cuando salió a la superficie, sacudiéndose el agua de la cara. El sombrero había desaparecido, flotando a unos metros de distancia. El chico lo recuperó y lo lanzó a un amigo, que lo atrapó y fingió usarlo como un cubo.

—¡Cuidado!

Una gran ola la tomó por sorpresa. Miriam tropezó con sus faldas y cayó con un chapoteo. Lizzie flotaba en las olas a unos metros de distancia, con su pie descalzo apoyado contra el pecho de su nuevo chico. Aunque todos parecían más jóvenes mojados, Miriam calculó que el hombre no podía tener más de veinte años, apenas mayor que la propia Lizzie.

Flotando en el agua, Miriam sintió que el peso de sus faldas se aligeraba. Se arremolinaban en el limo arenoso agitado por las olas y los pies. Volvió su rostro hacia el sol. Lord Richard no vendría hoy. Al diablo con las pecas.

—¡Cuidado!

Miriam se hizo a un lado. El sombrero arruinado, ahora un juguete, cayó donde había estado su cara un momento antes. Lizzie rió histéricamente.

—¡Buena puntería, Spence!

—¡Esa era mi cabeza a la que apuntabas! —Miriam rió e intentó patear agua hacia él, pero se vio obstaculizada por sus faldas. Reconoció a Spencer Laughton como uno de los muchos primos lejanos de Lizzie. Los Laughton habían tomado un molino familiar y, a lo largo de dos generaciones despiadadas, lo habían convertido en una empresa que se extendía desde Chicago hasta Nueva York. La madre de Lizzie también era una Laughton.

—¡Sí, y te habría dado si Lizzie no hubiera gritado la advertencia! —Spencer se alejó salpicando, fuera de alcance. Una sombra oscura cruzó el rostro de Lizzie. Miriam se volvió para mirar por encima del hombro. Un hombre alto y bien formado, vestido de lino blanco, paseaba por la playa. Un escalofrío de anticipación recorrió a Miriam. Obligó su atención de vuelta a Lizzie.

—Hmph. Si cree que puede llegar tarde y fingir que todo está bien, Lord Presumido se llevará una sorpresa —Lizzie se dio la vuelta y se zambulló en el agua hacia Spencer. Salió a la superficie y lo besó directamente en los labios.

Un momento de asombro colectivo se apoderó de la playa. Incluso los ojos de Spencer se habían abierto como platos. Él era el único que parecía complacido. El niño más pequeño dio un grito de alegría, y el hechizo se rompió.

Miriam miró hacia la playa donde el inglés se había detenido. Desde esta distancia y con tan corto conocimiento, no pudo detectar ningún signo de irritación. En su lugar, se inclinó casualmente para recoger algo de la playa. Se sintió fría parada allí con el agua hasta los tobillos, así que salió salpicando y se dirigió hacia la orilla en dirección a su tienda. Para cuando se

derrumbó en su sombra, Miriam estaba jadeando. La señora Kent revoloteaba nerviosamente a su lado mientras extendían las faldas cubiertas de arena de Miriam para que se secaran.

—¿Puedo sentarme? —preguntó un hombre con una voz maravillosamente acentuada y grave. Miriam podría cerrar los ojos y escucharlo hablar todo el día. Su voz vibraba a través de ella. Miriam había estado esperando tanto tiempo a que algo le sucediera, y ahora comenzaba a preguntarse si Lord Northcote era eso. Lizzie había terminado con él. Ella misma lo había dicho. Seguramente eso lo hacía correcto, ¿no?

—Por supuesto —respondió Miriam como si no estuviera temblando en lino empapado y salpicado de arena. La señora Kent les lanzó a ambos una mirada fulminante y envolvió los hombros de Miriam con una manta calentada por el sol.

Él permaneció en silencio durante varios minutos.

—Supongo que Lizzie te ha dicho que ella y yo hemos tomado caminos separados.

—Sí, ha indicado algo así —Quizás era simplemente la dura luz de la playa, pero Lord Richard parecía extraño, su expresión dolida, su piel ligeramente cenicienta. Parecía una frase extraña: Supongo. Tal vez los ingleses tenían una forma ligeramente diferente de discutir asuntos delicados. Había oído que a los americanos se les consideraba demasiado directos. Lizzie más que la mayoría.

—Bueno. Es cierto —continuó, reclinando su peso sobre sus palmas. Lord Northcote poseía brazos admirables. Los suyos estaban marcados por músculos y salpicados de vello oscuro. Sonaba extrañamente resignado.

—¿No querías que terminara la relación? —preguntó Miriam con toda la delicadeza que pudo.

—Al contrario, estoy completamente complacido con ello —Lord Richard la miró—. Lizzie entra en la vida de uno como una de esas olas y se retira con la misma rapidez. Ahora soy libre de buscar una relación más cercana contigo, Miriam.

Miriam sintió que su corazón se hinchaba y latía erráticamente en su pecho.

—¿Conmigo? —finalmente chilló.

Las espesas pestañas del hombre bajaron y subieron como cortinas. Pequeñas arrugas aparecieron en las comisuras de sus ojos.

—Contigo, Miriam. ¿Qué crees que causó nuestra pelea? —Lord Northcote extendió una mano grande y cálida y envolvió sus dedos con los de ella. Colocó algo duro en su mano—. ¿Puedo visitarte esta noche, señorita Walsh?

—Sí —respondió Miriam sin aliento—. Sí, por favor, hazlo.

Lord Northcote se impulsó del suelo y se levantó con un movimiento fluido que hizo que el corazón de Miriam diera un vuelco. Hizo una reverencia y se alejó despreocupadamente, sin importarle la incomodidad que su presencia había traído a la playa pedregosa. Miriam abrió la mano y miró el objeto en su palma.

Una concha de ostra. Se suponía que las ostras eran afrodisíacas. Se suponía que las chicas inocentes no debían saber de tales cosas, pero ella estaba bien versada en los clásicos y a las chicas de la escuela les gustaba pasar material de lectura escandaloso. ¿Habría sabido Northcote que ella reconocería el significado, o Miriam estaba dando demasiada importancia al asunto?

—¿Señorita Walsh? —La señora Kent revoloteaba cerca—. Señorita Walsh, ya es hora de volver a nuestro alojamiento —La mujer mayor llevaba una expresión preocupada y tensa.

—No te agrada, ¿verdad?

—De hecho, me agrada, lo poco que sé de él. Pero no me agrada Lizzie y nunca me ha agradado, como bien sabes. Que él haya estado... —La señora Kent se interrumpió—. Si

estuvieron involucrados, entonces no habla bien de él. Tú mereces alguien que sea completamente honorable, no alguien que vaya de chica en chica en el espacio de una tarde.

El pensamiento revolvió el estómago de Miriam. Lizzie era muy divertida, pero descuidada con las consecuencias de sus acciones sobre los demás. Peor aún, tenía mal genio y una vena mezquina. Juntas, las mujeres desarmaron la tienda improvisada.

—¿No tienes problemas para respirar? —preguntó la señora Kent preocupada.

—No. El aire del mar es beneficioso.

—Señora Kent, me gustaría ver a Lord Richard de nuevo —dijo Miriam mientras sacudía la arena de sus faldas aún húmedas y aceptaba un pequeño montón de postes. Su enfermera se esforzaba por levantar el pesado rollo de lona de la tienda.

—Esta noche es el Baile Bajo las Estrellas de tu tía —resopló la señora Kent con cautela—. Espero que puedas bailar con el inglés antes de retirarte. Siempre hay más damas que parejas. Recuerda mis palabras, Miriam. Los hombres guapos no traen más que angustia.

Seis

MIRIAM HABÍA TRAÍDO pocos vestidos a la costa. Examinó críticamente sus opciones, pensando en las creaciones con hilos dorados y enjoyadas que colgaban en su armario en Cliffside, la residencia campestre de su padre.

—El vestido de seda gris te queda precioso —opinó la señora Kent.

Lord Northcote no había llamado. Miriam había escondido la concha de ostra junto a sus joyas de imitación para guardarla temporalmente. La sacaba cuando creía que su acompañante no la miraba para acariciar su suave interior. Un regalo cuyo significado era totalmente inapropiado para una mujer soltera. El médico y su padre le habían aconsejado no casarse. Un ataque de asma podría dañar al bebé o resultar fatal durante el parto. Miriam se rebelaba contra esta restricción. Un hombre que se había aliado con Lizzie parecía el tipo de hombre que podría ofrecerle una rebelión contra los estrictos límites de su vida.

—Creo que el rosa me sienta mejor. Me ilumina el rostro, ¿no crees? —preguntó Miriam, sosteniendo uno en alto. La suave luz del atardecer que se filtraba por la ventana le añadía un resplandor que normalmente no poseía.

—Los dos son preciosos. —La señora Kent claramente prefería el de seda gris. Miriam eligió el rosa de todos modos. La señora Kent se puso a arreglarle el pelo, entrelazando perlas de imitación en sus brillantes rizos oscuros. La señora Kent llevaba su habitual vestido negro sin forma. A su lado colgaba el estuche de cuero que el médico le había dado para ayudar a Miriam durante un ataque de asma. Contenía un cuenco ligero, un frasco de agua caliente que la señora Kent renovaba diligentemente antes de cada salida, y frascos de sustancias repugnantes. Aunque Miriam odiaba el constante recordatorio de sus limitaciones físicas, amaba a la señora Kent, que había sido más madre para ella que la suya propia, a quien no recordaba.

La música se derramaba sobre la terraza de la fiesta. Cada verano, la tía de Lizzie organizaba una gala en la costa. Había baile, ponche y un cerdo asado al espetón. El ponche estaba generosamente mezclado con alcohol, y el año pasado incluso la señora Kent había disfrutado de una copa o dos. Miriam se quedó con su familia en el borde de la fiesta, escudriñando entre la multitud en busca de Lord Northcote. Por segunda vez ese día, no se había unido a la celebración. Quizás no sabía que estaba invitado. Qué solitario debía sentirse al quedarse fuera de las festividades, especialmente tras su separación de Lizzie.

Miriam bebió un sorbo de ponche. Al ver a Lizzie con el brazo de Spence sobre su hombro entre bailes, se acercó decidida.

—Lizzie, odio tener que preguntar, pero debo hacerlo. ¿Dónde se aloja Lord Northcote?

—En la cabaña —respondió Lizzie, con un brillo en los ojos—. ¿Por qué lo preguntas?

—Bueno, estaba pensando. Si vino aquí por ti, y ahora ustedes dos han terminado, quizás no sepa que todos son bienvenidos al Baile Bajo las Estrellas. Alguien debería decírselo, ¿no crees?

—Si quieres decírselo, adelante, Miriam. Creo que apreciaría la compañía. —Lizzie se volvió hacia Spencer y lo besó. ¿Cuánto tardaría en llegar a oídos de Arthur la noticia de su más reciente aventura?

No era asunto suyo. Miriam se apartó de la escena y se alejó apresuradamente de la fiesta. El exterior encalado brillaba bajo la luz de la luna creciente. Antes de que pudiera pensárselo dos veces, recogió sus faldas y subió los escalones de un salto. Llamó con fuerza a la puerta. El sonido de pasos sobre las tablas del suelo indicaba que había alguien dentro. Su corazón le saltó a la garganta cuando la tosca puerta se abrió con un chirrido.

—Hola, señorita Walsh.

Miriam tragó saliva. Lord Northcote acababa de terminar de afeitarse. Reconoció el aroma de su jabón, además de que el hombre estaba desnudo de cintura para arriba, con la camisa descuidadamente arrojada sobre una silla cercana. Una vela solitaria en una cúpula de cristal parpadeaba junto al lavabo.

—Yo...

—¿Le gustaría entrar a tomar una copa de vino? Como puede ver, aún no estoy listo para el entretenimiento de la noche. —Sus ojos oscuros la desafiaban a la maldad. Mareada, Miriam sostuvo su mirada. Él sonrió con suficiencia y le dio la espalda, ofreciéndole una vista completa del juego de sus músculos y la hendidura de su columna. Los anchos hombros de Richard se estrechaban hacia unas caderas delgadas y dos firmes glúteos redondeados. Miriam exhaló ante la idea de agarrarlos con ambas manos mientras él... hacía cosas poco caballerosas entre sus muslos. Los detalles específicos de lo que haría allí permanecían vagos en su imaginación. Miriam se había horrorizado cuando la señora Kent le había explicado la mecánica de la sexualidad. Sin embargo, la idea de entrelazar sus cuerpos de repente adquirió un atractivo visceral.

Dentro de la pequeña cabaña, una botella de vino reposaba sobre la mesa. Solo había una copa, con un anillo rojo en el fondo. Lord Richard vertió agua en el recipiente, la agitó y limpió el borde con un trapo.

—Sí. Por favor. —Miriam necesitaba la copa de vino, después del cálido rubor de deseo que la dejó con las rodillas débiles. Era profundamente consciente de que había roto todas las reglas al venir aquí—. ¿Puedo tomarla en el porche mientras usted termina sus preparativos?

—Por supuesto. Admiro su sentido de la propiedad, señorita Walsh. —Richard regresó y le pasó la copa a través de la puerta. Sus dedos se rozaron cuando ella aceptó el recipiente. Otra oleada de deseo recorrió su brazo como una piedra arrojada a un estanque ante el leve contacto —. No estaba seguro de si sería bienvenido en la fiesta de esta noche.

—Lo es. He venido personalmente a invitarlo al baile. —Miriam pensó que sus palabras sonaban fluidas considerando el tumulto que hacía temblar el líquido rojo en su copa debido a sus dedos débiles.

—Entonces asistiré, señorita Walsh, con una condición. Debe prometerme un vals.

Miriam se estremeció.

—Por supuesto.

Volvió al exterior y sostuvo la copa de vino con inestabilidad. Miriam podía imaginarse prometiéndole a Lord Northcote cualquier cosa que le pidiera.

Richard guardó silencio mientras caminaban por el sendero. Los sonidos de alegría resonaban en la noche: ladridos de risa, el flujo y reflujo de voces en conversación. Entrelazados con los sonidos había melodías de música.

Antes de que alguien pudiera verlos, Richard se adelantó y le tiró de la mano.

—Espere. Debería entrar primero. No necesito cargar con la culpa de empañar su impecable reputación, señorita Walsh.

—Confieso que me conmueve su preocupación por mi bienestar, Lord Northcote —respondió ella sin aliento.

—No me llame así.

—¿Cómo debería llamarte? —preguntó Miriam, acercándose más a su cuerpo fuerte. La presión firme de sus muslos contra sus faldas le provocó una sensación de cosquilleo en el vientre.

—Richard. En realidad, solo me llaman lord por cortesía. —Su brazo la sujetaba por la parte baja de la espalda. Demasiado familiar, pero demasiado delicioso como para hacerle parar. Una cálida brisa veraniega acarició su piel expuesta en el escote de su modesto vestido juvenil y sus antebrazos, pero hizo poco para aliviar el calor en sus mejillas.

—¿Qué significa eso exactamente? —preguntó ella.

—Significa que no corro peligro de heredar un título. Solo me llaman lord porque tuve la gran fortuna de nacer de un conde —explicó en un tono aburrido. Richard debía haber intentado explicar esto a muchos de sus compatriotas.

—Entonces, ¿por qué no serás conde algún día? ¿No es así como funciona? —Después de que ocurriera lo impensable. Miriam se estremeció ante la idea. Esta no era una noche para invocar a la muerte.

—Porque solo hay un condado, y tengo un hermano mayor que lo ha heredado —respondió Richard pacientemente.

—Oh —replicó Miriam, sintiéndose pequeña. Por supuesto, solo habría un único heredero. La primogenitura no era la ley aquí como lo era en Inglaterra, pero había leído sobre ello.

—La única manera en que puedo convertirme en conde es si mi hermano y su hijo recién nacido perecieran —continuó Richard—. No soy un monstruo como para desear la muerte de un bebé. —Hizo una pausa—. Aunque sin duda algunos me describirían como tal.

—¿Por qué? —preguntó ella. Pero él solo le lanzó una mirada de reojo y suspiró.

Miriam sintió que debía ofrecerle algo a cambio de su confesión pesarosa. —Puedes llamarme Miri si quieres. Solo mi padre y Lizzie lo hacen ahora. Aunque suena infantil.

—No estoy de acuerdo. Es hermoso y perfectamente adecuado para una diosa de la noche. —Le acarició la mandíbula con el dorso de un nudillo. Ella levantó su rostro hacia él y encontró a Richard mirándola con una mirada velada e ilegible. Miriam desvió la mirada.

—Nunca tuve un apodo. —Su brazo se apartó de su cintura y continuaron caminando por la playa como si el momento íntimo no hubiera sucedido. Miriam habría llamado tristes a sus palabras, pero el lamento en su voz transmitía demasiado dolor crudo para una descripción tan tibia.

—¿Ni siquiera Richie, de pequeño? —preguntó ella.

Richard se encogió de hombros. —Supongo que nadie se preocupó lo suficiente como para darme uno. Mi hermano mayor me llamaba Itchy cuando éramos pequeños. Apenas tenía dos años cuando yo nací y apenas podía pronunciar mi nombre.

Miriam soltó una risa ahogada. Sus manos volaron a sus labios. El horror la invadió. ¿Qué pensaría él?

Richard también se rio. El alivio la invadió como un viento invernal del río Hudson.

—¿Rich? —Miriam probó el nombre y decidió que no le gustaba.

—Inapropiado, porque soy tan pobre como un ratón de iglesia.

—Oh. —Miriam no tenía idea de qué decir ante esta revelación. Ella nunca había sido pobre. No podía imaginar cómo sería su vida si no tuviera amplios recursos para pagar su alojamiento, bellos vestidos, una enfermera de tiempo completo y los mejores médicos de América, junto con visitas a la costa cada vez que su salud se volvía delicada. El trabajo físico no era una opción. La mataría en poco tiempo si lo intentara. Incluso con el agradable aire marino, chapotear en aguas poco profundas le había robado el aliento. ¿Cómo sería perder su fortuna y su familia en un solo golpe de mala suerte?

Se quedaron allí en las sombras de la fiesta, observando.

—¿Te gusta trabajar? —preguntó Miriam, tontamente.

—En realidad, descubro que sí. No fue hasta que vine a América que aprendí a valorar el esfuerzo físico. En Inglaterra, la clase alta generalmente desprecia el trabajo. Injustamente, como estoy empezando a entender —respondió después de un momento. A ella le gustaba su reflexividad.

—A veces trabajo para mi padre. Cosas pequeñas, como investigar inversiones. —Miriam no mencionó la sustancial pila de dinero que había amasado invirtiendo su propio dinero. Su único acto de rebeldía había sido abrir una cuenta a nombre de Marshall Walsh, que mantenía independientemente, con la aprobación y asistencia ocasional de su padre—. Cosas que no desencadenan mi asma.

—¿Es difícil vivir con una condición delicada? —preguntó Richard.

Lo último que Miriam quería era su lástima. —No es nada si lo manejo. No puedo hacer ejercicio en gran medida. Sobreexigirme siempre desencadena un episodio. Es peor a finales del verano y en otoño, por eso paso tanto tiempo en la costa. Eso y, por supuesto, es tan maravillosamente agradable aquí.

—Lo es, verdaderamente. No esperaba un lugar tan salvaje —comentó Richard. Sonaba sincero.

—¿Son ciertos los rumores? ¿Tu hermano te envió al exilio? —La pregunta brotó de Miriam. Se tapó la boca con la mano—. Me he excedido. No puedo comprender tal cosa. ¿Cómo podría un hermano hacerle eso a su propio hermano? Me habría encantado tener una hermana o un hermano mientras crecía...

Miriam se interrumpió cuando Richard le tomó la barbilla. La miró a los ojos durante un largo minuto. Ella encontró allí una tristeza que le heló el corazón.

—Es cierto.

—¿Por qué? —susurró Miriam. Un susurro de miedo recorrió sus nervios. No conocía a este hombre y tenía poca experiencia con hombres fuera de su padre y su rudo grupo de socios comerciales o los exageradamente educados habitantes ricos de Nueva York. La gente de Lizzie.

—Porque maté a mi propio padre —respondió Richard.

Miriam tragó saliva. Él lo vio y sonrió, no amablemente. Como un lobo cazando a su presa.

—Soy un hombre muy malo, Miriam. Si yo fuera tú, correría muy, muy lejos de mí, empezando ahora mismo. Porque si no te vas ahora, no voy a ser capaz de resistirme a besarte. Considérate advertida.

Miriam no movió un músculo. En su lugar, se lamió los labios en anticipación.

Cuando inclinó la cabeza hacia ella, olía a jabón de afeitar y especias. Su roce era ligero como una pluma, apenas un roce de sus labios contra los de ella. Estaba esperando que ella saliera corriendo. Miriam no esperó a que él tomara el control. Sus manos se elevaron para enredarse en su cabello oscuro y espeso. La piel de Richard era suave contra la suya mientras ella presionaba sus labios torpemente contra los de él.

Era su primer beso, y él lo hizo perfecto. El brazo de Richard rodeó su cintura, atrayéndola contra su cuerpo firme. La atrajo más cerca de lo que Miriam jamás había estado con ningún hombre, y por un momento el contacto desconocido la hizo tensarse.

—¿Debería parar? —murmuró contra su mejilla.

—No. Continúa, por favor. —Después de todo, Miriam podría no tener otra oportunidad de sentirse sin aliento y ansiosa mientras sus pechos rozaban su camisa. Los pantalones de Lord Northcote susurraban contra la fina tela de sus faldas. El mundo se retiró a un capullo mágico con espacio solo para ellos dos y el aire nocturno.

Su primera aventura con el amor se sentía embriagadora y maravillosa. Cuando él movió sus caderas y la guió en un baile nebuloso y cambiante bajo las estrellas, besándola languidamente todo el tiempo, Miriam se relajó contra su cuerpo ancho y fuerte. Las olas del océano retumbaban en la distancia. La música flotaba en el aire desde el balcón de arriba. Para cuando la última nota se había desvanecido en el silencio, estaban tan entrelazados como dos personas podían estarlo con su ropa aún más o menos en su lugar.

A pesar de su advertencia de que era un hombre malo, el toque de Richard era completamente gentil, dejando a Miriam desesperada por más. Ella separó sus labios y experimentó una sacudida de deseo lascivo cuando la lengua de Richard invadió su boca. Miriam se deleitó en el beso, explorando el juego sensual de su lengua, inhalando su aliento y el calor de su piel mientras se mecían suavemente bajo la luz de la luna. Miriam nunca se había sentido tan delirante. Apenas había probado el vino. No estaba ebria de nada más que de la presencia de un aristócrata inglés empobrecido que afirmaba ser muy malo, pero que se sentía maravilloso de verdad.

—Desearía que esto pudiera continuar hasta el amanecer —dijo finalmente con voz ronca—. Pero la fiesta está terminando. Te echarán de menos. Debo devolverte con tu gente.

—La señora Kent estará aterrada —reconoció Miriam con vergüenza sin aliento.

Él sonrió, sosteniendo sus hombros con grandes manos cálidas. Miriam besó sus nudillos. Él sonrió y tocó su mejilla.

—Dile que iré a visitarte.

Miriam se sintió mareada. —Adiós al chico malo Itchy —se rió—. Eres todo un caballero.

Richard frunció el ceño.

—Oh. Me disculpo. Olvidé que no te gustaba el apodo. Bueno, Richard. Me importas lo suficiente como para darte un apodo. Dame un poco de tiempo y encontraré uno mejor que Itchy.

Él se rió. —Ve ahora. Las jóvenes no deberían estar afuera nombrando criaturas que encuentran en el bosque a medianoche. Podrías encontrarte con una mascota que no habías anticipado.

Miriam se rió de nuevo. —No soy supersticiosa. —Recogió sus faldas a su alrededor mientras se abría paso entre los arbustos. Richard había dicho que la visitaría, y Miriam le creyó. Esto tenía que ser. El comienzo de su vida real, su gran y magnífica aventura. Su *algo más*.

Siete

LA HABÍA ADVERTIDO, y aun así ella no había huido. O la señorita Walsh no le había creído, o se consideraba más inteligente que la chica promedio. Richard maldijo a Miriam Walsh por tonta.

Eso no disminuía en absoluto el recuerdo del abrazo inocente de Miriam.

Su cuerpo esbelto se había ajustado perfectamente al suyo. Era lo suficientemente alta como para apoyar su pálida mejilla en su hombro de una manera que le recordaba esos raros momentos postcoitales en los que había tolerado la cercanía de una amante. Debía estar más dolido por las manipulaciones de Lizzie de lo que creía si el suave cabello de Miriam contra su barbilla le había dado tanto consuelo.

Como si la hubiera conjurado con el pensamiento, la figura menuda de Lizzie apareció de la oscuridad. De nuevo, vestía de blanco. Richard quería estrangularla por ser tan imprudente.

—¿Richard?

—Vete, Lizzie —tenía la obligación de mantener a su hijo. No pretendía dejar que su impulsividad arruinara sus planes, por desagradables que le parecieran.

—Richard, ¡lo estás haciendo brillantemente! ¡Miriam ya está a medio camino de enamorarse de ti! —Lizzie saltó y aplaudió como una niña pequeña. Richard tenía algunas dudas al respecto. Miriam parecía estar encaprichada con él por razones propias.

Se acercó a él dando brincos, y Richard percibió un olor a alcohol. Repentinamente furioso, Richard bajó pisando fuerte los escalones del porche y la agarró bruscamente del brazo.

—Si te emborrachas de nuevo, te encerraré durante todo tu embarazo —aunque nunca había prestado mucha atención al problema, incluso Richard había oído hablar de mujeres en el barrio bajo de St. Giles en Londres que bebían en exceso y daban a luz a bebés pequeños y enfermizos que no prosperaban. Los que sobrevivían se convertían en adultos lentos.

—No tienes derecho —gruñó ella—. Solo Arthur puede encerrarme contra mi voluntad, y eso solo mientras siga siendo mi marido.

Lizzie lo miró con expresión terca. Su rostro de zorra lucía un chichón en la frente y el comienzo de un moretón bajo su ojo izquierdo.

—¿Qué demonios ha pasado, Lizzie?

—Yo... —intentó zafarse. Richard le apretó el brazo con más fuerza.

—Me estás haciendo daño, Richard —se quejó.

—Estás herida. Dime qué ha pasado. Ahora.

—Me caí de la barandilla del porche esta noche en el baile —Lizzie hizo un puchero, apartando la cabeza.

Richard maldijo.

—¿Es el mismo chico con el que te estabas restregando en el agua hoy?

—¿Estás celoso? —preguntó ella con coquetería por encima del hombro.

—Por supuesto que no. Lizzie, ya no estamos juntos. Haré lo que deba para asegurar que nuestro hijo tenga ingresos y un futuro, pero no puedo ni voy a casarme contigo.

Lizzie pareció conmocionada.

—Pero me amas. Me adoras. Lo dijiste...

Richard negó con la cabeza.

—Nunca he dicho que te amara. Esa siempre fue tu interpretación. Terminamos en el momento en que me chantajeaste para seducir a Miriam Walsh.

—¿Chantaje? —la boca de Lizzie quedó boquiabierta—. ¡No hice tal cosa! Deberías estar agradecido de que te esté dando una familia —Lizzie le pinchó el pecho con un dedo diminuto pero dolorosamente puntiagudo—. No es como si tu propia familia te quisiera.

Sus palabras lo atravesaron.

—Legalmente, tú eres la familia de Arthur, al igual que tu hijo —Richard se estremeció cuando un golpe aterrizó en su plexo solar. Atrapó el puño de Lizzie en el suyo mientras una calma helada descendía sobre él. Los últimos días habían sido esclarecedores. Ahora podía ver la profundidad de la ambición de Lizzie y su falta de remordimiento por el daño que dejaba a su paso. Sin embargo, Lizzie era la mujer que merecía. Cada paso que había dado en su vida había llevado a Richard a este momento: chantajeado para seducir a una mujer desprevenida para poder aprovecharse de su fortuna.

Lizzie se liberó de su agarre, trayéndolo de vuelta al presente. Richard la dejó ir. Ella se echó hacia atrás y lo golpeó tan fuerte y tan abruptamente que Richard se mordió la lengua. La sangre goteó de la comisura de su boca. Richard tocó el punto y encontró rojo brillante en sus dedos.

Escupió.

Ella estaba allí de pie, furiosa y sacudiendo su mano.

—Ay.

Richard sonrió mientras el rojo se deslizaba por su barbilla y goteaba sobre su camisa.

—Me gusta Miriam. Creo que podría cortejarla en serio —declaró. Miriam Walsh era un millón de veces más atractiva que la antigua amante de la que no podía librarse—. Parece una mujer que vale la pena amar.

Richard miró fijamente a Lizzie hasta que ella retrocedió un paso, con un ojo bien abierto y el otro hinchándose.

—Estás loco —declaró Lizzie, todavía frotándose los nudillos—. Miriam nunca sería tan estúpida como para enamorarse de verdad de un fraude sin dinero como tú. Es brillante. Invierte en la bolsa bajo un nombre falso. Tiene miles de dólares propios, como si ser la única heredera de su padre no fuera suficiente buena fortuna. Dudo que le importara si me pasaras una cantidad considerable para pagar por el bebé que compartimos.

Parpadeó como un basilisco, una señal segura de que estaba mintiendo sobre algo. Pero, ¿qué parte de su declaración?, se preguntó Richard.

—Ruego que tengas razón, Elizabeth Van Buren. Porque si Miriam es lo suficientemente tonta como para dejarme entrar en su corazón, tengo la intención de casarme con ella. Si llegara a celebrarse una boda, te mantendré a ti y a nuestro bastardo. Sé exactamente de lo que eres capaz, Lizzie. No me obligues a quitarte al niño.

Como si Richard supiera qué hacer con un bebé, más allá de contratar a una niñera.

—No le quitarías el bebé a su madre —susurró ella.

—Sí, lo haría. Si tu marido logra ganar su anulación, por supuesto que lo haría. No puedes mantener al niño tú sola.

Richard no sentía ningún escrúpulo en advertir a Lizzie. Había sido necesario llegar al fondo del mar de la desesperación, pero ahora que Richard había tocado fondo, no tenía más remedio que ir hacia arriba. Hacia la luz. Buscando aire. Por la pequeña criatura que había engendrado, estaba decidido a hacer lo correcto a partir de ahora.

Lizzie giró sobre sus talones y salió dando un portazo de su pequeña y destartalada cabaña.

—Adiós, Lizzie —gritó Richard tras ella, burlándose.

Por fin era libre. Bendita libertad del mal café, los lloriqueos manipuladores y el miasma de escándalo que seguía a Lizzie dondequiera que iba. Richard durmió más profundamente esa noche de lo que lo había hecho en años.

Su paz no iba a durar. Poco después del amanecer, Richard se despertó con golpes en la puerta de su cabaña.

—¡Abra, Lord Abusador de Mujeres! *Pum, pum, pum*. ¡Abra esta puerta y pelee con un hombre de su tamaño!

Soñoliento, Richard se metió las piernas en los pantalones. Si hubiera estado bebiendo, quizás no habría respondido, pero como por una vez no tenía resaca, Richard se sintió perfectamente despierto en cuestión de segundos. Se frotó la cara y encontró un copo de sangre seca del golpe directo de Lizzie la noche anterior.

—¡Sal aquí, cobarde! —gritó un joven.

Richard abrió el frágil pestillo y salió a la pálida luz de la mañana, descalzo y sin camisa. Un muchacho con orejas ligeramente grandes y la prominente nuez de Adán de la juventud retrocedió varios pasos.

Al pie de las escaleras había cinco o seis espectadores. Una de ellos era Lizzie. Parecía tener resaca y estar miserable. El leve moretón en su ojo se había convertido en una impactante combinación de violeta y verde. Un bulto en su línea del cabello era una fea masa moteada. El ojo no dañado de Lizzie estaba inyectado en sangre, ya fuera por las lágrimas o por el vino, o ambos.

El chico alto señaló a Richard con el dedo.

—Tú le hiciste esto.

Se giró y apuntó con el dedo en dirección a Lizzie. Ella no se encontró con la mirada de su supuesto protector, pero se mantuvo desafiante a unos metros de distancia, retándolo a contradecir la acusación. Richard asimiló esto por un momento. ¿Era posible que Lizzie sintiera algo de vergüenza por su descarada mentira?

Richard empezó a reír. Soltó una risita, calentando. Luego soltó una carcajada. Mientras la risa lo dominaba, el chico lanzó un gran puñetazo hacia la cara de Richard.

Richard estaba listo para él. Levantó una pierna, disparó su pie directamente al pecho del chico y lo envió rodando escaleras abajo hacia el mantillo.

—¡Spence! —gritó Lizzie. Otra chica la retuvo.

—Le diste a Lizzie ese chichón y el ojo morado a juego cuando la tiraste del porche ayer por la tarde. —Richard bajó cautelosamente del porche mientras Spencer se ponía de pie.

Spencer volvió a lanzar un golpe y falló. Richard nunca había sido un camorrista, pero estaba entrenado en boxeo. También era veterano de más que su cuota de peleas de taberna. Había aprendido por dolorosa experiencia que los americanos no peleaban limpio. Peleaban para ganar. Ese conocimiento duramente adquirido lo había llevado a Howard, después de todo.

—Lizzie dice que la golpeaste después de una pelea anoche. —La chica que sostenía el brazo

de Lizzie habló, aunque Richard escuchó duda en su voz.

—La pelea es verdad. Nada más —respondió él, bajo y seguro.

—¡Cómo te atreves a llamar mentirosa a mi dama! —Spencer se abalanzó y esta vez alcanzó a Richard con un golpe de refilón en el hombro. Al instante, otros dos chicos estaban sobre ellos, con Richard tratando de defenderse y atacar simultáneamente desde todos los frentes. Richard agarró a un muchacho más bajo por el cuello y lo usó como escudo.

—¡Cobarde! —gritó el tercer chico, robusto y con acné.

Para entonces habían atraído a una audiencia. Lizzie gimoteaba indefensa y se encogía en el cuerpo de su compañera. Richard sintió un destello de rabia por la forma en que ella usaba a la gente. Todo tenía que ser a su manera, y ella debía ser el centro de atención a toda costa. ¿Cómo había caído tan bajo como para involucrarse con una narcisista y malcriada como ella?

Nunca más. Se acaba aquí. Ahora.

Con un gruñido, Richard arrojó al chico cautivo contra el Cara de Granos. Ambos cayeron al suelo en un montón retorciéndose. Richard levantó las manos para protegerse la cara. Spencer se balanceaba sobre las puntas de los pies, cauteloso ahora que se daba cuenta de que su oponente tenía tanto habilidad como fuerza de su lado.

Richard fingió y lanzó su puño. La cabeza del chico se echó hacia atrás. La sangre brotó. Richard no cedió. Enterró un puño en el medio del muchacho. Doblado, su trasero era un blanco fácil. Richard colocó un pie en el trasero del chico y lo envió rodando al montón de hombría subdesarrollada.

Richard avanzó hacia Lizzie. Ella se encogió lastimosamente. Hizo que Richard se sintiera como un monstruo. Sin embargo, él no era quien había usado a un posible hijo como palanca en un plan para engañar a su amigo. Todo eso había sido cálculo de Lizzie.

—No vuelvas a mentir sobre mí —advirtió Richard suavemente—. No soy tu juguete. No soy tu amante. Ni tu amigo. Ni tu enemigo. Déjame en paz. Hemos terminado.

Dio media vuelta. Miriam Walsh estaba al borde de los espectadores, observando la escena con sus ojos grises abiertos de asombro. Richard sacudió su mano magullada mientras caminaba hacia ella. Le agarró la barbilla con suavidad pero firmeza. La mirada de Miriam nunca vaciló. Ella no se inmutó cuando él se inclinó para besarla. La emoción de besar los finos y dulces labios de Miriam, mezclada con la adrenalina de la pelea a puñetazos, le llegó directamente a la entrepierna. Era hermosa, y Richard la deseaba. Como botín, como mujer, no importaba. A cualquier precio.

—Regreso a la ciudad de inmediato. Te llamaré cuando vuelvas —dijo, alejándose.

—Sí. Me gustaría eso —respondió Miriam sin dudarlo.

Tanto para su supuesta brillantez, se burló Richard mentalmente. Miriam era demasiado tonta para entender que aunque él hubiera terminado con Lizzie, eran de la misma calaña. La tendría porque podía, y porque sus labios eran seda contra los suyos, y le gustaba cómo sabía. Richard subió trotando las escaleras hacia su cabaña. El murmullo de susurros ondulaba como olas tras él, todo un escándalo andante como la mujer que despreciaba.

Ocho

AL DÍA siguiente de su regreso de la playa, Miriam se dirigió al centro de la ciudad, al modesto New York Stock and Exchange Board. El empleado detrás del mostrador frunció el ceño. Sus cejas parecían dos orugas retorciéndose a través de su rostro para encontrarse sobre el puente de su nariz.

—Usted otra vez.

—Así es —respondió Miriam alegremente—. Después de todo, estoy registrada en la cuenta.

Se abstuvo de decir que era su cuenta, aunque lo era. Todos los miles de dólares que había acumulado a partir de la pequeña inversión inicial de su padre hace varios años eran suyos para disponer como quisiera. Lo que más le gustaba hacer a Miriam era multiplicar su dinero. La composición de números la calmaba y emocionaba al mismo tiempo. Esto era independencia. Significaba que podía ejercer cierto grado de elección sobre su propio destino. No podía cambiar el hecho de su asma. No es que tuviera intención de dejar a su padre o a la señora Kent. Pero el recuerdo de dos ojos marrones hizo que su abdomen se volviera cálido y suave.

—¿Qué quieres negociar esta vez? —espetó el empleado. Había una placa en el escritorio que decía *Sr. Featherstone*—. Supongo que no has decidido seguir mi consejo y ponerlo todo en ferrocarriles.

No exactamente. Miriam tenía suficientes acciones ferroviarias, la mayoría en Inglaterra, pero una parte invertida en un nuevo proyecto al otro lado del río en Nueva Jersey. Para decepción del Sr. Featherstone, ella continuaba vendiendo cuando subían y comprando acciones a la baja. Los últimos años habían dejado a muchos inversores tambaleándose mientras los auges y caídas sacudían el mundo de las inversiones, pero Miriam había ideado una estrategia para manejar los choques. No implicaba aceptar consejos de hombres arrogantes y extraños que pensaban que sabían más que ella.

—Sr. Plumas —comenzó con toda la tontería que pudo reunir—. Esperaba que pudiera aconsejarme sobre si la carne ha subido o bajado en las últimas semanas.

—Cayendo como una roca —luego, entre dientes, agregó—: No es que una mujer deba prestar atención a tales cosas. Y es Feather*stone*.

—Oh, por supuesto —Miriam soltó una risita, interpretando a la idiota que definitivamente no era—. No presto atención a cosas complicadas como comprar bajo y vender alto. Como mujer, no se puede esperar que sepa la diferencia entre arriba y abajo. Solo soy la mensajera — Miriam se encogió de hombros. Las cejas del empleado parecían arrastrarse por su frente mientras escribía las órdenes. Pasó los papeles por el escritorio para que ella los firmara.

—¿Por qué diablos estás comprando carne? Te dije que está cayendo como una roca —se quejó con exasperación.

—Tenía hambre —respondió Miriam con otro encogimiento de hombros.

El Sr. Featherstone puso los ojos en blanco. Esta era la parte más irritante de su recado. Otros empleados alineaban la bolsa de valores de construcción tosca, pero de alguna manera, siempre terminaba con este. El Sr. Featherstone. La última vez había estado en la fila para reunirse con otro empleado por completo. Justo antes de su turno, el empleado había cerrado su ventanilla y la había dirigido a su némesis. Miriam tomó esto como una señal del destino de que estaba enviada del cielo para torturarlo con estupidez fingida además del placer de ver aumentar su cuenta.

Es cierto que a veces tenía un mal mes o incluso un mal trimestre. Cuando eso sucedía, el Sr. Featherstone se deleitaba en condenar sus pérdidas. No importaba que fuera su dinero para perder, y generalmente perdía menos que los hombres que apostaban fuertemente por una sola mercancía. Nadie creía en su estrategia de comprar acciones en una variedad de productos básicos, bonos y acciones, pero Miriam veía los resultados en forma de números que rastreaba diligentemente.

—Aquí tiene —dijo el Sr. Featherstone a regañadientes—. Certificado de acciones de carne. Firme en la parte inferior. Tendré que contactar al Sr. Walsh para confirmar que este intercambio está dentro de su comprensión.

Miriam miró fijamente al hombre.

—Eso es innecesario —especialmente porque el Sr. Walsh, a menos que se refiriera a su padre, no existía—. Está fuera por el verano. Estoy autorizada para gestionar todas las transacciones de la cuenta.

—Nadie te ha dado permiso para perder mil dólares en ganado —le informaron las cejas de oruga.

—Bueno, supongo que entonces no los perderé.

Miriam recogió sus pertenencias y salió de la habitación con la espalda rígida. El maldito hombre haría mejor en ejecutar su compra. Si no lo hacía, el ficticio Sr. Walsh tenía toda la intención de presentar una queja ante sus superiores. Quizás podría hacer que Richard interpretara el papel. Podía imaginarse al noble inglés mirando por encima de su nariz mientras informaba a los superiores del Sr. Featherstone sobre su inútil consejo. La mera idea la hizo reír mientras bajaba las escaleras al doble de su ritmo habitual, sin importar el indicio de un jadeo que se colaba en su respiración con el esfuerzo.

La Sra. Kent la ayudó a acomodarse en el carruaje. Hoy había sido una rara partida de su lado mientras realizaba un recado personal. Miriam saboreó su efímera libertad para manejar sus asuntos monetarios libre de interferencias de las personas que más amaba. A su llegada a casa, Miriam descubrió un sobre pálido en la mesa central del vestíbulo con su nombre garabateado en el frente en una inclinada caligrafía masculina.

Decía, *Señorita Walsh*. Curiosa, le entregó su redingote a la Sra. Kent y fue al estudio de su padre en busca de un abrecartas. Su corazón latía en su garganta mientras trataba de contener su ansiedad. Una descarga de emoción la recorrió al ver el nombre al final.

Richard Northcote.

Estimada Señorita Walsh, había escrito. *Solicito el placer de su compañía mañana por la tarde a las dos. Por favor, responda si este horario le conviene.*

Eso era todo. Miriam sonrió y trazó el borde del elegante papel con un dedo.

—Veo que encontraste tu carta —observó su padre detrás de ella. Miriam se sobresaltó. No se había dado cuenta de que estaba sentado en su sillón de cuero favorito leyendo el periódico.

—Papá, he conocido a alguien —juntó las manos en su falda tratando de calmar sus nervios. Livingston Walsh emergió de detrás de su periódico centímetro a centímetro. Primero, su mata de rizos negros, cortados cortos y peinados con aceite para que se pegaran al cuero cabelludo. Sus rizos rebeldes la marcaban como la progenie de Livingston Walsh. Luego, su frente alta y pálida. Aquí también, Miriam llevaba el sello de su padre. Afortunadamente, sus cejas no eran tan espesas como el bosque que formaba una línea casi sólida a través de la frente de su padre.

—¿Un amigo? —preguntó con una voz que sonaba como si hubiera gargarizado con grava. La afición de Livingston por el tabaco había convertido su barítono en un ronroneo de tigre.

—Un hombre —aclaró Miriam. El periódico descendió aún más para revelar una nariz aguileña sobre un bigote extravagante. Para su gran alivio, ella no había heredado el vello facial. El bulto en el centro de su nariz que se parecía a la de él era suficiente para hacerla sentir insegura. De todos modos, Miriam generalmente se sentía insegura sobre su apariencia. Como si su asma no fuera suficiente, su altura, la excesiva masa de rizos oscuros y su nariz abultada solían hacer que Miriam se sintiera más cohibida que atractiva, hasta que conoció a Richard.

—¿Un hombre? —El periódico cayó sobre la mesa. La última vez que Miriam había visto las cejas de su padre fruncirse de esa manera, habían perdido la mitad de su fortuna en un desplome. Miriam tragó saliva.

—Sí, papá, un hombre. Desea cortejarme.

Su padre inclinó la silla hacia atrás sobre las patas traseras. Miriam luchó contra el impulso de presionar su pie contra la parte inferior y hacerlo caer de espaldas. Recientemente, había empezado a pensar en su padre como un anciano, y como alguien que necesitaba mimos a pesar de su salud robusta y su físico fuerte y fibroso. En su juventud, se había envalentonado por la indulgencia de su padre hacia sus habilidades. Esto la había llevado a ser insuficientemente respetuosa con él. Sin embargo, él continuaba protegiéndola como si fuera la pequeña niña que quedó a su cuidado después de que su madre muriera.

Miriam ya no era una niña. Anhelaba que su padre entendiera eso.

—Supongo que es hora —respondió Livingston con suavidad.

—¿Hora? —preguntó Miriam, arqueando una ceja.

—Estás en edad. —La madera crujió y golpeó hacia abajo. La silla de Livingston se había asentado de nuevo en el suelo. Dejó el periódico sobre la mesa, desplegado, en un montón de palabras impresas—. Veintitrés años es más que tiempo para que una joven se interese por un pretendiente. No es que vaya a entregar a mi hija al primer patán que aparezca.

Como si Miriam necesitara que se lo recordaran. Recuperó el periódico y lo dobló de nuevo, pasando cuidadosamente un dedo por el borde para hacer un pliegue. Filas de números quedaron hacia arriba, suplicándole que los leyera y descifrara sus significados ocultos. Por ahora, Miriam resistió el canto de sirena del informe diario sobre la actividad en la Bolsa de Nueva York. Hoy había asuntos más apremiantes que requerían su atención.

—Aunque tengo edad suficiente para tomar mis propias decisiones, prefiero contar con tu aprobación —dijo suavemente.

—Buena chica. —La barbilla de su padre bajó—. Si crees que este hombre en particular es digno de tu tiempo y afecto, deseo conocerlo. Tú, querida mía, eres un tesoro que no se otorga a la ligera.

El corazón de Miriam tensó su corsé. No era tan ingenua como para creer que el cortejo de Richard sería bienvenido con los brazos abiertos, considerando su origen inglés y su asociación con Lizzie, pero su padre había accedido a considerarlo. Dada la protección de su padre, era una apertura tan optimista como podía esperar. Una sonrisa estiró sus labios ampliamente. —Gracias,

papá.

—Cualquier hombre lo suficientemente sabio para ganar tu corazón merece unos minutos de mi tiempo, Miri.

Miriam pensó en la advertencia de Richard en la playa. *Soy un hombre muy malo***,** había dicho. De hecho, si hubiera hecho la mitad de las cosas que afirmaba, Miriam tampoco confiaría en él. Sin embargo, no creía completamente en su presentación de los hechos. No del todo. Cualquiera podía ver el dolor y la desesperación en los ojos del hombre, si se molestaban en mirar. Ella creía que había más en la historia. Ningún hombre mataba a su padre y experimentaba el tipo de remordimiento que Richard sentía sin que fuera un accidente.

No era un mal hombre, solo estaba perdido.

Más que nada, Miriam quería ayudarlo a encontrar el camino de regreso a casa. Richard era un buen hombre en una mala situación, al igual que Lizzie era una buena mujer haciendo cosas malas porque era infeliz. No era de extrañar que los dos se hubieran sentido atraídos el uno por el otro. Ahora había terminado, pero Miriam no se sentía del todo tranquila al relacionarse con el ex amante de su amiga.

Supuso que debería sentir un mayor grado de condena hacia Richard y Lizzie por iniciar una aventura extramatrimonial, sin embargo, los affairs de su padre le habían enseñado a ser escéptica de los votos matrimoniales no asumidos honestamente. La gente se casaba por un sinfín de razones. La única que parecía funcionar a largo plazo era el amor. Incluso eso era un tiro de dados.

—¿Cómo van últimamente las inversiones de Marshall Walsh? —Livingston Walsh se estiró mientras se levantaba de la mesa, haciendo crujir su cuello con un fuerte chasquido. La mirada de Miriam volvió a las cifras bursátiles del diario como atraída por un imán. Echó un vistazo a la primera línea. Su sonrisa se ensanchó aún más.

—Debería ser un buen informe este mes. El trigo se ha recuperado. Los futuros que compré en abril están dando frutos.

—Has logrado grandes cosas con la pequeña inversión que te presté. Tienes ojo para las inversiones acertadas, muchacha. Considera cómo te gustaría usar tu fortuna. —Su padre la siguió hasta el comedor, donde la señora Kent había dispuesto un almuerzo sencillo. El comedor principal a menudo permanecía sin usar durante semanas, ya que rara vez recibían invitados aquí en Nueva York. Tenían otra residencia, Cliffside, para eso.

—Lo haré. Quizás en un vestido de novia extravagante —bromeó Miriam. Su padre la miró de reojo. Había logrado sorprenderlo.

—Eso suena serio. Había esperado que destinaras tus ganancias a una causa más caritativa, pero es tu dinero para gastar. Si quieres un vestido de seda cubierto de diamantes para casarte, entonces es tu decisión. —Livingston intentó sonreír con indulgencia, pero le salió una mueca ante la idea del dinero malgastado.

—No puedo imaginar gastar dinero en algo más tonto que un vestido extravagante. Un vestido sencillo me va bien, si es que algún día llega mi boda. —Miriam se puso el periódico bajo el brazo y se levantó de puntillas para besar la mejilla barbuda de su padre.

—Me alegro de que no sea un hecho consumado antes de que tuviera la oportunidad de conocer al patán. Me habías preocupado por un minuto —se rio Livingston—. ¿Quién es él?

—Lord Richard Northcote —ofreció Miriam con una nota de orgullo. La expresión de su padre se oscureció.

—He oído hablar de él. Tiene alguna afiliación con Howard Shipping Enterprises. —La boca de Livingston formó una o, como si estuviera a punto de hablar, y luego se cerró. Todo lo que

dijo fue—: ¿Daremos un paseo por la parte alta de la ciudad más tarde esta tarde?

—Por supuesto —respondió Miriam. Iban todos los días, si el tiempo lo permitía—. Sin embargo, mañana te ruego que me permitas recibir a un invitado por la tarde.

Su padre le guiñó un ojo en respuesta. Sus nervios se calmaron, como una bandada de pájaros posándose en la rama de un árbol, listos para alzar el vuelo de nuevo ante el primer atisbo del fascinante y voluble hombre que había cautivado su imaginación, y posiblemente su corazón.

Sin embargo, pasarían diez largos días antes de que Miriam volviera a ver a Lord Richard Northcote.

Nueve

LOS PRIMEROS TRES días sin vino, whisky o cualquier tipo de bebida dejaron a Richard hecho un desastre tembloroso y dolorido. La única compañía que podía soportar era la de Howard. La alegría de su amigo al enterarse de que Lizzie ya no estaba en escena se vio atenuada por la inmediata sustitución de Richard por un nuevo amor.

Además, por muy enfadado que estuviera con las maquinaciones de su amante, Richard se decía a sí mismo que echaba de menos la compañía de Lizzie. Al menos ella le insistía para que se levantara de la cama, o se metiera en ella. Sin ella, Richard se veía obligado a pensar en respetar los horarios de las comidas. No podía contar con que ella le recordara comer. Durante varios días, Richard se perdió el desayuno que le proporcionaba su casera y fue al almacén de Howard con el estómago tan vacío que rugía lo suficientemente fuerte como para que otros lo oyeran.

—¿No estarás suspirando por la pelirroja, verdad? —le exigió Howard. No le gustaba pronunciar el nombre de Lizzie. Decía que invocaba al diablo en persona.

—Por supuesto que no —mintió Richard. Era cierto que estaba de mal humor. No deseaba cortejar a Miriam bajo falsos pretextos o posiblemente en absoluto. Después de enviar la precipitada carta, había mandado una segunda con sus disculpas. La parte de Richard que solo escuchaba cuando sus músculos ardían por el esfuerzo de cargar y descargar barcos le susurraba en la mente que cuanto más tiempo esperara para visitar a Miriam, más probable era que la atracción se desvaneciera. Con la distancia, esperaba no resultar tan atractivo para una joven frágil. Con el tiempo, su torpemente genuino deseo de tocarla seguramente disminuiría.

Una vez que sus manos estuvieron firmes sin beber, Richard debatía cada hora si debía visitar a Miriam. Cada vez, resolvía dejar a la señorita Walsh en paz. A medida que su necesidad de vino alcanzaba su punto máximo y se desplomaba, Richard se enterraba en largas horas de transporte de carga para mantener a su futuro hijo.

Lizzie, por supuesto, no consideraba esto en absoluto suficiente. Aunque se había reconciliado públicamente con su marido —su aventura con Spencer había terminado prematuramente tras su ignominiosa derrota a manos de Richard—, Richard no tenía ninguna duda de que su reunión se basaba en la más fina capa de autopreservación de la reputación.

Una tarde, aproximadamente una semana después de su regreso por separado de los Pinos, Richard encontró a Lizzie esperando en su cama deshecha cuando llegó a casa del almacén. Su piel estaba cubierta de sal seca. Ansiaba llenar una bañera de cadera con agua caliente y sumergirse en ella, pero eso significaba acarrear cubos desde el pozo, encender el fuego en la

estufa de sus apartamentos demasiado cálidos y luego vaciar la bañera en el patio trasero. Era una molestia tener que realizar estas tareas serviles él mismo. Richard había desarrollado una nueva apreciación por los sirvientes que acarreaban interminables cubos de agua arriba y abajo por las escaleras para mantenerlo limpio en Inglaterra. Aquí, solo podía permitirse una criada dos veces por semana para evitar que sus habitaciones cayeran en total desorden.

—¿Has ido a ver a Miriam ya? —exigió Lizzie con indiferencia, con un tono afilado como un picahielos. Pasó la página de su revista de moda. El vestido que llevaba era nuevo, de lino crema bordado con adornos verdes. Con él, Lizzie parecía fresca y resplandeciente. No había ni rastro de la mujer licenciosa que lo había poseído en esa misma cama muchas veces durante los últimos meses. Lizzie apenas le lanzó una mirada.

—Sabes que no —respondió Richard. Un cansancio que no podía atribuir al transporte de carga se apoderó de él. La presencia de Lizzie fatigaba su espíritu. Quería que se fuera.

—Todavía no se lo he dicho a Arthur.

Otra página pasó. Lizzie había doblado la esquina inferior para marcar la página.

—Sobre nuestro bebé —aclaró Richard.

Los ojos verdes se encontraron con los suyos, lentamente. Bajo la indiferencia glacial, Richard vio una furia fría apenas contenida que le heló la médula.

La había herido. No importaba lo poco prácticos que fueran sus deseos. Lo que Lizzie quería, lo perseguía con la tenacidad de un tejón.

Lo que ella había querido era a él.

—Sí, sobre el hijo que estamos creando. —Lizzie volvió su atención a la revista que estaba hojeando. Se echó hacia atrás, exhibiendo sus pechos. El vestido de lino se extendía sobre su colcha enredada, sin revelar nada. Estaba cortado, se dio cuenta inmediatamente, para ocultar un vientre creciente.

—Podrías perderlo todavía. —El deseo salió de su boca sin intervención de su cerebro. La idea de engendrar un hijo con Lizzie, de entre todas las mujeres, le produjo un escalofrío. Deseó haber pensado en eso antes de acostarse con una mujer que nunca le había gustado y que desde entonces había llegado a aborrecer—. Veo anuncios de ayudantes para madres, para hacer volver la menstruación, en todos los periódicos. No puede ser tan difícil.

Lizzie rodó hacia atrás y se sentó en un solo movimiento fluido. Sus ojos se abrieron con asombro deliberado.

—¿Me estás pidiendo que mate a nuestro hijo? —preguntó en voz baja.

En opinión de Richard, era demasiado pronto para referirse a un bulto invisible que crecía en el vientre de Lizzie como algo tan trascendental como un hijo. ¿Qué pasaría si seguía adelante con la seducción de Miriam y Lizzie perdía el bebé? Siendo un cobarde cuando se trataba de discutir con Lizzie, cambió de tema.

—No hay esperanza de matrimonio entre nosotros, Lizzie. Incluso si pudiera darte el estatus y la riqueza que anhelas, lo que buscas depende enteramente de la llegada de una persona que nunca te agradecerá haber nacido en una unión sin amor. No tienes nada que ofrecer al bebé más que infelicidad.

No había tenido la intención de volver al tema inicial, sin embargo, la lengua de Richard había expresado lo que su cerebro no había querido decir en voz alta.

—Si no te odiara ya, Richard, empezaría ahora mismo. —Lizzie se levantó de la cama y sacudió sus faldas para alisarlas. La cintura estaba definida pero alta, disimulando cualquier leve bulto que pudiera o no haber comenzado a notarse. Ella lo atrapó inspeccionando su cintura y sonrió con suficiencia—. Si esperas librarte de la responsabilidad, eres un cobarde aún mayor de

lo que pensaba.

Richard difícilmente podía estar en desacuerdo.

Ella se alejó, examinando sus modestos apartamentos con desprecio. Solo dos semanas antes, Lizzie había afirmado encontrar su residencia relajada y acogedora. Ahora, Richard se preguntaba con una sensación de hundimiento en la boca del estómago si alguna vez había entendido sus motivos.

¿Realmente había creído estar enamorada de él, o había estado fascinada con su título y planeando obtenerlo desde el principio?

Richard nunca se había preocupado lo suficiente como para averiguarlo. Él también había quedado hechizado por la importancia inmerecida que se le había conferido en el mundo. Perder su lugar como heredero del condado de Briarcliff había sido el golpe más duro que jamás había sufrido su amor propio. Richard recordaba el momento preciso en que había pasado de ser el repuesto tolerado pero nunca adorado a convertirse en el heredero aparente. La desaparición de su hermano en las selvas de Brasil había cambiado el rumbo de la vida de Richard para mejor. Se había convertido en el santificado, el respetado y el más importante de todos los miembros de la familia. De la noche a la mañana, sus hermanas y su hermano menor le habían demostrado un mayor grado de respeto, o al menos así había sido cuando regresó a Inglaterra con su padre.

Su madre se había vuelto más indulgente con él cuanto más tiempo permanecía Edward desaparecido. Con el paso de los años, ella había concentrado sus esfuerzos en buscar a Edward y apenas le había prestado atención a él. Richard reflexionó sobre esto en silencio durante días mientras sus músculos se estiraban y se tensaban para levantar barriles de comida, rollos de algodón o fina porcelana empaquetada en aserrín y sellada en pesadas cajas de madera.

El regreso de su hermano hacía tres años había dejado a Richard a la deriva. De la noche a la mañana, perdió el título, su asignación y su nueva amante. Los amigos lo habían abandonado como ratas que huyen de un barco que se hunde una vez que Richard se vio reducido a un casi heredero que vivía duramente y gastaba su herencia repentinamente recortada tan rápido como podía. Las repentinas restricciones a sus ingresos lo habían enfurecido, al igual que la insistencia de su padre en que Edward podría recuperar la cordura lo suficiente como para reclamar el lugar que le correspondía. Richard no había ofrecido más que bromas punzantes y humor cruelmente dirigido mientras planeaba encerrar a su hermano en un manicomio.

El regreso de Edward había dejado a Richard innecesario.

No deseado.

Sin amor.

Miriam lo había mirado como si fuera un regalo de los dioses desde el primer momento en que se conocieron. Richard no había tenido que hacer nada en absoluto para ganárselo. No merecía la mirada dulce ni los besos inocentes de Miriam, como tampoco ella merecía ser la víctima involuntaria de las maquinaciones de su amiga. Durante un tiempo, Lizzie le había dado esa sensación de ser adorado. Había sido una mentira, pero una eficaz, un bálsamo para su maltrecho sentido de valía.

—¡Descanso! —gritó Howard. Los hombres soltaron la cuerda al unísono. La madera arañó y las voces de los hombres se alzaron en una cacofonía que ahuyentó los pensamientos miserables de Richard.

Al final de la semana, la resolución de Richard se había fracturado. Necesitaba ver a Miriam de nuevo, bañarse en el resplandor de su afecto, lo mereciera o no. Después de todo, él era el hijo que había asesinado a su propio padre. El perdón, la redención y el amor no eran para él.

Julio

Diez

RICHARD HABÍA OSCURECIDO innumerables umbrales de imponentes casas de ciudad y elegantes mansiones rurales. No había razón para que la fachada de la casa de los Walsh, con sus proporciones achaparradas y ventanas de marcos negros y sombríos, hiciera temblar su mano al disponerse a llamar. Pero así fue.

Incongruentes macetas de brillantes flores estivales se derramaban bajo las ventanas. Una abeja zumbaba perezosamente entre ellas. Richard se pasó los dedos por el cabello e inhaló el dulce aroma de las flores. ¿Cuándo fue la última vez que se sintió débil por los nervios? ¿Alguna vez lo había estado?

La puerta crujió al abrirse. Richard se sobresaltó. Un hombre apenas más alto que Miriam, con gruesas ondas de cabello negro salpicadas de gris en las sienes, lo evaluó con ojos de obsidiana.

—Lor... —Se detuvo. El padre de Miriam no parecía ser el tipo de persona que se impresionaba fácilmente por los títulos otorgados por un soberano lejano. Uno con cuyo país había librado una guerra para separarse, además—. Richard Northcote para ver a la señorita Walsh.

—¿Ah, sí? —preguntó suavemente. Una chispa brillante iluminó los ojos del hombre mayor como una brasa de la forja de Hades. Richard tragó saliva, clavado en su lugar por la inteligencia y curiosidad que encontró allí. Era demasiado tarde para dar media vuelta y huir. Qué lástima.

—Sí, señor. ¿Está disponible la dama? —preguntó Richard, aclarándose la garganta.

—Tal vez —respondió Walsh con un exagerado acento americano. Su mirada escéptica recorrió el cuerpo de Richard de pies a cabeza. Richard había encontrado los fondos para que su mejor traje fuera ajustado y renovado, pero ya no parecía nuevo. Su trabajo en el almacén había convertido sus bíceps en montículos y ensanchado sus hombros, necesitando ropa completamente nueva, no simples arreglos. Richard había hecho lo que pudo, pero era agudamente consciente del hecho de que no se presentaba como un noble de una tierra lejana.

—Si hay un momento más conveniente para que regrese... —Richard se interrumpió. No le gustaba que lo dejaran colgado en el umbral como un sirviente en la puerta equivocada.

—Está en el patio trasero —respondió Livingston—. Miriam ha estado esperándolo desde que envió su primera nota. ¿Qué asunto urgente suyo mantuvo a mi hija en vilo durante diez días enteros, si puedo preguntar?

Un miedo real le erizó el cuello a Richard y se concentró en la base de su cráneo. Livingston Walsh parecía el tipo de hombre que le arrancaría la cabeza a cualquiera que se atreviera a

decepcionar a su hija. Estaba esculpido en mármol negro y libertad tosca.

—Tenía trabajo en el almacén —soltó Richard, como si eso pudiera ayudar a su caso.

—El de Howard, ¿no es así?

—Sí —respondió Richard, tragando saliva con dificultad alrededor de la mentira—. Soy su socio.

Abruptamente, el Sr. Walsh le dio la espalda. Los tacones de las botas resonaron en los anchos tablones desgastados. Richard miró dentro de la casa y, tras un momento de vacilación, lo siguió.

Al igual que los suelos, las paredes estaban hechas de madera oscura. Los muebles de la casa, también de madera, estaban tallados en pesado nogal. Una mesa consola brillaba suavemente en la luz tenue. Un cuenco de plata descansaba sobre ella, debajo de un gran espejo con marco pesado. Junto a este se alzaba un perchero delgado sobre el cual colgaba un maltrecho sombrero de copa.

Una gran puerta doble con pesados tiradores de hierro se encontraba a su izquierda. A la derecha, una sala de recepción igualmente oscura. Parecía los salones y salas de estar que Richard estaba acostumbrado a ver en las casas de familias adineradas. Con sus muebles pesados y de gran tamaño, el espacio parecía un beligerante espacio comercial diseñado para hacer que los suplicantes se sintieran pequeños. La entrada ciertamente tenía el efecto de hacer que Richard se sintiera aún menos seguro de su propósito al venir aquí. Solo la perspectiva de frustrar los planes malintencionados de Lizzie mantuvo a Richard avanzando. Los pasos desaparecieron por un pasillo estrecho. Un resplandor de luz iluminaba el final, pero nada más allá de ese punto.

—Está por aquí atrás —llamó Walsh por encima del hombro. Richard se apresuró tras su anfitrión como un patito perdido corriendo tras su madre.

La parte trasera de la casa era tan diferente del frente como la tiza del queso. Una vez atravesadas las habitaciones delanteras sombrías e imponentes, los apartamentos traseros eran cálidos y acogedores. Era como si dos personas claramente diferentes hubieran luchado por las prioridades arquitectónicas y se hubieran dividido el botín. Claramente, quien había ganado el frente tenía la parte más visible pero más pequeña de los bienes raíces.

Después de la penumbra de la entrada, los ojos de Richard necesitaron un momento para adaptarse a la luz más brillante. Cuando se aclararon, vio una pared de ventanas de guillotina que dejaban entrar el sol de la tarde. Puertas francesas se abrían a un patio extendido rebosante de flores. Una figura ligera con un vestido blanco vaporoso brillaba en medio de ellas. Gruesos rizos negros y brillantes escapaban de sus horquillas en la parte superior de su cabeza para bailar sobre sus hombros.

Mía, susurró su corazón. *Mi mujer, mi esposa, mi alma.*

Richard tosió. ¿De dónde había surgido ese pensamiento? Miriam no era ninguna de esas cosas. Menos aún su alma. Richard no tenía una. Si la tuviera, sería tan negra como el hollín, no luz y belleza como Miriam.

—¿Vienes? —exigió Walsh. La forma pugnaz del hombre se había asentado en una sombra cerca del comedor donde observaba a Richard.

—Sí. Me cegué momentáneamente —Richard obligó a su cuerpo a moverse. La humedad se condensaba en los huecos de sus brazos y en la parte baja de su espalda—. Está muy brillante aquí atrás.

—A Miriam le gusta su jardín. Derribé la pared, tanto como pude sin que se cayera la casa, e instalé ventanas de guillotina.

—Me recuerda al de mi padre... —Richard se detuvo. Solo las familias adineradas podían

afirmar tener un invernadero, y él no tenía estatus aquí, solo una tenue conexión con su familia en Inglaterra. Podría regresar a la palabra de su hermano y ni un momento antes. Ese había sido el acuerdo cuando Edward lo había enviado lejos.

—Estabas diciendo algo sobre tu padre.

Richard tragó saliva con dificultad—. Está muerto. Hace casi tres años.

—Ya veo —respondió Livingston Walsh, y Richard tuvo la incómoda sensación de que veía demasiado—. Lo siento.

—Gracias. ¿Puedo proceder? —Richard inclinó la cabeza hacia el jardín donde Miriam trabajaba sin darse cuenta de que estaba siendo observada.

—Que sea breve.

Despedido, Richard midió su aproximación en pasos contenidos. A su primer paso en el sendero de piedra, Miriam levantó la vista. La alegría que invadió sus facciones lo hizo sentir todo el canalla que era. Después de todo, estaba aquí por su dinero, no por ella.

—Richard —exclamó a medias, respiró a medias—. Ojalá me hubieras avisado antes de venir. Estoy cubierta de tierra y...

—Estás preciosa —el corazón de Richard latía con fuerza en su pecho. La presión en su garganta se intensificó, ahogando su capacidad de hablar. No podía hacer esto. Mentir no era precisamente un hábito desconocido. Prueba de ello era su negativa a usar el título apropiado y degradado desde su llegada a América. Sin embargo, había una honestidad y una suavidad que tiraban de los instintos protectores de Richard.

—Eres un encanto —Miriam se sonrojó. Se quitó los guantes de jardinería y los dejó a un lado—. ¿Te apetece un té?

—Por favor.

Si es que podía tragarlo con el nudo que tenía en la garganta.

—Tardaste tanto en venir que pensé que habías perdido todo el interés —no había acusación en sus palabras. El estómago de Richard dio un vuelco y se hundió.

—Tenía trabajo que hacer. Los nobles empobrecidos en tierras extranjeras tienen pocas opciones más que ganarse el sustento —recordó respirar, y hablar fue más fácil después de eso. Pero tenía que recordarse seguir haciéndolo. Richard había pasado años seduciendo a cortesanas experimentadas y coqueteando con chicas inocentes cuando no podía evitar bailar con ellas. Pero nunca había intentado cortejar a una mujer bajo falsos pretextos. Era más difícil de lo que pensaba, en parte porque Miriam había heredado la franqueza de su padre.

Antes de esta tarde, Harper Forsythe, su ahora cuñada y actual condesa de Briarcliff, se había atrevido a dirigirse a él como a un igual. Richard la había desdeñado desde el momento en que se conocieron. Una emoción familiar tensó los hombros de Richard. Arrepentimiento.

Estaba harto de ello. Sin embargo, aquí estaba, cometiendo un pecado más para cimentar su eterna condenación.

Una pregunta surgió en los ojos de Miriam mientras él se acomodaba en la silla de hierro junto a una jardinera rebosante de flores.

Estás aquí para seducir a Miriam y quedarte con su fortuna. No para enamorarte, se recordó Richard con severidad. —Tu padre es un hombre intimidante.

Era lo correcto que decir. Miriam sonrió con complicidad.

—Solo al principio. Es muy protector conmigo.

Richard sonrió aprobadoramente. —¿Dónde conociste a Lizzie? —preguntó Richard, y luego deseó poder morderse la lengua. O mejor aún, arrancársela para evitar que semejante estupidez saliera de su boca en el futuro.

Las facciones de Miriam permanecieron plácidas. Sin sospechar. —En el internado. Sé que a veces se comporta de manera abominable —aquí le lanzó a Richard una mirada cómplice—, pero Lizzie tiene buenas intenciones. Ha sido mimada y consentida toda su vida, y me temo que eso no ha sacado lo mejor de ella. Sin embargo, creo que finalmente encontrará su camino. Es tan divertida que todos ignoran sus excesos.

Richard se guardó sus pensamientos sobre las motivaciones de Lizzie. —¿Crees que encontrará su camino antes o después de que Arthur obtenga la anulación?

—¿Así que te has enterado de eso? —Miriam suspiró—. No creo que ella particularmente quisiera estar casada con Arthur. Creo que lo vio como su caballero de brillante armadura. A Lizzie siempre le encantaron las leyendas artúricas, y estaba ansiosa por escapar de la casa de sus padres —la espalda de Miriam nunca tocó el respaldo de hierro.

—Debería haberlo rechazado, si tenía la intención de... ser infiel —Richard se contuvo de usar una palabra más vulgar. Era una muestra de lo rápido que Miriam le había hecho sentir como en casa en el poco tiempo que había tenido para deleitarse en su presencia.

Miriam se encogió de hombros. —Tal vez. Todos hacemos cosas para complacer a los demás, sin embargo. Lizzie más que nadie.

Richard arqueó una ceja. —No puedo imaginar a Lizzie haciendo algo para complacer a alguien que no sea ella misma.

Las cejas de Miriam se fruncieron. —¿No ha sido amable contigo? ¿Presentándote a sus amigos y familiares, dándote un lugar donde sentirte bienvenido en este país extraño?

Richard abrió la boca para hablar y luego la cerró de golpe, haciendo que sus dientes chocaran. Difícilmente podía explicarle a Miriam que su mejor amiga estaba tramando robarle su fortuna, usándolo a él como instrumento. Un cansado desespero se apoderó de él.

—Supongo que es cierto —concedió, aunque no porque estuviera de acuerdo con la visión optimista de Miriam. El plan a medio formar de Richard de informarle sobre el complot de Lizzie se desintegró. No había contado con la lealtad femenina.

—Sé que Lizzie es imprudente e impulsiva. La he visitado desde nuestro viaje a los Pinos, y hemos decidido dejar atrás esa fealdad. Dice que no le molesta el hecho de que me estés cortejando. Si es que, de hecho, me estás cortejando —las mejillas de Miriam se tiñeron de un tenue color rosado.

Richard se rio entre dientes. El alivio de que el peligro hubiera pasado lo inundó. —¿Te gustaría que lo hiciera? Cortejarte, quiero decir.

Ella extendió la mano por encima de la mesa y entrelazó sus dedos desnudos y manchados de tierra con los de él.

—Mucho —respondió tímidamente—. Mis sentimientos no han cambiado desde la playa.

—Los míos tampoco —dijo Richard. Apretó sus dedos entre los suyos y los llevó a sus labios, rozando sus nudillos con un beso. Los ojos grises de Miriam se agrandaron, dos orbes de asombro con oscuras pestañas. El vientre de Richard se tensó en la parte baja del abdomen. Ella no podía saber la intensidad del efecto que tenía sobre él. Si se atreviera a mostrarlo, Miriam seguramente huiría de su presencia. La cortejaría como a un pequeño animal del bosque. Paso a paso, ganando confianza.

El chirrido del hierro sobre las losas hizo que dedos helados de miedo recorrieran su espalda.

—Parece una visita amistosa —comentó Livingston Walsh mientras se acomodaba en la silla —. Tienes suerte de haber encontrado a Miriam en casa. Normalmente está en Cliffside en verano, nuestra casa de campo en los Palisades.

El hombre colocó una pequeña bandeja con dos tazas de té en platillos disparejos, una

pequeña tetera y un vaso de líquido ámbar que Richard reconoció instantáneamente como whisky. El anhelo lo invadió. Sus diez días sin beber alcohol no habían sido puestos a prueba hasta ahora. Richard apartó la mirada para concentrarse en Miriam. Lo único que deseaba más que la llamada de sirena de una copa fuerte era que ella lo mirara como lo había hecho hace un momento. Con esperanza y anhelo brillando en sus ojos luminosos. No es que él mereciera ni una fracción de ello.

Miriam sirvió el té. Era bueno y fuerte, mucho mejor que la pobre variedad que su casera le proporcionaba cada mañana. Lo bebió con gratitud mientras contemplaba cuánto revelar a Miriam. Rápidamente resolvió no decirle nada. Miriam quería creer lo mejor de Lizzie. Quizás podría convencerla de que pensara bien de él el tiempo suficiente para que aceptara ser su esposa. Una vez que Richard tuviera su anillo en el dedo de Miriam y acceso a todo su encantador dinero, podría ser tan sincero como quisiera. Algún día habría un ajuste de cuentas. Richard se propuso impedir que ese día llegara durante el mayor tiempo humanamente posible.

—Tengo negocios en la ciudad —dijo Miriam con modesto orgullo después de haber dado un sorbo al té. Su padre le lanzó una mirada penetrante.

—Lord Northcote no necesita saber sobre eso.

—Es asunto mío, padre —le reprendió Miriam suavemente—. Su título es Lord Northcote, no *señor*.

Livingston se bebió la mitad de su whisky con el ceño fruncido. —No luchamos contra los casacas rojas hace cincuenta años para que yo ahora me arrastre ante la nobleza inglesa. Además, un hombre no necesita dinero para quererte. Eres lo suficientemente buena por ti misma, ¿entiendes?

Los ojos de Miriam se abrieron de par en par y se humedecieron.

—Por supuesto que lo es. Además, yo no necesito dinero. Tengo mis propios ingresos. Puede que en mi clase social en Inglaterra se espere que uno se case por razones económicas, pero este es un nuevo mundo. Miriam no es menos que mi igual —dijo Richard con suavidad. Las mentiras le sabían a ceniza. Sin embargo, le dedicó a su futura esposa una sonrisa cariñosa.

Livingston se bebió el resto de su whisky de un solo trago. —Tiene mi permiso para cortejar a mi hija, Lord Northcote. Asegúrese de hacerlo correctamente. Visitas apropiadas y paseos en carruaje. Usted tiene reputación de mujeriego. La única razón por la que le permito cruzar mi puerta es porque mi hija parece bastante prendada de usted. Pero no tendré a un derrochador libertino como yerno, sin importar cuántos títulos elegantes tenga o cuánto lo ame mi hija.

—Padre —le advirtió Miriam con suavidad—. Dijiste que lo atenderías.

—Y lo he hecho, Miri. ¿No es mi té el que está bebiendo? —Livingston le lanzó una mirada penetrante.

La comprensión floreció. Livingston Walsh había discernido sus razones para cortejar a Miriam. Richard se levantó apresuradamente de su asiento. —Gracias por su tiempo, Miriam. La dejaré para que vuelva a su jardinería.

Miriam frunció el ceño y luego compuso su rostro en una expresión de resignación.

—¿No vas a ofrecerle a Miriam un paseo en carruaje? —exigió Livingston. Inclinó su silla hacia atrás, apoyándola sobre las patas traseras. Su chaqueta se movió, revelando una pistola a su costado.

El corazón desbocado de Richard se calmó. Se pasó una mano por el cabello oscuro. Necesitaba un corte. El padre de Miriam no le había leído la mente, después de todo. Por supuesto que no. Eso era imposible. Si no controlaba mejor su culpa, destruiría sus perspectivas con Miriam. Richard descubrió que, por razones que ni él mismo entendía del todo, no quería

perderla de vista. No podía protegerla de Lizzie si no estaba al lado de Miriam, después de todo.

—¿Le parece bien mañana por la tarde? —preguntó, dirigiendo su mirada al rostro serenamente hermoso de Miriam.

—Eso sería encantador, Lord Northcote. Creo que mi padre desea acompañarlo a la salida.

Richard siguió el sonido de las botas arrastrándose sobre el suelo de madera desgastado mientras la tensión lo hacía adoptar una postura rígida como una vara. En efecto, cuando Livingston Walsh abrió la puerta hacia la calle brillante y polvorienta, se detuvo. Richard estrechó la mano que el hombre más bajo le ofrecía. Esta se cerró sobre sus dedos en un fuerte apretón que lo hizo estremecerse.

—Mi hija es frágil. Asma.

—Lo sé —respondió Richard, esforzándose por no sacudir los dedos.

—Llévela al centro de la ciudad para su paseo en carruaje. El polvo de los caminos puede provocarle un ataque, así que vaya despacio. Si le ocurre el más mínimo daño a mi hija, nunca la volverá a ver. ¿Entendido?

—Sí, señor. —Richard quería sentirse ofendido, pero en su lugar sintió alivio. El más mínimo de los accidentes sería todo lo que necesitaría para salir de este maldito y engañoso lío.

Así, perdería a Miriam para siempre y se condenaría a otro fracaso, el de la paternidad.

Maldición. Richard pateó una piedra y adoptó un paso largo y suelto. En silencio, condenó el destello de egoísmo al querer estar con Miriam, sin importar el origen de su encuentro. Deseaba poder ser el tipo de hombre que estos duros americanos admiraban. Fuerte. Obstinado. Rico. Sin embargo, ¿no eran estas las mismas ambiciones que lo habían llevado a cometer el peor acto de toda su vida? Era el camino que lo había llevado a Lizzie. Perdido en sus pensamientos, Richard tropezó en la calle donde un caballo casi lo atropella. Su jinete maldijo. Richard levantó la cabeza de golpe y se dio cuenta de que estaba destinado a decepcionar a Miriam mañana, pues no tenía carruaje ni medios para conseguir uno.

Once

—No confío en él.

Miriam se había preparado para la desaprobación de su padre. Apenas había pasado un cuarto de hora desde la partida de Richard.

—¿Por qué deberías? —respondió ella con suavidad—. Apenas has conocido a Lord Northcote. La confianza suele llevar tiempo en establecerse.

—Sí, esa es exactamente la razón por la que no me agrada —respondió Livingston con sarcasmo—. El hombre es demasiado familiar con mi niña. ¿Unos pocos días en la costa con Lizzie Van Buren y su grupo, y el señor Pantalones Elegantes de Londres decide que está interesado en ti? ¿Cuántas libertades le permitiste tomar?

Como si fuera a responder a esa pregunta. El calor le encendió las mejillas.

—Desea cortejarme apropiadamente, papá. Lord Northcote te encuentra intimidante. Dudo que intente tomarse libertades y se arriesgue a provocar tu temperamento.

Fue el turno de Miriam de arquear una ceja. Su padre se rió entre dientes.

—Puede que tengas veintitrés años, pero aún eres una muchacha inocente. Créeme cuando te digo que todo joven intenta ver hasta dónde puede llegar con una mujer deseable. Lo sé bien. Yo fui uno, una vez.

—Sí, estoy segura de que dejaste una estela de corazones rotos antes de que mamá te llevara al altar —Miriam le dio unas palmaditas en la mejilla a su padre—. Richard no ha sido más que un caballero conmigo.

Su padre bufó.

—¿Richard, eh? ¿Ya están en términos de nombre de pila? Pensé que esos británicos estirados usaban sus títulos formales. Lord Fulano, Lady Mengana —Livingston cruzó las piernas e imitó a un lord remilgado. Miriam se rió.

—Richard aprecia nuestra informalidad americana. Hay momentos en que su rango lo convierte en un blanco —Miriam pensó en Spencer y su pandilla. Se le revolvió el estómago al recordar a Richard lanzando al muchacho de espaldas. No es que fuera a mencionar el incidente a su padre. Por lo general, no era sanguinaria, pero no podía negar que su sangre había bullido cuando él le robó un beso al final—. Creo que prefiere mantenerlo en secreto, honestamente. Cada vez que le pregunto al respecto, cambia de tema.

No mencionó la advertencia de Richard. *Soy un hombre malo.*

—Considerando que he estado escuchando su nombre durante al menos los últimos seis meses, dudo que tengas razón en eso, Miri. Confieso que la humildad de su señoría no era lo que

esperaba. Permitiré esto solo mientras su compañía sea animada y no provoque uno de tus ataques. Si Richard Northcote te lastima de alguna manera, lo colgaré con sus propias tripas.

—Padre —Miriam lo miró severamente—. No harás tal cosa.

—No veré el corazón de mi niña roto, noble o no —Livingston le dio unas palmaditas en la cabeza.

Miriam suspiró. Este era el tipo de sobreprotección que no quería y ciertamente no necesitaba de su padre, ni de la señora Kent. Era el afecto bien intencionado pero equivocado que la hacía soñar con viajar al extranjero o al Oeste. No es que sus pulmones sobrevivieran a los largos y polvorientos caminos, pero el sueño de aventurarse en el mundo para encontrar su lugar en él permanecía alojado en su corazón como una espina en sus medias.

—Sé tan bien como cualquiera que a veces estas cosas no funcionan. Intentaré sobrellevar la pérdida con buen ánimo si eso llegara a suceder —prometió. La señora Kent golpeó una gran cuchara de madera contra una olla de sopa en la cocina, lo que Miriam tomó como indicación de que estaba de acuerdo.

Livingston le dio un beso en la coronilla.

—Ojalá pudiera creer eso, cariño.

—¿Qué se supone que significa eso? —refunfuñó Miriam.

—He visto cómo lo miras.

—¿Y cómo es eso? —exigió Miriam indignada, con el rostro encendido.

—Embelesada —Livingston Walsh se dirigió hacia la puerta.

—¿A dónde vas? —preguntó ella.

—A esconderme en mi oficina. Llámame cuando sea hora de comer.

Y con eso, dejó a Miriam con sus pensamientos sobre el hombre que se atrevería a enfrentar a su padre para verla. Su amor por su padre no la cegaba ante sus defectos, principalmente, una creencia obstinada de que podía hacer que el mundo se doblegara a su voluntad. Con la excepción de la muerte prematura de su madre, Miriam estaba convencida de que Livingston había tenido éxito en su mayoría. Si deseaba más de su vida que la existencia protegida que llevaba ahora, Miriam tendría que encontrar el coraje para desafiar a la persona que más amaba.



Las dudas de Miriam sobre la precariedad financiera de Richard se disiparon al ver un reluciente carruaje con ruedas lacadas en rojo acercarse a su jardín delantero la tarde siguiente. El polvo se arremolinó en la calle cuando detuvo al caballo castaño.

Su corazón latió con fuerza. Nunca en mil años habría imaginado ver a un hombre tan apuesto como Richard descender de un elegante vehículo, atar las riendas a un poste de la cerca y quitarse el sombrero. Su cabello oscuro brillaba bajo la luz de la tarde y se rizaba alrededor de sus orejas.

—Buenas tardes, señorita Walsh.

—Su señoría —Miriam hizo una reverencia. Él estaba aquí por ella. Una felicidad vertiginosa la inundó hasta que tuvo que reprimir el impulso de reírse. A su padre no le parecería nada graciosa la reverencia obsequiosa, si la hubiera visto hacerla.

Cuando se enderezó, Miriam encontró la boca de Richard apretada en una línea tensa. Suspiró. Si tan solo llevara su título con un poco de ligereza. No entendía por qué era tan sensible con respecto a su título, pero claramente no era un asunto de broma para él.

—Solo estoy bromeando, Richard.

Richard se relajó un poco y forzó una media sonrisa.

—¿Puedo entrar y saludar a su padre antes de que demos nuestro breve paseo? —preguntó formalmente. Ella deseaba saber cómo tranquilizarlo. Su padre podía ser terriblemente intimidante, de ahí la novedad de un pretendiente. Lo había hecho bien durante la breve visita de ayer, pero le preocupaba que su padre lo hubiera asustado.

—Eso no es necesario. Además, él no está aquí —Miriam había animado a su padre a ausentarse durante la tarde—. La señora Kent nos acompañará como carabina.

Por un instante, la boca de Richard pasó de ser una línea firme a un ceño fruncido. Luego, controló sus facciones en una apariencia de placer, aunque la tensión nunca abandonó sus hombros. Si Miriam no hubiera estado escrutando su rostro en busca de cualquier señal de aprobación, se habría perdido la transformación.

—Por supuesto. Hay espacio para cuatro en el carruaje.

—¿En el coche, quieres decir? —preguntó Miriam con picardía.

—Si insistes en llamarlo con un americanismo impropio —Richard se rió entre dientes.

—Eso está mejor —sonrió ella—. Pensé que estabas descontento de verme. Quizás arrepintiéndote de tu oferta de aire fresco y sol.

Ahora, era ella la insegura. El buen humor de Miriam se desvaneció al instante.

—Jamás podría arrepentirme de un solo momento pasado contigo —respondió Richard. Miriam bajó la mirada hacia sus pies, calzados con buenas botas de cuero ya empolvadas por el corto trayecto desde la puerta de su casa hasta la calle. Deseaba creerle, pero detectó una nota falsa que la hizo preguntarse si solo la cortejaba por obligación. Era el tipo de cosa que diría un sinvergüenza que iba tras su fortuna. Al menos no lo había dicho delante de su padre. Richard había afirmado ser pobre cuando estaban en los Pinos, pero seguramente un lord conectado a una prominente familia aristocrática no podía ser realmente pobre.

Escaso de fondos, quizás.

—Suba usted, mi señora —Richard se volvió para ayudar a la señora Kent a subir al carruaje. Incluso su sospechosa y adusta cuidadora esbozó una sonrisa ante la repentina aparición de su encanto natural. Surgió como el sol en un día nublado, presente un momento, atenuado al siguiente. Una vez que la señora Kent estuvo acomodada, Richard ayudó a Miriam a subir al vehículo. El más ligero y apropiado contacto entre su mano enguantada y la de ella fue suficiente para enviar una oleada de conciencia por su piel. La sensación se extendió hasta la boca de su estómago cuando Richard subió y tomó asiento frente a ellas. El conductor chasqueó las riendas y los caballos se pusieron en marcha con una sacudida. Pronto, habían seguido Broadway hacia el norte hasta donde los campos estaban salpicados de edificios. Las ruedas rodaban más rápido, levantando polvo. Miriam tosió. Miriam no dijo nada.

—¿Adónde le gustaría ir? —preguntó él, ajeno a su angustia. Miriam sorbió aire, tratando de ocultar la forma en que se le cerraba la garganta. *Ahora no. Por favor, ahora no.*

—Al norte —graznó. La mirada de la señora Kent la atravesó. Su mano rozó el kit en su cadera.

—Haga que su conductor vaya más despacio, Lord Northcote —exigió la señora Kent. Richard se volvió hacia el conductor y dio la señal. Los caballos se asentaron en un paso tranquilo. La angustia de Miriam se alivió, aunque su vía respiratoria permanecía lo suficientemente constreñida como para producir un leve silbido con cada respiración. Un calor embarazoso se deslizó en su corpiño presionando contra su piel. Richard frunció el ceño.

Miriam hizo un gesto despreocupado con la mano. —Estoy bien.

La señora Kent la fulminó con la mirada.

—¿Está segura? —preguntó Richard, claramente preocupado ahora. Oh, esto era demasiado vergonzoso. Ella no era tan frágil como para que un breve paseo en carruaje en una tarde soleada presentara algún tipo de desafío. Si tan solo el vehículo que él había seleccionado no fuera descapotable.

—¿Podemos subir la capota? —preguntó Miriam mansamente, odiando a su cuerpo por su falibilidad.

—Por supuesto. —Richard se ocupó de las solapas, pero la mecánica para levantar la capota de lona parecía escapársele. Llamó al conductor para que lo asistiera, distrayéndolos a ambos. La señora Kent se cernía sobre ella hasta que Miriam quiso gritarle a la mujer que la cuidaba tan profunda y bien. La señora Kent no merecía el peso de su frustración. No era su culpa que el primer paseo en carruaje de Miriam con un pretendiente se estuviera convirtiendo en un desastre.

Rápidos cascos de caballos se acercaron por detrás.

—¡Apártese! —exigió la señora Kent con un grito de pánico.

Richard miró por encima del hombro. Su cabello voló y su chaqueta se tensó mientras intentaba levantar la capota de lona para protegerlas, pero se atascó, dejándolas completamente expuestas. Miriam inhalaba pequeñas bocanadas de aire mientras trataba de respirar a través de su pánico, luego se quedó sin aliento cuando un grupo de hombres a caballo pasó volando junto a ellos al galope. Los cascos voladores de sus caballos levantaban una tormenta de polvo.

—Sujete esto —exigió la señora Kent mientras presionaba un fino pañuelo sobre el rostro de Miriam. Más calor, y ahora era difícil respirar. El pánico tensó sus músculos como el giro de un tornillo cuando la primera respiración de Miriam salió con un silbido áspero y completo.

~

El cuerpo de Miriam se había puesto rígido a su lado. El miedo vació el estómago de Richard. A su lado, Miriam mantenía el rostro vuelto hacia el sol, lo poco que podía ver de él. El chal que la señora Kent había insistido en que usara para cubrirse el rostro estaba pegado sobre su boca y nariz en un eco macabro de una máscara mortuoria. Richard no sabía cómo ayudar, y de todos modos la señora Kent no parecía querer su asistencia. Se había lanzado de su asiento como un cuervo frenético aleteando sobre su cría.

Dios mío, la he matado, se dijo Richard con una descarga de miedo. Una muerte por sus manos ya era suficiente. No podía ser responsable de otra, por más accidental que fuera. Miriam era demasiado gentil y encantadora para merecer la muerte en una cálida tarde de verano. Su terror despertó la pequeña parte de Richard que quería merecerla.

—¡Conduzca más despacio! Está levantando demasiado polvo —ordenó la señora Kent. Richard murmuró al conductor, quien gruñó y obedeció. Al minuto siguiente, la señora Kent exigió—: Conduzca más rápido, debemos llevarla a casa.

Un sudor pálido había brotado en la frente de Miriam mientras yacía recostada contra los cojines.

Si tan solo no hubiera logrado conseguir el estúpido carruaje, esto nunca habría sucedido. Pero había sido reacio a decepcionar a Miriam, así que anoche había enviado un mensajero al domicilio del esposo de Lizzie para pedir un carruaje y un caballo adecuados para cortejar. Había dejado la nota sin firmar.

Esta mañana recibió una comunicación igualmente escueta. **Alquile uno.**

Richard retuvo al recadero el tiempo suficiente para componer una breve respuesta, aunque no su temperamento. **Si desea que corteje a su amiga, consígame un caballo y un carruaje**

para mañana por la tarde.

Hace una hora, Lizzie había llamado a la puerta de sus apartamentos. Pasó junto a él con una mirada glacial de reojo. —El coche de afuera pertenece a mi hermana. Lo necesito de vuelta en una hora. Ella cree que estoy comprando un regalo para Arthur. Él ha accedido a retirar su petición de anulación. Por ahora.

Parecía molesta, pero Richard había terminado con los dramas de Lizzie y no se molestó en preguntar por qué. Sus pensamientos estaban enredados con los rizos de Miriam y la pálida blancura de su suave piel. No hubo un *hola, ¿cómo estás?* Cada cosa ordinaria que dos personas podrían decir al encontrarse se había sentido como un desperdicio de aliento. Su odio hacia Lizzie había crecido en proporción directa a su afecto por Miriam. No podía alejarse de Miriam, en parte porque ahora sabía que Lizzie pretendía obtener la fortuna de su amiga por cualquier medio necesario. Él era solo el tonto lo suficientemente estúpido como para haber caído en su esquema de chantaje. La astuta Lizzie lo había engañado, pero aún esperaba devolverle el favor. No es que pretendiera proteger a Miriam, precisamente, pero si eso resultaba ser una forma de contraatacar a Lizzie, no tenía escrúpulos en cortejar a la chica.

—¿Qué harás mientras estoy fuera? —había exigido.

—Sentarme aquí. Leer tus periódicos. —Los pasos de Lizzie resonaron en el suelo, silenciándose abruptamente cuando llegó a la gran alfombra que cubría el piso. Trazó un dedo a lo largo de la superficie del armario donde guardaba sus pocas pertenencias. Su guante quedó cubierto con una fina capa de polvo. Se frotó los dedos. —Beber tu vino, si tienes alguno.

—No tengo.

—Vaya, vaya. Has caído dura y rápidamente por la frágil Miriam Walsh —se burló Lizzie.

Las manos de Richard se habían cerrado en puños, pero permanecieron a sus costados. No tenía sentido desafiarla y, con todos sus muchos defectos, Richard nunca había golpeado a una mujer.

—Veo que estás viviendo con tu marido otra vez.

Lizzie resopló.

—Por el momento. No tengo intención de vivir como una marginada si fracasas en cortejar a Miriam para que se case contigo. Dios sabe cuánto ha anhelado el afecto de un hombre. Debería ser una tarea sencilla ganarse su corazón. Incluso tú deberías ser capaz de lograrlo.

Richard había cerrado la puerta de golpe al marcharse. No le gustaba dejarla en su casa. Las pocas cartas de su hermano —más a menudo, del secretario de su hermano— estaban guardadas bajo llave en un cajón, junto con su información bancaria y unas monedas que usaba para sus necesidades diarias. Aunque llevaba la llave consigo, no dudaba que Lizzie fuera capaz de forzar el cajón y leer o robar su contenido.

Temer a una mujer menuda una cabeza más baja y cinco arrobas más ligera lo avergonzaba, pero había una inexplicable maldad en Lizzie. Richard nunca podría hablar de ello en voz alta, especialmente no a Miriam, quien insistía en creer lo mejor de su amiga. Tampoco podía decirle la verdad a Miriam sin revelar su parte en este fiasco. El instinto le decía a Richard que ella se pondría del lado de Lizzie antes que del suyo. En su experiencia, las mujeres tomaban las decepciones amorosas con dureza; testigo de ello era la cortesana que lo había dejado por una propiedad en ruinas. Maldita fuera Lizzie y sus maquinaciones. A Richard no le gustaba pensar en el dinero, ni en las motivaciones de la gente, ni, peor aún, en sus *sentimientos*.

Devuelto bruscamente al presente, finalmente localizó la última solapa que mantenía la capota del coche abierta y la levantó. Entre los intentos del conductor por acomodarse a las exigencias contradictorias y aterrorizadas de la señora Kent, y su concentración en los caballos,

había sido de poca ayuda para levantar la capota. Pero ahora la tenía en su lugar. Richard saboreó su pequeño y singular logro. La señora Kent rebuscó en el pequeño kit, vertiendo agua y un polvo en un pequeño cuenco de hojalata.

—Déjeme ayudar —se ofreció, sosteniendo el cuenco para que la señora Kent pudiera usar ambas manos.

—Inclínate sobre él y respira, lo mejor que puedas —murmuró a Miriam.

El sonido áspero y agudo que Miriam emitía mientras luchaba por cada respiración heló la médula de los huesos de Richard. La culpa y la vergüenza, sus eternas compañeras, empañaron su alivio ante la lenta mejoría de Miriam. Después de unos minutos incómodamente inclinada sobre el cuenco, se incorporó, pálida. Gotas de sudor salpicaban su frente. Miriam se negaba a mirarlo a los ojos.

—Bebe esto —la señora Kent le tendió un pequeño frasco. Miriam hizo una mueca pero lo bebió dócilmente. Se atragantó y lo devolvió.

—Estoy tan avergonzada —susurró con voz ronca y una mirada afligida en sus ojos.

—No lo estés. Ojalá hubiera sabido que debía subir la capota. Pensé... no lo sabía, y no pregunté —murmuró Richard. Las palabras surgieron del pequeño lugar en su corazón que lamentaba toda su vida. Le importaba que su descuido pudiera haber costado la vida a Miriam. No sabía qué hacer con el extraño nuevo temor de poder perderla por completo.

Miriam mantuvo la mirada baja, evitando sus ojos durante el corto trayecto de vuelta a la casa de los Walsh. El silencio incómodo pareció una eternidad. Cuando doblaron la esquina de su calle, Livingston Walsh estaba frente a su residencia. Su chaqueta marrón oscuro y sus botas polvorientas indicaban que acababa de regresar. El semblante de su padre pasó de alegre a furioso al observar la figura desplomada de su hija. Richard tragó saliva.

—No le digas a padre que tuve un ataque —suplicó Miriam. Como si tuvieran alguna esperanza de ocultarlo, pensó Richard. No con su bonito vestido verde primavera húmedo de sudor.

—No tengo por costumbre guardar secretos al señor Walsh —respondió la señora Kent con brusquedad. El coche se detuvo.

—Lord Northcote, hágase útil y traiga la tetera de la estufa de abajo. Luego, necesito que se vaya. Cuanto antes lave el polvo de la señorita Walsh, mejor.

Impotente, Richard se dirigió a la cocina e hizo lo que se le pedía. Hervir agua había sido una de las habilidades recién adquiridas al llegar a América. Al crecer, había habido sirvientes para manejar los aspectos tediosos de la vida. No había apreciado lo pesada que era el agua hasta que se vio obligado a cargarla él mismo. Con el estómago revuelto, llevó el agua caliente arriba a lo que suponía era el dormitorio de Miriam. Encontró a la familia agrupada en una habitación luminosa y aireada donde Miriam yacía sobre una colcha blanca. La señora Kent aceptó la tetera y vertió un pequeño chorro en un cuenco de plata con un polvo blanco.

—Respira —le ordenó a Miriam.

—No con él aquí de pie —resolló Miriam.

—Me iré —Richard giró sobre sus talones. No había comprendido la profundidad de la enfermedad de Miriam hasta ahora. Le aterrorizaba pensar que esta espada de Damocles pendía sobre su cabeza en todo momento, esperando golpear en cualquier instante. Se detuvo de espaldas a ella, respetando su deseo de que no la viera en su sufrimiento—. Es usted una mujer extraordinaria, señorita Walsh. Nunca he conocido a nadie tan valiente como usted.

—No soy nada de eso, Richard —insistió Miriam en un tono dolido. Su voz ya sonaba más fuerte. Richard exhaló una silenciosa oración de agradecimiento. Cerró los ojos y se volvió para

mirarla.

—Te hace falta más valor para salir por tu puerta cada día del que necesita la mayoría de la gente para cruzar un océano, Miriam —Richard tuvo que forzar las siguientes palabras más allá del nudo en su garganta—. Mereces ser protegida. Me sentiría honrado de ser tu protector.

Una de las lecciones que Richard había desdeñado mientras estaba en Cambridge era que las palabras tenían poder. Sintió su capacidad para manifestar el cambio cuando pesadas placas de emociones endurecidas se desplazaron y agrietaron en su pecho. Las lágrimas le quemaron los párpados cuando parpadeó. Por un momento horroroso, el rostro maravillado de Miriam se difuminó.

Había dicho la verdad.

—Northcote.

Si el mismo Satanás hubiera pronunciado su nombre, Richard no se habría sorprendido al girarse y encontrar su forma diabólica sobre su hombro. En cambio, era Livingston Walsh.

—Mi hija necesita descansar —señaló con la cabeza hacia la puerta.

—Por supuesto —Richard hizo una reverencia a Miriam, dándose cuenta tardíamente de que la señora Kent le había aflojado el vestido. La visión de su corpiño caído lo suficiente como para mostrar la parte superior de sus senos se grabó instantáneamente en su memoria—. Le deseo una pronta recuperación, Miriam. Señora Kent —hizo otra reverencia y siguió a Livingston por la escalera hasta el vestíbulo. Livingston le indicó que lo siguiera afuera. Los caballos y su conductor esperaban en la calle, cubiertos de polvo. Debía volver.

—No me importa cómo sucedió. Ni siquiera pudiste mantener a mi hija a salvo durante un simple paseo. Irás a casa y le escribirás una carta. Alaba sus ojos, sus hermosos dientes, su inteligencia. Demonios, dile a Miriam que su gusto en vestidos es agradable, no me importa. Di algunas palabras amables para dejarla ir con suavidad —inhaló como Hades a punto de soplar sobre su forja—. Si alguna vez vuelvo a verte oscurecer el umbral de esta puerta, te mataré. Tan seguro como que tú la matarías si te acercaras de nuevo. ¿Entiendes?

—Señor —Richard lanzó una mirada al impaciente conductor, menos en señal de acuerdo que para evitar el destierro—. No puedo aceptar eso.

Había un niño que dependía de que él llevara esto a cabo. Más apremiante aún, había una mujer que había recibido su primer beso de sus labios, a quien Richard preferiría arrancarse su propio brazo antes que decepcionar.

—Entonces le dispararé —replicó Walsh con amenaza. Se movió para revelar una gran pistola en la cintura de sus pantalones.

—Bien, entonces —dijo Richard. No era la primera vez que alguien lo amenazaba con dispararle, pero sí la primera vez que creía en la amenaza. No tenía más remedio que retirarse y reconsiderar su próximo movimiento.

Cuando llegó a casa, Richard descubrió que Lizzie se había servido el pastel de pollo que él había guardado para la cena. La encontró comiendo el último trozo con las piernas colgando sobre los brazos de una silla de respaldo de madera, artísticamente colocada para captar la luz de la tarde que se filtraba por las ventanas en el mejor ángulo posible. Sus periódicos estaban como los había dejado, apilados debajo de su mesa de noche, sin tocar. Fuera lo que fuese que ella hubiera estado haciendo, Richard no podía discernirlo.

—El caballo y el carruaje están afuera —declaró, agotado y deseando que se fuera.

—Ya me di cuenta —mordió una manzana y masticó ruidosamente—. Has recibido una carta de tu hermano. Quiere que vuelvas a casa en Inglaterra.

—¿Cómo tú...? —Richard se detuvo. Las faldas de Lizzie crujieron cuando se puso de pie,

revelando un papel cremoso dirigido a él. Ella había leído todo. ¿Por qué debería asombrarse de esta invasión a su privacidad?

—Llegó mientras estabas fuera con Miriam. ¿Progreso, mi amor? —Lizzie le arrojó la carta al pecho al pasar. Richard se apresuró a atraparla.

—Cómo te atreves... —siseó, pero no tenía sentido terminar la frase. Lizzie se encogió de hombros.

—Para ser un hombre por el que planeaba dejar a mi marido, no estás especialmente preocupado por el futuro de tu familia —se frotó el vientre. ¿Estaba una fracción más redondo? Richard no podía decidirlo. Una furia candente lo recorrió.

—Tú eres la única que planeó eso, Lizzie. Yo nunca te quise siquiera —la verdad se le escapó tan fácilmente que asombró a Richard. Lizzie se detuvo en seco.

—Miriam solo te quiere porque yo te tuve primero. Siempre estaba celosa de mí en la escuela.

Richard se rio.

—Miriam te compadece.

Los ojos de Lizzie se estrecharon peligrosamente.

—Date prisa en casarte con ella, Lord Northcote. Obtén acceso a los fondos de acciones de Miriam. Iré contigo a Inglaterra. Puedes presentarme como tu esposa. Podemos empezar de nuevo, desde cero. Nadie sabrá que soy bígama. No si no se lo decimos.

Una impotencia enfermiza apagó su furia en un instante.

—No, no mentiré, Lizzie. Mi opinión no ha cambiado. No te amo. Nunca lo hice. No te quiero. Prometí hacerme responsable del niño. Si es que hay uno.

Lizzie lo abofeteó. Su mejilla ardió con la fuerza del golpe.

—Cómo te atreves a cuestionarme —escupió. Él cerró los ojos mientras ella pisoteaba hacia la puerta y la cerraba de golpe tras de sí, tal como él había hecho apenas dos horas antes. Qué hermosa relación tenían. Su pobre hijo. En qué situación nacería.

A solas, Richard recogió la carta y comenzó a leer. La frágil flor de esperanza que Lizzie había aplastado con el tacón de su bota momentos antes cobró vida, renovada. El optimismo hinchó su corazón hasta que pensó que estallaría.

Richard, comenzaba sin preámbulos.

Después de mucha reflexión, he encontrado mucho de qué arrepentirme en mis propias acciones previas a la muerte de nuestro padre. Me encuentro perdonando tus acciones pasadas y lamento haberte enviado lejos. Deseo hacer borrón y cuenta nueva contigo. Como hermano. En un gesto de conciliación, he solicitado a la Corona que te otorgue un título menor y expanda las tierras sobre las que se encuentra tu desafortunada casa de campo. Era el último deseo de nuestro padre. Vuelve a casa y reclama tu derecho de nacimiento.

Tuyo,

Lord Edward Northcote, Conde de Briarcliff

Doce

MIRIAM NUNCA HABÍA VISTO a su padre tan furioso. Esperaba no volver a verlo así jamás.

—¡Maldito noble cabeza hueca llevando a mi hija a pasear en carruaje en un día caluroso por un camino polvoriento! —rugió Livingston—. ¡Con la capota bajada!

—Cuida tu lenguaje —le recordó la señora Kent con voz cantarina.

—Guárdate tu cortesía, Fran. ¿Dónde estabas cuando mi hija se estaba ahogando? ¿Para qué te pago si no es para cuidar su salud?

—Nos adelantó un grupo de caballos veloces, padre. Nadie podría haber previsto que levantarían tanto polvo. Y si no hubieras estado diciéndome lo tonta que soy por pensar que un hombre podría disfrutar de mi compañía durante toda una tarde, quizás habría hablado en lugar de sentirme tan ansiosa por impresionarlo. —Si hubiera podido levantarse de la cama, Miriam habría pataleado en una muestra egoísta de frustración. Tal como estaban las cosas, todo lo que pudo hacer fue toser violentamente hasta que el jadeo volvió a su respiración. Esto hizo que la señora Kent entrara en una vorágine de acción.

—Sujétala, Livingston —exigió la señora Kent. Livingston suavemente acunó la barbilla de Miriam y le abrió la boca mientras la señora Kent le introducía un embudo de cobre entre los dientes.

—¡No! —intentó gritar Miriam, pero tenía la boca demasiado llena de metal. El líquido negro y espeso que pasaba por medicina la ahogó al bajar por su garganta.

—Ahora la belladona. Otra vez. Solo funciona si el agua está caliente. —La señora Kent vertió agua caliente de la tetera sobre un cuenco e inclinó la cabeza de Miriam sobre el recipiente. Miriam tosió e inhaló profundamente. Una toalla descendió alrededor de su cabeza, atrapando los vapores que aliviaban la presión en su garganta. Al poco tiempo pudo respirar de nuevo, aunque le dolía la garganta de tanto toser.

Crisis evitada, Livingston y la señora Kent se relajaron un poco. Miriam se quitó la toalla y se recostó sobre las almohadas.

—Te prohíbo que lo vuelvas a ver —declaró Livingston. Sus botas repiqueteaban arriba y abajo sobre las tablas del suelo en un patrón inquieto de venganza apenas contenida—. No se puede confiar en que Northcote te proteja. Eso ha quedado demostrado.

—Padre, no puedes prohibirme nada. Soy mayor de edad, ¿recuerdas? —En ese momento, Miriam se sentía mucho mayor que sus veintitrés años. Cada ataque la hacía sentir como si el tiempo se le estuviera acabando. Si no aprovechaba esta oportunidad, quizás nunca tendría otra para experimentar la vida, el amor y la aventura. Sin embargo, cada vez que se atrevía a dar un

paso en falso, sus limitaciones físicas dictaminaban que la mimaran de inmediato—. Richard no lo hizo a propósito. No ha aprendido los detalles específicos de cómo evitar que sufra un ataque. No sé si *nosotros* hemos aprendido los detalles con precisión, y hemos estado manejando mi condición desde que era niña. Dale un poco de tiempo.

—Le advertí a ese descuidado bastardo que si te hacía daño de alguna manera, ya no sería bienvenido en mi casa.

—Livingston. Basta. —intervino la señora Kent—. No fue culpa de Northcote.

Los ojos de Livingston Walsh se volvieron oscuros como el carbón. La señora Kent mantuvo su mirada tan firme como una roca bajo las olas embravecidas del mar. Cada músculo de su cuello se tensó mientras su furia ardía y se contenía.

—Padre, por favor —suplicó Miriam con voz ronca.

—Que no es su culpa, y un cuerno —refunfuñó su padre—. Supongo que este día era inevitable. Las mujeres de la casa confabulándose contra mí. —Como un gallo acomodando sus plumas alborotadas, su padre se dirigió a la ventana y miró fijamente a la calle.

La señora Kent intentó, sin éxito, contener una sonrisa. Las comisuras de sus labios se curvaron hacia arriba revelando un hoyuelo a cada lado de sus delgadas mejillas. Miriam sonrió débilmente en señal de agradecimiento. Habían sido ella, Livingston y la señora Kent desde que tenía doce años. Antes de eso, había habido una sucesión de enfermeras. Ninguna había sido capaz de tolerar los arrebatos de Livingston por más de unos pocos meses. Su padre no era un hombre fácil, pero tenía buen corazón. Veía los mismos rasgos en Richard.

—De todos modos harás lo que quieras —se quejó Livingston—. Igual que hizo tu madre al casarse conmigo. Deberías saber que tu pretendiente ha estado en la calle toda la tarde esperando verte. Si la señora Kent desea informar a Northcote que Miriam se ha recuperado del ataque, supongo que el hombre se sentirá muy aliviado.

La esperanza se hinchó en el pecho de Miriam hasta que sus pulmones se sintieron apretados de nuevo. —Déjame verlo —jadeó.

—No. Debes recostarte y descansar. Yo informaré a Lord Northcote —insistió la señora Kent. Sus pasos más ligeros siguieron a los inconfundibles pasos pesados de Livingston que se alejaban. Miriam se apresuró hacia la ventana. Un momento después, la sombrilla y la figura de la señora Kent cruzaron la calle y entraron en su campo de visión. Richard había venido vestido con su mejor traje y un sombrero de castor que le ocultaba el rostro. Sus manos enguantadas jugueteaban con el borde de su chaqueta. Miriam trazó el contorno de la ventana con la punta de un dedo. Él y la señora Kent mantuvieron una breve conversación, durante la cual la cabeza de Richard se inclinó dos veces como si estuviera de acuerdo. ¿Habría repetido la señora Kent la advertencia de su padre? El corazón de Miriam se hundió.

La señora Kent se alejó abruptamente. Richard miró hacia su ventana. Miriam saludó, suavemente al principio y luego con creciente fervor al darse cuenta de que él no podía verla. Ya fuera por el resplandor en la ventana o porque su atención se había desviado hacia la ventana equivocada —la casa tenía muchas más de las necesarias—, un presentimiento la invadió. Este no podía ser la última vez que lo viera.

—No dejes que mi asma arruine esto —susurró—. Te amo.

A solas, Miriam probó cómo sonaban esas palabras. Las susurró de nuevo contra el cristal de la ventana. Su aliento no podía empañar el vidrio en un día cálido, pero de todos modos trazó las letras con la punta del dedo. Te. Amo.

Se sentían infantiles, como escribir letras desconocidas en una pizarra con tiza.

Se sentían femeninas, como si la hubieran introducido en un mundo secreto que aún no

estaba segura de entender.

Sobre todo, se sentían correctas, y eso era suficiente.

—¿Qué haces fuera de la cama? —La señora Kent la fulminó con la mirada desde la puerta.

Atrapada en el acto de desobedecer las órdenes de su enfermera, Miriam se quedó paralizada. —Quería verlo.

Lentamente, desdobló sus rodillas del diván bajo la ventana. Al ponerse de pie, se sintió mareada, aunque no sabía si era resultado de la medicina que había ingerido, del cambio brusco de altura o del conocimiento vertiginoso y emocionante del verdadero deseo de su corazón. Dócilmente, se desplomó en su suave colchón de crin y alambre y dejó que su enfermera le arropara las piernas con las sábanas.

—Su señoría me pidió que le entregara esto —dijo la señora Kent, sacando un pequeño cuadrado de papel marfil de su bolsillo. Miriam lo abrió con la avidez de un niño en Navidad.

Querida Miriam:

No puedo participar en esta farsa ni un momento más. Mis sentimientos por usted son demasiado fuertes para soportar la pérdida de su gentil presencia en este mundo. Estoy profundamente avergonzado por haber puesto su vida en riesgo esta tarde. Le ruego su perdón y le deseo una pronta recuperación. Sepa que siempre ocupará un lugar muy especial en mi corazón. No puedo arriesgar su salud por mi propio placer.

Devotamente suyo,

Richard Northcote

—No —susurró Miriam. El dolor la atravesó como mil cuchillos. Preferiría soportar cien ataques de asma antes que perderlo.

—No necesito leer el contenido para saber lo que dice. Su señoría me lo dijo. La adora —dijo la señora Kent con simpatía—. Lo suficiente como para dejarla en paz. Debería estar agradecida.

—No lo estoy —jadeó Miriam. ¿Habría mejor prueba de que Richard también la amaba que su disposición a dejarla? Sin embargo, ella no quería esto—. Por favor. Necesito estar sola ahora.

—Estoy aquí para usted —respondió la señora Kent, vacilando en la puerta de su dormitorio.

—Le estoy pidiendo que no lo esté. Por favor. Váyase.

En el momento en que la puerta se cerró, lágrimas calientes brotaron de sus ojos y rodaron por las mejillas de Miriam. De una forma u otra, le demostraría a Richard que era lo suficientemente fuerte para amarlo en todos los sentidos.

~

—¡Cuidado con el pie!

La advertencia de Howard llegó justo a tiempo. Richard saltó hacia atrás y evitó por poco que su pie fuera aplastado por la caja que rodaba por la pasarela. Howard, con su peculiar genio, había ideado un artilugio diabólico. Era una serie de varillas sobre pasadores suspendidas entre dos tablones. Las cajas más ligeras podían ser medio rodadas, medio empujadas por la plataforma, mientras que los objetos más pesados se levantaban con ganchos y músculos. De esta manera, podían reducir en un tercio el tiempo que llevaba descargar un barco.

Sin embargo, esta caja era demasiado pesada para el tratamiento de tablón rodante. Además, su tapa estaba mal asegurada. Todo el cajón parecía destartalado. A estas alturas de la tarde, Richard estaba demasiado acalorado y cansado para preocuparse por la mala fabricación. Pero la posibilidad de perder los dedos de los pies le hizo perder los estribos.

—Maldita carga —maldijo, y pateó la caja con fuerza para moverla el último pie hasta la

seguridad del muelle. La tapa se aflojó. En la abertura de tres pulgadas, algo se movió.

No algo. Alguien. Varios alguienes. Un brillo de piel oscura. Los blancos de unos ojos aterrorizados le devolvieron la mirada.

—Qué... —Richard se interrumpió.

—Asegura esa caja —espetó Howard. Cuando Richard no se movió, agarró un mazo y cerró la caja de un golpe—. Ayúdame a mover esto.

Sabiendo lo que contenía la caja, Richard ayudó en silencio a su amigo a empujar el pesado cajón por el muelle y subirlo a un carro para llevarlo al almacén. Se quedó solo y acusador en el carro. Cuando terminaron de moverlo, Howard le lanzó una mirada sombría a Richard.

—Hablaremos más tarde —gruñó Howard, y se alejó pisando fuerte.

Richard se había horrorizado al descubrir que la esclavitud aún se practicaba, e incluso se apoyaba fervientemente, en su país adoptivo. Aquí en Nueva York la esclavitud era ilegal. Los hombres y mujeres africanos que encontraba ocupándose de sus asuntos eran, hasta donde Richard sabía, libres. Como había poco que pudiera hacer sobre las crueles leyes de América, generalmente trataba de evitar pensar en el tema. Sin embargo, acababa de mirarlo a la cara, tres pares de ojos asustados que lo espiaban.

Ya no había forma de evitarlo.

Los niños estaban en silencio en su caja bajo el sol ardiente. Richard decidió tomarse un descanso y se sentó en el borde del vagón que esperaba para llevarse su preciosa carga. Llevó consigo una cantimplora de agua fresca. Ahora que estaba más cerca de la caja, podía oler el aroma de cuerpos sin lavar.

—Voy a dejar esto aquí —dijo Richard a nadie en particular.

—Este lado —susurró alguien. Una tabla suelta se abrió. Con naturalidad, Richard extendió la mano detrás de él y colocó su bebida junto a ella. La mano del niño emergió, agarró el asa de lona y la metió en la caja.

¿En qué demonios andaba metido Howard?

Momentáneamente, la tabla volvió a moverse. La lata brillaba bajo el sol ardiente de la tarde. Solo su ligereza vacía demostraba que había niños en la caja detrás de él. Richard saltó de la parte trasera del carro como si nada hubiera pasado.

Richard se reunió con el equipo del almacén. Aunque le dolían los hombros, se esforzó en el trabajo de descargar el resto del barco. Cuanto más tiempo pasara aquí en el almacén, menos oportunidades tendría Lizzie de interceptarlo. Cuando fue a revisar a los niños en la caja, esta había desaparecido. Decepcionado, Richard volvió a su trabajo, solo para descubrir que se había producido una pelea donde el muelle daba a la calle.

—Este no es lugar para mujeres —gritó un hombre malhumorado. Dos siluetas femeninas esbeltas, una alta y vestida de color cervato pálido con adornos azules, la otra de estatura media y vestida de negro, se mantenían firmes.

—Nuestro asunto será breve. Queremos ver a Lord Northcote.

El vello de la nuca y los brazos de Richard se erizó como antenas. No podía ser. Miriam nunca vendría aquí. Había hecho lo correcto al acceder a los deseos de Livingston. Aunque hiciera que el negro corazón de Richard se encogiera en un duro nudo de desesperación, el saber que actuaba en el mejor interés de ella en lugar del suyo propio —por una vez— aliviaba el dolor de perderla.

La multitud se apartó. Howard le hizo señas para que se acercara. Reticente, Richard se dirigió a su lado. Su mirada nunca se apartó del rostro de Miriam. Cuando ella levantó la vista, fue como si una flecha lo atravesara. Una tímida tristeza mezclada con determinación se reflejaba

en sus delicadas y hermosas facciones.

—Señorita Walsh —saludó, con la voz ronca por haber regalado su agua—. Señora Kent.

Richard bajó la mirada. Hacía horas que se había quitado la camisa, como habían hecho algunos de los estibadores. Ahora, miraba con vergüenza su torso desnudo. Aunque el trabajo manual había eliminado la barriga que la bebida había formado alrededor de su cintura, Richard era muy consciente de la apreciativa inspección de Miriam. Un intenso rubor tiñó las mejillas de Miriam. Su mirada se desvió hacia él y luego hacia el techo, para volver a él nuevamente. La vergüenza invadió a Richard. Olía mal. Su piel estaba cubierta de sal. Los pantalones en su cintura eran diez veces de mejor calidad que los de cualquier otro estibador, pero nadie lo sabría por la cantidad de suciedad incrustada en ellos.

A Miriam no parecía importarle. El hermano de Richard irrumpió en su memoria. *Vuelve a casa*, le había pedido Edward. ¿Qué pasaría si ella finalmente conociera a su hermano? ¿Sentiría que se había conformado con el hombre inferior?

Los ojos de la dama en cuestión se agrandaron.

—Su señoría, no esperábamos encontrarlo aquí. Desnudo —Miriam susurró la última palabra en un siseo sensual y ávido. El miembro de Richard, dormido desde la noche en que Lizzie había intentado y fracasado en despertarlo, se estremeció con interés.

—Es comprensible —respondió Richard después de un largo momento—. No esperaba recibir invitados. Si hubiera sabido que vendrían, me habría vestido apropiadamente. Digan su asunto y luego váyanse. Como dice Howard, este no es lugar para damas.

—No has venido a verme —dijo Miriam apresuradamente.

Una lenta sonrisa se dibujó en los labios de Richard. El rubor de Miriam se intensificó.

—¿Tienes un deseo de muerte? —preguntó con asombro. A su alrededor, los trabajadores del muelle aullaban con ánimo y burlas. Se esforzaban por escuchar sus palabras. Richard sabía que interpretaban todo lo que decía de la manera más lasciva posible. Era una novedad, una curiosidad que aún no había ganado su lugar dentro de su jerarquía. Richard ocupaba un extraño lugar entre Howard y el más bajo de su rango.

—Vuelvan al trabajo, holgazanes —exigió Howard, haciéndolos a un lado con un gesto.

—Yo... —Miriam tragó saliva—. Te he echado mucho de menos. Si me honraras con una visita, te estaría muy agradecida.

—La última vez que te honré con una visita, casi te mato —señaló Richard, su tono burlón desaparecido—. No volveré a correr ese riesgo.

—No fue tu culpa —soltó Miriam obstinadamente—. Fue un accidente.

—Un accidente evitable —intervino la señora Kent.

Richard dudó. En su mundo, las jóvenes damas no se aventuraban a buscar a los hombres. Tentaban. Esperaban. Pero sobre todo, aguardaban. Richard pensó brevemente en las jóvenes a las que había dado falsas esperanzas durante sus años en Londres. Un coqueteo casual para él tenía consecuencias monumentales para sus futuros. Esperaba fervientemente que ninguna joven dama hubiera depositado sus esperanzas en él. Habría sido una terrible elección de marido. Aunque quizás no peor que otros lores.

El pensamiento autocomplaciente estalló en cuanto se formó. Sería un marido terrible. No había nada en pasado sobre él. Richard seguía siendo lo suficientemente egoísta y vanidoso como para experimentar una oleada de satisfacción masculina cada vez que la mirada de Miriam se posaba en su pecho y profundizaba su rubor, desde un rosa pétalo hasta un carmesí. La satisfacción se enroscó en lo profundo de su vientre.

Solo había una razón para continuar cortejándola. Deseaba a Miriam. Si tenía que casarse con

ella para mantenerla a salvo, seguramente esa consideración superaba cualquiera de los planes de Lizzie. Quería a esta mujer inocente que besaba como una diosa y despertaba sentimientos que Richard no sabía cómo manejar.

—Quiero que tú... —Miriam se lamió los labios. La excitación de Richard se intensificó. La vergüenza de la señora Kent se hizo evidente.

—Iré —cedió, demasiado rápido, mientras la culpa templaba su alegría ante la audacia de Miriam. Sin importar cómo hubiera sucedido, a Richard le gustaba Miriam. Si se hubieran conocido en otras circunstancias, la habría cortejado de todos modos, aunque estaba lo suficientemente humillado como para saber que a ella no le habría gustado tanto su encarnación anterior—. Mañana por la tarde.

—Sí. Por favor. Podría ser la última oportunidad —Miriam miró de reojo a la señora Kent—. Antes de que volvamos a Cliffside. Normalmente no paso mucho tiempo en la ciudad, y después del... incidente de hace unos días, mi padre insiste en que nos vayamos de la ciudad.

—Ya veo.

Si la quería, Richard tenía que actuar. No porque Lizzie lo hubiera chantajeado. Sino porque Miriam lo deseaba lo suficiente como para arriesgar la reprimenda de su padre y su impecable reputación al venir aquí, a un almacén, para encontrarlo a *él*.

Ese pensamiento lo emocionó como nada lo había hecho antes.

Trece

¿QUÉ HABÍA HECHO al ir en busca de un hombre que había retirado su cortejo para invitarlo a cortejarla?

Miriam se humedeció los labios y echó un vistazo al muelle donde los hombres deambulaban en varios estados de desaliño. La vergüenza, más ardiente que el sol que le golpeaba el cuello, la inundó. Sus músculos se tensaron. Los hombros, el cuello, el abdomen. Richard y su gloriosa desnudez le recordaron al dios Helios. No sabía dónde mirar. El deseo era algo vivo dentro de ella, humedeciéndola bajo sus capas de enaguas. Respiró. La brisa del Hudson lo hacía fácil. El aire del mar siempre le había sentado bien. A pesar de esto, la señora Kent le abanicaba directamente la cara. Miriam la miró por encima del hombro con el ceño fruncido. La dama le devolvió la misma mirada.

La señora Kent no había aprobado esta misión. Sin embargo, estaba aquí, firme, al lado de Miriam como siempre. Invitar a un hombre a visitarla simplemente no se hacía. Su padre había estado sospechosamente callado después de su ataque de asma. Era demasiado esperar que su padre, una fuerza de la naturaleza, se hubiera aplacado por su tristeza. El dolor había brotado dentro de ella como una fuente interminable de sufrimiento, y Miriam se había asegurado de que sus cuidadores fueran conscientes de su tristeza sin fin. Especialmente su padre. Se deprimía durante las comidas. Cuando Livingston la invitaba a su paseo vespertino, Miriam se negaba. Cuando le preguntaban por qué, suspiraba y decía: —No quisiera que el camino polvoriento me provocara un ataque.

Livingston le había lanzado una mirada penetrante y se había marchado solo, murmurando entre dientes.

—Tal vez el hombre se preocupa lo suficiente por ti como para mantenerse alejado. Dudo que quiera hacerte más daño —había aventurado con cautela la señora Kent.

—No me hicieron daño —insistió Miriam—. Me recuperé por completo.

—Esta vez —respondió sombríamente la señora Kent—. Un día, podrías no tener tanta suerte.

Era justo, pero Miriam había decidido que vivir un poco más no valía el sacrificio de las cosas que deseaba. Amor. Hijos, aunque vinieran con gran riesgo. Una oportunidad de ver el mundo. La porción que tenía disponible podría ser una tajada más pequeña que para la mayoría de la gente, pero Miriam había decidido que no iba a dejar que eso la detuviera.

Lo único que su padre no podía tolerar era un exceso de emoción femenina. Miriam podía ser mayor de edad, pero no estaba por encima de darle una dosis de los sentimientos femeninos que

él había tratado de evitar enviándola a un colegio de señoritas. Livingston usaba pistolas para conseguir lo que quería. Habían resultado notablemente ineficaces contra su avalancha de exagerado mal humor desde la escena fuera de la ventana de su dormitorio. Miriam no estaba por encima de usar cualquier arma a su disposición para aprovechar la oportunidad. Había decidido que si quería una aventura, tendría que luchar por ella.

Miriam experimentó un ardiente destello de satisfacción mientras contemplaba la magnífica forma de su amado. El calor le picaba la piel, y no solo por el calor del día. La sonrisa segura y burlona de Richard hizo que sus dedos temblaran. Miriam intentó tragar y se encontró con la garganta seca.

Richard le tomó la mano para acercarla. Su aroma terroso y salado la envolvió. Miriam jadeó con la necesidad de inhalar más profundo, más tiempo, más.

—¿Cuándo partes? —preguntó él con cautela.

—El jueves —logró decir Miriam mientras su cabeza daba vueltas. La decisión de Livingston de hacer las maletas y dirigirse a Cliffside había sido el impulso para su visita. Miriam había sentido que su ventana de oportunidad para experimentar *más* se cerraba.

—Entonces, te visitaré mañana, Miri. —Se acercó más. Miriam debería haberse ofendido por el sudor de su cuerpo, pero en su lugar, su aroma pungentemente masculino hizo que sus muslos se debilitaran y su vientre se estremeciera. Todos esos músculos relucientes podrían ser suyos para tocar si...

Richard avanzó hacia ella. Le levantó el rostro y se inclinó sobre ella, sus ojos oscuros encendidos con una llama oscura de hambre. La besó, duro y posesivo. Miriam saboreó sal y hombre mientras su barba incipiente le raspaba la piel. Miriam se inclinó para encontrarse con él, abriéndose. A su alrededor, los hombres se burlaban groseramente.

—Miriam Walsh, ya es *suficiente* —siseó la señora Kent. Miriam sonrió contra la boca de Richard. Sus labios se curvaron para igualar los de ella. A regañadientes se separaron. Primero un soplo de espacio entre ellos, luego un paso tembloroso hacia atrás. La señora Kent la agarró del codo.

—Sí, sí. Ya voy. —Su mirada nunca dejó el rostro de Richard. Su cabello se rizaba sobre sus orejas, brillando en la luz intensa.

—Hablaré con Howard sobre tomar la tarde libre —prometió él en un rumor bajo.

Miriam le lanzó un beso, con el corazón palpitante. Richard aún la deseaba de una manera que le debilitaba las rodillas y le aceleraba el corazón. Era digna del afecto de un hombre, y esta vez, Miriam estaba decidida a no perderlo.



—No viste nada —declaró Howard. Observó a los trabajadores abajo desde su posición en la oficina sobre el piso del almacén con una expresión pensativa. Desde aquí podía detectar dedos ligeros o trabajo descuidado. Papeles y tinteros apilados en montones desordenados cubrían cada superficie disponible. En la parte trasera había una cama improvisada, donde Howard dormía la mayoría de las noches.

—No estaré aquí mañana por la tarde —afirmó Richard. Nunca le pedía a Howard que se fuera. Solo cuándo podía trabajar—. Necesito la libertad para visitar a Miriam.

Howard se agarró el cabello con los puños, poniéndolo de punta. —Te necesito aquí —respondió su amigo lentamente—. No viste nada en la caja que te pedí que movieras. Hay otro envío de mercancías igualmente invisibles y delicadas llegando mañana. Estamos hasta el techo.

Necesito tu ayuda para mover esta caja inexistente al centro de la ciudad.

En la emoción de la visita de Miriam, Richard había olvidado la caja con la tapa suelta y la tabla con truco. —¿Quiénes son?

—No lo sé. No necesito saberlo, y tú tampoco —respondió Howard secamente.

Richard contempló a su amigo por un momento. —Son esclavos, ¿no es así?

—Ya no —respondió Howard con amarga satisfacción—. Ahora son libres, como deberían ser todos los seres humanos.

—Siempre me pareció extraño cómo un país que se enorgullece de la libertad somete a toda una raza a la esclavitud —reflexionó Richard.

—Y yo siempre he considerado igualmente peculiar que una nación que se considera por encima de la esclavitud nunca parpadee ante la fuente de su algodón y azúcar, su té y tabaco. —Howard golpeó el escritorio con el puño cerrado. Lanzó a Richard una mirada cortante—. Ustedes, los ingleses, se benefician del mismo trabajo robado. ¿De dónde crees que proviene tu riqueza? Pero no se dignan a reconocer el hecho.

Richard se quedó en un silencio incómodo como un niño ante el director de la escuela. Había sido ese niño, muchas veces. El resentimiento se arremolinaba y giraba dentro de él. No podía ser considerado responsable de las deficiencias de los líderes de un país extranjero. No podía ser responsable de las suyas propias... pero en cierto sentido, sí podía. ¿Quién sino los pares y el rey habían tenido el poder de cambiarlo? El sudor le corría por el torso desnudo mientras consideraba el significado de las palabras de Howard.

Después de un momento, su incomodidad se desvaneció. En su lugar quedó una capa de determinación inquebrantable. Richard había vivido treinta y un años sin sentir esta firmeza interior de convicción. La injusticia y la inequidad le molestaban inmensamente, cuando le afectaban a él. Cuán injusto había sido que fuera un segundo hijo, incapaz de heredar. Sin importar que nunca le hubiera molestado el hecho de que su hermano menor estuviera igualmente privado de privilegios heredados. Hasta el incendio que había matado a su padre, Richard había desperdiciado su vida en autocompasión e indulgencia.

No.

Hasta Miriam.

Su cuñada, Harper Forsythe, ahora condesa de Briarcliff, le había irritado enormemente. La había odiado desde el principio porque esa mujer tímida se había atrevido a perseguir una misión, una que contradecía directamente los intereses de Richard. Su propósito había hecho que Richard se sintiera como si fuera víctima de circunstancias desafortunadas, cuando en realidad no había sido nada de eso.

Por eso su hermano lo había enviado lejos de Inglaterra. Para obtener este autoconocimiento. Para experimentar verdaderas dificultades y dejar de regodearse en la autocompasión, para crecer. No porque Edward lo odiara. La realización se hundió en su estómago.

—Tienes razón —respondió Richard vacilante después de un largo silencio—. Prometo que te ayudaré. Les ayudaré. A los niños.

—Mañana, puede que no sean niños —respondió Howard, paseándose por el escaso espacio vacío de su oficina—. No sé quién aparecerá en mi barco ni cuándo. Es así como nos mantenemos a salvo de ser descubiertos. Cada eslabón de la cadena es anónimo. Solo conozco a la mujer que envía un mensaje codificado sobre cuándo esperar a los próximos refugiados. Los llevo río arriba y me aseguro de que lleguen al campamento al norte de Manhattan. El pueblo de esclavos. A partir de ahí, no sé a dónde van.

—¿Cuál es el riesgo si nos atrapan? —preguntó Richard. Incluso en el aire viciado de la

estrecha oficina, un frío aire de miedo heló su piel desnuda.

—Nada tan malo como lo que les sucede a los que han escapado —Howard se rio sin humor —. Bajo la Ley de Esclavos Fugitivos, los cazadores de esclavos pueden afirmar que cualquier persona de piel negra es un esclavo fugitivo y arrastrarlos al sur con el más mínimo pretexto. Si yo hubiera ganado mi libertad escapando, no me quedaría en este país si tuviera otra opción.

La piel de Edward se erizó de miedo.

—Eso es indignante —escupió enojado—. ¿Cómo es esto legal?

Howard se encogió de hombros con cansada resignación.

—Las leyes pueden ser simples, pero no son fáciles de cambiar.

—Pregunto de nuevo, ¿cuáles son los riesgos para nosotros? —Edward casi no quería saber —. Ya que voy a ayudar y ser cómplice de tu supuesto crimen.

—Eso depende de dónde me atrapen, si es que me atrapan. Aquí en el norte, podría enfrentar una multa. Más al sur, podría perder los barcos, los astilleros y ser encarcelado. Dependiendo de cuán grande ejemplo quiera hacer de mí el juez. —Howard explicó lo que estaba en juego con calma, como si les hubiera dado consideración y decidido que no tenían importancia en lugar de ser completamente ruinosos—. Como mi socio, tú también podrías perderlo todo.

—Socio —se burló Richard—. No soy tu socio, Howard. Te he conseguido algunos contratos sociales. Me pagas por el tiempo que paso transportando mercancías cuando tienes fondos. Si esto es importante para ti, te ayudaré. Es lo mínimo que puedo hacer para devolver la amistad que me has mostrado. Es... —La sinceridad brotó de la parte de él que ya no podía mentirse a sí mismo—. Es lo correcto. El riesgo para mí es pequeño, ¿no?

El cuerpo delgado y musculoso de Howard se relajó ligeramente. Su mata de cabello rubio se agitó alrededor de su rostro.

—No hay necesidad de devolver la amistad. No confío en muchos hombres, Lord Northcote.

Pronunció el título con burla. Richard se erizó. ¿Cuándo había empezado su apelativo a irritar sus oídos? ¿Cuando Lizzie, maldita sea su alma, lo había ronroneado en su oído, mientras todo el tiempo lo había estado envolviendo alrededor de sus dedos hasta que fue como una marioneta bailando al son de su retorcida melodía?

Howard hojeó las pilas de papeles hasta que localizó un desgastado libro de contabilidad cubierto con su distintiva letra apretada.

—Aquí. Esta es tu porción de las ganancias obtenidas desde que empezaste a trabajar con mi negocio hace un año y medio. Por cada inversión que me has traído, he apartado fielmente tu comisión. Cuando has trabajado en los muelles para mí sin solicitar tu paga, he depositado tus salarios en la misma cuenta. La suma es de más de mil dólares.

Richard escaneó el libro de contabilidad con incredulidad. Una docena de grandes cifras complementadas con cantidades más frecuentes y pequeñas llegaban a poco menos de mil cien dólares.

—Si esta es mi porción por ayudar a un amigo, debes ser realmente rico —observó Richard mientras trataba de procesar las implicaciones. Miró a su amigo, a las patéticas habitaciones apenas aptas para la cama de un perro—. ¿Por qué vistes harapos y vives aquí cuando puedes permitirte algo mejor?

Howard levantó un hombro y lo dejó caer.

—No necesito ropa elegante ni alojamientos lujosos. Nací como una rata de muelle. Nunca me acostumbré a nada mejor. Lo que significa que si lo perdiera todo por ayudar a esclavos fugitivos, mi vida no cambiaría mucho. La prisión sería una molestia, pero sobreviviré y reconstruiré cuando sea liberado. Los africanos, sin embargo, bien podrían no sobrevivir a la

esclavitud. No tendrán la oportunidad de construir ningún tipo de vida en absoluto. —Su expresión se suavizó, volviéndose pensativa de nuevo—. En verdad, no es mucho sacrificio para mí. Espero que sientas lo mismo.

Richard tragó saliva. En dos días, Miriam partiría hacia el campo. La añoranza oprimió su pecho. Mantenerse alejado de ella había sido lo más difícil que había hecho en su vida. Por primera vez en su vida, Richard se había negado algo que quería. La sensación poco familiar de noble sacrificio había compensado su miseria. Era por su propio bien que la había dejado sola. El aterrador plan de Lizzie era demasiado real, demasiado realizable.

Pero por la forma en que se habían besado hace apenas media hora, la atracción entre ellos era la única luz de verdad de toda la existencia de Richard. Tenía una oportunidad de conservarla. Una oportunidad de salvar a su amor insospechado de la mujer que ella creía que era una amiga pero que planeaba beneficiarse de su muerte.

Se llevaría a Miriam lejos. Primero, tenía que ganar su mano. Livingston Walsh era un obstáculo formidable, pero Richard podía ganárselo. Livingston valoraba la persistencia y el trabajo duro. Los contornos de un plan se formaron rápidamente en su cerebro.

—Necesito una hora mañana por la tarde. Puede que necesite más tiempo después —dijo.

—¿Qué estás pensando? —preguntó Howard con escepticismo.

—Expansión —Richard levantó los brazos hacia el techo, con las palmas hacia arriba—. Una empresa de transporte transatlántico, con pasaje secreto a Europa para los esclavos escapados que lo deseen.

—No. —Howard sacudió su gran melena—. No tengo capitanes con experiencia en el mar. No tengo contactos en costas lejanas. El riesgo es demasiado grande para la recompensa.

—Dijiste que querías expandirte al extranjero. ¿Qué pasó con el buen comercio con Londres y París? —Richard necesitaba la participación de Howard para que su plan funcionara. Si es que se podía llamar plan, y no un impulso insensato. Tenía la misma sensación ahora que había tenido en las mesas de juego en Londres. La sensación de oportunidad ilimitada. Como si fuera una canica en una mesa de ruleta rebotando entre números, y este fuera su momento de ganar.

—¿Y si mitigáramos el riesgo con inversores externos? —insistió. Howard se frotó la cara. El hombre apestaba. Necesitaba un baño. Ambos lo necesitaban.

—¿Eres socio en este nuevo proyecto? —preguntó Howard con escepticismo.

—Sí. Apostaré todo lo que hay en esa cuenta secreta que has estado guardando para mí.

—¿Quién más? —exigió saber Howard a regañadientes, como si no pudiera evitarlo. Al igual que Miriam, el hombre había nacido con un instinto para hacer dinero.

—El padre de Miriam.

Howard gimió.

—Esa es una idea terrible. ¿Y si el barco se hunde y lo perdemos todo?

—Lo aseguraremos. Lloyd's de Londres asegura cualquier cosa. Le escribiré a mi hermano y le pediré que cubra el gasto.

—Incluso con su aprobación y apoyo, no es prudente incluir a tu amada en un nuevo proyecto —observó Howard.

—Voy a casarme con ella.

Howard levantó la mirada al techo y luego dejó caer su frente en una de sus grandes manos.

—No puedes hacer esto. Estás cayendo directamente en las manos de Lizzie.

—No lo entiendes, Howard. Planeo llevar a Miriam a Inglaterra, casarme con ella y convertirla en una dama de verdad. Lizzie nunca nos seguirá hasta allá. No puede. Está casada. Escabullirse a espaldas de su marido durante meses no es lo mismo que abandonarlo para seguir

a un hombre que no la quiere. El orgullo por sí solo le impediría seguirnos. —No mencionó el título. Por un lado, Richard no sabía qué le esperaba. Edward había sido críptico en ese aspecto. Por otro, dudaba que a Howard le importara.

—La cantidad de cosas que esa mujer supuestamente no puede hacer pero hace de todos modos son legión —refunfuñó Howard—. Bien. Si puedes conseguir la financiación, obtendré opiniones sobre si el *Thetis* es apto para un viaje marítimo. Es nuestro barco más grande y podría servir como paquebote transatlántico. Tendré que buscar un nuevo capitán con experiencia en navegación. La única razón por la que haré esto es por ellos, por supuesto.

—Claro. Ganar más dinero que Creso no tiene nada que ver —bromeó Richard. Su amigo resopló con desdén—. Motivos puros, de principio a fin.

—Sal de mi oficina. Oigo a una mujer suspirando por tu beso desde Canal Street —bromeó Howard, dándole un empujón en el hombro a Richard.

Richard sonrió.

—Dáte un baño, Howard. Estás demasiado maduro para recibir visitas.

La tarde se presentaba llena de posibilidades.

Catorce

—CREÍ HABERTE DICHO que nunca volvieras a pisar mi puerta, después de lo que pasó con mi hija.

No había forma de confundir la amenazante nube de tormenta en el ceño fruncido de Livingston Walsh.

—Lo hizo. Sin embargo, aquí estoy.

El ceño de Livingston se profundizó. —¿Hay alguna razón por la que no debería dispararte por entrar en mi propiedad?

—Usted no tiene un arma —señaló Richard. Para su inmediato pesar, Livingston sacó una pistola de la parte baja de su espalda y apuntó al pecho de Richard. —Me retracto —dijo Richard, mirando fijamente al hombre—. Déjeme entrar porque usted ama a su hija, y yo también. Miriam no querría verme muerto en su puerta.

Livingston amartilló el arma. —Yo, sin embargo, podría disfrutar de la vista.

—Ella nos está observando —observó Richard—. No obligaría a Miriam a presenciar el asesinato de su pretendiente, ¿verdad?

—Miriam no puede ver la calle desde su habitación. —La ceja izquierda de Livingston se arqueó. Su mirada y su pistola nunca vacilaron.

—Ella no está en su habitación. Su hija está justo detrás de usted. —Richard hizo un gesto detrás del hombre. Livingston bajó la pistola y se dio la vuelta. Miriam pasó corriendo junto a su padre y se lanzó a los brazos de Richard.

—Estás aquí —suspiró contra él. Richard le guiñó un ojo a Livingston por encima del hombro de ella. El hombre puso los ojos en blanco.

—La ausencia hace crecer el cariño —observó Livingston con disgusto—. Supongo que echarte fue un error táctico. Puedes entrar, Lord Northcote.

—¿Estás bien, Miri? —preguntó Richard, apretando sus hombros mientras entraban en el oscuro vestíbulo. La señora Kent hacía ruido en la cocina, claramente disgustada por su llegada.

—Lo estoy. Mis ataques son aterradores, lo sé, pero cuando terminan, estoy como nueva. —La piel naturalmente pálida de Miriam brillaba con salud y sus mejillas estaban sonrojadas. Sus ojos brillaban de felicidad, no de fiebre. Richard se relajó por primera vez en una semana.

—Me alegré tanto de verte ayer —murmuró. Miriam se acercó más a él a pesar de la cálida tarde que inundaba la sala a través de la pared de ventanas en la parte trasera, calentando el aire como el invernadero de Briarcliff. Su cuerpo rozó el de él, un indicio de pecho, un hombro definido, nudillos y yemas de los dedos deslizándose sobre piel desnuda. El cuerpo de Richard se

convirtió en un infierno, obligándolo a conjurar pensamientos sobre el perfume de su abuela para evitar que su cuerpo se rebelara.

La señora Kent golpeó un juego de té sobre la mesa, sobresaltándolos y separándolos. —Bienvenido de nuevo, milord.

—No le hagas caso —dijo Miriam rápidamente—. Ella y mi padre han acordado tolerar tu presencia, pero me temo que no puedes esperar amabilidad.

—Señora Kent —llamó Richard. La espalda de la mujer se tensó.

—¿Sí? —preguntó sin darse la vuelta.

—Me gustaría aprender los tratamientos que le dio a Miriam durante su ataque.

—¿Le gustaría? —La mujer se dio media vuelta, sospechosa hasta la médula.

—Seguramente dos personas que saben reconocer los signos de un ataque de asma y cómo tratarlo aumentarían la seguridad de Miriam, ¿no cree?

La señora Kent resopló. —Tal vez. Si se queda por aquí. —Se alejó pisando fuerte, aunque Richard creyó detectar una nota de aceptación en su paso.

—Eso fue inteligente de pedir —le dijo Miriam mientras servía el té—. Aunque si ella te lo muestra, debes tener cuidado de no hacerle pensar que su posición está en peligro. A donde yo vaya, la señora Kent va.

Una advertencia, y una justa.

—Prometo que nunca intentaré interferir en tu relación con tu acompañante —respondió Richard. Miriam entrelazó sus dedos con los de él, levantó su mano y rozó los nudillos con sus labios. El miembro de Richard se sacudió en sus pantalones. Inhaló profundamente y ahuyentó su excitación. Por poco que lo mereciera, Richard la deseaba.

—¿Vendrás con nosotros a Cliffside? —suplicó Miriam—. Sé que es apresurado de mi parte invitarte, pero la idea de soportar seis semanas hasta que regresemos es insoportable.

El recuerdo de un brazo pequeño y delgado saliendo de una tabla suelta de una caja para alcanzar una taza de agua destelló en su memoria. Richard echó azúcar en su té e imaginó manos morenas que habían trabajado para traerle este pequeño placer de buen té y un poco de dulzura. Ahora entendía por qué Howard no podía detenerse. Una vez que habías visto cómo afectaba a las personas, no podías mirar hacia otro lado. Cualquier cosa que uno hiciera era insuficiente, pero no hacer nada ya no era posible.

—¿Qué tan lejos está su residencia de campo? —preguntó.

—¿Residencia? —preguntó Miriam, confundida.

—Casa. Usé un término inglés para una finca de campo —aclaró Richard con cierta vergüenza. No soltó su pequeña y suave mano. Pero la oleada de nuevas emociones amortiguó su excitación y por eso la recibió con gratitud. Se le ocurrió a Richard que escuchar sus emociones en lugar de tratar de ahogarlas en bebidas lo hacía sentir mejor de lo que jamás se había sentido en su vida. Tal vez los sentimientos debían ser abrazados, no temidos.

—Ya veo. —Miriam le apretó la mano y lo soltó—. Cliffside es mucho más grandioso que esto. Está a unas dos horas río arriba en los Palisades. Normalmente pasamos todo el verano allí. Mi padre ha tenido negocios en la ciudad, y yo elegí acompañarlo porque me aburro cuando estoy atrapada en el campo.

Richard tomó nota mental de que tendría que llevar a Miriam a Londres para socializar regularmente. Una vez que fuera nombrado... Richard aún no le había contado sobre el título. Gracias a la críptica nota de Edward, no sabía a qué título podría ser elevado. Por ahora, era mejor guardar esa información para sí mismo.

—¿Es por eso que empezaste a invertir? —preguntó Richard, volviendo sus pensamientos a

la mujer frente a él.

—¿Cómo sabes sobre eso? —exigió Miriam, con sus ojos grises abiertos de incredulidad.

Richard podría haberse golpeado la frente por el desliz. Lizzie se lo había dicho, por supuesto. —Lo insinuaste —mintió Richard—. Adiviné el resto. ¿Es cierto?

—Sí. —Miriam sonrió—. A juzgar por los resultados, me atrevería a decir que tengo un don para ello.

La sonrisa de Richard se extendió por su rostro para igualar la de ella. —Interesante. Estoy considerando invertir en un nuevo negocio de Howard. Me alegraría contar con tu consejo.

Esta sinceridad se sentía liberadora. Richard nunca había contemplado cuánto esfuerzo requería mantener falsedades hasta que dejó de hacerlo.

—¿El consejo de una mujer? —Miriam arqueó las cejas en fingido asombro—. No me digas.

—Con total honestidad, tengo un pasado cuestionable en cuanto a la gestión de fondos —respondió Richard con más franqueza de la que había pretendido. Este asunto de decir la verdad aún no le salía de forma natural. Era mucho más fácil entretejer las fabricaciones con la verdad. Sin embargo, cada vez que admitía un fallo, sentía como si se aflojara una cadena. Era más libre. Richard había estado tan acostumbrado a pensar en el poder como algo que se le otorgaba, como un título, que el concepto de poseerlo le resultaba extraño.

—De hecho —continuó—, me resisto a invertir donde no conozco nada sobre los fundamentos. ¿Podría considerar revisarlo y aconsejarme?

Richard contuvo la respiración. Si esto no funcionaba, todo su plan se desmoronaría. Howard había sido fácil de convencer. Amaba una sola cosa: el dinero, aunque Richard no sabía qué hacía con todo ello. Miriam probablemente sería mucho más escéptica.

Y Livingston Walsh, el premio que podría dar alas a su sueño, ¿hurgaría y escudriñaría cada detalle antes de comprometer un solo centavo? Centavo, más bien. Esto era América, no Inglaterra.

Debía tener éxito. Su hermano podría tener un plan caritativo, pero Richard decidió en ese momento que volvería a Inglaterra en sus propios términos o no volvería en absoluto. Aún no había respondido a la asombrosa carta de su hermano. La que estaba componiendo en su mente era algo así:

Querido Edward:

¿O debería llamarte Lord Briarcliff?

Aceptaré tu oferta. Vuelvo a casa como un hombre independiente, con una novia que me adora casi tanto como yo la adoro a ella. Nunca seré tu caso de caridad.

Muy sinceramente,

Richard.

Nunca la escribiría, por supuesto. Cualquier misiva entre él y su hermano debía demostrar su recién descubierta humildad. El sarcasmo arrogante era del Viejo Richard, no del Richard Reformado. Además, aún no había asegurado la mano de Miriam. La dama en cuestión lo miraba con serios ojos grises.

—Necesito ver un prospecto —dijo Miriam.

—¿Qué es un prospecto? —preguntó Richard con genuina confusión.

Miriam se rio.

—Es una descripción del negocio. Lo que esperas lograr, cómo propones lograrlo y estimaciones del dinero necesario para alcanzar el objetivo.

—Oh. —Richard nunca había considerado los negocios como una preocupación lógica antes. En Inglaterra era algo que uno evitaba a menos que fuera absolutamente necesario involucrarse.

De repente se dio cuenta de que el tiempo que había pasado esquivando a los acreedores había impactado materialmente en sus medios de vida. Había tomado cosas de la gente basándose en su buen nombre y luego no había pagado sus deudas. Su padre, una y otra vez, había intervenido para salvarlo de la ruina.

Le enfermaba pensar en lo que podría haber logrado si hubiera probado suerte en la política o en obras de caridad en lugar de tratar de impresionar a un montón de caballeros necios y sin rumbo.

—Te conseguiré uno —prometió. Incluso si tenía que escribirlo él mismo—. Mientras tanto, cuéntame más sobre Cliffside.

La mano de Miriam encontró la suya de nuevo. Su té se enfrió mientras hablaban. Cuando notó el cambio fuera de las ventanas, la tarde se había extendido hasta el anochecer.

—Miriam —dijo—, necesito hablar con tu padre. Pero antes de hacerlo, quiero saber... ¿te casarías conmigo si te lo pidiera?

Estás cayendo en las manos de Lizzie. Las palabras de Howard resonaron en su mente. Richard las alejó. No era así. Miriam merecía ser protegida y él pretendía hacerlo de la única manera que conocía. Casándose con ella y alejándola del peligro.

—Sí —susurró Miriam—. En un latido. Sí.

Ella estaba en sus brazos. Richard no podía recordar haberse puesto de pie, no podía recordar haber extendido los brazos hacia ella, pero su cuerpo estaba presionado contra el suyo. Su limpio aroma femenino lo cautivaba.

—Desearía que vinieras a quedarte con nosotros en el campo —suspiró ella contra su mejilla —. No sé cómo sucedió, ni por qué, Richard. Cada momento que paso lejos de ti es un dolor mayor del que puedo soportar.

Sus palabras le provocaron un escalofrío por la espalda. No merecía su afecto, pero tenerlo había despertado un hambre insaciable por más. Necesitar a una mujer por más que su cuerpo se sentía incómodamente crudo y tierno.

—No puedo darte esta semana, pero puedo prometerte toda una vida —susurró Richard. Sus propias palabras lo desarmaron. Lo hacían débil. Para evitar seguir hablando, la besó. Miriam se arqueó con naturalidad para encontrarse con su abrazo. Sus labios eran seda húmeda deslizándose sobre los suyos.

La señora Kent los interrumpió de nuevo.

—Ejem.

Richard dejó que su mano se deslizara por el cuerpo de ella en un largo y lento descenso. Sus pechos perfectos se aplastaron contra su pecho. Su palma se curvó en la hendidura de su cintura. La señora Kent tosió mientras él soltaba a Miriam a regañadientes con un atrevido roce sobre sus caderas. Por primera vez en semanas, Richard experimentó una verdadera excitación. Su miembro estaba extremadamente interesado en desnudarla lo antes posible. No serían la primera pareja en anticipar sus votos matrimoniales.

—El señor Walsh desea verlo —declaró la señora Kent en un tono de puro juicio.

—Entonces, será mejor que no lo haga esperar.

Miriam soltó una risita.

—No puedo creer que esto esté sucediendo. Pedí un deseo a una estrella cuando estábamos juntos en la playa.

—Dime qué deseaste —Richard le guiñó un ojo y lanzó una mirada de reojo a la señora Kent. Ella frunció el ceño como una tormenta—. Cuando estemos solos. Algunos secretos es mejor mantenerlos lejos de las audiencias.

La señora Kent, al escuchar, expresó su desaprobación haciendo sonar el servicio de té mientras lo recogía en la bandeja.

—El señor Walsh ha sido excepcionalmente paciente con su extendida visita esta tarde. Vaya a verlo.

Richard se separó de Miriam a regañadientes y se dirigió a través de la penumbra hacia la parte delantera de la casa. Encontró a Livingston en su estudio, con las botas apoyadas en el escritorio y la pistola al alcance de la mano.

—Debí haberte disparado cuando besaste a mi hija.

—Nadie podría haberte culpado —observó Richard—. Yo menos que nadie.

El hombre hosco se rio. Sonaba como rocas cayendo por un acantilado, ganando velocidad a medida que la gravedad las atraía hacia la tierra cada vez más rápido.

—Cierra la puerta.

—¿Para evitar que las mujeres vean mi sangre en tu suelo cuando me dispares por lo que ambos sabemos que voy a pedir? —respondió Richard con sarcasmo. Las armas de fuego eran una parte normal de la vida en Nueva York. Incluso en Londres había sido imprudente aventurarse de noche sin ellas. Era la idea de que se usara una contra él lo que lo ponía nervioso. Cuando Livingston echó la cabeza hacia atrás y se rio, la ansiedad de Richard disminuyó.

—No me gustas, pero sí me agradas —declaró Livingston. Sus botas golpearon el suelo y se sentó erguido en su silla de madera—. ¿Has aclarado esto con Miriam?

—Le dije que planeaba pedirle su mano. Ella estaba muy contenta —respondió Richard, omitiendo la verdad. En Inglaterra, era costumbre acercarse primero al padre de la novia. Aquí, había reglas diferentes. Richard no sabía cuáles eran las expectativas. Actuó basándose en su comprensión de la estrecha relación de Miriam con su padre, equilibrada con su propio espíritu ardiente de independencia. Por una vez, parecía haber dado en el blanco.

—Ningún padre espera con ansias el día en que su hija dirija sus afectos hacia otro hombre —observó Livingston. Alcanzó una licorera con un líquido ámbar que estaba sobre su escritorio y sirvió dos copas. El hombre empujó una a través de la superficie rayada.

—Gracias, pero no bebo —las palabras salieron de la boca de Richard antes de que la tentación pudiera hablar por él.

—No es lo que he oído —dijo el hombre—. He oído que eres algo así como un borracho. ¿Cómo sé que no estás fingiendo para impresionarme?

—Supongo que no lo sabe —las manos de Richard temblaban. El líquido ámbar lo llamaba como una amante familiar prometiendo consuelo. Como Lizzie, si tan solo se doblegara a su voluntad. Como eso era imposible de contemplar, Richard entrelazó sus dedos en un simulacro de oración. *Déjame superar esto sin sucumbir a la tentación*—. No he bebido desde que conocí a Miriam. No negaré que no ha sido fácil. Usted no lo está haciendo más fácil.

Livingston Walsh lo miró con nuevo respeto.

—Si usted lo dice. No me gusta ver que se desperdicie un buen whisky —se lo bebió de un trago—. Bien, entiendo que va a pedirme algo.

—Con su permiso, señor, me gustaría pedirle la mano de su hija —Richard se atrevió a recostarse en su silla, imitando la postura del hombre mayor. El alivio y el orgullo de expresar su mente aliviaron el nudo en su estómago que no sabía que estaba allí.

Desde que se volvió sobrio, Richard había descubierto una serie de nudos gordianos atando sus emociones de maneras que nunca había contemplado.

—¿Qué cualidades aporta usted, aparte de un título sin valor y una cuestionable sobriedad? —exigió Livingston Walsh.

Richard no se esperaba eso. Se fijó en la copa vacía, pensando cuánto más fácil sería esto si la hubiera vaciado como un hombre. Tragó saliva y saboreó el recuerdo de muchos tragos anteriores. El alcohol era parte de lo que lo había llevado bajo el hechizo de Lizzie. Richard no podía volver a esa vida. La única manera de superar esto era con total honestidad.

—Soy heredero de nada, señor de nadie. Lo que tengo son mil dólares en el banco, una familia con una vasta fortuna y un plan de negocios.

—¿Es así? —repitió Livingston. Richard no podía decir si se estaba burlando, si era escéptico o ambas cosas—. Es usted un hombre de muchas sorpresas, Northcote.

—Ambos nos hemos sorprendido esta tarde —observó Richard—. Voy a traerle un prospecto a Miriam para que lo revise. Ella tiene mejor cabeza para estas cosas que yo. Llevará tiempo, pero tengo la esperanza de que esta empresa conjunta me permitirá proveer a Miriam con comodidad, incluso con cierto lujo.

—Hm —fue todo lo que dijo Livingston—. La mayoría de los hombres comienzan sus negocios mucho antes en la vida. Sin ánimo de ofenderle, Northcote, pero usted no es un hombre joven.

—Es cierto. Aunque, por otro lado, la mayoría de los hombres no crecen con todas sus necesidades atendidas por un ejército de sirvientes en Inglaterra. Nunca habría considerado entrar en los negocios si no hubiera venido a América —las circunstancias precisas de la partida de Richard de su país de origen era mejor dejarlas sin discutir. ¿Por qué lo mencionaba voluntariamente?

—¿Se refiere a después de que matara a su padre? —Livingston no necesitaba una pistola para apuntar directamente al corazón de Richard.

—Sí. Fue un accidente, pero aun así fue mi culpa —esta admisión en particular casi lo ahogó al pronunciarla en voz alta. La bilis subió a su garganta mientras Richard recordaba la horrible noche en que había derribado un candelabro y prendido fuego a las cortinas en la casa de su padre. El edificio se había envuelto en llamas en cuestión de minutos. Sin el rápido pensamiento de su hermano Edward, se habrían perdido vidas en el incendio. Tal como estaba, su padre se estaba recuperando de un aneurisma provocado por la espectacular fuga de Edward y Harper. Aunque el difunto conde de Briarcliff había sido rescatado de las llamas, no había sobrevivido la noche. La culpa atormentaba a Richard como si hubiera tragado un nido de serpientes. Podría ayudar a mil esclavos a ponerse a salvo y nunca sentir que había expiado su parte en la muerte de su padre. Eso no significaba que no debiera cortar por lo sano y atender a su nuevo deber, sin embargo—. No sé cómo se enteró de esto. Solo se lo he contado a unas pocas personas.

Howard. Lizzie. Richard apostaría su vida a que era esta última quien esparcía rumores sobre él, tratando de mantenerlo bajo su control.

—He hecho averiguaciones sobre usted. Es un enigma, Lord Northcote —como si lo estuviera provocando, Livingston se sirvió otra copa de líquido ámbar y la bebió lentamente. El tenue aroma a turba quemada tentó las fosas nasales de Richard. Sintió que su resolución se desmoronaba. Pero difícilmente podía aceptar ahora, cuando ya había rechazado. Parecería el peor tipo de mentiroso.

—¿En qué sentido? —preguntó Richard. No era mucho misterio. Todo en su vida se reducía al hecho de que Richard era el hijo malvado que había matado a su padre. Todas sus acciones vergonzosas en Inglaterra habían sido motivadas por la preocupación por el legado de su familia. Richard había pasado quince años creyendo con cada fibra de su ser que su hermano estaba muerto y que él sería el próximo conde. El increíble regreso de Edward había destrozado el mundo de Richard, y se había comportado como un idiota intentando que fuera de otra manera.

Se había comportado como Lizzie. Egoísta hasta la médula. Sin importarle a quién lastimara mientras obtuviera el título que creía merecer, al diablo con las reglas de primogenitura.

—Tiene una reputación aceptable entre las mejores familias de Nueva York —dijo Livingston con desdén. Claramente, Livingston Walsh era demasiado tosco para entrar en ese círculo. Como Howard, era un hombre hecho a sí mismo. Livingston tenía marginalmente más refinamiento que el amigo de Richard—. De hecho, varios hombres hablan muy bien de su historial de entrega de beneficios.

Gracias a Howard por eso. Richard no estaba por encima de aceptar el crédito si lo beneficiaba, sin embargo.

—¿Y si quiero invertir en su nuevo emprendimiento? —preguntó Livingston con pereza. Una chispa de esperanza se encendió en el pecho de Richard.

—Estaré encantado de compartir el prospecto con usted también —respondió Richard con toda la indiferencia que pudo reunir. No había prospecto, lo que significaba que tenía que escribir uno con Howard. La advertencia de su amigo resonaba en sus oídos. *No involucres a tu futura esposa*.

Sin embargo, Howard no había dicho nada sobre el padre de la dama. Qué ingeniosa evasión del problema.

—Miriam tiene buen ojo para las inversiones, aunque temo que su juicio se nublará en su caso —Livingston hizo una mueca—. Ha sido imposible vivir con ella desde que le ordené que se marchara de nuestra propiedad. Nunca la había visto tan malhumorada.

Richard reprimió una sonrisa con gran dificultad.

—Tiene usted mi permiso para casarse con Miriam. Solo le pido dos cosas. La primera es que cuide de su salud tan religiosamente como lo he hecho yo. La señora Kent le ha salvado la vida en muchas ocasiones. Ella se quedará con Miriam.

—Juro por mi vida que haré todo lo que esté en mi poder para mantenerla entre los vivos —juró Richard.

Livingston asintió, satisfecho.

—En segundo lugar, nunca debe alejarla de mí. Miriam es mi única familia. Quiero tener a Miriam cerca, sin importar cuánto viva. Dios sabe que ya he vivido más de lo que merezco.

—Hecho —mintió Richard. Llevar a Miriam a Inglaterra podría ser lejos en distancia física, pero razonó que estaba más cerca que la tumba. Richard ya no confiaba en ninguna tierra donde Lizzie anduviera libre.

—Una última cosa. No permitiré que mi hija navegue por el mar sin estar casada. Celebrarán una ceremonia aquí.

—Había esperado que Miriam conociera a mi familia antes de que formalizáramos nuestra unión —protestó Richard con toda la diplomacia que pudo reunir. En su mente, el matrimonio tendría lugar después de haber establecido su negocio y asegurado el título que su hermano insinuaba en su carta.

—Si quiere casarse con Miriam, lo hará bajo mi vigilancia. La señora Kent se queda con ella. Esas son mis condiciones —Livingston se balanceó hacia atrás en su silla y se bebió el último trago de whisky. Golpeó el vaso sobre su escritorio y dejó caer la silla al suelo con un fuerte estruendo simultáneo.

—Hecho —accedió Richard, levantándose apresuradamente—. Haré los preparativos.

Maldición. Resistir la tentación de tocar a Miriam durante todo el camino a Londres iba a ser un infierno. Había una forma de cumplir su promesa al padre de ella. Richard se casaría con Miriam, pero se negaba a tomar su inocencia hasta que tuviera más que ofrecer que su terco y

defectuoso corazón. Él no era Lizzie, y Richard había terminado de intentar reclamar cosas que no merecía.

Quince

Dos semanas pasaron en un torbellino de preparativos. Miriam estudió los mercados para descubrir qué productos tenían mejores posibilidades de ganancia en Inglaterra. Identificaron el tabaco y el algodón como las opciones más seguras para un comienzo exitoso. Importar tabaco significaba que tenían que pasar por Londres y pagar cuantiosos impuestos especiales. A pesar de esto, Howard y Miriam insistieron en que para el primer envío debían atenerse a ventas seguras. Había que ocuparse de los seguros, las aduanas, los impuestos y la formación de una tripulación. Richard escribió y reescribió el prospecto una docena de veces antes de que él, Howard y Livingston lo firmaran. Todo lo que necesitaba el *Thetis* era el capitán adecuado al timón y un equipamiento apropiado para realizar el viaje.

Miriam se mordió la lengua al ser consultada pero excluida de la sociedad. Richard vio cuánto le costaba permanecer en silencio.

—No tengo cabeza para el dinero, Miri —le dijo durante una rápida visita vespertina a la oficina de su padre. Miriam había regresado a la ciudad por un día para conseguir nuevas prendas para su boda y para su viaje al extranjero—. ¿Administrarías las finanzas por mí? Confío más en tu juicio que en el mío.

—¿Cómo funcionaría eso? —se burló Miriam.

—De la misma manera que funciona con tu cuenta de la Bolsa de Valores —Richard temía el día de su boda que se acercaba rápidamente. Una vez que se corriera la voz de que él y Miriam se habían casado, sin duda Lizzie vendría tras él para tomar el control de los fondos de su esposa y gastarlos en su nombre—. Estableceré cuentas con tu nombre para que las administres todas. Si me das una cuenta de la cual gastar, prometo no tocar el resto.

Los ojos de Miriam se agrandaron.

—¿Confías en mí con el dinero?

—Sí —Por un lado, el arreglo limitaba cuánto podría extraerle Lizzie—. Lo haré escribir en el acuerdo matrimonial.

Las cejas de Miriam se fruncieron con confusión.

—No solemos hacer eso aquí.

Ah.

—Por supuesto. Bueno. Dado nuestro nuevo negocio, creo que podría ser una buena idea hacer uno, ¿no crees?

Para el gran alivio de Richard, Miriam estuvo de acuerdo.

También estaba el asunto de asegurar un almacén al otro lado del Atlántico. Richard deseaba

tener mejores conocimientos para guiarlos. En cambio, tenía que contar con su red en Inglaterra, una proposición dudosa en el mejor de los casos, considerando que la mayoría de las personas que había conocido socialmente estaban crónicamente endeudadas o eran aristócratas que no se acercarían a un acuerdo comercial por ninguna cantidad de ganancias, o ambas cosas.

—Encontraremos un comprador para nuestras mercancías —prometió Richard con más confianza de la que sentía—. Me encargaré de ello. Están surgiendo divanes de tabaco por toda la ciudad como hongos después de la lluvia —aunque no sabía cómo los establecimientos compraban sus productos—, y le preguntaré a mi hermano si conoce a algún conocido que pueda estar interesado en asegurar algodón tejido de calidad. Mi cuñada también podría ser de ayuda en eso —No es que Harper le debiera ninguna amabilidad después de cómo la había tratado.

Esa mañana, había asegurado boletos en un cómodo barco que partía antes que el *Thetis* de Howard. Su plan era llegar antes que el barco y asegurar espacio en un almacén, con la esperanza de vender sus productos rápidamente. Richard planeaba usar las primeras semanas de su regreso a casa para establecer conexiones con comerciantes. Se negaba a considerar las tentaciones que enfrentaría cuando sus viejos amigos intentaran atraerlo de vuelta a sus antiguas costumbres defectuosas. Siempre había un lord recién nombrado con más dinero que sentido común para comprar bebidas.

—No seas demasiado razonable —refunfuñó Howard—. El objetivo es ganar dinero, no perder la camisa. ¿Cuándo verás a Miriam de nuevo?

—Me voy el jueves para pasar el fin de semana con ella y Livingston —Los viernes por la mañana se despertaba temprano e iba al carruaje para llevarlo hacia el norte. El viaje ocupaba la mayor parte del día.

—Pregúntale a Miriam qué piensa sobre transportar pasajeros como un barco de paquetes —solicitó Howard. Para el interminable alivio de Richard, su amigo no tenía objeciones a la participación de Miriam en el negocio. Howard valoraba el análisis de Miriam. No le importaba quién tuviera el conocimiento. Howard quería el mejor trabajo que pudiera obtener, sin importar la fuente.

—Supongo que te refieres a algo más que nuestros invitados que necesitan transporte —dijo Richard con una sonrisa arrogante.

Howard le lanzó una mirada oscura.

—No hablamos de ellos. Para ti, todo es diversión y juegos. Para nuestros invitados, esto es un asunto de vida o muerte.

Avergonzado, Richard bajó la mirada al suelo.

—Miriam piensa que va a retrasar el barco, esperando que los pasajeros se inscriban. Particularmente porque este es nuestro primer intento de viaje.

—Me gusta diversificar nuestras fuentes de ingresos —contrarrestó Howard.

Richard se rio entre dientes.

—Tú y Miriam piensan igual. Ella también prefiere tener sus dedos en múltiples pasteles.

—Es una dama inteligente, tu Miriam. Bonita también —observó Howard. Era la primera vez que Richard le oía expresar aprobación por una mujer. Richard no sabía qué hacía el hombre para satisfacer sus necesidades básicas. Probablemente prostitutas del muelle. Richard se estremeció y retrocedió inmediatamente con culpa. No es que esa emoción estuviera nunca lejos de él. Una mujer tenía que estar bastante desesperada por dinero para tolerar a un hombre como Howard en su cama. Richard se encontró deseando una copa fuerte para ahuyentar la incomodidad de su recién descubierta empatía.

—Miriam es mucho más inteligente que yo —concordó Richard. Su corazón se oprimió. En

algún momento entre casi matarla y pedirle su mano, su afecto por ella se había transformado. Era lo suficientemente egoísta como para quererla para sí mismo.

—¿Ya ha descubierto tu conexión con Lizzie? —exigió Howard.

—Miriam lo sabe —Richard tragó saliva. Habían estado tan ocupados enviando mensajes, planeando una boda y su nueva empresa naviera que no había encontrado un momento para informar a Miriam de la traición de su amiga. Había requerido todo el talento de Richard para mentir y convencer a Miriam de que no le pidiera a Lizzie ser su dama de honor. Solo el hecho de que Howard, su propuesto padrino, y Lizzie se despreciaran mutuamente la había disuadido. Pronto, si todo iba según lo planeado, Richard podría dejar de mirar por encima del hombro como si fuera a conjurar a Lizzie.

—¿Te diriges al norte esta noche? —preguntó Howard, sacándolo de sus pensamientos.

—Sí. A Cliffside.

—Dale mis saludos a tu dama y a su padre —dijo Howard sin levantar la vista. Parecía un oso mientras se encorvaba sobre su escritorio cubierto de papeles.

—Lo haré —Richard sonrió—. Cuando nos volvamos a ver, seré un hombre casado.

Howard solo gruñó en respuesta.



La anticipación se retorcía dulcemente en su estómago durante todo el camino por la empinada carretera hacia Cliffside. Richard había llegado a apreciar los pequeños lujos que ofrecía tener algo de dinero en el bolsillo. Había alquilado un caballo por un mes, lo que le daba una libertad de movimiento que antes daba por sentada. El anochecer ya había oscurecido el valle de abajo, por el que serpenteaba el río Hudson, cuando llegó.

—Temía que te hubieras caído —dijo Miriam mientras él le entregaba su bolsa a uno de los sirvientes domésticos que empleaban allí. En su primera visita, Richard lo había llamado lacayo y había sido corregido. Ahora, había olvidado el nombre del hombre, pero era reacio a preguntar. No importaba, porque en el momento en que el sirviente desapareció con su equipaje, Miriam bajó revoloteando las escaleras como un espectro en una ondulante bata blanca.

—Temíamos que te hubieras caído al río. —Inclinó la cabeza para un beso. Richard accedió. Su boca cálida lo reconfortó. Miriam se apartó lo suficiente para murmurar—: Estás helado.

—El viento que venía del río era capaz de congelarme en la silla. —Se sentía tan bien ser mimado. El mundo era un lugar más amable cuando había personas que te echarían de menos si te cayeras por un acantilado, en lugar de cuando todos deseaban que ocurriera tal calamidad.

—¿Quieres cenar? —preguntó Miriam, aferrándose al cuello de su bata. Su modestia hizo sonreír a Richard.

—No —respondió—. Solo cama.

—Por aquí —replicó ella—. Padre te ha permitido quedarte al final del pasillo en lugar de en la casa de huéspedes, debido a la ola de frío. Nuestra boda también es un factor, supongo.

—¿Eso significa que vendrás a visitarme a mi habitación esta noche? —La invitación lasciva salió de su boca sin la intervención de su cerebro. Había querido hablar, pero los ojos de Miriam brillaron con picardía.

—¿Cómo podré resistir la tentación? —rio ella con una sensualidad recién descubierta.

Richard tragó saliva. Dolorosamente. La pregunta más importante era, ¿cómo resistiría él dormir al final del pasillo de la mujer que lo tentaba más allá de la razón? Ella difícilmente era la primera mujer que lo había mirado con adoración —diablos, Lizzie podía fingir eso—, pero cada

vez que Richard había sabido que el afecto de la mujer por él se extendía solo hasta su bolsillo. Con Miriam, una marea correspondiente de deseo lo succionaba hasta que Richard quería ahogarse en sus ojos gris tormenta.

—Cerrando tu puerta con llave —respondió, tomando sus dedos desnudos y llevando sus nudillos a sus labios. Rozó un beso sobre sus nudillos y escuchó su leve inspiración. El tímido hoyuelo en sus mejillas apareció—. Como haré yo con la mía.

Miriam no hizo pucheros, pero sí bajó la barbilla y lo miró a través de sus espesas pestañas.

—Vamos a casarnos, Richard. No deseo esperar hasta que nuestros votos sean formalizados ante un pastor para hacer real nuestro amor.

Ella presionó una llave en su palma. Un silencio cayó sobre el pasillo que se oscurecía mientras cerraba su mano alrededor de ella. El simple deslizamiento de sus elegantes dedos sobre los suyos envió un escalofrío de promesa por su brazo.

—Nuestro amor es real, Miri —susurró Richard. Su resistencia pendía de un hilo, lista para romperse ante la menor provocación. Él también la deseaba. Quería probar su sal, beber el néctar femenino de su piel. Su miembro palpitaba con la sensación poco común del deseo frustrado. Sus sentimientos eran tan nuevos y tiernos con la inexperiencia como el cuerpo de Miriam, suaves, feroces y confusos.

Un hombre que amara a su futura esposa sería honesto con ella sobre cómo había llegado a producirse su unión. Richard trazó su mejilla suave como un pétalo con el dorso de su nudillo. No podía lastimarla, a esta mujer que lo miraba con toda la confianza de su generoso corazón.

Miriam se movió inquieta. Richard la soltó, pero los brazos de Miriam se enroscaron alrededor de su cuello para acercarlo más. Sus pechos se aplanaron contra su pecho. Richard estaba perdido. Se aferró a la única roca sólida que podía sostener mientras los sentimientos rugían a través de él. Sus brazos rodearon su cintura. Su bata se abrió para revelar un modesto camisón blanco. La fila de botones en la parte posterior de su cuello se arrastró sobre su palma con una emocionante sensación de transgresión. Las puntas de sus dedos rozaron la nuca de ella y se hundieron en su cabello como un animal aterrorizado, atrayéndola con fuerza contra su frente. Con el otro brazo apretó la llave hasta que sus dientes de metal se clavaron en su carne mientras la sostenía cerca de él. Como si pudiera fundir sus cuerpos en uno solo y mantenerla a salvo.

Protegida.

Deseada. Tan terriblemente deseada. De maneras y por razones que Richard no entendía completamente. Quería su perdón sin decirle a Miriam lo que había hecho. No importaba cuánto anhelara decirle la verdad, sabía que eso significaba perderla. Ella nunca debía saberlo, incluso si tenía que vivir con este oscuro secreto por el resto de su vida. Con suerte, en unos años habrían dejado este escándalo americano al otro lado del océano.

Mejor no pensar en cómo estaba abdicando de su responsabilidad. Si Arthur Van Buren se negaba a reconocer al hijo de Lizzie, Richard debería quitarle el bebé de su cuidado poco maternal. Pero entonces, ¿qué? ¿Pedirle a Miriam que criara a su bastardo?

Miriam levantó su rostro hacia el suyo. Sus bocas se encontraron en un lento recorrido de contacto sensual. Richard probó su aliento y necesitó más. Lo tomó con un deslizamiento de su lengua. Los labios entreabiertos de Miriam estaban húmedos de cálido deseo.

Richard tomó su beso y lo devolvió con todas las palabras que aún no sabía cómo decir.

Te necesito.

No puedo vivir sin ti.

Te he traicionado de la manera más cruel posible, y no puedo soportar decírtelo por miedo a

perderte.

Sus manos se cerraron en puños en las mangas de lino de su camisa. Richard deslizó su mano de vuelta por su cuerpo hasta la parte baja de su espalda. Luego, una fracción más abajo. Miriam gimió y inclinó sus caderas contra él. No costaría nada levantarla, aprisionarla contra la pared y darle lo que ella sollozaba. Lo que le había pedido que hiciera.

Desflorarla.

Richard se quedó inmóvil. No podía... no la tomaría bajo falsos pretextos. Se aferró a las débiles briznas de su honor. Miriam quería entregarse a él, pero él no podía aceptar su regalo con la conciencia tranquila. Qué maravilloso era descubrir esto ahora, después de tantos años creyendo que la utilidad de una conciencia limitaba a uno en el mejor de los casos y servía como una responsabilidad en el peor.

Miriam era la cura que no sabía que necesitaba para sanar del abismo de soledad e inseguridad que ninguna cantidad de dinero o estatus podría llenar jamás. Su belladona, deteniendo el sangrado desde que Lizzie lo había coaccionado para este desastroso plan.

Miriam jadeó cuando Richard mordisqueó su camino por su cuello.

—Quiero más de tu tacto —susurró ella con aliento caliente contra su sien.

—También lo deseo. Con desesperación, Miri —gimió él. La necesidad tensó su cuerpo hasta que cada nervio vibró de deseo. Dios, si tan solo pudiera perderse en su caricia y renacer como un hombre nuevo, uno digno de ella. No esta sombra mentirosa y aterrorizada que estaba desesperada por no perder lo único bueno que le había sucedido.

—Tómalo —susurró ella.

—No —exhaló él, aunque su mano desobediente se desenredó de su cabello y se deslizó por sus costillas. Su pulgar trazó la curva exterior de su pecho. Miriam gimió.

—Por favor —suplicó ella—. Ven a mi habitación. A mi padre no le importará. La señora Kent no lo sabrá.

—No —gruñó Richard mientras rozaba con el pulgar el tenso botón oculto bajo capas de tela. La gloriosa mujer en sus brazos se apretó contra él. Maldito sea su corpiño ajustado y modesto. No podía saborear las cimas de sus pechos. La llave repiqueteó en el suelo mientras él, a ciegas, desabrochaba un botón en la base de su cuello.

—Sí —susurró ella.

Más botones. Los dedos de Richard los urgían a través de la tela, uno tras otro. —¿Por qué tienes tantos botones? —se quejó.

—Para mantener mi vestido sobre mi cuerpo —observó Miriam con sequedad—. Bastante inconveniente en este momento.

—De acuerdo —murmuró Richard. Su cuerpo se negaba a prestar atención a la señal de advertencia que parpadeaba en su cerebro. *Detente ahora, antes de que empeores aún más las cosas.* Mientras no la desflorara, todo podría volver a ser como antes. Para protegerla, debía preservar su inocencia. No importaba lo difícil que Miriam se lo pusiera para resistirse.

Sin embargo, podía darles algo, si lograba superar la barrera de su ropa. Sus labios se encontraron de nuevo, los de ella ligeramente hinchados por la fuerza de sus besos. Richard se suavizó. Miriam le mordisqueó el labio inferior mientras la tela se deslizaba por su hombro. La luz de la luna, filtrada por la ventana, reveló un destello de blanco puro.

No la mancilles.

Demasiado tarde. Estaba en la brecha antes de que el pensamiento se hubiera formado por completo. Bien. Les daría una probada de satisfacción mutua, la promesa del futuro que anhelaba con todo su ser. Solo una probada.

Richard acarició la curva de su exquisito pecho. Una vez, se había considerado un conocedor de finos bustos. El pequeño, regordete y erguido montículo que rodaba bajo su tacto era delicioso, pero no tanto como el suspiro que Miriam exhaló en su cuello.

—He deseado esto durante tanto tiempo —susurró ella.

—¿Esto? Apenas han pasado unas semanas —respondió Richard, acariciándola de nuevo mientras ella se curvaba contra él, buscando más. Sin embargo, sabía a qué se refería. Se sentía como si él fuera el inocente, experimentando la lujuria por primera vez. Ridículo, por supuesto. Pero ¿cómo explicar de otro modo el frenético temblor en su cuerpo mientras se sumergía a través de capas de suave lino y algodón para encontrar la dura punta de su...

Ah. Ahí estaba. El suspiro de Miriam hizo eco al suyo propio cuando piel hipersensible se encontró con su igual. Richard rodó su pezón entre el pulgar y el índice.

—Más —exigió ella, anclando su brazo alrededor de su nuca—. Me gusta eso. Hazlo más.

Richard gruñó y obedeció. Un largo suspiro satisfecho en su oído le dijo que había encontrado un ritmo que le gustaba. Su propia lujuria yacía contenida, esperando la satisfacción de su dama. Pero su paciencia no sería recompensada esta noche. La cola de una cinta le hizo cosquillas en la muñeca. Richard sonrió y tiró de ella. La larga cuerda se desenrolló de su camisola. Miriam gimió.

—Disculpen. Escuché un ruido.

Miriam se congeló en sus brazos. Un frío ártico se asentó sobre ellos, enfriando su ardor en un instante. Richard lo sintió en la rigidez de su espalda, donde segundos antes ella se había ondulado descaradamente contra él.

—Señora Kent. Lord Northcote me estaba deseando buenas noches —dijo Miriam con culpabilidad sin aliento. Aclaró su garganta y se echó hacia atrás. Richard dejó caer sus brazos.

—Ya veo.

La mujer estaba de pie frente a ellos con un camisón blanco sencillo y una bata igualmente sin adornos. Una cofia blanca cubría su cabello trenzado, que colgaba sobre su hombro. Los miró acusadoramente. Richard nunca había escuchado tal condenación represiva en tres pequeñas palabras como las que escuchó de la cuidadora de Miriam. La delgada cinta tejida que había robado colgaba de sus dedos, prueba de que sus manos habían estado donde no debían.

Dieciséis

LENTAMENTE, retiró su mano del corpiño de Miriam. Rápidamente la levantó, deseando que los botones pudieran abrocharse mágicamente. Habría tenido el beneficio adicional de desnudar a Miriam con mayor facilidad, aunque en ese preciso momento quería restaurar su modestia. No tenía derecho a mancillar su inocencia por mucho que lo deseara.

—Un minuto más, señora Kent —habló Miriam con firmeza esta vez. Su cuidadora los miró con cautelosa decepción—. La acompañaré a la cama.

La señora Kent resopló.

—No es como si Miriam necesitara ayuda con sus broches.

Miriam alzó la barbilla.

—Vamos a casarnos.

La expresión de la mujer cambió casi imperceptiblemente de una feroz amonestación a una pensativa tristeza. Miedo. Si necesitaba confirmación de que la señora Kent sospechaba de sus motivos, ahora la tenía. La inquietud le erizó la nuca. ¿Qué podría hacer ella para impedir su unión?

Hasta ahora, Richard no había tenido que considerar el fracaso. Sin embargo, hasta que Miriam llevara su anillo y pudiera alejarla de la influencia de Lizzie, seguía existiendo una clara posibilidad de ser descubiertos. No podía romper el corazón de Miriam. Por lo tanto, ella nunca debía sospechar. Abandonar América era la única respuesta.

—Les deseo felicidad —respondió la señora Kent mecánicamente, sus ojos posándose acusadoramente en él—. Ahora, a la cama.

Miriam suspiró.

—No soy una niña. ¿Planea quedarse ahí hasta que regrese a mi habitación?

—Sí —las mujeres iniciaron un duelo de miradas, que Miriam ganó rápidamente. La señora Kent desvió la mirada—. Si prometen volver a sus habitaciones separadas, esperaré fuera del alcance del oído en el pasillo.

Cuando se fue, Richard se inclinó para recoger la llave de Miriam.

—Supongo que la llamé cuando dejé caer esto.

—Llaves pesadas de hierro. Mi padre jura por las cerraduras fuertes —observó Miriam con ironía.

—Comprensible. Tiene un tesoro que mantener a salvo —Richard pasó el cordón por un aro de la llave. Miriam observó, con los ojos muy abiertos, cómo anudaba los extremos alrededor de su cuello y metía la pesada llave de hierro en su camisa. Cerca de su corazón. Miriam sonrió

tímidamente—. Vendré por ti cuando sea el momento adecuado, Miri —le besó la mejilla, inhalando su dulce fragancia como si su delicada fuerza fuera suficiente para llevarlo a través de este lío que había creado—. Esta noche no.

Miriam se subió la manga.

—Supongo que puedo esperar un poco más. Si debo hacerlo.

—Pronto, Miri. Lo prometo.

La señora Kent tosió. Richard soltó a su novia con gran renuencia.



—¿Aceptas a este hombre como tu legítimo esposo? —entonó gravemente el pastor. Detrás de él, una vista de espesos árboles verdes y acantilados grises oscurecía la visión directa del río.

Esto no podía estar sucediendo. ¿Ella? ¿Casándose con un lord inglés? Cuando vaciló, el pastor entonó de nuevo:

—¿Aceptas a este hombre como tu legítimo esposo?

—Sí —dijo Miriam ansiosamente, su mano enguantada estrechada en la de Richard. En su mano libre sostenía un gran ramo de flores de verano. Rosas entremezcladas con lilas y una enredadera cayendo artísticamente por su muñeca.

—¿Aceptas a esta mujer como tu legítima esposa? —entonó gravemente el pastor.

—Por supuesto —respondió Richard con su tono más propio de lord inglés. Miriam frunció el ceño.

—Necesito un sí o un no —esperó el pastor.

—Sí. Eso es lo que significa "por supuesto" —observó Richard. El oficiante se puso rígido. Sus ojos se estrecharon. Lanzó una mirada oscura a Miriam como para sofocar su optimismo por esta unión. A su vez, ella miró de reojo a Richard. Él le apretó la mano enguantada de forma tranquilizadora.

Aunque era solo media mañana, Miriam llevaba un vestido color rosa con adornos plateados en el escote y encaje en las mangas y el dobladillo. Su padre había puesto los ojos en blanco al encontrarla así vestida.

—Solo te estás casando, Miri.

Como el matrimonio era una aventura que nunca había esperado emprender, Miriam había decidido que un poco de brillo estaba justificado. Contrastaba con el delgado anillo de oro que Richard había colocado en su mano izquierda.

—Os declaro marido y mujer —ladró el oficiante. Cerró su libro de golpe. Detrás de ellos, Livingston Walsh aplaudió ruidosamente. El ceño de la señora Kent se frunció sobre su delgada nariz, pero las lágrimas brillaban en sus ojos. Richard hizo una reverencia y ofreció su brazo a Miriam.

Estaba hecho. Era una esposa.

—¿Vas a besarme? —preguntó ella, un poco sin aliento.

Esta noche, Miriam tendría su siguiente aventura. Se estremeció de emoción. Richard inclinó su cabeza hacia la de ella y rozó un casto beso contra su boca. Bueno. Eso fue decepcionante. Comprensible, considerando su audiencia, sin embargo.

—Seguramente aceptarás una copa de champán en la mañana de tu boda —declaró Livingston mientras se dirigían a la luminosa sala de estar para encontrar una gran mesa cubierta de cristalería y delicados pasteles.

—Padre. Basta. Él ya no bebe —le calló Miriam. Un momento tenso pasó mientras Richard

enfrentaba tanto la tentación como a su padre. Vaciló. Ella podía verlo. Miriam lanzó una mirada oscura a Livingston.

—Está bien —murmuró Richard. Se paró frente a su silla y levantó la fría copa por su grueso tallo mientras Livingston comenzaba un breve brindis.

—Les deseo a ti y a Miriam una vida larga y feliz juntos. Bienvenido a la familia —Livingston tocó su copa con la de Miriam, luego con la de la señora Kent y finalmente con la de Richard. Las damas sorbieron el líquido burbujeante. Richard presionó el recipiente contra su boca. Tragó un pequeño sorbo y volvió a colocar la copa sobre la mesa. Miriam le sonrió radiante.

—Delicioso —murmuró Richard—. Gracias por su hospitalidad.

—¿Cuándo regresan a la ciudad? —preguntó Livingston. Más allá de la línea de árboles, el río brillaba azul e inquieto en una vista expansiva del río Hudson. El frente frío se había disipado durante la noche.

—Inmediatamente —respondió Richard. Miriam se sobresaltó a su lado.

—¿Tan pronto? —preguntó ella. Él le apretó la mano como si fuera reacio a decepcionarla.

—Tenemos muchos detalles que concretar antes de que zarpe el barco. Te prometo que tendrás tu noche de bodas —dijo Richard con la mandíbula tensa. ¿Dónde estaba el hombre encantador que Miriam había atraído a su lado durante las últimas semanas? Este no era momento para que Richard se volviera gruñón.

—Hablando de eso —dijo Livingston con parsimonia, siempre listo para centrarse en los negocios—. ¿Ya han decidido tú y Howard sobre las mercancías?

—No del todo —respondió. El esposo de media hora de Miriam no la miraba a los ojos—. Es un detalle más que debo concretar antes de partir. Tenemos una reunión en el almacén.

—Pero... —jadeó Miriam—. Pensé que Howard estaba a cargo del cargamento.

Richard se inclinó y le susurró al oído:

—Querida, tendremos nuestra noche de bodas. Pero no esta noche.

Ella inhaló y se estremeció.

—Por supuesto —Miriam se aclaró la garganta—. También está la proporción de pasajeros frente a la carga. El *Thetis* solo puede llevar una cantidad limitada. Prefiero diversificar nuestra oferta en lugar de apostar todo a un solo envío. El tabaco solo puede importarse a través de Londres, y tendremos una competencia considerable de la Compañía de las Indias Orientales. También importaremos rollos de algodón y trigo —parloteó para ocultar su confusión. Richard la había deseado hace dos noches. ¿Cómo podía dejarla ahora? ¿Por qué no la miraba a los ojos?

Livingston asintió.

—Una planificación sólida. Como regalo de bodas, ofreceré respaldo financiero. Si todo se va al traste, podréis vivir de las inversiones de Miriam. ¿Y cuál será tu papel?

—Llevaré a Miriam por adelantado para asegurar espacio en el almacén y hacer contactos en Londres. Necesito su cabeza para los números conmigo.

Ya estaba dicho.

—Ni hablar. Prometiste no llevártela. Miriam se queda —Livingston agarró la botella de champán del cubo de hielo para rellenar su copa.

—Deseo que mi esposa conozca a mi familia. No será por mucho tiempo.

—No. Mi hija se queda, o retiro mi apoyo —Livingston lo fulminó con la mirada. A su lado, la señora Kent frunció los labios y picoteó un pastelito en miniatura.

—Padre —intervino Miriam—. Richard va a recibir un título. El rey lo nombrará lord. Deseo estar allí.

—Ya es lord, supuestamente. ¿O es esa una mentira más? —gruñó Livingston.

—No es una mentira. Es una formalidad. Si llega a suceder, el rey podría esperar conocer a Miriam —dijo Richard apresuradamente—. Ella podría convertirse en Lady Northcote.

—Como si me importara eso —el hombre se recostó en su silla—. Señora Kent, ¿qué opina de esto?

—Creo que depende de Miriam —respondió la señora Kent suavemente, con acero en su voz.

—Lo deseo. Quiero que venga, señora Kent, si está dispuesta —Miriam apretó su mano emocionada. Podía esperar su noche de bodas unos días más.

—Por favor —intervino Richard con una pequeña sonrisa—. No consideraría viajar sin usted.

—Confabularse contra mí es jugar sucio —murmuró Livingston, pero Richard podía ver que cedería. Pinchó una salchicha y la apuntó hacia Richard—. Más te vale traerla de vuelta de una pieza. Yo mismo te mataré si algo le sucede a mi hija.

Agosto

Diecisiete

AL FINALIZAR JULIO, todo estaba encajando en su lugar.

Él y Miriam se preparaban para abordar el *New Hope*, un paquebote programado que navegaba entre Nueva York y Londres. Los boletos habían consumido una parte sustancial de los fondos que Howard le había proporcionado. Richard se encontró saltándose comidas para mantener sus gastos al mínimo absoluto. En el almacén, trabajaba como un buey junto a los estibadores, descargando los barcos y trasladando la carga al almacén cercano.

En dos ocasiones, Howard le indicó que debía conducir un carro hacia el norte de la ciudad para hacer una entrega especial en medio de un campo. Richard nunca le preguntó nada a Howard sobre ellas. Él era solo un eslabón en una cadena. Pero se preguntaba a dónde iban los esclavos fugados. Qué hacían con su precaria libertad las personas cuyas vidas tocaba brevemente.

—¡Cuidado dónde pisas! —gritó Howard. Era vergonzoso lo difícil que se había vuelto mantener las manos de su nueva esposa lejos de su cuerpo. Considerando cómo Miriam aprovechaba cada oportunidad para acorralarlo y darle un beso prolongado, Richard pensaba que merecía una nominación a la santidad. Esa misma mañana, ella se había deslizado en su habitación en Cliffside con nada más que un fino camisón. Medio dormido, apenas había logrado apartarse a tiempo para evitar que ella agarrara su abundante excitación por puro y inocente accidente.

—Ten piedad, Miri —había gemido Richard—. Solo soy un hombre.

—¿Acaso los deseos de una mujer son menos? —respondió ella ofendida.

—Difícilmente. No tenemos tiempo para hacerlo como es debido ahora mismo. —Richard le había dado un toquecito en la barbilla antes de ir a vestirse detrás de un biombo. Eso le dio tiempo para que su incomodidad disminuyera—. Además, ¿y si odias a mi familia? ¿No crees que es apropiado que los conozcas antes de hacer permanente nuestro matrimonio?

Miriam había hecho un puchero. Richard encontró su genuina frustración más entrañable que manipuladora.

—Me haces sentir como si no me desearas. Como mujer —balbuceó ella.

—Oh, Miriam, te deseo terriblemente. —Richard tenía más instinto de autoconservación que soñar con tomar su inocencia bajo el techo de su padre. La idea de llevarla a sus habitaciones con sus indelebles recuerdos de Lizzie era impensable. Incluso si no hubiera tenido razones ulteriores para darle a Miriam una vía de escape, Richard no tenía un lugar para darle la experiencia que ella merecía. Sacó la llave que llevaba alrededor del cuello—. La usaré cuando sea el momento

adecuado.

La boca de ella se curvó en las comisuras.

—No funcionará en el barco. Tendré que darte otra.

—Me convertiré en el guardián de todas las llaves de tu dormitorio. —Le besó la mano y luego la mejilla a su esposa.

Su esposa. Richard apenas podía creer su buena fortuna. Tenía una novia hermosa y dulce que lo adoraba. En sus fantasías más descabelladas, Richard nunca había imaginado tal desenlace. Cada día que pasaba sin que Lizzie apareciera en su puerta, le permitía a Richard relajar un poco más la guardia. Hasta esa tarde cuando regresó por última vez a sus amplias habitaciones en Manhattan para finalizar su equipaje. Un sobre de marfil en papel grueso y caro yacía sobre la mesa de madera en la entrada de su casa. Edward reconoció la caligrafía como la de su hermano.

—¿Te vas, entonces?

Richard saltó de su silla, con el corazón acelerado.

—Lizzie.

Ella sonrió fríamente y paseó por la habitación.

—Como ves.

—Lárgate. —¿Cuánto tiempo había estado esperando en su apartamento?

Su sonrisa se volvió más fría y dura.

—Entiendo que te has casado. Qué amable de tu parte invitarnos a la boda. Pensé que nos habías abandonado.

La mirada de Richard cayó sobre su vientre. Lizzie giró sobre sus talones, impidiendo una inspección más cercana.

—Lo has hecho bien. Francamente, me sorprende que Miriam se haya enamorado de ti. Siempre fue mucho más inteligente que las otras chicas de la escuela. Pensaría que podría ver a través de tu descarada ambición. A través de tus mentiras.

—Nunca le mentí —siseó Richard furiosamente.

—Pero no le has contado sobre nuestro hijo, ¿verdad? —De nuevo, Lizzie angulaba su cuerpo para evitar la vista. *Tap tap tap*. El siniestro sonido de las botas sobre el piso de madera hacía eco al de Livingston. A pesar de su pistola y whisky, Richard reconocía a Lizzie como la mayor amenaza. Permaneció en silencio, confirmando lo que su ex amante ya sabía.

—Eso pensé. A menos que quieras que le escriba una nota íntima a mi más querida y antigua amiga sobre la existencia de nuestro hijo, dame esa carta de tu hermano. Ahora.

Tap. Tap. Tap. Aun así, él dudó.

—¿Cómo lo supiste? —exigió Richard. La vergüenza y la culpa se arremolinaban dentro de él, teñidas con una nota más oscura de miedo. Absurdo. La cabeza de esta mujer apenas llegaba a su bíceps. Sin embargo, su descarado chantaje tenía a Richard atado con su propio sentido de inutilidad.

Podría liberarse de la trampa con unas pocas palabras a Miriam, pero al hacerlo, aplastaría la cálida confianza en sus ojos. Decir la verdad significaba perderla. Richard no podía hacerlo. No ahora, cuando había tanto en riesgo. El negocio de Howard. Su propia autoestima. También perdería la reluctante medida de respeto de Livingston Walsh.

Lizzie sonrió con suficiencia, aunque Richard detectó tensión en su mandíbula y una sombra detrás de sus ojos. No le gustaba pensar qué medidas podría tomar una Lizzie desesperada en comparación con una meramente intrigante. El miedo lo atravesó como una aguja arrastrando un largo hilo, atándolo en este lío.

—¿Cómo supe qué? —preguntó Lizzie, desviando la atención.

—¿Cómo supiste que me voy de América?

Los ojos brillantes de fiebre de Lizzie se agrandaron. Sus rasgos zorrunos le daban una apariencia feroz. Los pelos de la nuca se le erizaron.

—No lo sabía, hasta que tú me lo dijiste. —Lizzie se rio entre dientes—. Tu casera me pilló revisando el correo de la casa. Sabía que habías recibido una carta del conde. El verdadero conde, si mal no recuerdo. —*Tap. Tap. Tap*—. El hermano que te desterró por matar a tu propio padre.

Hunde el cuchillo más profundo, querida. Richard se tragó su ira con tanta fuerza que lo ahogó. Sus puños se cerraron contra sus muslos. Pero no iba a dejar que Lizzie lo superara hoy. Ni mañana. No volvería a tocarla, y ella no se acercaría a cinco millas de él si podía evitarlo. Solo necesitaba empacar sus pocas cosas restantes y abordar el *New Hope* con su novia.

Lizzie no parpadeó. Era un basilisco. Un demonio.

—Lárgate —gruñó él.

Un toque de temor tiñó los ojos de Lizzie. Él se encogió ante su propia ira. Lizzie lo vio y sonrió de manera vulpina, depredadora y feérica a la vez.

—Te arrepentirás de esto —espetó ella.

Cuando ella se fue, Richard se agarró el pelo con los puños y se desplomó en la cama donde había yacido con Lizzie durante meses. Richard debía mantener su partida en secreto de Lizzie a toda costa. Temía lo que ella pudiera hacer si se enteraba.

~

Dos semanas después...

Miriam paseaba del brazo de Richard por la cubierta. El sol poniente derramaba alegres franjas de color sobre el agua. Las gaviotas aleteaban y graznaban roncamente en el aire. Miriam inhaló profundamente. El aire fresco, limpio y vivificante entró hasta que su corpiño se esforzó por contener su cuerpo.

Le encantaba el mar. Esta era la aventura —aunque una sección tediosa de ella— que había esperado. Al menos, el comienzo. Aunque Miriam echaba de menos a su padre, disfrutaba aún más de su nueva libertad. Si tan solo su marido *usara* la llave que le había presionado en la palma de la mano. ¿Por qué Richard no la hacía su esposa de verdad?

Era cierto en todos los aspectos que importaban, le había recordado la señora Kent. Legalmente eran marido y mujer. El pensamiento nunca dejaba de enviarle un escalofrío por la espalda.

—¿Estás bien? —preguntó Richard, con el ceño ligeramente fruncido de preocupación. Miriam se acurrucó contra él. Un cálido resplandor se extendió por su cuerpo. Una vez que la llevara a la cama, Miriam planeaba decirle la profundidad de sus sentimientos. *Te amo*. Había momentos en los que apenas podía contener las palabras. Le sonrió y dobló su mano enguantada sobre la de él, donde la sostenía del brazo para estabilizarla del balanceo del barco.

—Estoy perfectamente bien. Más que perfecta. Estoy tan feliz de estar contigo que podría estallar de alegría.

Richard respondió a su sonrisa con un beso.

—Ejem. —La suave interrupción de la señora Kent, una de muchas, se había convertido en una especie de juego. Richard sonrió con satisfacción y continuaron su pausado camino alrededor de la cubierta, esquivando un montón de cuerdas o un marinero ocupado. Una sonrisa

secreta jugaba en sus labios como si compartieran una broma que solo ellos entendían.

Rodearon la popa y comenzaron a caminar directamente hacia el sol. Miriam se vio obligada a mantener la cabeza inclinada hacia abajo para evitar que la fuerte luz le quemara los ojos. Durante unos momentos solo se escuchó el sonido de sus pasos sobre la madera desgastada, sus sombras acobardándose detrás de ellos. Una campana sonó cerca. El barco se inclinó. La mano de Richard le agarró el brazo. Miriam sintió que la estabilizaba contra el repentino cambio de equilibrio.

La luz cambió, cegando momentáneamente a Miriam. Cuando miró hacia arriba, la forma de una mujer con un elegante vestido de viaje se enfocó.

—Hola Richard —sonrió Lizzie con sorna—. Miriam.

La boca de Miriam quedó abierta por un momento. El nimbo de cabello de Lizzie había robado color de la paleta del sol. Lamía su rostro con el viento, brillando como una corona de fuego infernal. Se veía feroz, confiada y no poco arrogante. Lizzie envolvió una mano alrededor del antebrazo de Richard.

—¿Les importa si me uno a su pequeño paseo? He estado encerrada bajo cubierta durante días.

—¿Qué estás haciendo aquí, Lizzie? —gruñó Richard. Se movió unos centímetros frente a Miriam como para protegerla.

—Richard, querido, deberías saber muy bien lo que estoy haciendo aquí. Te estoy haciendo cumplir con tus obligaciones como padre de nuestro hijo. —Lizzie colocó su otra mano enguantada sobre su pequeño y plano abdomen.

El mundo de Miriam se tambaleó nauseabundamente. El barco se balanceó, y donde hace unos minutos se habría movido con él, ahora tropezó. Detrás de ella, la señora Kent jadeó.

—¿Tu hijo? —Miriam miró a Richard con shock y acusación—. ¿Cuándo pensabas decírmelo?

—Idealmente nunca, querida. Lizzie está completamente loca. Puede que ni siquiera esté embarazada. No la he tocado desde antes de conocerte, y no parece estar más avanzada de lo que estaba...

—En la casa del lago —terminó Lizzie por él, sonriendo con satisfacción—. No se lo dijiste, ya veo. Tampoco es completamente cierto. La última vez que me tocaste fue la noche que conociste a Miriam. Me involucré con Spencer al día siguiente.

La mandíbula de Richard trabajó. Miriam había llegado a reconocer esto como una señal de que estaba tratando de contener sus palabras.

—Si hay un niño, ni siquiera puedo estar seguro de que sea mío. Estuviste con tu marido en la costa. —La voz de Richard se quebró ligeramente con emoción apenas contenida.

Horrorizada, la mirada de Miriam pasó de su amiga a su nuevo esposo, una jactanciosa, el otro retorcido en miserable furia. ¿Esta era la verdadera naturaleza del hombre con el que se había casado?

Casado. Una sensación enfermiza se agrió en el estómago de Miriam. Esta tenía que ser la razón por la que Richard se negaba a venir a su cama. Lo miró con acusación. Richard encontró su mirada de reojo y apartó la cabeza bruscamente.

No. Pero la verdad brillaba casi tangiblemente entre ellos. Lágrimas calientes nublaron la visión de Miriam.

—Oh, es tu bebé —espetó Lizzie. Miriam dirigió su mirada al rostro duro de su amiga. ¿Qué tipo de mujer había sido su amiga todos estos años? Lizzie la Astuta, la habían llamado sus detractores. Bueno. Parecía que Miriam había sido completamente superada en astucia. Nunca

había experimentado este lado de Lizzie. La manipulación de su amiga —*ex* amiga— la hirió casi tan profundamente como la traición de Richard.

Ahora no. Pensaría en ello más tarde.

—Le creo —Miriam los sorprendió a todos al hablar.

—Yo no —respondió la señora Kent. Por un segundo, Lizzie pareció que podría lanzarse sobre la señora Kent y arañarle los ojos. La enfermera de Miriam entrecerró los ojos hacia la intrusa no deseada, desafiando a Lizzie hasta que se controló.

—Queridísima Miriam. Sabía que podía contar contigo para que vieras la razón. ¿Por qué mentiría? No tengo nada que ganar. ¿No es así, Richard?

Él se quedó rígido, con los labios apretados y en silencio, a su lado. Richard miró a Lizzie con odio mudo y sufrimiento desnudo en sus ojos. Miriam se alejó de él, acercándose a la señora Kent.

—Dinero. De eso se trata esto, Miriam. Lizzie quiere dinero para poder divorciarse de su marido y liberarse de la influencia de su familia. Específicamente, quiere tu fortuna —gruñó Richard. Su sonrisa se expandió en una mueca arrogante y adolorida—. Me temo que llegas tarde, Lizzie. El dinero está atado a nuestro proyecto empresarial. No hay nada para que saquees.

El rostro de Lizzie se retorció de nuevo como si un demonio poseyera su cuerpo. Sus rasgos adquirieron una ferocidad salvaje. Miriam se estremeció. Un sabor metálico se elevó en la parte posterior de su garganta mientras la realidad se hundía. La única amiga verdadera de Miriam nunca había sido una amiga en absoluto. Ese hecho le rompió el corazón.

—Te habría dado el dinero si me lo hubieras pedido, Lizzie —dijo Miriam suavemente.

—Esto se trata de nuestro amor, Richard. Se trata de tus obligaciones paternales —respondió Lizzie con calma.

—Jamás ignoraría mis responsabilidades como padre —habló Richard en voz baja, aunque su cuerpo irradiaba tensión—. He prometido apoyarte a ti y al niño económicamente. Nunca dije que me casaría contigo.

El silencio cayó sobre todos ellos, roto por los rudos gritos de los marineros a su alrededor y el chasquido de las velas en el fuerte viento, llevándolos cada vez más cerca de una costa en la que Miriam ya no deseaba desembarcar. Richard se volvió hacia Miriam, sus ojos y su voz suplicantes.

—Te juro que había terminado con Lizzie antes de cortejarte. Puede que ella no me creyera, pero le dije muy claramente que lo nuestro había acabado. La primera vez que te besé fue una revelación.

Miriam escuchaba a su marido como si estuviera a una gran distancia. Ahora que el frío shock había pasado, Miriam empezaba a comprender la tremenda tonta que había sido. Lizzie había conocido exactamente cuáles eran sus sueños. Habían compartido dormitorio. Todas las chicas del internado habían hablado de sus esperanzas y sueños. Habían compartido historias de primeros besos robados en fiestas y se habían advertido unas a otras sobre hombres con manos inquietas. Todas sabían sobre la condición de Miriam, y probablemente incluso habían presenciado uno o dos ataques.

Richard era el sueño de toda chica: guapo, aristócrata y amable, cuando no estaba seduciendo a las chicas para quedarse con sus fortunas o dejando embarazadas y abandonando a mujeres casadas. Sin embargo, debajo de todo eso, Richard no era más que una serpiente. Y ella había caído por él como una roca hundiéndose en el océano, rápida e irrecuperable.

—Corrígeme si me equivoco. El plan era seducirme y casarte conmigo, esperar hasta que muriera de un ataque de asma y casarte con una Lizzie recién divorciada unos meses después del

funeral. ¿Estoy en lo cierto? —preguntó Miriam.

—Ese no era mi plan —insistió Richard.

—Pero estuviste de acuerdo con él —aclaró Miriam.

Richard no habló. Negó con la cabeza.

—Yo... —Cerró la boca de golpe.

Tenía su respuesta. Miriam inhaló bruscamente. Se había dicho a sí misma que este hombre podría ser un fraude. Un tramposo. Un mentiroso. Pero eso no impidió que la verdad se clavara en lo más profundo de su alma.

—Lo sabía —murmuró la señora Kent, con los ojos ardiendo. Miriam le lanzó una mirada fulminante. Su mundo se estrechó hasta convertirse en un agujero de alfiler. Su padre la encerraría en el campo para siempre una vez que descubriera lo mal que había salido el salto de Miriam hacia la libertad. Livingston podría hacerse cargo de sus cuentas de inversión con un solo trazo de pluma, y probablemente lo haría. Había arriesgado todo por vivir la vida y en su lugar había encontrado humillación.

Richard se volvió hacia Lizzie y dijo:

—Te daré quinientos dólares en efectivo si prometes desaparecer en el instante en que este barco atraque. Te daré el nombre del abogado de mi familia, que se encargará de establecer un fideicomiso nombrando al bebé como beneficiario hasta la mayoría de edad, si prometes no volver a cruzarte en mi camino.

Los labios color fresa de Lizzie se separaron para responder.

—Tengo un plan mejor —intervino Miriam, con el corazón palpitante—. Estableceré fondos suficientes para ambos a cambio de la custodia legal completa del bebé.

Tuvo la momentánea satisfacción de verlos a ambos volverse hacia ella con asombro. El ceño de Richard se profundizó.

Lizzie negó con la cabeza.

—Este es mi hijo. No voy a renunciar a él.

—¿Por qué? —exigió Miriam con una risa áspera—. No puedo imaginarte a ti, de entre todas las personas, cuidando de un bebé que llora y exige atención.

Lizzie se burló y sacudió la cabeza en respuesta.

—Le daré láudano a la criatura para que duerma o contrataré a una niñera.

Miriam arqueó una ceja. A su lado, la señora Kent jadeó horrorizada. Richard palideció.

—Por supuesto que lo cuidaré —murmuró Lizzie, terca.

Miriam se burló.

—¿De la misma manera que cuidas a todos los demás en tu vida? ¿A mí? ¿A Arthur?

Miriam les dio la espalda y se abrió paso de vuelta a su camarote a través de la cubierta de proa. El chasquido del lienzo y las cuerdas sobre su cabeza golpeaba sus tímpanos como latigazos y dinamita.

—¡Miriam! —Richard se apresuró tras ella—. Por favor, no me dejes. Las motivaciones de Lizzie no eran las mías. No nos confundas. Prometí que mantendría al niño, y lo haré. Eso no tiene nada —*nada*— que ver con nosotros. Por mi honor.

—Oh, qué honor —espetó Miriam. Se detuvo y dejó que él la alcanzara, pero no se volvió para enfrentar al marido que la había traicionado tan profundamente que apenas podía respirar. Richard se puso a su lado y la miró, con la agonía escrita en sus facciones. Miriam le tocó la cara —. Richard, ya no puedo creer nada de lo que digas. No hay un nosotros. Ya no.

—Dame la oportunidad de contar mi versión de las cosas, Miri —el dolor feroz en la voz de Richard le dolió en el corazón a Miriam.

—He escuchado todo lo que necesito saber, Richard —vergonzosamente, una lágrima se deslizó por su mejilla. Miriam se la limpió con rabia.

La señora Kent estaba a su lado.

—Ya es suficiente. La señorita Walsh necesita descansar.

—Miriam. Sé que esto no es lo que esperabas de nuestro matrimonio —dijo Richard, siguiéndolas—. Confío en que ahora entiendas por qué te dejé una salida.

De todas las cosas que podía mencionar ahora. Miriam se detuvo tan rápido que Richard casi chocó con ella.

—Lord Northcote. Ya has hecho suficiente daño. Te agradezco que me hayas ahorrado el dolor de verte sobre la mesa del desayuno por el resto de mi existencia. Si me disculpas.

Esta vez, él no las siguió. Miriam y la señora Kent se dirigieron a su pequeño camarote compartido. Las paredes se cerraron a su alrededor como un ataúd. No podría salir de la seguridad de esta habitación durante las próximas dos semanas sin arriesgarse a un encuentro con Richard o Lizzie. La idea de ver a cualquiera de los dos la enfermaba de furia.

Una vez que su padre se enterara de la traición de Lizzie, Livingston Walsh nunca permitiría que tuviera otra amistad. Ni aventuras. Ni familia.

Ni amor.

—¿Cómo pude haber sido tan *tonta*? —siseó Miriam a través de su garganta apretada.

—Miriam, no debes decir eso de ti misma. No eres menos inteligente por lo que hicieron dos conspiradores. Yo estaba tan engañada por Lord Northcote como tú. Creía que estaba enamorado de ti. Sé que no quieres oír esto ahora, pero aún creo que es cierto —la señora Kent se movió dentro del campo de visión de Miriam.

—¿Cómo puedes decir eso de un hombre que solo me quería por mi fortuna? —Miriam se dejó caer en la cama con un jadeo. Si sufría un ataque esta vez, Miriam no tenía voluntad para luchar contra él.

—Solo respira. Inhala lentamente. Exhala lentamente.

El sonido áspero de la respiración de Miriam continuó durante mucho tiempo en la oscura, estrecha y agitada habitación. El trago de medicina que la señorita Kent le dio sabía a castigo. Miriam se atragantó, pero el láudano en la mezcla la llevó a una neblina de casi sueño. Se estremeció en la oscuridad.

Richard le había advertido que era un hombre malo. Ella no le había creído.

Ahora conocía la verdad. El Deshonroso Richard Northcote era su esposo, y no tenía corazón que ella pudiera conquistar.

Dieciocho

La mujer estaba loca de remate.

Richard se acercó a Lizzie con suficiente amenaza como para hacerla retroceder un paso. Estaba a un pelo de arrojarla al mar.

—Deja a Miriam en paz. Espero que te disculpes con ella y pases el resto del viaje expiando tu imprudencia.

—¿Yo? ¿Imprudente? —Lizzie arqueó una ceja. Richard se mantuvo firme.

¿Cómo podía una mujer que pesaba cincuenta kilos empapada intimidarlo? Un noble, si no un conde. Un hombre, aunque no se sintiera como tal.

La humillación, su sombra familiar, se posaba sobre sus hombros como el mismísimo diablo. Le siguió una oleada de ira que Richard apenas podía controlar. Sus palabras salieron cortantes y tensas.

—Sí, Lizzie, tú. *Imprudente*. Te veo tal como eres. Tratas a la gente peor que a los percebes pegados al casco de este barco.

—Mi marido me adora —se burló Lizzie.

Richard soltó una carcajada sin humor.

—Entonces, ¿por qué no estás con él? Tu marido es el único hombre que te quiere.

Necesitaba que esto fuera una ruptura definitiva, costara lo que costara, por muy bajo que tuviera que caer. Un hombre que había matado a su propio padre no tenía honor que preservar. Lizzie lo abofeteó dos veces. La primera vez, desvió el golpe, pero la segunda no la vio venir, y ella le había golpeado lo suficientemente fuerte como para lastimarse la mano.

—Te poseo —siseó mientras se sacudía los dedos—. Eres mío, Richard Northcote. Yo pongo las reglas. No tú.

Incapaz de pensar en otra cosa que decir, Richard se alejó pisando fuerte. No había tenido ni un solo trago desde la mañana de su boda. El champán apenas había tocado sus labios. Quizás, si no hubiera estado tratando de ahogar su vergüenza por perder Briarcliff y a su padre, podría haberse librado de Lizzie antes de verse enredado en esta terrible situación. No es que no hubiera sido consciente de sus peores rasgos. Simplemente no le había importado.

Definitivamente le importaba ahora. La expresión en el rostro de Miriam lo iba a atormentar por el resto de su existencia. Richard pateó un barril atado a la cubierta. No se había sentido tan solo desde que había aparecido en las calles de Boston. Esto era peor, con diferencia, y no había ningún Howard para recoger su cadáver medio muerto esta vez.

Se dirigió hacia la proa. Richard miró fijamente la luna, brillante y alta en el cielo nocturno.

Pronto amanecería. El vigía nocturno podría no darse cuenta si se arrojaba por la borda. Incluso si lo hicieran, el barco lo hundiría en su estela, ahogándolo antes de que su cuerpo emergiera por la popa. O se hundiría, para ser devorado por monstruos de profundidades desconocidas. Podría flotar en el agua del océano, pero nunca había aprendido a nadar como su hermano Edward.

Nadie lo detendría. Solo su honor como hombre, lo que quedaba de él. Nadie argumentaría que los restos de caballerosidad que Richard aún aferraba estaban realmente desgastados.

Sin embargo, había que considerar la seguridad del futuro niño. Lizzie estaba, si no medio loca, lejos de ser estable. Richard finalmente entendió por qué la alta sociedad de Nueva York rara vez la hacía responsable de su mal comportamiento. Lizzie usaba su peculiar don para la astucia y su apariencia angelical para buscar los puntos más vulnerables en la armadura de las personas.

Los dientes metálicos de la llave de la habitación de Miriam en Cliffside se clavaron en su palma. Richard había movido la llave a su bolsillo, reemplazándola por una nueva para la puerta de su camarote. Tenía la fuerte sensación de que una visita a medianoche ya no sería bienvenida.

Ella había querido una aventura. Diablos, si no se la había dado. Solo que no la que Miriam había buscado.

Las campanas sonaron cuando cambió la guardia. El sol se hundió bajo el horizonte en un resplandor de atardecer rosa y naranja. El viento le alborotó el cabello. Richard trazó distraídamente la forma áspera de la llave con su pulgar. La tentación de poner fin a esta farsa de vida lo llamaba tan seductoramente como la voz superficialmente dulce de una sirena. No había piedad en el frío semblante de la luna.

Iba a compensar a Miriam Walsh aunque le costara hasta el último gramo de su orgullo.

Ella había corrido un enorme riesgo por él, y él la había traicionado de la manera más profunda posible. No importaba si le llevaba el resto de su vida, Richard iba a borrar la expresión de dolor y traición que él y solo él había traído a sus grandes ojos grises.

Entonces, habría ganado el derecho a morir.



Pasaron quince largos días antes de que avistaran tierra. Miriam los marcó en su diario de bolsillo, colocando una gruesa X negra sobre el número impreso en las esquinas de cada página. Cada línea gruesa marcaba una distancia mayor de su hogar y la llevaba más profundo en lo desconocido.

—¿Por qué no desembarcamos? —le preguntó al capitán durante la cena esa noche. Richard tomaba su comida en su habitación con la excusa ostensible de un estómago débil, como lo había hecho todas las noches desde la aparición de Lizzie. Lizzie no había sido invitada a cenar con el capitán ni una sola vez. La señora Kent suponía que había elegido un pasaje de clase inferior. Extraño. Lizzie ciertamente podía permitirse algo mejor.

—Tenemos carga que llevar directamente a Londres. Podría atracar en Portsmouth, pero gastaría usted monedas extra para viajar por tierra.

Con impaciencia, Miriam observó la tierra deslizarse, contando las horas hasta que pudiera bajarse de este barco y subirse a otro para hacer el mismo viaje en reversa.

Miriam había querido aventura, pero no la que estaba viviendo.

Había creído que salir de la tutela de su padre y experimentar el mundo sería divertido, estimulante y emocionante. La realidad había resultado ser muy diferente. Desde que salió de Nueva York, su aventura había sido por turnos monótona, aterradora y humillante. Su corazón

dolía de extrañar a su padre. Maldijo su ingenuidad.

—Estamos haciendo buen tiempo —observó el Capitán—. En todos mis años de navegación nunca he visto una racha de buen tiempo como esta. Debemos haber establecido un récord con esta travesía. Cuatro semanas y seis días.

Miriam mordió su pollo seco y levantó las cejas en un gesto que podría ser interés, o aprobación, o lo que realmente era: impaciencia.

Richard no se había dejado ver desde la discusión que había partido el corazón de Miriam en dos. Si acaso salía de su estrecho camarote, Richard calculaba sus incursiones con precisión para evitarla. El aguijón de la decepción por su ausencia cada día la confundía. No debería querer verlo. *No* quería verlo. Y sin embargo, cada día escudriñaba la cubierta medio temerosa de encontrarse con él y medio anhelando un vistazo de la amplitud de sus hombros. Luego, el autodesprecio se agriaba en su estómago.

¿Por qué le dolía el pecho de manera hueca cada vez que pensaba en el toque de Richard?

En la mañana en que su barco bordeaba Margate, el paso de Miriam vaciló al ver los faldones del abrigo de Richard ondeando en la brisa. Él se quedó inmóvil. El corazón de ella latía con fuerza mientras se miraban fijamente como un lobo y un ciervo que se avistan en el bosque. Miriam no se hacía ilusiones. Ella era la presa de su marido.

Las emociones que leyó en él, incluso a una distancia de diez pasos, eran tan confusas y tristes como las suyas. Sus miradas se cruzaban como si el encuentro pudiera inmolarlos a ambos. Dado cómo la había manipulado, Miriam no estaba inclinada a ser demasiado solícita con él. Alzó la barbilla de la manera más altiva que pudo.

—Disculpe, señorita Walsh. No tenía intención de interrumpir su tiempo en cubierta. Tengo algo que devolverle —Richard hizo una reverencia.

—No tiene por qué irse. Es un espacio público —las palabras que no tenía intención de decir brotaron de sus labios atropelladamente. La señora Kent le tiró del codo, con una ceja fina arqueada. Miriam resistió la sutil insinuación de su enfermera de seguir adelante.

—Hemos sido bendecidos con una racha de excelente clima —respondió Richard con cautela —. No quisiera privarla de ello.

—Es maravilloso saber que no me privará de aire fresco. Al menos tendré suficiente aliento para gritar mientras me priva de mi dinero, *marido* —Miriam recordó su enojo y lo fulminó con la mirada.

Él se estremeció como si sus palabras le hubieran asestado un golpe físico. Richard miró el océano agitado, con la mandíbula tensa. ¿Por qué tenía que ser tan apuesto? El diablo al menos podría hacerle el favor de hacerlo físicamente desagradable.

—¿Nunca te preguntaste por qué no fui a tu cama, Miri? —preguntó suavemente.

Miriam tragó saliva.

—¿Por qué insistí en que administraras nuestros fondos, así como el dinero invertido en la expansión del envío? Fácilmente podría haberte dejado en la indigencia. Pero no lo hice. Intenté... —Se interrumpió. Un orgullo altivo se coló en su voz mientras Richard la atravesaba con una mirada dura—. Te advertí que era un mal hombre, Miri. Fuiste una tonta al creer que era algo más que un mentiroso. Sin embargo, te he dejado una salida. Mientras no te toque, podemos anular el matrimonio a nuestro regreso a Nueva York. Le devolveré el dinero a tu padre. Arreglaré esto.

Él alcanzó su mano. Miriam intentó apartarse cuando el contacto la atravesó como fuego. Su marido le volteó la palma hacia arriba y colocó un objeto duro en su agarre. Los dedos de Miriam se cerraron alrededor mientras se echaba hacia atrás.

Richard volvió a hacer una reverencia y se alejó a zancadas.

Su llave. Miriam inhaló bruscamente.

Miriam permitió que su enfermera la guiara hacia adelante. Richard se dirigió a grandes pasos hacia la puerta de babor que conducía a las cubiertas inferiores y descendió, dejándola a ella y a la señora Kent para que disfrutaran del aire fresco y el sol a su gusto. El corazón de Miriam se encogió un poco al verlo partir. No era justo que el hombre la tratara decentemente ahora, no cuando había mentido tan descaradamente al cortejarla. Miriam recorrió la cubierta durante horas con su enfermera al codo, respirando aire fresco que despejaba sus pulmones y su mente, y dejando que la reflexión se apoderara de sus pensamientos.

—¿Qué piensa hacer al llegar a Londres? —preguntó su enfermera en voz baja.

—Supongo que deberíamos buscar un hotel y reservar pasaje en el primer barco de vuelta a Nueva York —Miriam suspiró. Más semanas encerrada en un barco con la señora Kent no era lo que tenía en mente cuando deseaba una aventura.

—¿No crees que deberíamos aprovechar la visita, ya que hemos venido hasta aquí? —preguntó la señora Kent. Miriam miró a su amiga con atención—. Y está el negocio a considerar. Se supone que debes proteger la inversión del señor Walsh. Difícilmente puedes dejar los asuntos en manos de Richard.

Miriam se estremeció ante la idea. —De acuerdo. Si nos quedáramos, ¿qué le gustaría ver? —Cualquier cosa para evitar estar con Richard.

—Siempre he fantaseado con visitar un castillo. Toda niña crece soñando con casarse con un príncipe y vivir en un castillo, ¿no es así? —La señora Kent le apretó el brazo, tratando de devolverla al buen humor con sus bromas.

—Yo no —señaló Miriam. Dieron la vuelta a la cubierta, evitando hábilmente a dos marineros que se afanaban en enrollar una cuerda tan gruesa como su muñeca. No, había sido Lizzie quien soñaba con vestidos grandiosos y casas aún más grandiosas.

—Eres más testaruda que la mayoría —comentó la señora Kent, con franqueza—. De corazón blando y cabeza dura. No es de extrañar que Lord Northcote se encariñara tanto contigo.

—¿Cómo puede decir eso, cuando ha confesado que solo buscaba mi herencia? —exigió Miriam.

—Los hombres pueden tener más de una motivación —respondió la señora Kent con suavidad, escudriñando el horizonte—. Al igual que las mujeres. Nunca tuve la sensación de que te importara Lord Northcote tanto como tú a él. Querías salir de la sombra de tu padre, y no puedo culparte. Una joven dama debe tener algunos recuerdos que mirar con cariño en su vejez.

—Un hombre que se preocupara por mí no me habría seducido bajo falsos pretextos —respondió Miriam bruscamente. Su compañera la miró de reojo, pero continuaron caminando. Había poco más que hacer. Había leído todos los libros que había traído.

—Si entiendo correctamente la situación, él no te sedujo. Eso habla bien de sus motivos.

—¿Es eso suficiente para obligarme a perdonarlo? —preguntó Miriam con brusquedad. Considerando lo mal que se sentía, la perspectiva de que la tristeza de Richard pesara más que la suya era suficiente para expulsar toda esperanza del mundo.

—Por supuesto que no. Personalmente le entregaré a Lord Northcote sus propios testículos si se atreve a susurrar en tu dirección general sin tu consentimiento explícito. Solo estoy reflexionando sobre el significado de sus esfuerzos por mantener tu independencia financiera y personal —La señora Kent hizo una mueca—. Con disculpas por mi inapropiada referencia al cuerpo masculino, señorita Walsh.

Miriam desestimó la transgresión de su enfermera con un gesto y sonrió. —No se preocupe

por eso. Si quiere ver un castillo, o varios castillos, lo haremos realidad, señora Kent. Incluso si necesitamos contratar un ejército de guardaespaldas para protegernos.

—Un excelente plan, Miriam —La señora Kent le devolvió una de sus raras sonrisas—. Si quieres experimentar el mundo, no puedes esperar a que venga a ti.

La idea de salvaguardar alguna parte de esta desafortunada escapada trajo una fugaz sonrisa a los labios de Miriam. Sintió cómo se curvaban hacia arriba en las comisuras, y sus mejillas no se agrietaron como había pensado que lo harían hace una semana. El dolor en su corazón se alivió ligeramente. No había forma posible de que Richard se preocupara más profundamente por ella de lo que ella lo hacía por él. Lo había deseado, sí. Miriam había estado ansiosa por pronunciar las palabras *te amo*, pero no lo había hecho. Ni siquiera el día de su boda. En el fondo, Miriam había sabido que no podía confiar del todo en Richard Northcote, y aun así se había casado con él. ¿Qué decía eso de ella?

Diecinueve

LAS GAVIOTAS GRAZNABAN sobre sus cabezas mientras el *New Hope* atracaba en los bulliciosos muelles de Londres. Richard permanecía inmóvil como una estatua en el borde de la cubierta mientras su ciudad natal crecía gradualmente de una miniatura distante a una metrópolis extensa.

Dios, el lugar apestaba. En comparación, Nueva York y Boston olían positivamente agradables. Richard esquivó a los ocasionales marineros mientras pasaban las horas y el barco se amarraba pulcramente al muelle. Los funcionarios portuarios subieron a bordo para inspeccionar el contenido del barco y revisar los documentos de quienes los llevaban. Richard ofreció la carta de su hermano mientras su mente luchaba con el dialecto portuario de sus compatriotas.

Los pasajeros desembarcaron en grupos. Dos aquí, una avalancha de ocho o diez allá, uno bajando tranquilamente por la pasarela, silbando. El cabello rojo de Lizzie brillaba bajo el sol a la izquierda de Richard, pero ella no se giró y él se negó a reconocerla. Ella miraba fijamente la ciudad, sin duda planeando su conquista.

Un destello de lino blanco apareció y desapareció en las manos de Lizzie. Richard la observó por el rabillo del ojo hasta que ella miró brevemente en su dirección, luego recogió sus faldas y siguió a los otros pasajeros hacia la orilla. Un observador desprevenido podría confundirla con un blanco débil y fácil en su elegante vestido de día de algodón estampado y redingote. Su frente se arrugó en un ceño fruncido.

—¿Planeando una reunión con tu amor?

La amargura en el tono de Miriam sacó a Richard de su letargo. La llegada de la mujer que había estado esperando hizo que su corazón diera un vuelco. Su garganta se cerró alrededor de las palabras que más deseaba decir.

—Más bien esperando que la víbora ataque —fue todo lo que murmuró Richard. Se aclaró la garganta—. Miriam. Sobre lo que dijo Lizzie. No es cierto. Lizzie tenía sus intenciones, pero nunca fueron las mías.

—Supongo que Lizzie se embarazó sola —respondió Miriam con acidez—. He oído que las mujeres tienen esa costumbre, especialmente cuando es más inconveniente para los hombres.

Richard le lanzó una mirada de soslayo a Miriam. Ella tenía todo el derecho de estar enojada con él. La culpa lo carcomía—. Nunca oculté su presencia en mi vida. Seré el primero en reconocer mi falta de virtud caballerosa, Miri. Ahórrame la acusación de deshonestidad.

—Me cortejaste bajo falsos pretextos —replicó Miriam.

Richard negó con la cabeza, deseando aún tener la libertad de tomarla en sus brazos y besar su dolor—. No lo hice. Te dije exactamente lo que era. Deshonrado. Un mentiroso. Indigno de

confianza. Te confesé haber matado a mi propio padre, Miriam. Te habría contado sobre el plan de Lizzie si ella no hubiera sido tu mejor amiga. ¿Me habrías creído si me hubiera atrevido a decirte la verdad sobre tu más querida conocida?

Tomó aire. Miriam miraba fijamente los ajetreados muelles, sin querer encontrarse con su mirada.

—Eso pensé. La única solución que se me ocurrió fue alejarte de ella. No puedo comprender qué impulsa a Lizzie. Lo único que me importa, Miriam, es asegurarme de que se mantenga alejada de ti y proteger a mi esposa —dijo Richard suavemente.

Miriam lo miraba ahora, con horror o asombro, no podía decidir—. No puedes hablar en serio.

—Lo estoy, Miri —los pensamientos reprimidos de Richard casi se desbordaron y salieron de su boca en un torrente vergonzoso. Se mordió el labio inferior hasta que el impulso de soltar sus sentimientos disminuyó—. Ya sea que se materialice o no el título que mi hermano me ha ofrecido, haré que el negocio de importación transoceánica de Howard sea un éxito rotundo. No me detendré hasta que Lizzie esté fuera de nuestras vidas para siempre —tragó saliva—. No me detendré hasta que cada promesa que te hice se haga realidad.

Miriam resopló delicadamente. Ella pensaba que no podía hacerlo. Pensaba que no era más que un mentiroso sin valor. Su desafío tácito resonó en su alma.

—Ya verás. Mientras tanto, te haré cumplir tu parte de este trato, Miriam Northcote —habló Richard suavemente, con toda la confianza de un lord en su tierra natal.

—¿Qué trato? —exigió Miriam sin aliento. Richard dio un paso más cerca. Ella no retrocedió. Frente a frente, se miraron como enemigos, como combatientes iguales.

—Nuestro trato con Livingston y Howard. Ódiame todo lo que quieras, pero no perjudiques sus inversiones para lastimarme —¿Miriam parecía decepcionada? Quería creerlo tan desesperadamente—. Tu padre y la señora Kent están equivocados sobre ti.

—¿En qué sentido? —demandó ella suavemente.

—No eres frágil. Tu fuerza es la de una caña que se mece con el viento, pero te mantendrás erguida mucho después de que el viento haya derribado al roble —respondió Richard. ¿Cómo era posible que fuera el único que podía verlo?

Una vez más, Miriam se burló—. Fui lo suficientemente débil como para dejarme engañar por mi única amiga y mi único pretendiente. Continúa hablando de mi fuerza.

—Te casaste conmigo —dijo Richard con voz ronca—. Ese salto de fe requirió coraje. Si das la vuelta y regresas a Nueva York después de apenas tocar suelo británico, volverás como un escándalo y objeto de burla. Vosotros los americanos sois especialmente susceptibles cuando se trata del orgullo.

—Mi locura ciertamente será superada por el engaño de Lizzie.

Richard se rio sombríamente, interrumpiéndola—. Lizzie ya es un escándalo andante a quien todos temen enfrentar. Ella no tiene nada que perder. Tú, sin embargo, poseías una reputación impecable hasta que robé tu corazón. Si regresas ahora, sola...

Dejó la frase en el aire.

—¿Qué quieres de mí? —exigió Miriam, áspera de ira.

—Dame la oportunidad de cortejarte de nuevo antes de que huyas y vuelvas a casa. En privado, sin que nadie nos observe. No deseo nada más que volver a aquella playa donde nos conocimos por primera vez y mostrarte la verdad de mi corazón. Ya que estamos aquí, la playa queda descartada.

—Te di esa oportunidad. Te invité a tomarla, una y otra vez, hasta que estuve medio

convencida de que era tan poco deseable que debía contentarme con las migajas de tu afecto —el corpiño de Miriam subía y bajaba. El estómago de Richard se retorció.

—Desearía no haberte conocido nunca —susurró Miriam. Un grueso rollo de cuerda aterrizó a sus pies y la obligó a retroceder dos pasos. Más cerca de él. Un marinero que necesitaba urgentemente un baño les lanzó una mirada fulminante. Richard sostuvo la mirada del hombre hasta que este pasó entre ellos a la fuerza.

—Debería buscar a la señora Kent y un coche para ir al hotel más cercano —dijo ella cuando el hombre los había pasado de largo.

—Miriam —susurró Richard—. No huyas ahora. Te dije exactamente lo que era desde la primera noche que bailamos juntos. Con todos mis defectos, que son numerosos, nunca te he mentido descaradamente. Sí, he omitido cosas que deberías haber sabido. Todo lo que quería era alejarte de Lizzie y sus planes. Por favor, ven a quedarte con mi hermano y mi cuñada. Puedo garantizarte que estarás más cómoda allí que en cualquier hotel. Me dará tranquilidad saber que estás a salvo.

Los segundos pasaban. Las gaviotas se burlaban de su súplica desde el cielo.

Miriam tragó saliva. Los músculos de su garganta pálida y esbelta se movieron.

—¿Qué más?

—Permíteme cortejarte de nuevo. No te presionaré para formalizar nuestro matrimonio. Debes pedirlo con pleno conocimiento de quién soy y qué puedo ofrecerte. Mientras tanto, te demostraré que todo lo que sentimos el uno por el otro ha sido verdadero desde el principio. No dejes que Lizzie envenene lo que tenemos. —Richard nunca había deseado nada tan intensamente como el perdón de Miriam. Ni un condado. Ni un título. De alguna manera, ella se había convertido en lo único que importaba. Si no podía ganársela, realmente no merecía vivir. No habría regreso a América.

Bien. De todos modos, no era su hogar.

—Quieres decir, cuando demuestre ser lo suficientemente tonta como para confiar en tus dulces palabras de nuevo —resopló Miriam. Las lágrimas amenazaban con brotar. Su mano se alzó para apartarlas. Miriam se estremeció. Richard bajó la mano como si se hubiera quemado. Los pasajeros del barco, impacientes por su extensa conversación, los empujaban al pasar. Richard y Miriam permanecían apartados en la cubierta abarrotada, en equilibrio sobre el último borde entre su pasado y su futuro. Cuando el alboroto comenzó a disminuir, Miriam habló.

—Richard, sea cual sea la verdad sobre tu relación con Lizzie, ya no me importa. Ni siquiera habíamos llegado a tierra cuando descubrí que lo único que valorabas de mí era la cuenta bancaria de mi padre. No quiero que me cortejes. Me quedaré el tiempo suficiente para ver llegar al *Thetis* y vender nuestras mercancías. Luego, regresaré a Nueva York con la señora Kent. —Miriam levantó la barbilla para evitar que temblara.

La mandíbula de Richard se tensó. Ella nunca le perdonaría esta humillación. Hizo una reverencia rígida.

—Cualquier asistencia que necesites, te la proporcionaré. La casa de mi hermano sigue abierta para ti y tu acompañante. No te molestaré con mi presencia más de lo necesario.

Se giró sobre sus talones y desapareció entre la multitud.



—¿Nos vamos? —preguntó la señora Kent en voz baja. Por supuesto, había presenciado toda la escena, aunque se había mantenido discretamente a distancia. Miriam sintió que sus mejillas

ardían. Era tan vergonzoso que los momentos íntimos de uno se desarrollaran frente a su niñera. Aun así, había cierto consuelo en el hecho de que estaba mayormente entre extraños. A nadie le importaba un arrogante lord y la mujer estúpida que no podía dejar de anhelarle. Incluso ahora, Miriam habría acogido con agrado su contacto.

Miriam miró hacia la oscura ciudad y tragó saliva. ¿Por dónde empezar?

—Sí, por supuesto. —Miriam reunió sus fuerzas y descendió la pasarela aferrándose al brazo de la señora Kent. Al final se encontraron con Lizzie, quien señalaba un pesado baúl e intentaba conseguir que un muchacho más grande la ayudara a levantarlo, sin éxito. Un carruaje incongruentemente grande y brillante esperaba en la calle, rodeado de niños mendigos. Un lacayo los mantenía a raya. Otro lacayo abrió la puerta cuando ella se acercó. Miriam se sorprendió al ver sus numerosos baúles cargados en la parte superior del coche.

—Mi señora. —El lacayo hizo una reverencia.

La señora Kent la miró de reojo.

—A menos que tengas un mejor plan, supongo que deberíamos al menos conocer a la familia del señor Northcote. No necesitamos quedarnos si son la mitad de terribles que él.

—Creía que te caía bien —dijo Miriam con acidez.

—No exactamente. Creo que a él le gustas tú. —La señora Kent suspiró—. ¿Tienes un mejor plan?

—No lo tengo. —A pesar de su deprimente situación, Miriam no pudo evitar sentir el más mínimo grado de satisfacción mientras colocaba suavemente las yemas de sus dedos en la mano del lacayo y subía cuidadosamente al elegante carruaje. La señora Kent se acomodó rápidamente en los asientos de cuero a su lado.

Si se quedaba, podría tener esto. Podría ser Lady Northcote, o quizás estos peculiares ingleses tuvieran otro nombre reservado para ella. *Si quieres experimentar el mundo, no puedes esperar a que venga a ti.* Como si aprovechar las oportunidades le hubiera funcionado bien hasta ahora.

La puerta del carruaje se abrió y cerró de golpe. Richard subió y tomó el asiento opuesto.

—¿Vienes con nosotras? —jadeó Miriam.

—Es la casa de mi hermano, después de todo. Y hasta donde todos saben, sigues siendo mi esposa. Si decides decirles lo contrario, es tu decisión. —Richard inclinó la cabeza en un ángulo, desafiando a Miriam a responder. La había hecho enojar.

Bien.

Miriam sentía como si una mariposa hubiera sido liberada en su estómago, sus alas rascando y haciéndole cosquillas por dentro. Había dicho en serio lo que dijo en el barco, y de nuevo cuando llegaron a tierra. Nunca se casaría con un hombre que solo la hubiera cortejado por su fortuna. El hecho de que lo hubiera hecho para mantener a su amante y a su hijo ilegítimo era simplemente repugnante. Imperdonable. Si tan solo pudiera obligarse a dejar de sentir esta nerviosa y melancólica atracción.

Ya su tristeza se había convertido en ira hacia su vieja amiga. Lizzie lo había utilizado tan a fondo como la había utilizado a ella. Richard tenía muchas más opciones de las que ella jamás había soñado. Sin embargo, él también había experimentado pérdidas. El peculiar don de Lizzie era encontrar los puntos débiles de las personas y explotarlos despiadadamente.

—¿Qué es eso que estamos pasando, por el lado izquierdo? —preguntó la señora Kent, interrumpiendo el incómodo silencio.

—Ese es el Regent's Canal Dock. Se construyó hace solo unos años, pero ha tenido un desempeño miserable.

—¿Es ahí donde se supone que atracará el *Thetis*? —preguntó Miriam. Después de todo, seguían siendo socios comerciales.

—No. Hemos elegido Wapping como nuestro destino debido a los almacenes establecidos allí —respondió Richard.

De Canary Wharf a Marylebone era fácilmente una hora de viaje. Londres era más sucia, húmeda y oscura que Nueva York. Estrechas calles se extendían en todas direcciones, con edificios destartalados uniformes en su fea y achaparrada altura. Las cosas empezaron a mejorar a medida que se alejaban de los muelles. El coche se balanceaba sobre el irregular empedrado y le provocaba náuseas. Las calles se ensancharon. Los peatones escasearon. Con unas cuantas vueltas más, la ciudad se volvió casi hermosa cuando el terreno cambió a barrios con pulcras casas adosadas de fachada de piedra caliza.

Este podría haber sido su hogar. Todavía podría serlo. Todo lo que le costaría sería su orgullo, y cada centavo del dinero que había ganado a pesar de los intentos de orientación del señor Featherstone.

Richard no tenía más que gratitud por su habilidad con los números, reflexionó Miriam, con respeto a regañadientes por el hombre con quien se había casado. Miriam suspiró con un pequeño arrebato de frustración. Ella era quien había hecho posible que él regresara con la frente en alto. Si no hubiera logrado conseguir una heredera, todavía estaría holgazaneando con Lizzie en Nueva York.

¿No es así?

—Ahí está la nueva iglesia parroquial de St Marylebone. Se terminó hace solo unos años, en 1817 —Richard estiró el cuello para mirar por la ventana—. No mucho antes de que me fuera. Me gustaría ver el interior de nuevo. Podrías considerar acompañarme en una excursión, si tu horario lo permite.

Una invitación, no una orden. La señora Kent hizo un sonido poco comprometido. Miriam apartó la cortina para mirar la elegante aguja blanca. —Es bonita.

Miriam dejó caer la cortina. Después de unas cuantas vueltas más, Miriam sintió que el carruaje reducía la velocidad.

—Me sorprende que hayan tomado alojamiento aquí después del incendio —comentó Richard.

—¿Por qué? —preguntó ella.

—No has conocido a mi hermano. Él está aún menos inclinado a la vida en la ciudad que Livingston Walsh. Te preguntaste por qué apenas reaccioné cuando tu padre salió pisando fuerte con tirantes y mangas de camisa de leñador. Dudo que sea posible sorprenderme más después de la forma en que mi hermano regresó a Londres.

Compartieron una risa incómoda. Sus miradas se deslizaron una frente a la otra como si cruzarlas pudiera incinerar el vehículo. La señora Kent miró ansiosamente por la ventana. Su fatiga colectiva por estar encerrados en espacios pequeños temporalmente superó la incomodidad de estar atrapados en el coche.

—¿Cómo así? —preguntó Miriam con gran renuencia. Sabía tan poco sobre este hombre al que le había prometido su vida. Para su sorpresa, Richard estaba ansioso por hablar de su hermano.

—La primera vez que vi a mi hermano después de quince años, estaba encerrado en una jaula. Estaba desnudo excepto por un par de pantalones de piel de ciervo que estaban desgarrados hasta la mitad del muslo y sostenidos con un trozo podrido de cuerda de marinero —Richard casi se rio al recordarlo, pero pareció contenerse.

—Dios mío —jadeó la señora Kent—. ¿Quién trataría así a otro ser humano?

—Mucha gente, señora —la mirada de Richard estaba velada—. Los marineros del barco no consideraban a mi hermano como verdaderamente humano, ¿sabe? Se había transformado en otra cosa. Alguien tan extraño que había renunciado a toda pretensión de humanidad.

Una sombra cayó sobre su rostro.

—Imagino que solo podría mejorar con el tiempo y la orientación —ofreció Miriam suavemente.

Richard se rio sin humor. —Supongo que ha mejorado. No lo sabría. Me echó después de... —Se interrumpió y se negó a encontrar su mirada—. Después del incendio. —Richard se recostó en su asiento, claramente incómodo. Miriam tuvo que luchar contra el impulso de estirar la mano y tocar la suya. Había imaginado consolarlo mientras Richard se reunía con su familia distanciada. En cambio, estaban llegando como enemigos.

Miriam sofocó su tristeza. Una pequeña parte mezquina de ella susurró, *deja que se retuerza*. Si Richard se había comportado tan egoístamente con ellos como lo había hecho con ella, merecía sentir cada parte de su ajuste de cuentas.

Sus reflexiones no le dejaron tiempo a Miriam para decidir cuál debería ser su propia reacción ante el Conde de Briarcliff y su esposa. Antes de que tuviera la oportunidad de considerar qué debería hacer o decir, el coche se detuvo.

—Hemos llegado —dijo Richard con un humor que transparentemente no sentía. Estaba escrito en la inclinación de sus hombros y la tensa línea de su mandíbula.

No quiero pelear contigo, pensó Miriam. Él había sido un extraño en su tierra. Ahora, las tornas se habían invertido, y ella era una extraña en la suya. Ante la insistencia de la señora Kent, se puso en movimiento, apresurándose hacia la puerta del carruaje. El lacayo la ayudó a bajar a tierra firme. Miriam apenas pudo contener las lágrimas.

Septiembre

Veinte

RICHARD DEJÓ que el lacayo ayudara a bajar a su esposa, y a la señora Kent detrás de ella. El rostro familiar del mayordomo de su padre abrió la puerta principal de la nueva residencia de los Briarcliff en la ciudad con una ceremoniosa reverencia. Un pequeño ejército de sirvientes apareció para retirar sus baúles y cajas del carruaje. Cualquier temor que Richard hubiera albergado sobre el enfoque poco convencional de su hermano hacia el condado se disolvió instantáneamente. Dado el comportamiento salvaje de su hermano mayor, Richard había esperado a medias que la puerta fuera abierta por una tropa de monos.

—Deben disculpar la ausencia de Lord Briarcliff. No sabíamos el momento exacto de su llegada. Lady Briarcliff los recibirá en el patio —echó un vistazo de lado a ella y cubrió su mano enguantada con la suya—. Por aquí.

El mayordomo los guió a través de un vestíbulo luminoso y por un espacioso pasillo con suelos de mármol. Pasaron por una sala de estar con grandes puertas francesas que se abrían a un acogedor patio. Más allá del patio había un gran jardín de césped. Extraños sonidos de gruñidos emanaban de este parche de hierba rodeado de setos para la privacidad.

—¿Qué demonios? —murmuró Miriam.

—Te advertí que mi hermano es... excéntrico.

—Sí. Lo hiciste. Esto se parece tanto a mi casa en Nueva York que apenas puedo creerlo.

Richard se deleitó con la expresión de asombro de Miriam mientras pisaban las losas de pizarra. Una mujer de cabello rubio oscuro con un vestido estampado y voluminoso intentaba levantarse de una silla.

—Por favor, atrapen a Ben y tráiganlo aquí —pidió.

El mayordomo colocó gentilmente un brazo bajo el codo de la mujer que luchaba por levantarse.

—Bienvenidos —dijo ella un poco sin aliento—. Perdonen que no los haya recibido en la puerta. Me resulta bastante difícil moverme estos días. Estoy a punto de dar a luz en las próximas semanas. El médico cree que serán gemelos. Yo estoy segura de ello. Si no trillizos.

Miriam hizo una reverencia ante la desconcertantemente informal cuñada de Richard. Un gruñido feroz cercano erizó los pelos de la nuca de Richard. Frunció el ceño, mirando fijamente el césped. Un arbusto se agitó.

—¡GRRAAR!

Un niño pequeño saltó de una jardinera. Miriam jadeó. El niño chilló de risa cuando un hombre muy grande y musculoso se levantó de detrás del arbusto y lo atrapó en el aire. Juntos

cayeron a salvo sobre la hierba, donde el hombre fingió que el niño lo había vencido.

A su lado, Miriam luchó contra una sonrisa. Su sonrisa se desvaneció cuando el hombre se levantó, tomó al niño de su pecho y lo alzó sobre sus hombros sin esfuerzo aparente.

—Richard. Conoce a tu sobrino, Bennett —la voz del hombre grande era un rumor bajo. Los ojos grises de Miriam se ensancharon al ver la gruesa cicatriz levantada alrededor de su cuello. Verla de nuevo incluso impactó a Richard. Su hermano había sido arrastrado de vuelta a Inglaterra con violencia. Edward no llevaba corbatín con su camisa desabotonada, chaleco arrugado y pantalones color ante con las rodillas manchadas de hierba—. Bienvenido a casa, Richard.

—Gracias. Edward. Mi esposa, Miriam Northcote, de soltera Walsh —Richard se inclinó para saludar al niño cuya llegada al mundo lo había alejado aún más de la línea de sucesión del condado de Briarcliff—. Buenos días, señorito Bennett —dijo Richard, ofreciéndole la mano al niño. Los inocentes ojos color avellana del pequeño lo miraron con repentina timidez. Escondió su rostro en el cabello de su padre.

¿Sería cruel o amable? Seguramente el niño habría escuchado historias sobre los intentos de su tío de encerrar a su padre en un manicomio.

—Te he traído un regalo. Baja de los hombros de tu padre y podrás abrirlo ahora mismo —Richard sostenía un paquete oculto detrás de su espalda.

—¡Oooh! —El niño se retorció y prácticamente cayó sobre la cabeza de su padre en su afán por bajar. Agarró dos mechones del cabello largo del conde. El conde hizo una mueca y dejó a su hijo en las losas.

—Bennett, querido, ¿qué le dices a tu tío? —le indicó la condesa.

—Gracias, señor.

Miriam sonrió. Bennett se parecía mucho a su padre, pero con el cabello rubio miel de su madre. Tal vez se oscurecería con la edad.

—¿Cuántos años tiene?

—Casi dos años y medio. Llegó bastante pronto después de nuestra boda —la condesa no se sonrojó al hacer la admisión. Miró directamente a Miriam, evaluándola con ojos cálidos pero cautelosos color avellana. Sus ojos eran bastante llamativos, hermosamente formados y con largas pestañas. Richard había colocado un pequeño paquete en el patio. Bennett estaba felizmente desgarrando la cinta con la ayuda de su tío.

El papel fue retirado para revelar un caballo de madera pintado de colores brillantes, exquisitamente elaborado con articulaciones para mover sus patas. Encantado, Bennett agarró la rodilla de su padre y fingió galopar.

—Gracias, Richard. Es un poni encantador. Señorita Walsh, ¿no quiere tomar asiento?

Richard miró de reojo a Miriam. Ella no ofreció palabras para contradecirlo. Por mucho que lo intentara, la timidez le pegó los labios.

—Devolvería su gesto si pudiera —rio la condesa—. Vamos, deben estar hambrientos. Hay un almuerzo ligero esperándonos en el comedor —el conde tomó el brazo de su muy embarazada esposa y la ayudó cuidadosamente a subir el pequeño escalón hacia la casa. La ternura con la que manejaba a su esposa trajo un nudo inesperado a la garganta de Richard. Ella miró a Richard con un dejo de tristeza en las comisuras de su boca y en sus ojos. Lo abrasó con el calor del arrepentimiento.

—Se siente falso fingir que estamos casados —dijo ella.

—Seguiré tu ejemplo si deseas decirles la verdad. Diles todo. Te garantizo que mi cuñada no se sorprenderá en lo más mínimo —dijo Richard con amargura.

—Oh, tengo la intención de hacerlo. Estoy esperando el momento adecuado —espetó Miriam —. Han tenido semanas para anticipar una boda. Odio aplastar sus esperanzas, pero debe hacerse.

Un jadeo familiar le oprimió el pecho.

—¿Estás teniendo un ataque? El aire de Londres es notoriamente sucio. Podemos trasladarnos al campo.

—Estoy bien. O lo estaré en unos minutos.

Richard dudó.

—Me importas. Dame la oportunidad de demostrártelo, Miriam.

Ella se rio. El sonido lo hirió profundamente.

—Admítelo. Tú tampoco me quisiste por mí misma —la ira de Richard se elevó en una apenas contenida ola de emoción que amenazaba con inundar su tenue equilibrio. Todo lo que quería era establecerse con esta mujer que le había robado el corazón. Establecerse cómodamente como un caballero comerciante. Los días de sus sueños de un título y estatus se habían ido. Quince minutos en presencia de Edward se lo habían demostrado.

—¿Disculpa? —Miriam se volvió hacia él con el ceño fruncido.

—Eras exactamente como Lizzie. Solo querías lo que yo podía darte —tendrían su discusión ahora, antes de que pudiera estallar frente a su familia.

—¿Estás delirando, Richard? —Miriam se rio de nuevo, esta vez con asombro. Las manos de Richard se cerraron en puños a sus costados.

—Tú y Lizzie solo querían mi estatus de noble y liberarse de los hombres en sus vidas. Tú, de Livingston; Lizzie, de Arthur.

La boca de Miriam se convirtió en una fina línea.

—Incluso sabiendo esto, pensé que veías algo en mí que valía la pena amar. Me aferré a ese rayo de esperanza tan desesperadamente que hice todo lo que estaba en mi poder para protegerte de los planes de tu amiga. Puse nuestro poder financiero en tus manos. Hice arreglos para llevarte lo más lejos posible de ella. Te di un medio para disolver nuestra unión, si así lo desearas.

—Solicitando una anulación —se ahogó Miriam. ¿Eran esas lágrimas brillando en sus ojos? Richard deseaba una prueba tangible de que ella entendía por qué se había casado con ella.

—No me casé contigo porque Lizzie me obligara, Miriam. Me casé contigo porque quería hacerlo. Dame una oportunidad, y te demostraré que ningún otro hombre podría amarte tanto como yo. —Con ternura, Richard levantó la mano para limpiar una pequeña mancha de humedad de su suave mejilla.

—Ejem. ¿Interrumpo algo? La condesa se unirá a nosotros para un almuerzo tardío y luego se retirará por la tarde.

—Hermano. —Richard se apartó—. La decisión es tuya, Miriam —susurró—. Debes tomarla pronto.

Se unieron en silencio a Harper y Edward en el comedor.

—Debo pedirles que perdonen la falta de sabor en la comida. He tenido náuseas todos los días durante los últimos ocho meses —explicó—. El simple olor de la comida es suficiente para provocarme un ataque de mareo. La partera me asegura que las náuseas matutinas desaparecen después de tres o cuatro meses, pero con gemelos apenas puedo comer algo más que pan y patatas.

—Y helados. A su señoría le encanta el helado de pistacho. —La voz del conde era peculiar, un murmullo bajo. Se había cambiado rápidamente la camisa y se había puesto una chaqueta,

pero no llevaba corbata. Miriam trató de no mirar fijamente la gruesa cicatriz visible en la base de su garganta. Recordó lo que Richard le había contado sobre su hermano siendo arrastrado fuera de la selva por el cuello y se estremeció. Qué lesión tan terrible debió haber sido.

—Solo cuando tiene forma de verduras. Tengo que fingir que estoy comiendo algo nutritivo. —Harper le guiñó un ojo al otro lado de la mesa.

Estaban bromeando, se dio cuenta Richard. Era algo tan fácil de pasar por alto. El conde y su condesa se sentían tan cómodos el uno con el otro, y con su hijo. Una envidia desconsolada lo invadió.

—¿Qué hacéis en Londres en pleno verano? —preguntó Richard—. Normalmente, todo el que puede permitírselo huye al campo.

—Estamos aquí por varias razones, la más importante de las cuales era saludaros a ti y a Miriam. Nos sorprendió y alegró mucho recibir tu carta, Richard. El progreso que has hecho en América es impresionante. Puedo ver los cambios en ti, y son muy positivos. ¿Debo entender que tú y Miriam ya os habéis casado?

—Legalmente, sí —intervino Miriam. Richard levantó la cabeza de golpe mientras miraba fijamente a la mujer que acababa de declararse su esposa. A su lado, la señora Kent picoteaba su almuerzo de huevos cocidos y panecillos como si no hubiera pasado nada sorprendente. Miriam alzó la barbilla desafiante—. Habíamos planeado tener una segunda ceremonia aquí en Inglaterra, cuando llegue el momento adecuado.

Él sonrió levemente. Miriam volvió su atención a la comida. Un rubor rosado coloreó su mejilla.

—Eso puede arreglarse —observó Edward.

—Estamos esperando que llegue nuestro barco. El *Thetis* —informó Miriam al conde—. Entonces, celebraremos nuestra unión.

Le estaba dando una oportunidad. Richard no sabía si besarla o correr a los muelles en busca del barco que, por derecho, debería estar solo a unos días de distancia.

—La segunda razón por la que nos hemos quedado en Londres es que quería estar cerca del médico que Edward ha encontrado. El médico no quería que viajara al campo en primavera, temiendo que pudiera perder a los bebés. Los gemelos son arriesgados, así que estamos tomando todas las precauciones. En el campo, se puede esperar bastante tiempo antes de que llegue una partera o un médico. Tengo una partera, que está aquí en residencia con nosotros, trabajando bajo la supervisión del mejor cirujano de Londres.

—¿Un cirujano? Eso parece una elección inusual —observó Richard. Continuaba lanzando miradas a Miriam, pero ella evitaba su mirada.

—Cuando vivía con la tribu en Brasil, presencié cómo un curandero salvaba la vida de dos mujeres haciendo una incisión en el abdomen para extraer al bebé. Después de la operación, se cerró la herida con una pasta para prevenir infecciones. Tanto las mujeres como sus bebés sobrevivieron a las operaciones —dijo Edward—. Encontramos un cirujano que ha estudiado el procedimiento en gran medida bajo James Miranda Stuart Barry en Sudáfrica. Está dispuesto a realizar el procedimiento si fuera necesario para salvar la vida de Harper.

La mirada embelesada que intercambiaron su hermano y su cuñada volvió a despertar punzadas de celos. ¿Por qué el camino de él y Miriam tenía que ser mucho más difícil?

—También está tu proyecto personal que nos mantiene aquí.

La condesa se sonrojó.

—Sí, mi Hogar para Chicas Problemáticas.

—¿Qué quieres decir con hogar para chicas problemáticas? —preguntó Miriam.

—Antes de casarme, fui aprendiz de un médico psiquiátrico y propietario de un prestigioso asilo. Así fue como conocí a Edward, de hecho. Cuando la instalación cerró, algunas de mis antiguas pacientes fueron enviadas a asilos de calidad inferior. Si alguna vez habéis tenido ocasión de visitar un asilo corriente, sabréis lo terribles que pueden ser esos lugares.

—Miriam y yo tendemos a evitar esos lugares —intervino Richard con una mirada cálida hacia ella. Miriam bajó la mirada. Aún no había logrado la reconciliación.

—Decidí que había necesidad de un asilo adecuado para proteger a las mujeres de los tipos de abusos que pueden ocurrir cuando están confinadas al cuidado —continuó Harper—. Me puse a formar un comité para recaudar fondos. Me sorprendió cuánto estaban dispuestas a contribuir las mujeres, simplemente para estar en buena gracia con la nueva condesa. —Hizo una mueca—. Eso sí, eran muchas de las mismas personas que se negaban a hablarme cuando fui presentada como la nieta de una baronesa.

—No tienes que disfrutar de su compañía para construir algo que valga la pena —observó Edward.

—Lo sé, querido. Te tengo a ti para recordarme mi buena fortuna, y qué alegría es poder compartir algo de ella con los menos afortunados.

Edward le apretó la mano allí mismo en la mesa del comedor. Richard quería sentirse horrorizado, pero todo lo que pudo reunir fue un abatimiento melancólico sabiendo que si intentaba tocar la mano de su esposa, probablemente ella la apartaría de un manotazo. Se lo merecía. Sabía que se lo merecía.

—¿Lograste este proyecto mientras te convertías en condesa y dabas a luz a tu primer hijo? —preguntó la señora Kent.

—No exactamente. Todavía estamos buscando una ubicación adecuada. Habíamos pensado quizás alquilar la casita de campo de Richard como lugar temporal, pero luego surgió la oportunidad de que Richard obtuviera un título nobiliario, y decidimos que tal vez preferiría usarla como su residencia campestre. También fue una manera para mí de establecer contactos dentro de la sociedad, lo cual ha resultado útil por la otra razón por la que nos quedamos en Londres este verano —la condesa sonrió orgullosamente a su esposo.

—He asumido el papel habitual en la Cámara de los Lores —añadió Edward—. Es tremendamente tedioso, negociar con cada miembro interesado. Hay una votación planeada para principios de septiembre.

Otro apretón afectuoso. Richard se arriesgó a mirar de nuevo a Miriam. Esta vez, ella lo observaba con una intensidad de emoción que lo hizo estremecer. Quizás, había esperanza de recibir apretones afectuosos en la mesa sin que le apartaran la mano.

Veintiuno

MIRIAM CASI se desplomó de alivio cuando la condujeron a una habitación separada de la de Richard sin tener que pedirlo. La habitación de la señora Kent estaba justo al lado de la suya, mientras que la de Richard se conectaba a través de una puerta interna contigua. A Miriam le habían asignado una doncella, que había guardado cuidadosamente sus pertenencias en un armario pintado con ornamentos.

Sola. Necesitaba este tiempo para recuperarse de lo que había hecho. Con una sola palabra suya, Richard la habría dejado tranquila. Tonta que era, Miriam no había aprovechado la salida que él le había ofrecido. Miriam revisó una y otra vez la puerta contigua. Intentó abrirla solo para descubrir que estaba cerrada desde el otro lado. Richard debió haberla oído moverse cerca de la puerta porque llamó, recibió el permiso de Miriam y entró vacilante en sus aposentos.

Hace unas semanas, habría dado cualquier cosa por que él viniera a su dormitorio. Ahora, Miriam estaba confundida por seguir deseando al hombre que la había traicionado tan gravemente.

—Cuéntame todo sobre tu plan con Lizzie —exigió Miriam sin preámbulos. Si iba a salvar esta aventura, la señora Kent tenía razón. Tenía que ir tras lo que quería. ¿Cuánto tiempo podrían mantener la ficción de ser recién casados felices si ella y Richard no hablaban?

Al principio, Richard estaba ansioso por explicarse.

—La noche que Lizzie vino a mí con esta idea, la rechacé rotundamente. La escuché mientras describía su plan, lo que aparentemente confundió con consentimiento. Le dije directamente que su plan era una fantasía y que nunca funcionaría. Fue entonces cuando me dijo que estaba embarazada. Sabía que me obligaría a actuar.

Richard se recostó y se pasó la mano por el pelo.

—No sabía si creerle o no. Lizzie dirá cualquier cosa para conseguir lo que quiere, sin importar cuán tenue sea su relación con la verdad. Le dije que si quería que su plan funcionara, tenía que dejar de venir a mis habitaciones en medio de la noche. Fui inequívoco al decirle que tenía que desaparecer completamente de la escena a partir de ese momento. A Lizzie no le gustó el hecho de que estuviera terminando la relación. Insinué que seguiría su plan solo para que saliera de mi camarote. Fue cobarde de mi parte. No tengo excusa más que no podía dejar a la madre de mi hijo sin amigos, por mucho que me desagradara. Para mí, cualquier relación con Lizzie terminó esa noche.

Miriam tragó saliva.

—Lizzie te puso en una posición imposible.

Podía reconocer esa verdad. Un tornillo se apretó alrededor de su pecho. Los ojos oscuros de Richard le suplicaban que le creyera, pero Miriam no sabía si alguna vez podría hacerlo.

—Sí. Sentí que merecía a Lizzie, porque no he llevado una vida virtuosa, Miriam. Me he deleitado en todo tipo de pecado conocido por el hombre, así como en algunos que puede que haya inventado.

Su imaginación evocó furiosamente todo tipo de placeres que nunca había experimentado. Richard le dio una pequeña sonrisa conocedora. Miriam sintió que el calor se extendía por sus mejillas y se ajustó más la bata alrededor del cuello mientras metía los pies descalzos en la silla de su tocador.

—Una vez que Lizzie plantó la semilla de cortejarte, no pude dejar de pensar en ti, Miriam. Parecías una ninfa jugando bajo la luz del sol esa mañana en la playa al día siguiente. Te encontré completamente irresistible —Richard recorrió la corta longitud de su habitación mientras hablaba.

—Desafortunadamente, eso le dio a Lizzie la impresión de que estaba siguiendo su plan. Se juntó con tu primo Spencer en un intento de provocar mis celos. Cuando eso no funcionó, se enojó y comenzó a husmear en mi correo para encontrar información que pudiera usar para coaccionarme. Había esperado que se reconciliara con Arthur y me dejara en paz, pero no. Hasta que apareció en el *New Hope*, no tenía idea de que llegaría a tales extremos. Lizzie está completamente fuera de control.

—Me estás asustando —pero lo que Miriam sentía era más complicado que miedo. Arrepentimiento por haber sido amiga de una mujer que nunca la había valorado más allá de su dinero, aparentemente. Lizzie solo la había incluido en la diversión porque había estado planeando engañarla todo el tiempo. Miriam había jugado un papel involuntario en traer a Lizzie a la vida de Richard. Se sentía avergonzada de su ingenuidad.

—No es mi intención. Aparte de ser molesta y seguirnos los pasos, dudo que Lizzie tenga la intención de hacernos daño real a ninguno de los dos.

—¿Y el carruaje en el que me llevaste a pasear? —exigió Miriam. Le había molestado, una vez que se había tomado el tiempo para pensarlo. Él no tenía uno, pero había conseguido uno muy fino en un momento.

Richard no dijo nada. Miriam sabía que lo tenía incluso antes de que hablara.

—Sí. Se lo pedí prestado a Lizzie. No quería decepcionarte, y no tenía otros medios para obtener uno.

Miriam gimió.

—¿Por qué sacar la verdad de ti es como sacarte una muela? ¿No puedes simplemente hablar honestamente por una vez?

Richard se agarró el pelo con los puños.

—No he tenido mucha práctica con la honestidad. Lo estoy intentando, Miriam. Lo juro.

—Inténtalo más —dijo Miriam, frunciendo el ceño. Los pasos de Richard se acercaron. Su pulso se aceleró ante su aproximación.

—Lo siento. Nunca esperé enamorarme de ti. Traté de advertirte sobre mí. Pero ahora que te tengo, me encuentro desesperado por mantenerte.

Acarició sus rizos, y Miriam apoyó su rostro contra el duro estómago de él. Lágrimas calientes le escocían los párpados.

—No sé cómo perdonarte, Richard. Odio pensar que tenías razón cuando dijiste que te había utilizado por las mismas razones que Lizzie. Sin embargo, no te equivocas.

Exhaló un suspiro tembloroso.

—Miri, te perdono. Tuvimos un comienzo difícil. Deseo empezar de nuevo. Déjame cortejarte, apropiadamente, como te mereces —le acarició el cabello suavemente, de manera reconfortante.

—Por el tiempo que tarde el *Thetis* en llegar y deshacerse de la carga con beneficios —respondió Miriam contra la camisa de Richard. Se apartó—. Y luego, Richard, deseo volver a casa. Mi padre y la señora Kent tenían razón. Me doy cuenta de que no estoy bien preparada para las aventuras después de todo.

Richard la soltó con reluctancia.

—Entonces debemos hacer que esta cuente. ¿Tienes alguna petición?

—La señora Kent y yo quisiéramos visitar un castillo.

Richard se rió. Miriam deseó no disfrutar tanto del sonido.

—Fácilmente hecho —respondió él—. Prácticamente tropezamos con ellos aquí en Inglaterra. He solicitado un baño. ¿Te gustaría uno también?

—Sí, por favor. —Una imagen de Richard desnudo y húmedo en una bañera de cadera cruzó por su mente. Durante las próximas semanas, Miriam tendría que resistirse a usarlo para una de las aventuras que aún deseaba: perder su inocencia. Pasara lo que pasara aquí, estaba decidida a no regresar a América siendo doncella. Sin embargo, pedir la experiencia que quería significaba mantener a Richard en su vida permanentemente. Qué terrible lío.

Richard la besó en la frente y susurró:

—Me encargaré de ello. —Luego tomó su palma y presionó algo frío y duro en el centro—. Esta es la llave de nuestra puerta contigua. La dejo en tu poder. Si deseas usarla, la elección es tuya.

Miriam miró con asombro y horror el trozo de metal. Su tentación hecha realidad.

Con un suave clic, Richard la dejó sola.

Veintidós

RICHARD HABÍA ESTADO DEMASIADO TENSO y cansado para notar mucho sobre su habitación antes de quedarse dormido ayer. Por la mañana, parpadeó ante la vista de los muebles de madera oscura con incrustaciones en una habitación dominada por cortinas rojas, como si los últimos dos años hubieran sido una pesadilla interminable. Estaban recogidas para dejar que la luz se filtrara a través de forros de encaje transparente.

Este era su hogar. Caro. Silencioso. Sirvientes bien educados para atender todas sus necesidades.

—¿La habitación cumple con sus requisitos, señor? —preguntó Gregory, el ayuda de cámara de Edward. Depositó cuidadosamente las maletas de Richard en la esquina.

—Es muy satisfactoria, Gregory —Richard miró con anhelo la cama con sus cortinas carmesí. Había pasado las últimas dos semanas en la miseria, mirando por su ojo de buey a un mar implacable para darle a Miriam todo el espacio posible en el estrecho barco. El sueño había llegado a intervalos. La fatiga mantenía sus párpados a media asta.

—Sus baúles subirán en un momento —dijo Gregory. No había mucho que desempacar para el hombre. Richard había regalado todo excepto los pocos atuendos que consideró adecuados para Londres, y la mayoría de ellos necesitaban desesperadamente un refresco. La nariz de Gregory se arrugó al abrir sus baúles recién llegados. Mientras se ocupaba de eso, Richard investigó el contenido del armario con frente de espejo. Dentro estaba su ropa vieja, de antes de su partida a América. Trazó la fina lana e inhaló un rastro de tabaco y el jabón francés que había favorecido cuando aún podía permitirse tales lujos.

—No hay prisa por limpiar eso —respondió Richard mientras se sumergía en el agua caliente con un suspiro de satisfacción—. Mi hermano ha guardado consideradamente mi ropa vieja para mí —Con algunos ajustes, lo vestirían mejor que los escasos artículos que había traído de casa.

América. No casa. *Este* era su hogar. Richard se afeitó una semana de barba incipiente con movimientos rápidos y precisos. Gregory le ofreció una toalla.

—Usted es muy parecido al conde —observó Gregory mientras Richard se secaba la cara. Richard pensó que este era un comentario impertinente, aunque no esperaba mejores modales de los sirvientes contratados por su notoriamente informal hermano. Edward era muy parecido a su padre. Nadie lo había llamado nunca similar a su padre o hermano de ninguna manera. Tenía suficiente curiosidad para preguntar—: ¿En qué sentido?

—Independiente. Afeitándose usted mismo, cuando estoy aquí para asistirlo.

Ni siquiera lo había pensado. —He seleccionado ropa para su revisión.

Richard arqueó una ceja y se secó el cabello con la toalla. —Supongo que me he vuelto más así.

—En mi último puesto, me vi obligado a frotar vigorosamente las nalgas de mi amo. Era muy incómodo. Agradezco no tener que hacerlo con usted.

—Hablas con franqueza, Gregory.

—Supongo que estoy acostumbrado a ello. El conde y su condesa son muy tolerantes, incluso alentadores.

Me lo imagino, pensó Richard sombríamente. Pero todo lo que dijo fue—: El chaleco de brocado verde combina mejor con la chaqueta.

Gregory hizo una mueca. —Ese tono en particular está pasado de moda desde hace varias temporadas. Recomiendo el gris.

—Quiero el verde —Richard tenía una prometida que reconquistar. Miriam merecía al aristocrático deslumbrante que una vez había sido. Necesitaba mostrarle quién y qué era. Que la amaba lo suficiente como para ser su mejor versión.

—Como desee —Gregory se inclinó para ayudarlo con sus pantalones, pero Richard lo apartó con un gesto.

—Estoy acostumbrado a hacer esto por mí mismo. Puede que necesite su ayuda para anudar mi corbata. Ha pasado algún tiempo desde que necesité una. El estilo americano es menos formal —Particularmente cuando uno trabajaba en los muelles de manera casual. Gregory había echado un vistazo rápido a las manos callosas de Richard, pero no dijo nada. Con las caídas de sus pantalones abrochadas, Richard alcanzó la camisa que Gregory había dispuesto para él y se vio en el espejo. El hombre reflejado sombríamente allí se parecía más que nunca al Viejo Richard. Libertino. Arrogante.

Él *odiaba* al Viejo Richard. Había sido un hijo terrible. Había matado a su padre.

Ninguna cantidad de perdón de Edward podía cambiar esos simples hechos. Su padre y su madre, estando muertos, no estaban en posición de perdonarle las muchas y excesivas transgresiones de su juventud. Peor aún, habían muerto conociéndolo como un imbécil egoísta, codicioso e irresponsable. No había nada que pudiera hacer para reparar el daño.

Todo lo que sabía era que su egoísmo lo había llevado a Lizzie y luego a Miriam. Había seguido el plan de Lizzie con las mejores intenciones, pero no se podía negar los sórdidos fundamentos de su comienzo.

Una vez que había besado a Miriam bajo las estrellas en una isla iluminada por la luna, Richard la había deseado de cualquier manera que pudiera tenerla. Todavía lo hacía. Pero nunca ganaría su confianza si se quedaba en su habitación contemplando su guardarropa todo el día, así que Richard metió los brazos en las mangas de su camisa. La tela se tensó sobre sus bíceps. Richard miró la tela con frustración. Seguramente, no estaba tan musculoso como hace apenas dos años. Pero Gregory se esforzó por cerrar los botones de la camisa sobre su pecho.

Gregory había tenido razón. El chaleco había sido un error. El color contrastaba sutilmente con los tonos de su chaqueta. Peor aún, le quedaba holgado alrededor de la cintura. Richard se miró en el espejo con horrorizada resignación. Nunca había sido gordo, pero había sido blando de esa manera de los aristócratas ingleses que despreciaban el trabajo físico. Su cuerpo tenía una forma diferente ahora.

Richard descartó la prenda ofensiva y eligió en su lugar una versión neutra color ante. Se mezclaba con sus pantalones de manera que se asemejaba a un arbolito con un abrigo colgando de sus ramas. Probó otro, azul profundo con hilos plateados, que añadía dos stone a su físico.

—Nada me queda bien —refunfuñó Richard a nadie en particular—. Soy la misma persona

que era cuando dejé Inglaterra, maldita sea. ¿Por qué todo es tan diferente?

En un ataque de mal humor, arrojó los chalecos en un montón desordenado. Se apartó para mirar ceñudo su obra.

No era cierto. Su tiempo fuera *lo había* cambiado. Un escalofrío de miedo le tocó el cuello como hielo. Richard era diferente en formas que apenas había comenzado a sospechar.

Nadie le había dicho que dejar su patria significaba que nunca podría volver a ser lo que había sido.



—¿Os gustaría a ti y a la señora Kent visitar museos hoy? —invitó Harper durante el desayuno a la mañana siguiente. Miriam observó a su posible cuñada picotear su comida. Hasta ahora, el estómago de Lady Briarcliff había rechazado los arenques ahumados —una postura perfectamente razonable con la que Miriam estaba de acuerdo—, los huevos pasados por agua y el chocolate caliente. Los panecillos con mermelada parecían ser el único alimento que podía tolerar, acompañados de un té suave entibiado con un chorrito de leche. A pesar de su malestar, la dama hacía todo lo posible por ser una anfitriona amable y servicial.

—Sería encantador. Gracias —Miriam miró a su acompañante y recibió un rápido gesto de aprobación.

Ayer, Miriam había llegado aquí esperando despreciar a todos en esta casa como una extensión de Richard. Sin embargo, Harper, como la condesa insistía en que usaran su nombre de pila, había demostrado ser amable y cortés. El personal había sido solícito con la señora Kent, e incluso el imponente conde había sido generoso y amable. Un baño caliente, una buena noche de sueño en una cama cómoda y un abundante desayuno —menos el arenque en escabeche desollado— habían hecho maravillas para mejorar la perspectiva de Miriam. Aun así, nada había cambiado fundamentalmente. Seguía casada con un hombre cuyo único objetivo había sido estafarla para quitarle su fortuna. Richard había sido lo suficientemente malo como para ser desterrado de su país por estas encantadoras personas.

Su padre había tenido razón. Ingenua tonta que era, Harper había elegido exactamente a la amiga equivocada y al peor lord inglés para enamorarse. Ahora estaba desengañada de esa idea, sin embargo. ¿Qué debía pensar Harper? No requería mucha imaginación discernir que ella y Richard no actuaban como la feliz pareja a punto de casarse que se suponía que eran.

—¿No nos acompañarás? —preguntó Miriam, y luego jadeó por su propia falta de consideración—. Oh, por supuesto que no lo harías. A menos que quieras. Me imagino que el aire fresco es bueno para el niño.

—O niños —se rio Harper, acariciando el bulto de su vientre—. He estado en los museos en innumerables ocasiones últimamente. Gracias por preguntar. Me siento inquieta. Si no fuera por el hecho de que las damas en mi condición no son bienvenidas en público, estaría encantada de unirme a la diversión. Sin embargo, tal como están las cosas, debo ponerme al día con la correspondencia. No sé si tendrías interés en asistir a un baile. La temporada no estará en pleno apogeo durante varias semanas, pero puedo aceptar invitaciones en tu nombre. Viola te acompañará.

Miriam miró a la señora Kent.

—Es tu decisión, querida.

—Entonces, sí. Me encantaría.

—Mejor tú que yo —se rio Harper—. Si fuera por mí, habría regresado al campo hace

semanas. La sociedad londinense tiene poco atractivo para mí. Una vez que esta camada de cachorros haya salido, tengo la intención de regresar a Briarcliff tan pronto como sea posible — Nuevamente, acarició su vientre con afecto. El gesto provocó un retorcijón de celos en Miriam. Era una gran injusticia que Lizzie fuera a tener un bebé cuando Miriam nunca tendría la oportunidad. A menos que pudiera perdonar a Richard. Pero ¿cómo podría hacerlo, cuando aún tenía que arrancarle la verdad?

Veintitrés

—Ahora que tú y tu esposa están instalados, me gustaría hablar sobre tu futuro. ¿Es un buen momento? —preguntó Edward dos días después de su llegada. Había regresado de una mañana en el Parlamento y estaba completamente vestido con una chaqueta simple y severamente cortada. Las tornas se habían invertido en cuanto a la vestimenta. Antes era Edward quien se presentaba ante él con ropa mal ajustada. Ahora le tocaba a Richard sentirse fuera de lugar por su atuendo inferior.

—Por supuesto —accedió Richard, pero se le erizó el vello de los brazos y la nuca. Se estaba volviendo loco encerrado en la casa, pero apenas se atrevía a salir. La tentación de su antigua vida yacía justo más allá de los muros de piedra caliza de la recién renovada casa de la ciudad. Había viejos amigos con los que reencontrarse. Richard estaba dividido entre la esperanza de que se dignaran a hablarle y el deseo de que lo despreciaran cuando inevitablemente se encontraran. Un solo viaje por el camino de los recuerdos podría socavar su determinación de no beber.

Aunque, por otro lado, también podría hacerlo su aburrimiento. Hoy, Miriam y la señora Kent habían salido a visitar un museo con la hermana de Harper, Viola, y su amante, Lord Dalton.

Enclaustrado en el silencio del estudio de Edward, Richard se vio invadido por la necesidad de saborear el dulce ardor del licor. Su pie se agitaba involuntariamente. La mirada de su hermano se fijó en la extremidad inquieta, y Richard reprimió el movimiento.

—He solicitado al Rey que cree un vizcondado para ti en reconocimiento a los servicios de nuestro padre y tío en las Guerras —comenzó Edward.

Richard esperó. Su hermano lo miró expectante. Supuso que esta era la idea de Edward de una explicación. —¿Por qué yo? No hice nada para facilitar nuestra victoria. Era solo un niño.

—Siento que te lo debo —Edward se aclaró la garganta—. Me disculpo por la dureza con la que te prohibí la entrada a Inglaterra.

—La verdad es que me lo merecía —respondió Richard con suavidad—. El incendio fue un accidente, lo juro. Quiero que sepas que he dejado de beber.

—¿Por completo? —preguntó su hermano. Sus cejas se arquearon sobre esos penetrantes ojos azules.

—Sí. Aunque hay poco que pueda hacer sobre mi torpeza, ahora tengo mejor control de mis hábitos —confesó Richard.

—Harper comentó lo bien que te ves.

—¿Ah, sí? —preguntó Richard.

—Lo creas o no, mi esposa fue quien me convenció de buscar tu nombramiento. Parece que el Rey me encuentra un espécimen interesante. Hemos visitado la corte en algunas ocasiones. Afirmó querer un informe sobre mi tiempo en el Amazonas, aunque creo que el Rey Jorge estaba más interesado en los detalles escabrosos de mi secuestro.

—¿Complaciste al hombre?

—En efecto, lo hice —a juzgar por la expresión dolorida de Edward, no había disfrutado desnudando su alma ante su soberano—. La aprobación real ha contribuido sustancialmente a restaurar el brillo y la aprobación del título de Briarcliff. Valió la pena el esfuerzo.

A Richard se le ocurrió que nunca le había preguntado a su hermano qué había sucedido durante el tiempo que estuvo perdido en la selva amazónica. Cuando Edward desapareció, Richard tenía solo trece años. Su padre había asumido una misión diplomática acompañando a Dom João, entonces Rey de Portugal, mientras huía de los ejércitos de Napoleón hacia Brasil bajo la protección de los barcos de guerra británicos. Richard se había sentido eclipsado por su hermano, pero una vez allí, se había sentido positivamente abandonado en un lugar donde apenas hablaba el idioma, dejado al cuidado de un tutor indiferente y un hermano con mucho más talento lingüístico y curiosidad. Después de la desaparición de Edward, se había quedado completamente solo y abrumado por una mezcla de sentimientos que era demasiado joven para procesar. Al principio, había estado triste y asustado por su hermano. Por mucho que hubieran peleado, Richard había idolatrado a Edward.

Sin embargo, incluso en su ausencia, Edward había ocupado aún más la atención de todos que cuando estaba presente. En la búsqueda frenética del joven heredero, nadie había dedicado ni un ápice de pensamiento a los sentimientos de Richard. Había permitido que la amargura se filtrara hasta la médula de sus huesos. Como el segundo hijo, Richard siempre había sido el segundo, pero a medida que el tiempo pasaba sin noticias de Edward, Richard había llegado a disfrutar ser el heredero presunto. Pero su familia nunca había pensado que Richard fuera más que el segundo mejor. Nada de lo que hacía podía estar a la altura de su santificado hermano. Edward siempre había sido una figura imponente en la vida de Richard, pero en su ausencia, se había convertido en leyenda.

Richard se había alegrado cuando Edward regresó con comportamientos poco mejores que los de un animal. *¿Ves, padre?* Richard había intentado decir a través de su rabia y dolor. *Soy el único capaz de manejar el condado.*

Richard había deseado toda su vida que alguien lo mirara con el suave cariño que una vez había encontrado en los ojos de Miriam cuando lo miraba. Como si fuera el único hombre en el mundo. —Nunca te pregunté cómo fue —dijo Richard lentamente, tanteando el terreno como un hombre en un largo pasillo oscuro.

—¿Mi ausencia? —preguntó Edward con suavidad. Una vez más, la sorpresa arqueó sus cejas en un ángulo escéptico. Richard sabía que no merecía la confianza de su hermano. Sin embargo, la deseaba incluso más que el áspero beso del brandy—. Esa es una historia que se cuenta mejor a lo largo de semanas, no en una tarde.

Richard había llegado a un callejón sin salida. —No tengo planes de irme. Quizás puedas compartir la historia conmigo cuando lo consideres apropiado. Mientras tanto, cuéntame más sobre la división del vizcondado. Apenas puedo creer que mi hermano se haya esforzado tanto por mí.

Edward le lanzó una mirada significativa. —Debes saber que todo comenzó con nuestro padre. Iba a decírtelo antes de que salieras furioso de sus habitaciones. Después de que te fuiste, dejé que el asunto languideciera hasta la invitación del Rey.

Richard parpadeó. Se movió en su asiento. Los hombres no derramaban lágrimas. ¿Por qué, entonces, le ardían los ojos con sal como cuando el sudor le corría por la frente al descargar barcos bajo el sol ardiente?

—Me gustaría llevarte al campo para mostrarte la propiedad propuesta —continuó Edward, ahorrándole una respuesta a Richard—. Sin embargo, con Harper tan cerca de dar a luz, eso tendrá que esperar. Me gustaría saber si tú y Miriam tienen planes de abandonar Inglaterra. Al Rey no le agradará mucho que el receptor de su generosidad regrese al país que nos derrotó tan contundentemente en 1776 —Edward le dedicó una leve sonrisa. Una extraña calidez se extendió por el pecho de Richard. Se removió en su asiento, buscando palabras para describir la sensación.

Aceptación.

Pertenencia.

Perdón.

Ninguna parecía del todo correcta. Richard atesoró el lento desvanecimiento de esa fugaz chispa.

—Sí, estoy en casa para quedarme —confirmó Richard.

—¿Tu esposa lo sabe? —preguntó Edward.

No. Miriam quería explícitamente volver a casa, cuanto antes mejor. *Maldición.* Le había prometido llevarla. Sin embargo, seguramente Miriam entendería la importancia de recibir un vizcondado.

Richard abrió la boca como si fuera a confiar en su hermano, pero las palabras que pronunció no fueron las de su corazón.

—Necesitaré algo de indulgencia para viajar por negocios. El padre de Miriam es mi socio en una empresa naviera.

—¿Ah, sí? Has cambiado —respondió Edward lentamente mientras lo examinaba.

—¿En qué sentido? —preguntó Richard. La tensión hizo que se le erizaran los vellos de la nuca.

—¿Tú? ¿Ensuciándote las manos con negocios? —se burló Edward.

Richard se frotó las palmas callosas y pensó en las horas que había trabajado en el almacén de Howard.

—No te imaginas ni la mitad. ¿Puedes creer que he trabajado en los muelles?

—¿Tú? ¿En serio? —Edward rió con su gruesa y extraña risa proveniente de sus cuerdas vocales dañadas.

—Me temo que sí. Tenemos un tercer socio en este negocio. Se llama Howard. Tiene una empresa que opera barcos a lo largo de la costa atlántica. Howard quiere expandirse al transporte marítimo internacional. A pesar de los riesgos de los cruces regulares, creemos que hay dinero por ganar en el comercio.

Edward lo miró en silencio. Richard no se derritió bajo la intensidad de su escrutinio. La confianza lo mantuvo firme. Richard no tenía idea de que se pudieran sentir tantas emociones desconocidas en una sola visita al despacho de su hermano.

—Interesante. Me atrevo a decir que tu tiempo en el extranjero te ha sentado bien.

—Tus instintos eran correctos. Y Edward, si me permites decirlo... —Richard tragó saliva—. Eres un conde mucho mejor de lo que yo hubiera sido jamás.

Edward hizo un gesto con la mano.

—Tonterías. Los condes nacen, no se hacen. Si hubieras nacido primero, habrías sido un excelente conde. No tengo duda.

Richard se rió.

—Quizás tú habrías sido un explorador o un capitán.

—O un médico —se rió Edward—. Como mi esposa.

Richard se mantuvo callado. A pesar de todos los milagros que Harper había obrado en Edward, las mujeres no tenían por qué ejercer la medicina. Pero no necesitaba expresar su opinión al hombre que la adoraba.

—Echa un vistazo a estos planos que mandé hacer después de inspeccionar tu casa en ruinas —durante el siguiente cuarto de hora, Richard y Edward se inclinaron sobre su escritorio examinando los planos de una renovación modesta pero elegantemente proporcionada de la propiedad que Richard había comprado una vez para su amante. Inicialmente ella la había conservado, pero después de su partida, Edward había revisado sus asuntos y logrado recuperar la propiedad. Las cortesanas no tenían mucha influencia contra los condes en los tribunales. Una simple demanda por incumplimiento de contrato había sido suficiente para convencerla de entregar el título.

Las dos cosas que más deseaba en su vida eran tener a Miriam a su lado y a Lizzie fuera de ella. Para siempre. Ambos objetivos parecían muy lejanos.

Veinticuatro

MIRIAM LUCHABA por cerrar la puerta de su habitación con llave. La pesada llave se atascaba en el hierro forjado. Cuando finalmente hizo clic, la comprobó y descubrió que el pestillo de su habitación se abría con facilidad. Con un suspiro, lo intentó de nuevo. El golpe de una puerta al final del pasillo la sobresaltó.

—Buenas tardes, Miri —habló Richard con rigidez, pero ella leyó en su mirada un hambre que la hizo sentir como un ratón frente a un gato—. ¿Disfrutaste tu visita al Museo Británico?

—Sí —respondió mientras lo observaba. Este hombre le resultaba extraño. Se había cambiado a una vestimenta que denotaba una inmensa riqueza, mayor que cualquier cosa que su padre hubiera ganado. Llevaba escasos días en este país y ya se sentía avergonzada de sus orígenes. Su ropa, confeccionada nueva para el viaje, ahora la abochornaba por su falta de sofisticación. Richard había sido la única persona además de la señora Kent que vestía como ella. Pero ahora lucía tan elegante como el conde. Atractivo de una manera nueva e imponente. Se había esfumado el señor de alma atormentada desterrado de su patria. En su lugar había un hombre con una presencia discretamente dominante.

Un aleteo de su corazón traicionero hizo que Miriam diera un paso atrás. ¿Cómo podía seguir deseándolo?

Los dientes de la llave de su habitación se clavaron en su palma.

—Deberíamos empezar a hacer los preparativos para la llegada del *Thetis*. Podría entrar a puerto cualquier día —Richard se acercó. Miriam no podía decidir si estaba plantando cara o paralizada por el miedo. Su corazón martilleaba. Un sudor frío le erizó los pelos de la nuca. Un anhelo dolido le revolvía el estómago como una tormenta en el mar.

—¿Cuándo pensabas contarme lo de Lizzie, Richard? —exigió mientras él se cernía sobre ella. Miriam tragó saliva para deshacer el nudo en su garganta. *Querías la libertad de tomar tus propias decisiones. Ahora las has tomado y debes vivir con las consecuencias*—. ¿Antes de que nos casáramos? ¿Después? ¿Nunca?

Su silencio hablaba por sí solo.

—Nunca. Me habrías dejado seguir amándote sabiendo que no podías corresponderme. Me habrías dejado morir la lenta muerte de descubrir poco a poco que había sido una tonta todo el tiempo —el mentón de Miriam tembló.

Él levantó la mano hacia su mejilla. Miriam se estremeció cuando las yemas de sus dedos le rozaron la piel.

Richard bajó la mano al instante.

—Una palabra tuya a mi hermano me impedirá volver a tocarte jamás. Si eso es lo que realmente deseas.

—Necesito ayuda para cerrar mi puerta —susurró ella.

Richard la miró de soslayo. Le tomó la mano y le quitó la llave de la puerta de su dormitorio de la palma. Atrapada en una tormenta de emociones contradictorias, Miriam la cedió sin discutir.

—Te hago este juramento —murmuró él—. Haré lo que sea necesario para borrar el recelo que veo en tus ojos cuando me miras. Moveré montañas para recuperar tu confianza. Prometo conquistarte de nuevo, sin importar cuánto tiempo me lleve. Te he herido de la manera más profunda posible. He terminado de causarte dolor, Miriam. Prometo pasar el resto de mi vida dándote nada más que placer. Si me lo permites.

La voz de Richard se había reducido a un susurro. El pulso de Miriam se aceleró cuando él le rozó el dorso de la mano con los labios. Se inclinó sobre ella para hacer clic en la cerradura. Sostuvo el metal en alto. Miriam lo tomó de su mano con dedos temblorosos.

—¿Interrumpo algo? —preguntó la señora Kent con una ceja arqueada. Miriam se apartó bruscamente de su marido y encontró decepción en los ojos de la dama. La vergüenza barrió sus sentimientos de atracción y dejó telarañas de confusión en su estela.

—En absoluto —dijo Miriam con toda la calma que pudo reunir. Enterró los puños en su falda y le lanzó a Richard una mirada de reproche—. Me estaba ayudando con mi cerradura. Se atasca.

—Si has terminado de angustiar... quiero decir, de ayudar a Miriam —la señora Kent levantó la barbilla y tomó a su protegida del brazo.

—Estábamos discutiendo nuestros planes para ir a los muelles mañana y ver si hay noticias del *Thetis* —mintió Richard con suavidad—. A pesar de nuestras dificultades personales, Miriam y yo tenemos la obligación de ver prosperar el negocio.

—¿Lo estábamos? —preguntó Miriam a su mentiroso esposo. Hace un momento, había estado anhelando el toque de su marido. Pero luego lo había arruinado con una mentira descarada. Había pedido una aventura, no un hombre mendaz para hacerla realidad.

—Empezamos a hacerlo —respondió Richard—. Antes de que te ayudara con tu cerradura.

Para sorpresa de Miriam, tenía razón. Había quedado tan descolocada por su aparición que casi había olvidado su propósito original al detenerla.

—Me temo que eso es imposible —la señora Kent instó a Miriam hacia las escaleras como si fuera una niña traviesa a punto de ser castigada—. Hemos planeado un viaje al Castillo de Windsor.

La señora Kent aceleró el paso. Miriam esperaba no tropezar y caer por las escaleras desconocidas. ¿Acaso pensaba que podía escapar de Richard en la casa de su propio hermano? Entonces recordó que esta casa era tan desconocida para Richard como para ella. La original se había quemado.

—Windsor tendrá que esperar —dijo Richard. La señora Kent se detuvo en seco, claramente molesta por verse obligada a cambiar sus planes.

—¿No puedes ir solo? —Miriam se giró para enfrentarlo. Una parte creciente de ella quería explorar este mundo nuevo y estruendoso, pero necesitaba a la señora Kent con ella para mantenerla a salvo de un ataque de asma.

—Te necesito —dijo Richard simplemente, sin apartar la mirada de su rostro. Las mejillas de Miriam se encendieron.

—Bonitas palabras —espetó ella.

—Necesito tu experiencia, Miri. Nadie va a comprar mercancías a un aristócrata mimado sin experiencia en el comercio.

Miriam guardó silencio. Él *sí* la necesitaba. Había sido su promesa a su padre que ella supervisaría las operaciones en el lado inglés. Qué molesto que esta fuera la única promesa que Richard aparentemente tenía intención de cumplir.

—Es cierto, señora Kent. No podemos abandonar a Richard para que se las arregle solo con los pormenores del negocio —Miriam tragó saliva. Sin embargo, le habían dado esta oportunidad a Howard y Livingston para ver hasta dónde podía extender sus alas. No era correcto rendirse ahora. Además, volver a casa ahora significaba decirle a su padre que había tenido razón sobre Richard todo el tiempo. No era más que un aristócrata egoísta y mimado que le rompería el corazón sin un momento de arrepentimiento.

Sin embargo, cuando miró a Richard, todo lo que encontró en sus ojos fue arrepentimiento. Se notaba en la postura resignada de sus hombros. Lo escuchó en la forma rígida en que le había hablado, como si temiera decir algo indebido y herirla de nuevo.

—¿Cuánto tiempo propone quedarse aquí? —preguntó la señora Kent, evaluando el nuevo paisaje con desagrado.

—El tiempo que sea necesario. Al menos hasta que llegue el primer cargamento y podamos vender las mercancías con beneficio.

—¿Y entonces volveremos a casa? —preguntó su acompañante con los labios fruncidos.

—Sí. Por supuesto. —Miriam se arriesgó a mirar a Richard. Estaba muy quieto, como una sombra. No podía permitirse que su corazón se ablandara hacia él, por mucho que lo deseara. Este hombre había tomado su confianza y la había hecho añicos como un plato de porcelana en un suelo de piedra. La punzada de dolor que experimentó al revivir el asunto devolvió a Miriam a sus cabales.

La señora Kent suspiró.

—Nos quedaremos el tiempo suficiente para establecer el negocio. Eso es todo —prometió Miriam para tranquilizarla. ¿Y si hubiera una forma de conservar su libertad duramente ganada sin perder su dignidad?

—Gracias. —Las simples palabras de Richard transmitían un océano de alivio.

—No intentes ganarte de nuevo el favor de Miriam con tus encantos —ordenó la señora Kent —. Escuché ese ridículo juramento que le hiciste a Miriam. Ahora sabemos lo que buscas. El dinero es lo único que te importa. Te ayudaremos a obtenerlo honestamente y luego zarparemos hacia casa.

—Si eso es lo que desean, no las detendré. —Richard hizo una reverencia, una cortés inclinación de cintura. Aquí, no resultaba ni ridícula ni excesiva. Le hizo sentir como si el peso y la importancia de la familia y la historia del país de Richard la observaran con miradas críticas. ¿Cómo habría sido crecer bajo la aplastante severidad de toda esta ascendencia?

Miriam se puso en movimiento. La palma de Richard se posó en la parte baja de su espalda, sobresaltándola con una oleada de calor ante su contacto.

—Lo digo en serio, Miriam. Si quieres irte, no te detendré. Pero piensa en cómo te gustaría ser vizcondesa. Si mi hermano puede convencer al Rey, me ofrecerán un título. —Sonrió a medias, un poco tímidamente.

—Felicidades. No sé qué es una vizcondesa —respondió Miriam secamente. Su rostro decayó. Un segundo después se endureció en una máscara de decepción.

Deseó poder retractarse.

—Aquí están. —El conde entró en el vestíbulo al pie de la escalera con un andar desenvuelto.

Su extraña voz, como un gruñido ronco, erizó los pelos de los brazos de Miriam—. Estábamos a punto de solicitar su presencia para la cena. Dado su interés en el turismo, señora Kent, la perspectiva de que se reanude el calendario social y los nuevos intereses comerciales de mi hermano, deberíamos pasar la velada planeando las próximas semanas. Supongo que les ha dado la buena noticia.

—Sí, justo ahora —respondió Miriam. Las palabras le supieron a ceniza.

—Gracias, mi lord. ¿Es seguro que Richard reciba un vizcondado? —Miriam se humedeció los labios. Detrás de ella, la señora Kent tosió.

—No lo es. Los reyes son notablemente volubles, y el rey Jorge IV más que la mayoría. Tengo la sensación de que disfrutará de la compañía de Richard, sin embargo, si tienen la oportunidad de conocerse. —Edward juntó sus grandes manos—. ¿Entramos?

Miriam permitió que su marido la tomara por el codo y la guiara hacia el comedor. Su contacto irradiaba calor. Miriam era muy consciente de su cuerpo a escasos centímetros del suyo. Si tan solo hubiera una manera de conservar su libertad duramente ganada sin entregarse completamente a Richard.

Veinticinco

La señora Kent perdió su oportunidad de visitar el Castillo de Windsor. A la mañana siguiente, el trío se acomodó en el carruaje demasiado cálido y se dirigió de vuelta a los muelles en busca de noticias sobre su barco. Habían pasado cinco semanas desde que el *Thetis* había zarpado de Nueva York. Habían planeado un viaje de cinco a seis semanas. Considerando su propio viaje rápido, Richard esperaba encontrarlo meciéndose junto al muelle.

La señora Kent no fue la única en sufrir una decepción esa mañana.

Richard intercambió una mirada con Miriam mientras preguntaban por los barcos recién llegados. Aunque intentó mantener a las mujeres seguras, el lugar no era más adecuado para damas de buena crianza que los muelles de Londres. Soportaron tantas burlas y silbidos como pudieron antes de retirarse a la seguridad del carruaje. Miriam se desplomó contra los cojines. Un débil y familiar jadeo acechaba los bordes de su voz cuando habló. —Mientras estamos aquí, ¿no deberíamos investigar los almacenes?

—¿Puedes manejarlo? —preguntó él, mirándola con preocupación.

Ella asintió. La señora Kent se ocupó con el botiquín, mientras Richard abría las ventanas para dejar entrar aire más fresco. Le dio una lista de direcciones al cochero.

—Llévenos al más cercano. —Era tan buen lugar como cualquier otro para empezar. Cuando llegaron unos minutos después, la respiración de Miriam había vuelto casi a la normalidad. Estaba aprendiendo a reconocer cuándo un ataque se estaba saliendo de control y cómo manejar los episodios más comunes de jadeos y tos que ella sufría.

Encontraron el primer almacén lleno hasta el techo.

—¿Estás seguro de que este es el lugar correcto? —preguntó Miriam con duda. Él quería tranquilizarla pero no podía. Su propia sospecha se había despertado al unísono.

—No.

Este almacén era un polvorín esperando estallar en llamas. —¿Buenas tardes? —llamó ella en la oscuridad sofocante. No hubo respuesta.

—Vaya almacén seguro. Parece que estamos solos.

—Quizás deberíamos probar otra táctica —sugirió Miriam—. Podemos seguir buscando espacio en almacenes. Pero ¿no sería mejor si nunca tuviéramos que almacenarlos?

—¿A qué te refieres? —preguntó Richard. La tensión en su pecho se alivió. Se suponía que él era el experto local, pero nunca había alquilado espacio en un almacén antes. Cualquier cosa que lo librara de tener que dar este paso era bienvenida. Especialmente si significaba mantener a Miriam a su lado un poco más.

—¿Y si pudiéramos vender la mercancía incluso antes de que llegue? —Sus ojos brillaron—. Descargar el barco, poner las cajas en un carro y llevarlas directamente a los compradores. Podría funcionar.

Richard se encontró asintiendo en acuerdo. —Sensato. Muy sensato. —Estaba tan aliviado de escapar del almacén que se inclinó para darle un beso en la mejilla. Sobresaltada, Miriam le apretó la mano. El pequeño gesto hizo que su corazón se hinchara de esperanza.



—Representamos a una compañía naviera de Nueva York —dijo Richard por lo que parecía la millonésima vez. Para consternación de la señora Kent, la visita a Windsor se había retrasado una vez más—. Importamos tabaco, algodón y finos productos importados de América. Mientras establecemos nuestra presencia aquí, estamos ofreciendo excelentes precios.

La advertencia de Howard resonó en la mente de Richard. *No demasiado excelentes*.

—Eres inglés —replicó el posible comprador con confusión.

—Sí, eso es un hecho. —Richard exhaló un suspiro interior. Él y Miriam habían recorrido el lugar buscando un distribuidor de mercancías. Podrían haber tenido más éxito si el *Thetis* hubiera llegado al puerto, pero sin mercancías reales o despacho de aduanas, bien podrían estar vendiendo nubes en lugar de algodón.

—Si eres inglés —preguntó el comerciante con más perplejidad que insulto—, ¿por qué trabajas para un americano?

Miró de reojo y se encontró con el breve destello de atención de Miriam. Fue suficiente para que Richard viera la preocupación en ella. —Él es el socio en este negocio —intervino Miriam —. Yo soy la... —Miriam se interrumpió—. Esposa del señor Northcote.

Escuchar a Miriam llamarse a sí misma su esposa le provocó un escalofrío por la espalda.

—Oh —respondió el tendero—. Ya veo.

Claramente, el hombre no lo veía. No todo el mundo nace con los mismos dones intelectuales, por supuesto, pero Richard se preguntó brevemente cómo se mantenía el negocio con un hombre tan obtuso al frente. La respuesta apareció antes de que el pensamiento terminara de cruzar por su mente.

—¿Qué están...? —Una mujer de caderas anchas y pecho generoso entró apresuradamente en la sala delantera.

—Mi esposa —dijo el hombre—. Ella suele hacer los pedidos.

—Buenas tardes, señora... —Miriam se interrumpió.

—Smith.

—Señora Smith —comenzó Miriam—, representamos a una nueva empresa exportadora que opera desde Nueva York. Tenemos un cargamento de tabaco, algodón y otros productos finos que llegará cualquier día. Como estamos trabajando para establecernos en Londres, estamos preparados para ofrecer descuentos sustanciales en nuestros productos si los compra antes de su inminente llegada.

La señora Smith ladeó la cabeza. Cabello castaño claro veteado de gris recogido en un moño alto. —Pero no tienen ninguna mercancía para vendernos ahora.

—Están en camino —dijo Richard tranquilizadoramente.

—Sin embargo, por ahora, no tienen nada —resopló la señora. Se dio la vuelta y comenzó a reorganizar los frascos en los estantes detrás del mostrador—. Suponiendo que su cargamento llegue y pase por la aduana, apuesto a que el descuento será menos atractivo. ¿Cómo puedo saber

que no lo venderán al mejor postor?

La señora Smith lanzó una mirada dura al hombre que había escuchado su propuesta durante un cuarto de hora, sin éxito. Miriam asintió hacia la puerta y articuló sin hablar: *Vámonos*.

Afuera, Richard exhaló su frustración. —Entre el almacén demasiado caro y la falta de interés de los compradores, empieza a parecer que este negocio está condenado.

No era de extrañar. Si él estaba involucrado, la situación estaba destinada a ir mal. Richard mantuvo una distancia dolorosamente pequeña entre él y Miriam. O, quizás, ella mantenía su distancia de él.

—Si ganar dinero fuera fácil, todo el mundo lo intentaría —respondió Miriam con brusquedad. Sin embargo, sus hombros se hundieron mientras el cálido sol golpeaba desde arriba. De repente, se detuvo y lo agarró del brazo—. ¿Ves eso?

—¿Qué pasa con eso? —repitió Richard, irritado, mirando fijamente un cartel que decía *¿Qué hay de Gliddon's*? No podía fallar en esto. Howard dependía de él. Livingston, su casi suegro, dependía de él. Richard necesitaba que este negocio de envíos funcionara si quería evitar odiar al hombre que veía en el espejo cada mañana. Si fallaba, bien podría volver a beber y fornicar por la vida. Richard apartó mentalmente la desesperación. No esperaba que vender productos de calidad fuera tan difícil, pero perseveraría.

—Este volante dice que el café abrió en febrero. ¿Son populares? —preguntó Miriam.

—No lo sé. No estaba aquí en febrero —le recordó Richard a su esposa solo de nombre. Miriam le lanzó una mirada exasperada de reojo. Richard reprimió su frustración y examinó el viejo cartel pegado en el frente de la tienda de los Smith. Decía: *Visite el Diván de Cigarros de Gliddon. Ofreciendo Tabaco Fino en 42 King Street a partir del 8 de febrero de 1825*. —Ah. Ya veo a lo que te refieres, Miri. Después de las Guerras Peninsulares, los cigarros se han convertido en un vicio popular.

—¿Los has probado alguna vez? —preguntó Miriam suavemente, mirando fijamente el cartel.

—Por supuesto. Sin embargo, cuando mis ingresos disminuyeron abruptamente, decidí que no me importaba lo suficiente el tabaco como para priorizar gastar dinero en ello.

—Muy sabio —observó Miriam con cautelosa aprobación. Un remolino de calidez que nada tenía que ver con la tarde de principios de septiembre lo envolvió. Sin embargo, la espalda rígida de Miriam le indicaba que no la tocara. Ella seguía manteniendo una distancia física entre ellos que no invitaba a caricias familiares. El breve apretón de su mano no se había repetido. Richard echaba de menos las invitaciones juguetonas de Miriam para besarla. Anhelaba los ligeros roces de su mano contra la suya, pequeñas tentaciones que se había negado a satisfacer cuando tuvo la oportunidad.

Era siempre y para siempre el más grande de los tontos.

—¿Deberíamos probarlos? —preguntó con la garganta ahogada de arrepentimiento. Levantó la mano hacia su codo. Miriam se apartó sobre sus talones.

—Debemos descargar nuestro cargamento de tabaco de una manera u otra —respondió enérgicamente, haciendo señas a una exasperada Sra. Kent para que la siguiera de vuelta al carruaje.

—Podríamos prenderle fuego —observó Richard con acidez para ocultar su decepción.

—¿Cómo ayudaría eso? —lanzó Miriam por encima del hombro—. Habremos tenido que pagar salarios al capitán y a la tripulación. Howard habrá perdido el uso de su mejor barco durante meses. No, Richard, debemos llevar esto a cabo. Mi idea de evitar los almacenes no ha funcionado. Sin embargo, la ciudad está prácticamente en llamas con el humo del tabaco. He

visto *niños* fumando en estas pequeñas pipas. —Marchó por la concurrida calle.

Richard no tenía el corazón para contarle sobre la fuente del algodón que aún tenían que intentar vender. El algodón podía almacenarse durante largos períodos sin estropearse. Vender su tabaco les daría un beneficio rápido para despegar, si pudieran encontrar un comprador.

—Hay cierta ironía en que una joven con pulmones débiles ande por la ciudad buscando vender tabaco —observó la Sra. Kent con mal humor—. Cuando debería estar visitando elegantes castillos. O bailando.

—¿Ha estado usted en un baile de Londres, Sra. Kent? —preguntó Richard.

—Sabe perfectamente que no, Sr. Northcote. —Desde la aparición de Lizzie en el *New Hope*, había vuelto a omitir su título—. Nuestra primera excursión no es hasta la semana que viene.

—Prepárese para sorprenderse por la proporción entre baile y chismes —ofreció Richard—. Estoy medio tentado de enviarla a Windsor mañana y dejar que Miriam y yo nos ocupemos de este asunto de encontrar compradores por nuestra cuenta.

—Estoy medio tentada de permitirlo —respondió la Sra. Kent bruscamente.

—Hágalo —insistió Miriam—. Sra. Kent. Se merece unas vacaciones. Le prometí castillos, y castillos tendrá.

La mujer dudó. —Dejarla acercarse a cafeterías y divanes de cigarros es posiblemente lo más estúpido que podría hacer. ¿Y si tiene un ataque?

—Sé cómo tratarla —dijo Richard—. Miriam estará a salvo conmigo.

—¿Cómo sé que esto no es parte de su plan para conseguir su dinero para Lizzie? —exigió la Sra. Kent.

La culpa golpeó a Richard en el estómago. —Tendrá que confiar en mí —dijo suavemente—. Técnicamente, podría tomar el dinero de Miriam en cualquier momento. No lo he hecho. Me he esforzado mucho por proteger sus intereses.

—Tiene razón, Sra. Kent —dijo Miriam con dulzura—. Confío lo suficiente en Richard como para pasar un día persiguiendo ventas en estancos y divanes de cigarros. Vaya y vea su castillo.

La Sra. Kent los miró con los ojos entrecerrados. —Si algo le pasa...

—No pasará nada —respondió Miriam. Metió su mano en el codo de él—. Richard me mantendrá a salvo.

Él esperaba que tuviera razón.

~

Media hora después llegaron a Covent Garden.

—Ahí está. —Miriam golpeó el cristal. A su lado estaba sentada la Sra. Kent, que había inclinado la cabeza hacia atrás en los cojines para cerrar los ojos. Era lo más cerca que Miriam había estado de estar a solas con Richard desde su visita a su habitación el día de su llegada.

—El Café Gliddon. Número 42. —El lacayo los liberó del sofocante carruaje. Los caballos comenzaban a cansarse. Si esto no funcionaba, sería otro día de esfuerzo desperdiciado. Miriam no sabía cuánta más decepción podría soportar. Las aventuras estaban resultando ser un gran trabajo.

Aun así, tratar de hacer realidad este negocio había resultado ser una experiencia estimulante. Miriam solo lamentaba la parte en la que se había casado con Richard sin saber qué sinvergüenza era realmente. Sin embargo, cada día que pasaba trabajando a su lado, los sentimientos de Miriam se volvían un poco más complejos. Todavía estaba herida y enojada. Sin embargo, había

momentos en los que entendía por qué lo había hecho.

Cuando la mano de Richard presionó suavemente contra su espalda baja, Miriam no apartó su toque. No era perdón. Todavía no. Su traición aún dolía profundamente en su alma. Entraron juntos al establecimiento. El penetrante aroma del café golpeó sus fosas nasales en una ráfaga, seguido por el aire denso del humo. Su garganta se cerró.

Ahora no.

La Sra. Kent había esperado en el carruaje. Estaba cansada. Miriam lo había visto en las sombras bajo sus ojos.

—Me gustaría hablar con Anne Gliddon, la propietaria —dijo Richard. Miriam sintió que el mundo se cerraba sobre ella. No podía permitirse interrumpir esta reunión.

Presa del pánico, Miriam tropezó de vuelta a la puerta y entró precipitadamente en el carruaje. Un tornillo se apretó alrededor de sus pulmones. La Sra. Kent se incorporó de golpe de su siesta.

—Dios mío. Miriam. Pensé que Richard iba a protegerte —la señora Kent se movía torpemente preparando las mezclas que tantas veces habían salvado la vida de Miriam.

Lo habría hecho, pensó mientras su suministro de aire disminuía. *Pero no se lo permití.*

Había creído que podía confiar en él. Pero resultó que no podía. Ahora todos dirían: «¿En qué estaba pensando al traer a esa pobre y frágil chica hasta aquí?». Cuando en realidad, todo había sido obra suya desde el principio. Miriam se atragantó con el amargo extracto de café. Su mundo se tambaleó y se oscureció.

Veintiséis

MIRIAM DESCANSÓ en cama al día siguiente mientras Richard volvía a Gliddon's para finalizar su venta. La señora Kent se fue a Windsor con Viola, dejando a Miriam a solas con su igualmente confinada cuñada.

—¿Te duelen los ataques de asma? —preguntó la condesa. Este había sido un ataque muy grave. Se había decidido que ella y la señora Kent debían trasladarse al campo para evitar una mayor exposición al aire contaminado de Londres. El conde las escoltaría y volvería al lado de Harper después de una breve excursión con Richard para visitar la cabaña. Después de eso, Edward era necesario en el Parlamento. Aunque prefería quedarse en la ciudad, Miriam se encontró sin energía para luchar contra el plan.

—Mucho —respondió Miriam débilmente—. Es como ser asfixiada. Aunque imagino que no duele tanto como dar a luz.

Harper se rio entre dientes. —Es cierto.

—¿Estás preocupada por el parto? —preguntó Miriam.

—Por supuesto. Siempre hay un riesgo, y con dos bebés ese riesgo es mayor. —Una fugaz tristeza cruzó las hermosas facciones de la condesa—. Está fuera de mi control. Rezo para que no llegue al punto de que me tengan que abrir. A pesar de la confianza de Edward, no me interesa ser un caso de prueba para la cesárea.

—Te dejaré descansar. Estoy celosa de que puedas escapar de esta ciudad.

—Qué curioso —dijo Miriam con tristeza—. Yo estoy celosa de tu capacidad de quedarte aquí.

Richard y su hermano Edward no habían pasado tanto tiempo juntos desde el viaje que habían hecho con su padre a Brasil en 1808. Había pocas oportunidades para hablar en privado, pero una vez que Miriam y la señora Kent estuvieron instaladas, montaron a caballo para dejar a las mujeres con todo el espacio que necesitaban en el carruaje para estar cómodas.

—Hay algo que quiero ver cuando lleguemos a Briarcliff —dijo Edward mientras se acercaban a la finca que Richard había amado tanto antes de perderla.

—¿Ah, sí?

—Padre te dejó una carta. No la he leído, por supuesto.

—Yo lo habría hecho, en tu posición —Richard se rio.

—No, Richard, creo que tienes más honor que eso —dijo Edward en voz baja.

—Eres el único —murmuró Richard. Su humor se agrió en un instante.

Edward se movió en su asiento para examinarlo. Richard se retorció y miró por la ventana, fingiendo que no le afectaba el escrutinio de su hermano.

—Miriam no diría eso. Ni su acompañante, la señora Kent —observó Edward—. Sé que no te agrada, pero debes saber que Harper fue quien me convenció de pedirte que volvieras a Inglaterra. Y desde que has regresado, has demostrado ser un hombre de honor, una y otra vez.

Richard tragó saliva. Sus ojos se sentían calientes y picaban, y un tornillo se apretaba alrededor de sus sienes. —Tonterías —se burló—. Era un idiota egoísta y borracho.

—Quemaste la casa de la familia en la ciudad en un ataque de ira al descubrir que Padre no iba a internarme en un manicomio, despejando el camino para que yo heredara el condado —respondió Edward.

—Estaba borracho y enfadado. Como dije, un idiota —dijo Richard.

—Borracho, enfadado y con derecho describe toda tu personalidad antes de dejar Inglaterra. Cuéntame sobre tu tiempo en América. Claramente ha tenido un efecto saludable en ti —observó Edward—. Eres diferente ahora.

—Tú también lo eres —contraatacó Richard—. Te ves feliz. Próspero.

—Estoy contento con mi vida. En su mayoría.

Un pensamiento momentáneo se alojó en la mente de Richard. *Debería haber sido mi vida.* Richard lo desechó. Edward no estaba viviendo la vida de Richard. Era el conde, sí. Y sin embargo, era un conde muy diferente del que Richard habría sido. —¿En su mayoría? ¿Qué falta?

—Podría prescindir de los asuntos de la Cámara de los Lores —Edward hizo una mueca.

Richard se rio entre dientes. —Dudo que alguien los disfrute.

—He notado cierta distancia entre tú y tu esposa. ¿Está todo bien entre ustedes?

—No exactamente. ¿Sabes cómo llegué a casarme con Miriam? —preguntó Richard, incapaz de encontrarse con la mirada curiosa y compasiva de Edward.

—No toda la historia.

—Su amiga intentó usarme en un plan para asegurar la fortuna de Miriam —Richard dijo esto a la ligera, como si no tuviera importancia—. Y yo seguí el juego porque... porque había dejado embarazada a su amiga.

Un pesado silencio cayó entre ellos.

—Verás, Edward, no era más que un plan, pero entonces fui y me enamoré. No quería hacerlo, pero no podía abandonar al niño.

—¿Hay un niño? —preguntó Edward. Se alejó un poco, como si estuviera procesando lo que Richard le había contado.

—No lo sé —admitió Richard. La vergüenza bombeaba a través de él y enfriaba su sangre. Estaba harto de sentirse así.

—¿Cuánto sabe Miriam?

—Todo. Así que, ya ves, hermano, no soy un hombre de honor. No merezco tu lealtad. En el fondo, sigo siendo el mismo Richard que te dejó solo para llorar a nuestro padre.

El carruaje se detuvo de repente. Richard no esperó al lacayo. En su lugar, se lanzó por la puerta y hacia el pavimento, entrando a zancadas en la casa que una vez esperó que fuera suya.

En la cena, Edward intentó entablar conversación con él, pero el mal humor de Richard no se había disipado.

—Pensé que podríamos cabalgar hasta tu cabaña mañana. No está lejos de Briarcliff.

—Ciertamente, si lo deseas. Si voy a recibir un vizcondado, debería ver mi futura residencia campestre —respondió Richard con toda la neutralidad que pudo reunir.

—¿Qué te pasa, hermano? —preguntó Edward. Richard picoteó su carne durante un largo momento antes de responder.

—Me arrepiento de todo lo que te hice cuando volviste a casa. Todo. He sido la imagen del remordimiento desde que me di cuenta de qué idiota fui.

—¿Y cuándo te golpeó esa revelación? —preguntó Edward mientras sus caballos subían trabajosamente otra colina.

—Sobre cuando Lizzie me empujó al plan de seducir a Miriam —respondió Richard. Abandonó su comida y se reclinó en la silla—. Ya había reconocido el error de mis actos hacía tiempo, pero no hice nada al respecto. Nunca te escribí para decirte que lo sentía. Seguí siendo arrogante y autocompasivo. Posiblemente, aún lo soy.

Edward lo dejó lamentarse durante varios minutos. —No lo veo así.

—¿No? Dime, hermano mayor, ¿cómo ves mi situación?

—Veo a un hombre muy cambiado desde que lo envié lejos. Veo a un hermano lleno de remordimiento que intenta encontrar su camino con una mujer a quien ha herido profundamente, pero por quien se preocupa mucho —respondió Edward en voz baja.

La opresiva banda de dolor alrededor de su pecho se apretó hasta que Richard no pudo respirar. —Todo lo que hago está mal —susurró.

—¿A qué te refieres? —preguntó Edward.

—Miriam merecía ser cortejada por un hombre que la amara por quien es, no por lo que tiene. Lo supe desde el principio, pero no pude evitar desearla.

—¿Le has dicho eso?

Richard se encogió de hombros.

Edward guardó silencio por un momento. —Te sugiero que empieces por ser honesto sobre tus sentimientos.

—Si es que me escucha —replicó Richard.

—Mm —respondió Edward sin comprometerse—. Te escuchará. No puedo hablar por Miriam, por supuesto, pero desde mi perspectiva, considérate perdonado. Decir que mi reingreso a la sociedad inglesa fue difícil es quedarse corto. Nadie sabía cómo tratarme, excepto Harper. —Edward señaló a la distancia—. Briarcliff está justo detrás de esa colina. Después de que lleguemos, ven a buscarme al estudio. Tengo algo que mostrarte.

Richard se aseguró de que Miriam y la señora Kent estuvieran cómodamente instaladas, luego fue al estudio donde, hace dos años, Edward le había dado a Richard la opción de permanecer en Inglaterra en la pobreza o ir a América y recibir una asignación. Si lo hubiera manejado mejor, el ingreso trimestral habría pagado un nivel de vida más decente. A Richard le había tomado un año completo descubrir cómo administrar sus fondos de manera efectiva, cómo decir que no cuando corría el riesgo de quedarse sin dinero. Y luego, había conocido a Lizzie. El estudio conservaba sus muebles de cuero y sus pulcras pilas de cuentas. Había algunas más de las que había en la época de su padre.

—Padre y yo tuvimos una larga conversación justo antes de que muriera. Estaba tan preocupado por ti, Richard. —Edward rebuscó en los cajones del pesado escritorio de roble tallado que su padre y su abuelo habían usado para llevar los asuntos del condado. Había historia en el chirrido de la madera vieja. Richard recordó haber dejado varias de las abolladuras y rasguños en la superficie pulida.

—¿Qué es esto? —preguntó Richard cuando su hermano le entregó un sobre de color crema pálido.

—Ábrelo —fue todo lo que dijo Edward.

Richard se acomodó en un sillón de orejas cerca de la chimenea vacía. La misiva estaba inscrita con las palabras *Para ser leído por Richard tras mi muerte*. Richard le dio la vuelta y, con un profundo sentimiento de temor, rompió el sello de cera. La inconfundible letra inclinada de su padre le hizo contener la respiración.

Querido Richard, comenzaba, como la mayoría de las cartas. Al menos, las dirigidas a él.

Sé que el regreso de Edward a casa ha sido un golpe para ti. Nunca has vivido fácilmente a la sombra de tu hermano. Desde que eras un bebé, has admirado y emulado a Edward con la esperanza de ganar su aprobación. Creo que te ha dolido que el aprecio de tu hermano no se ganara tan fácilmente. Temo que vuestra rivalidad termine en desolación.

Por eso he solicitado al Rey Jorge III que te nombre vizconde. Has estudiado y te has formado para ser un aristócrata; aunque tu propensión a la disolución me preocupa enormemente, creo que eres capaz de superarla con el tiempo y la influencia adecuada. Has sido un repuesto diligente a tu manera. Creo que a menudo te has sentido ignorado. Espero que esto sirva para demostrarte lo mucho que me alegro de tenerte como hijo.

Tu padre que te quiere,

Charles.

Cuando Richard levantó la vista, la habitación se difuminó hasta que parpadeó. Edward estaba de pie junto a la ventana con las manos entrelazadas detrás de la espalda.

—Padre nunca se rindió, pero también decidió no contarte sobre esta posibilidad para no ilusionarte solo para que luego se desvanecieran tus esperanzas. Me tomó algún tiempo aceptar la idea, pero cuando escribiste diciendo que estabas a punto de casarte, decidí que era el momento. He presionado al rey sobre este asunto, y ha accedido a escucharnos. Se nos ha solicitado en sus cámaras dentro de un mes. Como sabes, estas cosas están sujetas al capricho real, y no puedo garantizar ningún resultado en particular.

—Por supuesto —respondió Richard. Era todo lo que se atrevía a decir. Su mundo se había inclinado sobre su eje al saber que su padre se preocupaba lo suficiente como para intentar darle el estatus que anhelaba. Debería sentirse agradecido. Sin embargo, todo lo que sentía era... vacío.

—Mañana por la mañana, cabalgaremos hasta tu cabaña y la examinaremos para su restauración. Con el tiempo, creo que podríamos comprar las parcelas adyacentes para ampliar tu propiedad —ofreció Edward.

—Suena muy razonable —respondió Richard, como si estuviera muy lejos. Este debería ser el momento culminante de su vida. Estaba a punto de tener un hogar adecuado para su novia. Y, sin embargo, Richard no podía escapar de la sensación de que no se lo había ganado. Como si uno pudiera ganarse un *título*. La nobleza se otorgaba, no se ganaba.

—Razonable. Supongo que es una forma de describirlo. —Edward le dio una palmada en el hombro—. Cabalgaremos mañana para verlo.

Sin embargo, ¿qué clase de hombre compraba una casa para su amante y luego la convertía en una residencia de campo para su esposa? Uno infiel, eso es quién. El tipo de hombre que seducía a jóvenes por sus fortunas. Richard no quería ser ese hombre.

—Miriam estará muy complacida —dijo Richard con voz inexpresiva. Era una mentira. A ella nunca le habían importado los títulos como a Lizzie.

Fue un gesto inesperado de amor desde más allá de la tumba, uno que su hermano podría haber dejado caducar fácilmente como castigo por la forma en que Richard lo había tratado. En

cambio, Edward lo había perseguido sabiendo lo profundamente que Richard se preocupaba por los títulos... y ahora Richard se sentía ingrato al decir que tal vez ya no quería uno después de todo.

No lo merecía. No se había ganado el amor de su hermano, ni el perdón de Miriam, mucho menos los esfuerzos de su padre por verlo situado en la posición que Richard siempre había anhelado. Sin embargo, Richard se sentía vacío y hueco ante la perspectiva de un matrimonio sin amor y un título solitario. Qué victoria tan vacía. Qué desastre había hecho de su vida.

Veintisiete

—Al menos has conseguido tu castillo —observó Miriam con ironía la mañana en que Richard y el conde salieron a caballo para ver la cabaña. Si se hubiera sentido con más fuerzas para el viaje, podría haber ido con ellos. En cambio, se propuso recuperar sus fuerzas y regresar a Londres.

—Briarcliff difícilmente es un castillo —resopló la señora Kent—. No como Windsor.

—Dudo que algún castillo sea como Windsor. Te prometo que tendrás tu excursión antes de que nos vayamos.

—Ya no la tendré —observó la señora Kent con pesimismo—. No con usted quedándose en el campo hasta que reservemos el pasaje de vuelta a casa.

Miriam cerró su libro y lo arrojó a un lado.

—No voy a quedarme aquí en el campo. Voy a volver a Londres.

—No, Miriam. No puedes. Te matarás —se lamentó su enfermera.

—Prefiero morir viviendo mi vida en la ciudad que morir de aburrimiento aquí en el campo. Además, está el negocio de envío que hay que asegurar —Miriam se abrió paso por un enorme salón de baile—. Me quedaría si pudiera asistir a una fiesta aquí, pero parece que no ha habido un baile en Briarcliff en años —No había polvo, pero la habitación olía ligeramente a desuso.

—Richard encontró un comprador para tu tabaco —le recordó la señora Kent—. Tu plan de acercarte directamente a los Gliddon fue inspirador.

—Gracias. A pesar de todo, Richard y yo hacemos buenos socios comerciales —Dio una vuelta por la habitación—. ¿Qué hay por aquí?

—No es asunto nuestro —le recordó la señora Kent, pero no detuvo a Miriam cuando esta empujó una gran puerta doble. La mansión, ya que Briarcliff aparentemente no calificaba como castillo, tenía múltiples alas. Solo la principal se usaba regularmente. La luz brillaba hacia el final del pasillo.

—¿Qué demonios? —se preguntó Miriam. Curiosa, su guardiana la siguió de cerca. Su respiración se detuvo en sus pulmones. No por miedo, sino por emoción. Una gruesa puerta de cristal se abrió fácilmente bajo su toque. Dentro de la habitación había... plantas. El aire era exuberante, cálido y relajante para respirar—. Un invernadero. He oído hablar de ellos.

—¿Qué es un invernadero? —preguntó su compañera. Acarició la ancha fronda de un helecho.

—Una casa de cristal en la que se pueden cultivar plantas durante todo el año. El vidrio deja entrar el sol mientras protege a las plantas del frío —Miriam miró a su alrededor maravillada—.

Esto es lo que quiero crear con mi dinero de la Bolsa —Inhaló profundamente.

—No puedes estar pensando en gastar tu fortuna en una casa de cristal para plantas —replicó la señora Kent razonablemente, aunque Miriam podía ver que estaba encantada.

—De hecho, sí. Mi salud mejora cuando estoy rodeada de vegetación y plantas. ¿No lo ves? Esta podría ser una forma de tener un jardín durante todo el año que me permitiría permanecer en la ciudad —Miriam aplaudió. Esto era lo que necesitaba. Lo sabía en sus huesos—. Sabes que no soporto que me envíen al campo.

—No puedes soportar el aire de la ciudad. Ni en Londres, ni en Nueva York —le recordó la señora Kent.

—Sí, pero ¿y si tuviera este refugio al que volver cada día? Podría escapar del mal aire que agota mis pulmones —Miriam ardía de emoción—. No puedo esperar para contárselo a Richard.

—¿No ibas a dejarlo y volver a casa conmigo una vez que el negocio estuviera establecido?

—Sí. Sí, por supuesto —respondió Miriam. Pero ya no se sentía tan ansiosa por escapar de su presencia. De hecho, había disfrutado bastante trabajando con él para encontrar compradores. Todavía quedaba el asunto del almacén, pero se había sentido como si estuviera aprovechando su momento para recorrer Londres con él. Tal vez era hora de que reconsiderara si usar la llave de la puerta que conectaba sus habitaciones. Noche tras noche, Miriam soñaba con su toque. A la luz del día, saboreaba cada contacto fugaz. Incluso ahora, lo echaba de menos, a pesar de todo lo que había hecho.

Cerró las puertas del invernadero. De ninguna manera permitiría que la encerrara en el campo como lo había hecho su padre. Miriam había tomado su decisión. Se aventuraría en el mundo con todos sus desafíos y ambigüedades. Porque Richard había tenido razón sobre ella todo el tiempo. Era lo suficientemente fuerte para enfrentarse al mundo en sus propios términos.

—Señora Kent. Tan pronto como lleguen los hombres, deseo regresar a Londres —dijo Miriam con decisión.

—No, Miriam, no puedo permitir eso.

—No encontrarás el Castillo de Windsor por aquí —replicó Miriam. Abrió de par en par la puerta del salón de baile y marchó con determinación por el suelo taraceado.

—Prefiero tenerte viva que llegar a ver mi castillo —le aseguró la señora Kent.

—Tendrás ambas cosas —declaró Miriam. Y tendría a Richard como su verdadero esposo, a pesar de sus defectos. Después de todo, ella tenía sus propias imperfecciones. Una tendencia a creer demasiado fácilmente en las palabras de la gente, por ejemplo. Habían formado una buena pareja contra todo pronóstico. Ahora todo lo que necesitaban era que llegara el *Thetis*, y no estaban en posición de actuar cuando lo hiciera si permanecían aquí en el campo. Para gran disgusto de la señora Kent, cuando Richard y Edward regresaron al día siguiente, sus maletas y las de su enfermera estaban empacadas y esperando para regresar a Londres.



—¿Estás segura de que puedes manejar una salida? —preguntó la señora Kent, afligida ante la perspectiva de tener que cuidar a dos damas. Richard había ido al muelle para obtener noticias de su barco e investigar almacenes adicionales. Edward estaba en sesión en el Parlamento.

—Es solo una fiesta de jardín por la tarde. No es lo apropiado, por supuesto. Sin embargo, dado que es verano y toda persona sensata aún está en el campo, tengo la intención de correr el riesgo —Se rio—. Todo el mundo sabe que soy terrible en este papel de condesa de todos modos. Nadie se sorprenderá de verme por ahí estando embarazada de toda una camada de bebés

—Harper se envolvió con su chal de encaje alrededor del enorme bulto de su estómago. Un tono rosado teñía sus mejillas y frente.

—Si usted es un mal ejemplo de condesa, mi señora, tiemblo al imaginar encontrarme con una excelente —dijo Miriam con modestia.

Harper desestimó su débil objeción con un gesto de la mano.

—Todo lo que necesitas es aprender los rangos, y eso lleva tiempo. Además, no es justo mantenerlas a ti y a la señora Kent encerradas aquí conmigo. Si estoy atrapada dentro de esta hermosa jaula un minuto más, me volveré loca.

Lady Briarcliff había corregido indulgentemente sus muchos errores durante la semana pasada. No era de extrañar que Richard se hubiera sentido dolido por el mal uso de su título de cortesía en América. No era de extrañar que sus compatriotas hubieran estado tan ansiosos por escapar de la nobleza. Los rangos añadían una capa de dificultad extra a la hora de navegar por este nuevo y poderoso paisaje social. Después de todo, esta era la primera vez desde que asistió al internado que se esperaba que socializara fuera de su pequeño círculo de amigos y familiares en Nueva York. Era demasiado complicado.

Al igual que sus sentimientos hacia Richard. Miriam lo echaba de menos. Su escapada de tres días al campo había ofrecido pocas oportunidades para interactuar con él. Anoche, no había tenido el valor de ir a verlo. Esta noche, se prometió a sí misma que lo haría.

Lejos de la elegante casa de ciudad, el aire pegajoso apestaba a animales muertos y orina rancia. El viaje no fue largo. En media hora, el cochero las había dejado en la puerta de una casa aún más grandiosa que la de los Northcote. Dos lacayos la ayudaron a bajar del carruaje, uno a cada lado mientras la dama se apoyaba pesadamente en ellos. Una vez en el suelo, la condesa reajustó su chal de encaje para ocultar su vientre en la medida de lo posible. La forma en que se bamboleaba al subir los escalones hizo que Miriam reprimiera una sonrisa.

—No debería estar por ahí —siseó la señora Kent a su lado.

—No es decisión tuya.

—¡Harper! —chilló una voz femenina con un marcado acento americano. Delante, la condesa había desaparecido en las profundidades del gran vestíbulo. Una estatua desnuda y taciturna con una hoja de higuera estratégicamente colocada dominaba un nicho. Miriam dejó que su mirada recorriera los músculos tensos de la estatua mientras Harper abrazaba torpemente a una mujer pelirroja.

El corazón de Miriam se detuvo. Lizzie.

Pero no lo era. La condesa se volvió hacia ella, radiante.

—Adeline, te traigo a una compatriota. Mi futura cuñada, Miriam Walsh.

—No. ¿Cómo diablos consiguió Richard Northcote una esposa tan encantadora? —preguntó Adeline mientras examinaba a Miriam de pies a cabeza. Miriam enderezó su columna una fracción más. Durante el trayecto en carruaje, Harper le había dicho que iban a la casa de Lady Fairmont. ¿Por qué Harper no la había presentado por su título?

Miriam hizo una reverencia.

—No hay necesidad de eso —rio Adeline suavemente. La vergüenza encendió el rostro de Miriam, y tropezó al intentar enderezarse.

—Ciertamente no la merece —murmuró la señora Kent, sujetando a Miriam por el codo. Miriam juntó sus manos enguantadas detrás de la espalda. Aunque sus sentimientos hacia Richard habían cambiado, los de la señora Kent seguían siendo los mismos. Era una muestra de cuánto había cambiado su perspectiva que ahora fuera la señora Kent quien se opusiera más a Richard. No podían continuar en este peculiar medio matrimonio. La elección era suya, y a pesar

de sus dudas, Miriam eligió estar con Richard. Si tan solo pudiera encontrar el valor para decírselo.

Adeline rebotaba ligeramente sobre las puntas de sus pies como si no pudiera contener su emoción por su llegada.

—Vengan por aquí, he situado a las otras damas en el jardín.

—Me encanta la jardinería —ofreció Miriam tímidamente—. Tengo uno en casa.

—¿Dónde está tu hogar? —preguntó Adeline. A juzgar por su fino vestido de lino y el suave encaje que decoraba el corpiño, debía ser muy rica.

—Nueva York. O Londres, ahora. Aún no está decidido.

—He oído que Richard está siendo considerado para recibir un título —respondió Adeline.

—Es cierto. No sé mucho sobre estas cosas.

—Lo hacen todo innecesariamente complicado, señora Northcote —observó Adeline mientras atravesaban un salón y salían a la parte trasera de la casa, donde unas puertas francesas se abrían a un patio de losas. Otro destello de cabello rojo hizo que el pulso de Miriam se acelerara por un momento, pero fue otra falsa alarma. Esta dama era casi la imagen especular de Adeline.

—Esta es mi hermana, Beatrice —Adeline les ofreció vino. Harper arrugó la nariz en señal de rechazo—. Hoy nos encontrarán invadidas por americanas, Harper. Tú y tu hermana son de las pocas inglesas auténticas aquí hoy.

—¿Alguien dijo mi nombre? —preguntó una voz sensual detrás de ellas. Miriam se giró para encontrarse con Viola, con su cabello oscuro cayendo sobre su hombro. Harper se inclinó hacia ella afectuosamente.

A su lado, la señora Kent jadeó.

—Estoy bien —dijo Miriam apresuradamente—. Honestamente, Harper, si hubiera sabido que las damas podían ser tan acogedoras y directas, yo...

Miriam se interrumpió al encontrar su equilibrio y divisar a una tercera mujer de cabello rojizo al otro lado del patio, de espaldas mientras contemplaba la exuberante extensión verde. No podía ser. Estaba imaginando a Lizzie detrás de cada árbol y arbusto. Dos veces se había equivocado. Miriam se obligó a concentrarse en

—Tenemos toda una colección de americanas para ayudarte a sentirte como en casa —sonrió Adeline—. Bea y yo somos de Carolina del Norte. Y Lizzie, como tú, es de Nueva York.

No.

Miriam se quedó helada cuando la menuda figura vestida de muselina verde pálido se giró.

—Hola, Miri.

—Lizzie —jadeó. El shock nubló su visión hasta que todo lo que Miriam podía ver era el rostro de la mujer que había intentado robarle la vida.

Veintiocho

—¿Se conocen? —preguntó Harper, sus ojos color avellana con tonos verdosos escrutando el rostro de Miriam con preocupación.

—Fuimos amigas una vez —respondió Lizzie. Una pequeña sonrisa, como la de un gato satisfecho, se dibujó en sus labios. Su fría mirada azul se clavó en la de Miriam y no la soltó.

—Antes de que le clavara un puñal en la espalda y lo retorciera —siseó la señora Kent. Su cuerpo delgado irradiaba tensión.

—Basta —Miriam hizo un gesto a su acompañante para que guardara silencio. Tragó saliva. Las damas asombradas las observaban enfrentarse como dos libertinos en un duelo al amanecer. Si no ponía fin a esto ahora, Lizzie la perseguiría el resto de su vida, y probablemente intentaría acortarla.

¿Pero cómo?

Miriam examinó a su antigua amiga de arriba abajo, pensando. Una copa de vino vacía colgaba de sus dedos hasta que un sirviente se la quitó de las manos. La mirada de Lizzie nunca abandonó la suya.

No dejes que las damas piensen que estás loca. Apenas las acabas de conocer. Miriam no estaba en posición de tener una confrontación, lo que significaba que Lizzie también había planeado esta interacción. Se movía entre la gente como la reina en un tablero de ajedrez, superando a todos hasta derribarlos y sacarlos del juego.

Porque para ella *todo* era un juego. Lizzie nunca había sido su amiga. Solo había fingido serlo. Miriam había estado tan desesperada por tener una amistad, por afecto, por su maldita aventura que tontamente había caído en las manos de Lizzie.

Al igual que Richard.

El glaciar helado que había envuelto su corazón desde que se enteró de la profundidad de su traición se resquebrajó.

—¿Cómo está el bebé? —preguntó con ligereza.

Los labios de Lizzie se curvaron en una extraña sonrisa.

—No hay ningún niño, ¿verdad? —preguntó Miriam.

—Esta no es una conversación que deba llevarse a cabo frente a nuestras nuevas conocidas —comentó Lizzie. Levantó la copa en un brindis burlón. A su lado, los ojos de Harper se agrandaron.

—A mí no me importa —intervino la condesa. Su chal de encaje se había arrugado en un montón sobre su falda.

—No planeaba anunciarlo de esta manera, pero yo también estoy esperando —dijo Adeline con ojos brillantes y mejillas sonrojadas. Su mirada saltaba entre Miriam y Lizzie como un volante de bádminton. Beatrice chilló y abrazó a su hermana—. Normalmente no se habla de estos temas, pero todas somos mujeres casadas. —Adeline guiñó un ojo en complicidad—. Cuéntenme cómo se conocen.

—De Nueva York —respondió Miriam con toda la neutralidad que pudo reunir.

—Vine aquí buscando un nuevo comienzo —dijo Lizzie en un tono cortante.

—Finalmente, Arthur ve la verdad —siseó Miriam. El dolor que esta mujer había causado. A ella. A Arthur. A Richard. ¿Para qué?

Lizzie examinó su vino. Ladeó una cadera. —¿Qué se supone que significa eso? —preguntó lentamente. Sus fosas nasales se dilataron.

Las otras mujeres esperaban conteniendo la respiración.

—Te casaste para escapar del control de tu familia sin tener nunca la intención de ser fiel. —Una de las mujeres jadeó. Miriam nunca apartó los ojos de su némesis, pero sabía que no había sido la señora Kent—. Te aprovechaste de él, de la misma manera que te aprovechaste de Richard, e intentaste hacer conmigo. ¿No hay nadie a quien no traiciones por tus propios fines?

La sonrisa burlona de Lizzie se transformó en una mueca de desprecio. —Qué acusaciones tan duras, Miri. Me duele el corazón escuchar a una amiga decir esto. Supongo que no eras una verdadera amiga después de todo. Siempre aferrada a mis faldas, esperando que algo sucediera en tu patética y cerrada vida. Siempre reacia a arriesgarte.

Miriam inhaló bruscamente. Su ira aumentó. —Lizzie, creí que eras mi amiga. Te habría dado lo que necesitabas. No tenías por qué urdir un plan para matarme.

—Nunca forcé tu mano, Miriam. No es mi culpa si tu vida está destinada a ser más corta que la mayoría.

—La única persona que existe en tu mente codiciosa y egoísta es Elizabeth Van Buren. —Miriam le dio la espalda a su enemiga y se enfrentó al resto de las mujeres. Desconocidas. Potenciales amigas. Verdaderas amigas, si tenía el valor de alcanzar lo que deseaba. Miriam podría haber llorado de anhelo por el tipo de amistad que una vez creyó que Lizzie le ofrecía.

La miraban con cautela, intrigadas pero inseguras de qué lado tomar.

—Lo hiciste voluntariamente. Nunca debías enterarte —dijo Lizzie con desdén.

—¿Qué estás pensando, Lizzie? ¿Que Arthur te divorciará y te casarás con Richard? Él te odia por lo que nos has hecho. A mí. Porque a pesar de sus muchos defectos, Richard... me ama. —Miriam se atragantó con las palabras al darse cuenta de su verdad.

Miriam observó las expresiones que pasaban por los rostros de las damas. No conocía a estas mujeres, pero las necesitaba desesperadamente. La incredulidad floreció en los rostros de las otras mujeres. Las cejas de Adeline se fruncieron sobre el puente de la nariz en una similitud asombrosa con las de Beatrice. La boca de Viola se torció como si hubiera probado comida rancia. Solo la expresión de Harper permaneció impasible, aunque observaba la escena con gran interés.

—Richard me adora a *mí*, Miri. Al igual que Arthur —declaró Lizzie con suficiencia.

Nada de esto tenía sentido. Miriam empezaba a creer que nunca lo tendría. Pero al menos, al ser tan abierta con la verdad sobre la historia de Lizzie hoy, había evitado que las otras mujeres presentes cometieran el error de pensar que Lizzie era digna de confianza.

De repente, la tensión hizo un cambio casi imperceptible.

—Bueno, ha sido una visita encantadora, señora Van Buren —dijo Adeline con brusquedad —. Creo que es hora de que se vaya.

El rostro de Lizzie se arrugó en un ceño fruncido. —Por favor, llámenme Lady Northcote. Una vez que entre en razón, Richard volverá a mí. Es solo cuestión de tiempo antes de que me convierta en vizcondesa.

Todo el cuerpo de Miriam temblaba de ira contenida. Harper intercambió una mirada elocuente con su hermana. Cuando se quedaron a solas con Beatrice en el patio, las mujeres estallaron en una cacofonía de preguntas superpuestas.

Adeline condujo a su invitada no deseada hacia la puerta principal.

—¿Qué le pasa? —exigió saber Beatrice.

—Delirante —murmuró la señora Kent sombríamente.

—¿Has visto algo parecido, Harper? —preguntó Viola con una mirada interrogante a su hermana—. ¿De tu tiempo en el manicomio?

—¿Estuviste internada? —preguntó Beatrice con asombro.

—Trabajé en uno como asistente de médico, no como paciente —aclaró Harper—. Sin conocer más detalles sobre su caso, mi mejor conjetura es que la señora Van Buren sufre de delirios de grandeza y narcisismo.

—Tendrás que explicarnos qué significa eso —dijo Viola. Desde el interior de la casa escucharon un estruendo y un grito. Adeline regresó, sin su invitada no deseada, con el rostro pálido pero decidido.

—La señora Van Buren se ha marchado a costa de un paragüero de porcelana —declaró Adeline—. Ahora, ayúdame a entender qué acaba de suceder durante mi tranquila fiesta de jardín por la tarde, porque esto es mucho más emocionante de lo que debería implicar una fiesta de jardín por la tarde.

—El doctor para el que trabajé creía que un narcisista era incapaz de sentir empatía y a menudo explotaba a las personas a su alrededor —explicó Harper—. No es una condición médicamente reconocida, pero teníamos un hombre en el asilo que exhibía rasgos similares. Era increíblemente difícil de manejar porque creía que nada de lo que hacía estaba mal. Ni siquiera después de arruinar el negocio de su familia engañando a todos los proveedores y clientes mientras afirmaba estar construyendo un imperio. Era muy triste.

—¿En qué se diferencia el comportamiento de Lizzie del de Richard? —soltó Miriam. Su corazón latía con fuerza. ¿Y si simplemente fuera un imán para los narcisistas?

—Richard sabe cuándo sus acciones están mal —dijo Harper de manera tranquilizadora—. Ha habido momentos en los que no le importaba, pero siempre lo supo. —La condesa dio una palmadita en la silla a su lado—. No es de extrañar que hayas estado tan callada sobre tu relación con Richard. Suena terriblemente complicado. Siéntate. Cuéntanos todo.

Y durante la siguiente hora, Miriam lo hizo.

~

El raspar del metal en la cerradura fue la única advertencia que tuvo Richard antes de que la esbelta figura de Miriam, vestida de blanco, apareciera en su habitación como un fantasma. Se quedó inmóvil en su silla. El libro que había estado leyendo cayó abierto en su regazo.

—Miri —susurró, con el corazón acelerado.

—Vi a Lizzie hoy —dijo ella.

—Lo siento. Me he preguntado qué ha estado haciendo.

—Algo en ella no está bien. Harper la llamó narcisista. —Miriam sonrió tensamente—. Creo que si hubiera tenido mejores amigas, amigas de verdad, habría sabido antes que Lizzy nunca me

valoró por mí misma. Las otras chicas de la escuela se dieron cuenta. Yo era un blanco fácil. Al igual que Arthur, su marido. Él deseaba tanto estar enamorado.

—Yo también fui un blanco fácil para ella —observó Richard—. Me sentía tan avergonzado, Miriam, después de causar el incendio. No tenía amigos excepto Howard. Sabía que cortejarte estaba mal. Simplemente no me importaba. Pero entonces me miraste con tus grandes e inocentes ojos de diosa lunar, y no pude evitar desearte.

Él extendió la mano hacia ella. Miriam la tomó suavemente con sus elegantes dedos. —Lo siento —susurró él. Miriam le permitió acercarla más.

—Me disculpo por traer a Lizzie a tu vida. Sin mi estupidez, ella no habría tenido razón para manipularte como lo hizo —dijo Miriam con sinceridad.

Richard la atrajo más cerca. Su esposa se acercó lo suficiente como para que sus rodillas rozaran su falda. —Te perdono. Pongamos la culpa exactamente donde pertenece: en Lizzie.

Se puso de pie y apartó un rizo de su mejilla. Miriam se volvió para encontrarse con su caricia. —De acuerdo —murmuró ella—. Deseo empezar de nuevo. Esta noche.

Mordisqueó la yema de su pulgar. Todo el cuerpo de Richard se estremeció de placer. Trazó el arco superior de su labio, demorándose en el pequeño arco en la parte superior. Se sintió mareado de deseo, como si toda la sangre de su cuerpo se hubiera desplazado hacia el sur. El familiar y dulce dolor del deseo se acumuló en su vientre.

Tomó suavemente el rostro de Miriam entre sus palmas. Ella inhaló, lo que empujó sus pequeños senos contra su pecho. Sus puntas lo rozaron provocativamente. Richard inclinó su boca sobre la de ella mientras ella levantaba su rostro para encontrarse con el suyo. Le dio el beso que había anhelado darle durante semanas. Sin reservas. Lamió su labio inferior. Impaciente con su delicadeza, Miriam gimió y se abrió a él.

Richard saqueó el cálido calor de su boca como había soñado hacer cada noche. Era glorioso. —Miriam —susurró contra ella—, quédate conmigo esta noche.

—Sí —murmuró ella mientras deslizaba su mano bajo el dobladillo suelto de su camisa—. Después de todo, para eso vine aquí.

La risa de Richard fue silenciada por su renovado beso. —Eso esperaba.

—Nunca quiero dejar tu lado —susurró ella. Richard encontró la suave curva de su seno y lo acarició a través de la voluminosa y suave tela blanca—. No deseo solicitar una anulación. Quiero resolver esto contigo de la misma manera que hemos estado trabajando en el negocio. Como socios en todo.

—Te amo, Miriam —gruñó Richard—. Te amo demasiado como para permitirte arriesgar tu salud.

—Entonces ayúdame a manejarla —exigió ella, apartándose—. En Briarcliff encontré tu invernadero. El aire en su interior era exuberante y verde. Siempre me siento mejor cuando trabajo en mi jardín. Debo elegir las plantas con cuidado, pero sé que vivir en la ciudad sería manejable si tuviera un... un lugar para descansar mis pulmones y recargarme cada día. Hice que mi padre agregara ventanas y plantas a nuestra casa en Nueva York. Hizo una gran diferencia. ¿Por qué no podría funcionar aquí?

Richard se rió entre dientes. —Mi pequeña flor de invernadero. —Besó su frente y envolvió un brazo alrededor de su espalda para acercarla más—. Vale la pena intentarlo.

—También quiero consultar con médicos aquí para ver si hay otros tratamientos que puedan ayudarme. Detesto desmayarme como lo hice hace unos días. —La nariz de Miriam se arrugó. El corazón de Richard se hinchó. Frotó el puente de su nariz con la punta de un dedo.

—Sin mencionar el susto severo que le diste a todos.

—Eso también —sonrió Miriam—. Me disculpo.

Él la besó. —No me dejes.

—Llévame a la cama —suplicó Miriam. Richard la levantó en sus brazos y cruzó los pocos pasos hasta la gran cama con cortinas de terciopelo rojo. Su vestido blanco se derramó sobre la cubierta. Ella se sentó con una sonrisa.

—Ahí —bromeó Richard—. ¿Estás feliz ahora?

—Aún no —sonrió Miriam con picardía. Subió su camisón para revelar sus cremosas pantorrillas. Sus muslos aparecieron a continuación, seguidos por el parche de rizos apretados en su ápice. Richard contuvo el aliento. Si antes se sentía mareado, ahora estaba al borde del colapso.

—Miriam —jadeó.

—¿Quieres que me detenga? —preguntó ella engañosamente.

—No, sigue. De hecho, hazlo más lento. Tortúrame.

Sus ojos se agrandaron. Sus movimientos se ralentizaron. Luego vino la hendidura de su cintura. Dejó caer la tela mientras luchaba por levantar la prenda más alto. Entonces hubo un vistazo de la parte inferior completa de sus senos. A Richard se le hizo agua la boca. Gimió.

—¿Deseas ver más, esposo? —preguntó Miriam sin aliento.

—Todo, Miri. Quiero verlo todo. —Agarró el poste de la cama con tanta fuerza que la madera tallada se clavó en su piel. Miriam soltó la parte inferior de su camisón y por un segundo que le paró el corazón, Richard pensó que lo estaba rechazando.

—No puedo desabrochar los botones de la espalda —dijo suavemente—. Ayúdame.

Miriam se puso de rodillas, de espaldas a él, y sostuvo sus gruesos rizos a un lado. Richard luchó con los pequeños botones.

—¿Recuerdas la última vez que toqué estos? —preguntó.

—Robaste la cinta que cerraba el frente. Me llevó una hora completa enhebrar su reemplazo —suspiró ella—. Pensé en tu beso todo el tiempo.

—¿En serio? —Richard se rio entre dientes. La abertura se abrió y él levantó el voluminoso material por encima de la cabeza de Miriam. Mientras lo arrojaba a un lado, Miriam giró y se recostó contra las almohadas, completamente desnuda—. Eres preciosa —murmuró con voz ronca. Su mirada se centró en las puntas rosadas de sus pechos.

—Y tú llevas demasiada ropa —sonrió Miriam. Se acercó a gatas. Sin artificios y sin vergüenza de su cuerpo expuesto, Miriam le bajó la camisa por los hombros.

—He soñado con verte así desde el día que fui al almacén —susurró mientras Richard la ayudaba quitándose la camisa—. Tan fuerte.

—No podía creer que hicieras eso —murmuró él en su cabello mientras la recostaba en la cama—. Ese fue el día en que supe que nada podría impedir que te hiciera mía. Nunca había conocido a una mujer dispuesta a arriesgar su seguridad y reputación para buscarme. Siempre fui prescindible. Contigo, me sentí necesario. Esencial.

Las manos de Miriam estaban por todas partes, explorando su pecho y brazos y volviéndolo loco. Richard presionó su cuerpo contra el suave lecho. Ella chilló entonces cuando él le acarició el pecho.

—Sí —suspiró, arqueándose hacia su tacto. La piel increíblemente suave se deslizó bajo su mano. Richard saboreó el tenso pezón. Miriam gimió. El sonido femenino fue directo a su miembro.

Deslizó su mano por su costado y exploró perezosamente el triángulo ardiente que ocultaba su sexo. Suavemente, la instó a separar los muslos. Miriam cedió mientras bajaba la mano a sus

pantalones y forcejeaba con un botón de la bragueta.

—Todo a su tiempo, Miriam. Déjame complacerte primero.

—Quiero esto —gimió ella.

—Lo sé. —Hundió los dedos en su sexo. Richard saboreó su grito satisfecho y medio asombrado cuando encontró el botón escondido entre sus pliegues húmedos y lo torturó.

—Oh, por favor, sigue haciendo eso —jadeó Miriam. Sus dedos arañaron sus brazos, ya fuera acariciándolos o buscando apoyo, no lo sabía. Todo lo que Richard sabía era que nunca había querido complacer a una mujer tanto como esta noche. Se negó a encontrar su satisfacción hasta que ella hubiera conocido la suya. Cumplió con cada suave orden medio inteligible.

—Quédate quieta. ¿Esto se siente bien? —murmuró contra la nube cosquilleante de sus rizos. Richard besó un camino por los planos de su vientre. Deslizó su lengua en su ombligo. La tensión entre ellos creció. Llegó a su sexo y la besó donde su placer era más profundo. Ella sabía a mar y sal y mujer. El pequeño botón rogaba por sus lamidas rápidas y una succión lenta y fuerte. Richard enterró sus dedos hasta los nudillos dentro de ella mientras Miriam le agarraba el pelo y se retorcía. Ella se quebró en una tormenta de murmullos incoherentes.

—Sí. Oh, sí, Rich, no sabía, no sabía...

—¿No sabías qué? —preguntó mientras se arrastraba por la colcha para acostarse a su lado. Una sonrisa presumida tiraba de las comisuras de su boca. Trazó un patrón perezoso sobre su vientre.

—Que podía sentirse tan bien —susurró ella. Miriam se apoyó sobre sus codos, radiante de placer relajado—. Pero, ¿y tú?

—¿Estás lista para mí? —Físicamente lo estaba, pero había más en esta unión que el disfrute del acto. Esto la hacía su esposa de verdad, irrevocablemente. Esta noche, hacían votos privados con sus cuerpos. De confiar y mantener a salvo. De proteger y amar.

—Sí.

Una sola palabra fue todo lo que se requirió. Richard se deshizo de sus pantalones y calzoncillos con prontitud. Desnudo, se acostó y atrajo a Miriam sobre él. Ella se sentó en sus muslos, acariciando cautelosamente su virilidad.

—¿Debo poner esto donde estaban tus dedos hace unos minutos? —preguntó en un gruñido bajo.

—Así es como se hace típicamente —jadeó Richard—. Hay otras opciones, pero generalmente esto es lo que la gente quiere decir cuando habla de coito.

—¿Puedo poner mi boca en ti... besarte como tú me hiciste a mí? —preguntó tímidamente.

Richard gimió. Ella estaba tratando de matarlo. Estaba bien, sin embargo. Esta era una muerte mucho mejor de la que jamás había merecido—. Adelante.

Miriam se movió hacia atrás y examinó su miembro con consternación. Experimentalmente, lamió la punta—. ¿Así? —preguntó.

—Precisamente así —gruñó Richard. Miriam continuó su experimento chupando la punta en su boca. Sus dedos se deslizaron por los rizos que caían sobre sus muslos mientras apretaba los dientes para contener su placer—. Para. Miriam. Si no quieres retrasar el evento principal, debes parar ahora.

Ella se limpió la boca con el dorso de la mano. La visión de los instintos carnales desatados de su esposa hizo que un deseo ardiente lo recorriera. La colocó sobre su miembro y lo sostuvo firme mientras ella se deslizaba sobre él.

—Me siento tan llena —jadeó ella—. Como si hubiera estado vacía y no lo supiera, pero anhelara este placer desconocido.

Miriam inclinó sus caderas. Richard se esforzó por contenerse—. Siente el ritmo, Miri. Tu cuerpo ya sabe qué hacer. Escúchalo.

Ella encontró el ritmo y él la dejó llevar la iniciativa por un tiempo. Cuando estaba cerca del límite pero incapaz de superarlo, Richard encontró su perla encapuchada y la atormentó con sus dedos. Miriam se sacudió cuando el placer estalló en ella de nuevo. Richard agarró sus caderas y embistió profundamente dentro de ella hasta que los temblores cesaron. Después, la acurrucó contra su costado y susurró—: Ahora eres mía. Para siempre.

Veintinueve

—RICHARD, ¿puedo tener unas palabras en privado contigo antes de que vayas a los muelles? —preguntó Edward a la mañana siguiente después del desayuno. Estaba vestido como si fuera al parlamento.

—Por supuesto —obedientemente, Richard siguió a su hermano hasta el oscuro y pulcro estudio. Pensó en los papeles caóticos y desordenados de Howard y sacudió la cabeza. Los dos eran como el día y la noche. Sin embargo, también había similitudes. La singularidad de sus personalidades, por ejemplo. Su impresionante presencia física. Se preguntó si algún día podrían conocerse. No era imposible.

—¿Ha habido noticias de tu barco? —preguntó Edward.

—No. Vamos a preguntar hoy. —A las seis semanas, el viaje del *Thetis* estaba entrando en territorio preocupante. Por mucho que supiera intelectualmente que la travesía podía llevar semanas, su propio viaje rápido hacía que cada día que pasaba se viera con mayor claridad.

—Puede que te ahorre el esfuerzo —dijo Edward enigmáticamente. No se sentó detrás del escritorio. Eso habría sido demasiado reminiscente de aquella vez en que obligó a Richard a marcharse. En su lugar, le entregó una gruesa carta de pergamino sellada con cera roja vívida. En un lado, un unicornio. En el otro, un león. En la parte superior, una corona.

Richard miró el documento sin comprender. Luego a su hermano.

—¿Es esto...?

—Ábrelo y averígualo —sonrió Edward con suficiencia.

Rompió el sello y desdobló el lujoso papel. Entre una profusión de florituras en la parte superior, Richard encontró su nombre. *Lord Richard Northcote, Vizconde.*

Escaneó el documento con incredulidad. —Esto no puede ser cierto.

—Me temo que lo es. Felicidades.

—Viene con una asignación y tierras. Una propiedad. Aunque es una lástima que sea solo un título vitalicio. —El rostro de Richard se iluminó con una radiante sonrisa de felicidad.

—No se te pidió tu opinión —se rio Edward—. Requirió una gran cantidad de delicadas negociaciones lograr esto. El Rey estaba ansioso por ver aprobado su proyecto de ley. Ayer, le entregué los votos que necesitaba. George estaba de humor agradecido, al parecer.

—Al igual que yo. —Richard abrazó a su hermano. Incluso después de varios años de lujo, era difícil rodear con sus brazos los hombros de Edward.

—Antes de que celebres, deberías ver también esto. —Edward se separó y sacó un pequeño recorte del periódico de la mañana.

La alegría abandonó a Richard mientras leía la noticia. —No —susurró, abatido—. No puede ser.

—Me temo que sí. El *Thetis* fue avistado hundiéndose después de una tormenta justo frente a la costa de Francia.

Richard se tambaleó mientras asimilaba la magnitud de la pérdida. —Si hubiéramos atracado en Bournemouth o Liverpool, esto no habría sucedido. —Richard miró los dos papeles que habían puesto toda su vida patas arriba en el lapso de una mañana. Su cuerpo se heló. El futuro de Howard estaba perdido. La confianza de Livingston en él se rompería irrevocablemente. Todo porque había fallado en cumplir.

De todos los giros y vueltas extraños que había dado su vida, este tenía que ser el más extraño de todos. El título que siempre había soñado poseer no era más que un pedazo de papel. Un regalo. Inmerecido.

Había necesitado probarse digno de algo, de cualquier cosa.

Pero era un fracaso de nuevo.

—Tomaste un riesgo. El Canal puede ser un paso difícil para capitanes que nunca lo han navegado antes. Lamento mucho que haya resultado así. Especialmente por la pérdida de los marineros. —Edward puso una mano en el hombro de Richard—. Al menos tienes el título.

—No puedo aceptarlo —dijo Richard miserablemente—. No soy digno de tus esfuerzos y tu generosidad —dijo—. Escribiré al Rey para declinar el favor.

Edward lo miró fijamente. —Ahora sé que no estás bien. Es un barco. Me doy cuenta de que tiene importancia y gran valor para ti, pero es una embarcación llena de bienes reemplazables. No puedes rechazar un regalo del Rey simplemente porque estás decepcionado con tu suerte.

Richard sabía que su hermano hablaba con razón. Estaba más allá de la razón en su agonía mientras la culpa y la vergüenza lo atravesaban más potentes que nunca antes. Le enfermaba reconocer cuánta suerte había desperdiciado en su vida, y aquí estaba haciéndolo de nuevo.

Pero esta vez, era su elección.

—No puedo aceptar un vizcondado que no merezco. —Inhaló aire tan rápidamente que le dolieron los pulmones—. Debo enviar a Miriam a casa. Empacar sus pertenencias. Le prometí protegerla y mantenerla a salvo de mí. —Tragó saliva—. Le prometí aventuras. Ya no puedo darle eso. Por lo tanto, debo dejarla ir.

—No puedes renunciar a todo simplemente porque un barco no llegó —argumentó Edward.

Richard dio media vuelta y dejó a su hermano solo en su asombro.



Dos días después, Miriam miró a su frustrante y obstinado marido de la misma manera que lo había hecho en la playa meses antes, con el corazón en los ojos. Era su única esperanza de hacerlo escuchar.

—Richard. No me voy —argumentó.

Desde que llegó la noticia del *Thetis*, había estado completamente imposible. Incluso cuando se conocieron por primera vez, Miriam nunca había visto el vacío frenético que ardía en sus ojos marrones como fuego infernal.

—Sí, te vas —insistió él—. Debes subir a ese barco y volver con tu padre, donde estarás a salvo. Te seguiré en unas semanas. Una vez que regrese a Nueva York, solicitaré una anulación. —Richard acunó su rostro y bebió la visión de ella. Sus ojos grises seguían siendo grandes, pero más sabios ahora. Él había tomado su inocencia, si no en cuerpo, entonces en espíritu. Había

arrugado la fresca flor de su primer amor. Nunca se libraría de su culpa, pero podría quedarse en Londres hasta que reembolsara a Howard y Livingston por la inversión perdida. No podía haber compensación para Miriam. Lo que ella había perdido al amarlo era intangible.

Él había perdido su confianza.

—No quiero que nuestro matrimonio sea anulado —Miriam inspiró una bocanada de aire marino salado—. Tampoco deseo morir, pero prefiero vivir una vida plena contigo que vivir un poco más dejando que el miedo a mi asma me domine. Me quedo.

Richard gimió.

—Miri, no; te amo demasiado para arriesgar tu vida. No valgo tu salud.

—Empezaremos una nueva vida. Juntos —suplicó ella. El corazón de Miriam se retorció tan fuerte que le dolió físicamente en el pecho. Sus dedos se aferraron a las mangas de la camisa de él como si pudiera retenerlo por pura fuerza—. En algún lugar cálido junto al mar. Puedo arreglármelas sin un invernadero en la ciudad. No puedo arreglármelas sin ti.

Él la atrajo hacia sus brazos y le rozó los rizos oscuros con un beso.

—Tengo que quedarme aquí y arreglar esto. Tú debes irte con la señora Kent.

—Has perdido la cabeza.

—Nunca he tenido las ideas más claras que en este momento —Richard frunció el ceño—. Sube a ese barco.

—No puedo. Hice una promesa. No ha sido el viaje más fácil, pero te seguiría en cualquier aventura, mi amor —Miriam habló rápidamente—. Me casaría contigo otra vez. En cualquier país. Te seguiría hasta el fin del mundo.

—Miri —jadeó él contra su mejilla—. No. No hagas esto más difícil de lo que ya es. Te traicioné.

—Escúchame, querido —exigió Miriam, apartándose unos centímetros—. No me hagas subir a ese barco. Lo único que no puedo perdonarte es que me alejes ahora, cuando más me necesitas.

Richard tragó saliva.

—Miri, ¿por qué querrías quedarte?

—Porque te amo —respondió ella simplemente—. No por tu nuevo título. No me importa que nadie me llame "señora". Me dijiste quién y qué eras desde el principio, pero solo me contaste la mitad de la historia, Richard. No me hablaste de tu persistencia. De tu compromiso con las personas que te importan. No es tu culpa que me negara a escuchar cuando solo me hablabas de lo malo. Nunca me hablaste de tus aspectos buenos.

—Me alegro tanto de que no me escucharas —Richard rió con tristeza. Levantó las manos de ella y besó el dorso de sus nudillos—. Cada momento que he pasado contigo, Miri, ha sido el más feliz de mi vida. No puedo imaginar una vida sin ti.

—Entonces, no me hagas ir —suplicó ella.

Él debía hacerlo. Lo que fuera necesario, tenía que lograr que Miriam subiera a ese barco. No al siguiente, pues la voluntad de Richard se había estirado hasta el punto de ruptura. Una noche más cerca de ella y estaba destinado a perder el control. Si tenía que hacerlo de nuevo, una última vez, para salvarla...

—No puedo dejar que te quedes porque no puedo protegerte. No de la manera en que me necesitas —susurró.

—¿De qué manera es esa? —preguntó Miriam. Un atisbo de cautela estrechó sus pupilas.

—Por completo. Siempre habrá una parte egoísta de mí que anhele el reconocimiento de mis pares. No puedo prometerte que te pondré en primer lugar, y tu salud no exige menos —Richard habló en voz baja contra su cabello.

Miriam exhaló un suspiro tembloroso. Quería gritar, estaba tan cansada de que la gente usara su salud como excusa para ignorar sus deseos y anhelos. Un frenesí de actividad acercó a la señora Kent a unos metros, tratando ansiosamente de conducir a su protegida al barco sin entrometerse en el momento. Pero por más que lo intentara, no pudo convencerlo de ceder.

—Entonces, parece que mi aventura ha llegado a su fin —dijo Miriam con voz quebrada.

—Te deseo muchas más —Richard apretó sus dedos y besó su mejilla. Miriam se dio la vuelta y dejó que la señora Kent la guiara por la pasarela. Cuando volvió a mirar atrás, él se había ido. El pecho de Miriam se volvió caliente y apretado con la tristeza reprimida. Mientras su barco se alejaba del puerto, permaneció en la barandilla. Observó el sol jugar sobre el agua hasta que se hundió bajo la superficie agitada y la noche cayó duramente sobre sus hombros. Miriam se preguntó si volvería a encontrarse con su marido alguna vez.

Treinta

EL PARTO COMENZÓ DURO, rápido y temprano. Richard se despertó con los gritos agonizantes de su cuñada antes de que el gris del amanecer hubiera aclarado lo suficiente el cielo para ver. Bajó trotando la escalera descalzo para encontrar a su hermano en mangas de camisa y pantalones, instruyendo al lacayo dónde localizar al médico.

—Encuéntralo. Despiértalo. Trae al hombre aquí antes de que mi esposa dé a luz. Trae también a una partera.

En otro momento, Richard podría haber cuestionado la necesidad de una partera y un médico para supervisar un parto. Pero ver el pánico en los movimientos de su hermano y su desaliño desenfrenado puso a Richard en alerta máxima.

—¿Qué está pasando?

—El bebé viene. O los bebés. Es temprano —Edward habló en tono cortante mientras instaba al somnoliento lacayo a darse prisa.

—¿Cómo puedo ayudar?

Edward lo miró por un momento.

—Ve con el lacayo, trae al médico lo más rápido que puedas. Es más probable que se apresure por un barón que por un sirviente, y no me atrevo a dejar el lado de Harper.

Un grito agonizante desde arriba subrayó su punto.

—Traeré a Viola también —ofreció Richard.

—Buena idea. Su hermana será un gran consuelo —Edward habló por encima de su hombro mientras volaba escaleras arriba. Mientras Richard se ponía sus botines, una criada ansiosa pasó con una tetera de agua para calentar en la estufa. El agua salpicó la pierna del pantalón de Richard.

—Le ruego me disculpe —jadeó ella.

—No te preocupes —respondió él tranquilizadoramente—. Solo es agua y lana. Déjame ayudarte —Tomó el recipiente de ella y lo llevó bajando los escalones hasta la cocina, donde la fregona estaba avivando el fuego. Richard colocó el metal en la estufa y salió corriendo por la puerta lateral hacia el callejón. Al final del camino, el lacayo estaba subiendo a un coche de alquiler. Richard gritó y saltó dentro del coche antes de que la puerta pudiera cerrarse.

—Felicidades por la noticia, mi señor —ofreció el lacayo mientras el caballo arrancaba con un trote reluctante.

—Esperemos a que el bebé llegue sano y salvo antes de descorchar el champán y encender un puro en Gliddon's —respondió Richard con su antigua acidez. Como su ropa, ahora le

quedaba mal. A diferencia de chalecos y camisas, no podía hacerla a medida.

La noche anterior, Richard se había servido un coñac en el estudio de su hermano, había tomado un solo sorbo y lo había arrojado al fuego amortiguado. Todavía tenía trabajo que hacer. Una casa de campo que vender. Deudas que pagar. Una vez que estuviera hecho, podría emborracharse tanto como quisiera, pero mientras tanto, Richard necesitaba expiar sus fracasos comerciales de la misma manera que había expiado sus fracasos románticos. Poniendo todo en orden. Dejando las cosas como estaban antes de que se estrellara en las vidas de Miriam, Livingston y Howard.

Hacerlos enteros.

—Se le reconocerá en una ceremonia especial. Ha sido invitado a la Corte y todo —dijo el lacayo con asombro.

Richard absorbió esta información sin comentarios. Había imaginado este momento durante años, cuando finalmente se transformaría en un hombre de importancia. Un hombre de estatura y valor, cuyo rango superaba al de otros hombres. Desde que su padre había recibido un inesperado condado después de que el tío de Richard fuera asesinado al servicio de la corona, Richard había esperado su turno para recibir la misma noticia. Debería sentirse eufórico. Elevado.

Sin embargo, estaba entumecido. Nada importaba sin la mujer que había alejado, fuera de su vida para siempre. El cielo se rayaba de gris mientras Richard miraba por la ventana. Qué racha poco común de buen tiempo para navegar, meditó Richard. La travesía de Inglaterra a América típicamente tomaba más tiempo, pero Miriam debería estar en casa para finales de octubre. Él podría regresar para Navidad, o tal vez contratar a un abogado para manejar la anulación desde aquí. No había necesidad de decir la verdad sobre su única noche juntos, a menos que...

...a menos que la hubiera dejado embarazada.

Una avalancha de frío temor lo invadió. Lizzie no había estado embarazada, pero Miriam podría estarlo. Nunca debería haberla enviado de vuelta. Richard dejó caer la cabeza entre sus manos. ¿Cómo seguía cometiendo los mismos errores una y otra vez?

—Me disculpo, señor, si hablo fuera de lugar. Pensé que lo sabía —ofreció el avergonzado lacayo.

—Está bien —Richard había esperado que tener un título lo transformara mágicamente en algo más. Alguien mejor. Sin embargo, no era diferente de lo que había sido, seguía siendo él mismo con todos sus humillantes errores por expiar.

—Aquí estamos —el lacayo detuvo los caballos, y se lanzaron desde el pequeño carruaje. Faetón. Qué confuso tener tantas palabras para describir un simple carro tirado por un caballo. Richard sacudió la cabeza como para liberarla de pensamientos telarañosos. Habiendo salido de su clase y país, descubrió que no podía volver a entrar en la corriente del exceso de privilegios.

Sin embargo, Richard descubrió que no le importaba. Había descubierto una riqueza de relaciones con su familia, ahora que ya no luchaba contra ellos. Un título era solo un poco de glaseado.

Pero el pastel... el pastel había sido Miriam todo el tiempo. Había sido un tonto. De nuevo.

—¿Qué quieren a esta hora? —exigió una ama de llaves—. El Dr. Thompson acaba de regresar de una cirugía sangrienta. Está muerto de cansancio —La mujer bloqueaba la entrada con su cuerpo y una mirada feroz.

—Su señoría la condesa de Briarcliff está de parto —respondió Richard, con el aire más señorial que pudo reunir. La señora apartó la mirada y suspiró.

—Muy bien. Lo despertaré. Pasen.

Tenía que admitir que los títulos ocasionalmente tenían sus usos.

Richard y el lacayo esperaron en el modesto vestíbulo de la casa del doctor. No había estatuas, ni mármol, solo madera tallada y papel tapiz. Olía a humo y cuero, con un tinte metálico que le recordaba a Richard la sangre. Después de unos impacientes minutos, una escalera crujió cuando se oyeron pasos desde arriba. El médico bigotudo apareció, abotonándose un traje gris alrededor de la cintura, su rostro demacrado en las duras franjas del amanecer que atravesaban las ventanas. Richard le hizo señas y entreabrió la puerta.

—Ya voy, ya voy. Los bebés se toman su tiempo. Podrían haberme dejado descansar —gruñó el hombre. El lacayo de Edward había localizado el maletín del doctor. Lo levantó para mostrar que estaba listo para partir.

—Estos bebés no esperan a nadie —observó Richard—. Se le necesita inmediatamente. La partera tenía las cosas bajo control cuando me fui hace una hora.

Metió al doctor en el carruaje y aseguró la puerta. El sirviente condujo rápido, más rápido de lo que Richard habría hecho, con un conocimiento íntimo de las calles de Londres. Esquivó a pilluelos callejeros y carretillas que pregonaban mercancías, jamelgos cansados tirando de coches con las cabezas gachas. Una pareja de borrachos tambaleándose de vuelta a casa después de una noche de desenfreno hizo que Richard mirara hacia atrás, pero estaban demasiado ebrios para que los reconociera. En otra época podrían haber sido sus compañeros. Ahora, no eran más que obstáculos en el camino hacia lo que más le importaba. Su familia.

El lacayo detuvo el carruaje bruscamente frente a la residencia de los Briarcliff. Había pasado menos de una hora desde su partida. Richard solo esperaba que hubieran llegado a tiempo para ayudar a Harper. Si es que lo necesitaba.

Treinta Y Uno

Tres días después…

Richard encontró al encargado del almacén donde lo esperaba, en las oficinas comerciales detrás de los muelles. Como su ropa inglesa había sido enviada al sastre para alteraciones, lucía su traje más tosco hecho en América.

Su tensión se disipó con el familiar bullicio de los pescaderos, los estibadores, los cantos seductores de las prostitutas y los pilluelos del río peleándose por trozos de metal encontrados en las orillas del Támesis. Aquí, podía relajarse. Se mezclaba en el muelle, lo que había sido un gran alivio ya que la noticia de su inminente ascenso a la nobleza se había difundido. Richard se negaba a reconocer las felicitaciones de sus viejos amigos. Lo habían rechazado después del incendio y a su regreso a Inglaterra. Ahora Richard disfrutaba la oportunidad de devolverles el favor.

Su plan, si es que se le podía llamar plan y no otro impulso insensato, era regresar a Nueva York y alojarse con Howard en la oficina de su almacén el tiempo suficiente para reembolsar a todos por sus pérdidas. Richard no sabía el costo exacto de comprar un reemplazo para el *Thetis*, pero imaginaba que podría llevarle el resto de su vida enmendar la catástrofe. Debía ser más que una cabaña destartalada en las afueras de Londres.

—¿Está seguro de que quiere renunciar al espacio? —preguntó el hombre con escepticismo.

—Nuestro barco se perdió en el mar —dijo Richard—. Así que sí. No lo necesito. —El golpe se sintió de nuevo. No era solo la pérdida de tabaco y algodón, sino los marineros que habían perdido sus vidas cuando el *Thetis* se hundió. Contó varias preciosas guineas. Habrían sido mejor gastadas en ropa nueva para su reunión con el Rey Jorge IV para finalizar su nuevo vizcondado, pero había hecho un acuerdo y Richard no tenía intención de incumplirlo aunque no tuviera uso para el espacio.

—¿No se ha enterado, entonces? —preguntó el hombre—. Antes de renunciar a su contrato, vaya a los astilleros y pregunte por su barco. Ha llegado.

Sonrió ampliamente revelando varios dientes faltantes. Richard entrecerró los ojos de la manera más señorial posible. —Tiene un pobre sentido del humor, señor Wilson.

—No me estoy riendo de usted. Estoy más que contento de que siga siendo un cliente. —Pero había humor en las arrugas de las comisuras de sus ojos. Richard lo dejó con su diversión y se dirigió al muelle, con sus familiares gaviotas chillando y el olor a pescado podrido y aire salado, con el corazón latiendo.

¿Por qué sigues cometiendo los mismos errores?

—Disculpe —detuvo a una pescadera—. ¿Han llegado nuevos barcos al puerto?

—Ese llegó con dificultades esta mañana. Atracó hace quizás una hora. —La mujer señaló con un dedo rechoncho y nudoso hacia el último muelle—. No recuerdo el nombre, me temo. Americano.

No podía ser. Habían esperado semanas por algún avistamiento del *Thetis*, en vano. Había habido el anuncio en el periódico. Richard aceleró el paso, abriéndose camino entre la multitud mientras su corazón martilleaba en su pecho. Un sudor frío le perló la nuca.

—¡Richard! —llamó una voz de mujer. Richard se protegió los ojos del sol tratando de encontrar la fuente. No podía ser Miriam. Ella había estado en un barco completamente diferente yendo en dirección opuesta. Cuando la mujer volvió a llamar su nombre, el corazón de Richard latió aún más fuerte. Rodeó el final del muelle y se dirigió hacia el extremo del embarcadero. Los agentes de aduanas se afanaban con las inspecciones mientras marineros de aspecto tosco aseguraban la cubierta. La tercera vez que ella llamó su nombre, sin embargo, Richard divisó la familiar figura vestida de negro de la señora Kent. De pie junto a ella había un hombre de estatura media con un traje color ante. Entre ellos, la figura alta y esbelta de Miriam tomó forma como un espejismo.

—¡Miri! —gritó. Ella rebotó sobre las suelas de sus pies. El hombre a su lado habló con un oficial, quien les hizo un gesto para que avanzaran un momento después. Miriam corrió a toda prisa por la pasarela y directamente a sus brazos. Richard la levantó del suelo y la hizo girar. Casi derribó una cesta de pescado, provocando un grito indignado de un pescador. Richard la bajó, su corazón latiendo mientras le acariciaba el cabello. —Te extrañé. Me estaba preparando para seguirte de vuelta a Nueva York. ¿Qué estás haciendo... cómo?

Los brazos de Miriam se cerraron alrededor de su cuello. Rió sin aliento. —Pasamos junto al *Thetis* cuando salíamos al mar. Casi tuve que tirarme por la borda para obligar al capitán a hacerle señales. El capitán nos puso en un bote salvavidas, lo cual fue lo más aterrador que he hecho en mi vida. Remamos hasta el *Thetis* y me subieron a bordo. Me temo que mis baúles siguen camino a Nueva York. —Miriam volvió a reír como si no hubiera arriesgado la vida. Resplandecía de orgullo y emoción—. Debe haber habido un error en el periódico. Un barco llamado *Themis* se hundió donde se informó.

Richard la atrajo con fuerza contra su pecho y le levantó el mentón con una mano. —No vuelvas a arriesgar tu vida así —exigió suavemente.

—No pienso hacerlo. Estoy aquí para quedarme, mi amor.

Parpadeó. —¿Lo estás?

—Por un tiempo, quiero decir. Nunca debí dejar que me enviaras lejos. Entiendo por qué lo hiciste. Pero te hice una promesa, Richard, y tengo la intención de cumplirla. —Miriam hablaba rápidamente, un poco sin aliento.

Creyó detectar un jadeo en los bordes de sus palabras. El miedo se encendió a lo largo de su columna. —Shh. Vamos a llevarte a algún lugar donde puedas sentarte.

—Estoy bien —respondió Miriam con brusquedad—. Ven. Hay alguien a quien necesito presentarte.

Detrás de ellos, el hombre calvo y la señora Kent estaban observando. Richard escudriñó el rostro del desconocido.

—Este es el esposo de Lizzie, Arthur Van Buren —dijo Miriam en voz baja. ¿Había pensado que conocía el arrepentimiento? Esta fría tajada de vergüenza hacía que todas las demás punzadas parecieran un rasguño en retrospectiva. Qué incómodo ser presentado formalmente al hombre al que habías engañado durante meses.

—Me he reformado —fue lo primero que salió de la boca de Richard—. Lo juro.

Los tristes ojos de perrito de Arthur estaban grabados con el cansancio del mundo alrededor de sus profundidades color caramelo. —Confío en la palabra de la señora Northcote sobre el asunto. He venido a recoger a mi esposa. Entiendo que estuvo bastante encaprichada con usted durante algún tiempo. Me disculpo.

—¿Usted qué? —preguntó Richard, atónito. Sacudió la cabeza—. Creo que soy yo quien debe disculparse con usted, no al revés.

—No. He sabido lo que es Lizzie desde hace algún tiempo, pero dudé en tomar medidas porque creía que podría persuadirla de tomar un mejor camino. Estaba equivocado —El sufrimiento grabado en el rostro de Arthur parecía mil veces peor que cualquier cosa que Richard hubiera experimentado. Al menos él había merecido su caída. Arthur no había hecho nada peor que amar imprudentemente.

—Esta no es una conversación para un lugar público. Por favor. Volvamos a la casa de mi hermano donde podamos hablar en privado —Era todo lo que Richard podía ofrecerle por ahora. Era a la vez humillante y un alivio saber que otro hombre había amado a Lizzie y había sido engañado por ella. No estaba solo.

La historia se derramó a trompicones mientras se amontonaban en el reluciente coche negro que llevaba el escudo de los Northcote. Una vez que pagaron los impuestos sobre su carga, la trasladaron al almacén, que Richard no estaría renunciando después de todo. Apenas podía creerlo. La meta que había esperado durante semanas estaba a su alcance.

—Siete semanas es un viaje promedio —dijo Miriam mientras traqueteaban sobre los adoquines—. Tuvimos suerte de llegar aquí en cuatro.

—Ojalá hubiéramos hecho tan buen tiempo. Podría haber evitado algunos problemas —intercaló Arthur.

—Lo dudo —dijo la señora Kent con amargura. Miriam le lanzó a su tutora una mirada reprobatoria pero afectuosa.

—La razón por la que Lizzie lo persiguió al extranjero, señor Northcote, es que yo había resuelto internarla en un manicomio —continuó Arthur—. Verá, no es la primera vez que mantiene una aventura e intenta utilizarla para chantajear. Si hubiera sabido cómo era Lizzie, nunca me habría casado con ella. Por desgracia, puede ser excepcionalmente encantadora cuando quiere serlo. Es parte de sus manipulaciones —Suspiró profundamente—. Como dice el refrán: cásate deprisa y te arrepentirás despacio.

—No fue usted el único engañado por Lizzie —respondió Miriam suavemente—. Yo realmente creía que era mi amiga. Mirando hacia atrás ahora, creo que llevaba años planeando robar mi herencia. Todo lo que necesitaba era un hombre al que pudiera chantajear para que hiciera su voluntad.

—Y me encontró a mí —dijo Richard con amargura—. No tenía nada por lo que vivir, hasta que conocí a Miriam.

—Eso fue lo que ella no pudo entender —interrumpió la señora Kent.

—¿Cómo dice? —preguntó él con rigidez.

—Lizzie estaba confundida cuando usted se negó a seguir su plan. Había hecho todo lo que ella quería durante meses, con solo un atisbo de resistencia —dijo Arthur con una pequeña y triste sonrisa.

—Me horroriza que sepan esto, y que estemos discutiendo este tema frente a mi esposa —Richard miró de reojo, su rostro ardiendo de incomodidad. Miriam le apretó la mano.

—Es eso o que la verdad salga a la luz frente a su familia —replicó la señora Kent.

—Es justo. Ya casi hemos llegado. Permítanme terminar con esta humillación lo más rápido posible —solicitó Richard.

—Como dije, no es la primera vez que Lizzie intenta algo así. Una vez que puso sus ojos en su título y en la fortuna de Miriam, no iba a parar hasta intimidar su camino para tenerlo todo para sí misma. Es completamente indiferente a los efectos de sus acciones sobre los demás —dijo Arthur.

—Él no tiene un título. Lo de Lord es solo por cortesía —explicó Miriam con una sonrisa—. ¿Ven? Estoy aprendiendo.

—Me temo que tendrás que aprenderlo todo de nuevo, mi amor. Porque he sido nombrado vizconde, por orden del rey —Richard le tomó la mano. La señora Kent balbuceó.

—Menos mal que vine, entonces. ¿Quién sabe lo que Lizzie habría intentado si se hubiera enterado?

—Mejor no pensarlo —dijo Miriam con un escalofrío.



—¿Están dormidos? —susurró Miriam. Una tabla del suelo crujió bajo su pie, y Miriam hizo una mueca. Dos pequeños bebés dormitaban en los brazos de Viola y Richard. Lord Dalton se cernía sobre Viola y le apartó un mechón de pelo del hombro.

—Como angelitos —sonrió Viola.

—¿Estás segura de que no quieres uno? —preguntó Dalton en voz baja.

—Sin duda —susurró Viola mientras el bulto en sus brazos se agitaba—. Aunque soy una excelente tía, me contento con no tener uno propio nunca más.

—Sin duda eres una excelente tía —respondió Dalton suavemente.

—Si necesitas otro propio, lo entiendo —replicó Viola en voz baja.

—Como si él fuera a dejarte alguna vez —se burló Edward—. Ningún título vale la pena renunciar a tus sueños.

—Tengo un heredero —dijo Dalton con suavidad—. Mi sobrino, Cameron. La única razón para querer otro bebé sería porque fuera tuyo. Si no estás inclinada a ello, guardaré silencio sobre el tema para siempre.

Viola le tomó la mano y se la llevó a los labios. —Esa sería la única razón para que yo quisiera uno también. Por desgracia, no podría sobrevivir a la pérdida de otro hijo.

Miriam acarició la mejilla imposiblemente suave de uno de los bebés. Con el amor venía la pérdida. La aventura traía dolor junto con estimulantes descubrimientos, y era imposible saber de antemano cuánto de cada uno encontraría. Como un barco, podía aprovechar el viento para ir donde quisiera, pero no había forma de evitar las tormentas. Richard era su estrella del Norte, guiándola a casa, iluminando su camino en tiempos oscuros.

—Espero tener un hijo algún día —susurró.

—No si yo tengo algo que decir al respecto —gruñó Richard desde las sombras cerca de la gran chimenea.

—Vamos, hermano —Edward se levantó sin esfuerzo y le ofreció el pequeño bulto a su hermano. El bebé dio un suspiro tembloroso—. Una nueva vida derretirá tu corazón tan fácilmente como una llama derrite la cera de una vela.

Richard aceptó torpemente el pequeño bulto. El corazón de Miriam se hinchó en su pecho mientras cruzaba la habitación de puntillas para mirar el rostro del bebé. Con los ojos hinchados y cerrados y la nariz cubierta de una sustancia amarilla cerosa, la pequeña Selina no parecía gran

cosa. No importaba. Miriam se enamoró como si se lanzara desde el borde de un acantilado.

—Quiero esto —susurró, trazando la curva regordeta de su mejilla con el más leve toque. El aire se detuvo en sus pulmones, pero Miriam no sintió pánico cerrando su garganta. Solo un nudo nacido del anhelo y emociones que apenas podía contener.

—No te haré eso —Richard le dio un beso en la mejilla en una abierta muestra de afecto que habría sido inimaginable hace solo unas semanas.

—Richard —susurró ella. Los otros adultos en la habitación no le prestaron atención—. Amarte ha sido una aventura mucho más grande de lo que jamás imaginé. Ya no me conformaré con esconderme tras la protección de mi padre y la señora Kent. Tengo la intención de vivir mi vida plenamente mientras respire.

Su esposo la miró con ojos marrones brillantes. La boca de Miriam se curvó hacia arriba en las comisuras. Posesiva. A pesar de sus defectos —y Miriam sabía ahora que estaba lejos de ser un hombre perfecto—, Richard la amaba lo suficiente como para ayudarla a alcanzar sus sueños. La niña en sus brazos se inquietó. Su amado rompió el contacto visual y meció a la bebé en sus brazos. Ella se calmó cuando una larga sombra cayó sobre ellos.

El conde. Se movía tan silenciosamente que Miriam nunca lo oyó acercarse.

—Quieren a su madre ahora.

—¿Cómo está la condesa? —preguntó Miriam, un poco culpable.

—Fue un parto difícil, pero Harper se recuperará por completo. Los gemelos están sanos. Así que el Dr. Thompson tendrá que esperar otra oportunidad para practicar su cesárea. No podemos pedir más —Edward tomó a la bebé en sus musculosos brazos—. Harper no se siente lista para recibir invitados. Partiremos al campo en un día o dos, donde podrá recuperarse al aire fresco. Son bienvenidos a quedarse aquí.

—Por supuesto —Richard entregó el bulto con una expresión que hizo que el corazón de Miriam se hinchara. Él le daría un hijo. Habría dolor, pero también habría alegría y amor. Miriam apretó el hombro de su esposo.

Epílogo

ENERO, 1826

—¿Qué quiere negociar? —espetó el señor Featherstone sin levantar la vista. Parecía demacrado y abatido. Miriam sonrió con suficiencia al suponer que probablemente era el efecto de su desastrosa apuesta en acciones ferroviarias. A mediados de diciembre, la bolsa de Londres se había desplomado un ochenta por ciento. De no haber sido por una inyección de las arcas francesas, el Banco de Inglaterra habría quebrado. Otros bancos no tuvieron tanta suerte. El daño se había extendido a los bancos de Estados Unidos y América Latina. Los ferrocarriles se habían visto especialmente afectados.

—Buenas tardes, señor Plumas. Deseo comprar ferrocarriles —dijo Miriam con seriedad. Su nuevo sombrero cubría sus gruesos rizos. Habían pasado varios meses desde su última visita. No podía culpar al hombre por olvidarla.

Por el ceño que se profundizaba en su rostro, el señor Featherstone la recordaba con perfecta claridad. Miriam se mordió las mejillas para contener su sonrisa.

—Señorita Walsh. Qué placer volver a verla. ¿Debo recordarle que mi nombre es Featherstone? Está inscrito en la placa a quince centímetros debajo de su nariz. —Dio unos golpecitos con un lápiz sobre el rectángulo de pizarra de quince centímetros.

Miriam cedió a su sonrisa. —Lo he echado de menos, señor Featherstone. En un sentido muy peculiar.

—¿Por qué demonios querría comprar ferrocarriles ahora? —exigió, empujando un trozo de papel sobre el escritorio—. Su valor se ha desplomado.

—Porque son baratos y tengo lugares a donde ir —respondió Miriam con descaro mientras garabateaba sus órdenes con una pluma. El señor Featherstone se frotó los ojos con los puños—. Mis inversiones locales están funcionando razonablemente bien, ¿sabe?

—Olvidó firmar el comprobante —gruñó el señor Featherstone.

—De hecho, no lo he olvidado. —Sacó dos papeles cuidadosamente doblados—. Debo pedirle que cambie el nombre en la cuenta. A mi nombre, Lady Miriam Walsh Northcote. El segundo prueba mi estatus como vizcondesa.

Al pobre señor Featherstone se le salieron los ojos de las órbitas. Después de un minuto entero de recuperación, el hombre preguntó débilmente: —Necesitaré la firma del señor Walsh en el formulario.

—Yo puedo encargarme de eso —respondió Richard, apareciendo a la vista sobre el hombro de Miriam. Ella le sonrió radiante a su atento marido—. Estoy aquí para firmar en nombre de

Marshall Walsh, a quien ve ante usted.

—Lo imaginaba. Sin embargo, su título no tiene peso aquí.

Miriam sonrió dulcemente. Después de todo, el hombre nunca la había metido en problemas por su actividad. Podría haber cerrado su cuenta en cualquier momento.

—Ah, pero ¿le he presentado a mi esposo, Lord Richard Northcote? Es copropietario de Howard Shipping Alliance, una empresa de transporte marítimo transatlántico. Llevamos seis meses en el negocio y nos estamos preparando para solicitar inversores a finales de este año. —Miriam sonrió a su marido—. Pensé que le gustaría saberlo. Por si necesita recuperarse de sus pérdidas latinoamericanas. Sobre el ficticio Poyais del señor MacGregor... —Miriam chasqueó la lengua—. Qué lástima.

Garabateó su nombre en la parte inferior y esperó la confirmación de su compra. Cuando estuvo hecho, se subieron los cuellos de sus abrigos y se fueron del brazo para buscar a la señora Kent. Una tormenta de nieve había caído en la noche, y el viento del río arremolinaba un embudo de nieve a su alrededor. Richard se inclinó para besarla.

Ya fuera en Inglaterra o en América, Miriam encontraba que ser vizcondesa era una aventura muy satisfactoria, sin duda.



Descubra más libros de Carrie Lomax.

¡Gracias por leer! Si te gustó este libro, deja una reseña.

Nota del autor

Antes de investigar *El Señor Perdido*, sabía poco sobre la historia de la Bolsa de Nueva York más allá de su repetida fundación bajo un árbol de plátano en Wall Street. Desafortunadamente, la información sobre la NYSE entre 1800 y 1865 no está fácilmente disponible fuera de los archivos. Por lo tanto, me he tomado la licencia creativa de describir la visita de Miriam al Sr. Featherstone.

Lo que es cierto sobre esta escena es el papel de Gregor McGregor en causar la caída de las acciones en Londres, con repercusiones en los mercados de Nueva York y América Latina. MacGregor emitió bonos para un país ficticio llamado Poyais y se declaró a sí mismo "Cazique", o príncipe. Todo era una elaborada mentira.

La BBC tiene un artículo sobre este colorido charlatán.

¡Considerando los personajes extravagantes del mundo financiero del siglo XIX, escribir sobre una mujer que comercia bajo un nombre ficticio parece bastante razonable!

Un segundo punto de ficción es la travesía del Atlántico. Aunque técnicamente era posible completar el viaje en unas cuatro semanas, como lo hacen Richard, Miriam y Lizzie, el cruce promedio desde Nueva York requería de 6 a 8 semanas, y podía durar hasta doce. Como esto habría sido tedioso para los lectores, aceleré las cosas en aras de la historia.

Lea más sobre la historia de los barcos de paquetes y el transporte transatlántico en el sitio web.

Finalmente, me sorprendió descubrir que la primera cesárea exitosa registrada en el Imperio Británico fue realizada por el Dr. James Barry, en algún momento entre 1815 y 1821, en Sudáfrica. El Dr. Barry nació como Margaret Ann Bulky en Irlanda. Margaret asumió la identidad de James Barry en su adolescencia y vivió como hombre hasta su muerte en 1865. El Dr. Barry sirvió en Ciudad del Cabo, Sudáfrica, durante 10 años. Fue durante este tiempo que realizó con éxito la operación. (Uso "él" ya que ese era su pronombre preferido en vida).

Sin embargo, según el sitio web, había habido informes de pueblos indígenas realizando cesáreas exitosas mucho antes de la llegada del Dr. Barry. Se usaba vino para anestesiar parcialmente a la madre y esterilizar el sitio de la incisión. Notablemente, estos procedimientos tuvieron éxito mucho antes que las cirugías occidentales. Como comparación, no se registra que ninguna mujer haya sobrevivido a una cesárea en París entre 1787 y 1876, debido a las malas prácticas sanitarias y la falta de comprensión de la fisiología femenina.

Agradecimientos

Estoy eternamente agradecida a mi esposo, el señor Lomax, cuyo apoyo en las áreas de cocina, lavado de platos y entretenimiento de los Pequeños Lomax asegura que nadie pase hambre mientras persigo mi sueño.

Mi gratitud también a los bibliotecarios de la Biblioteca del Congreso, la Sociedad Histórica de Nueva York y el Smithsonian, tanto por digitalizar registros como por responder a mis solicitudes extremadamente específicas sobre la Bolsa de Nueva York en 1825. Todos los errores son míos.

Sin la ayuda de Anya Kagan de Touchstone Editing y Margaret Bates de Maryland Romance Writers, este manuscrito no merecería llegar a tu lector electrónico.

Acerca del Autor

Carrie Lomax es la autora superventas de novelas románticas históricas y contemporáneas. También escribe novelas románticas de fantasía new adult llenas de angustia bajo el seudónimo de Joline Pearce.

Criada en la Wisconsin rural, pasó mucho tiempo explorando los bosques y fantaseando con nuevos lugares. Sus aventuras la llevaron a Oregon, Michigan, y después de una temporada enseñando en Francia, se mudó a la ciudad de Nueva York, donde permaneció durante los siguientes 15 años. Allí obtuvo dos títulos de posgrado, un esposo y una carrera como bibliotecaria. Ávida corredora, lectora y ciclista, vive en Maryland con dos lectoras en ciernes y su héroe romántico de la vida real.

Síguela en redes sociales:

Otras Obras de Carrie Lomax

Cala del Caballero

El Duque y el Secreto de la Nochebuena

El Canalla Secreto de la Solterona

La Novia Robada del Pirata (Febrero de 2025)

Escándalos de Londres

El Señor Indómito

El ascenso de Lady Dalton

El Señor Perdido

El Corazón Robado del Duque

Las Doce Noches

Dueto de Doce Noches

(Colección de Novelas Cortas Navideñas, Doce Noches de Escándalo y Doce Noches de Perdición)

Virtud y Vicio

Casada por el Duque